MARTINA BARROS DE ORREGO

RECUERDOS DE MI VIDA

EDITORIAL ORBE

SANTIAGO — 1942

A LA MEMORIA DE MI MARIDO

y para los que arrobaron mi juventud con sus caricias, alentaron mis esperanzas con sus progresos, sostienen mi vida con su aliento y endulzan mi vejez con sus cariños.

P A U T A D E T E M A S

INTRODUCCION

"Dans notre triste existence il n'y a de bon que des souvenirs sur la terre et des espérances dans le ciel"

Lamennais.

En este precioso lugar en donde he disfrutado de múltiples encantos, sufrido penas y soñado con el porvenir quiero comenzar estos apuntes destinados a fijar mis recuerdos.

Mucho he trepidado antes de resolverme a realizar este deseo tan largo tiempo acariciado. Me parecía vanidoso suponer que en mi vida hubiese algo que mereciera recordarse; pero me daba a mí misma como excusa que bien valía la pena narrar las transformaciones que he presenciado en la sociedad, y recordar las personas ilustres que me ha tocado en suerte conocer. Sin embargo ésto lo combatía en seguida con la reflexión de que cualquier escritor que hiciese la his-

toria de nuestra época tendría que narrar todo eso con más interés que yo, que sólo puedo limitarme a reproducir mis propias impresiones.

Pero, como siempre que abrigamos un deseo vivo y persistente hallamos razones que nos imponen aquello como un deber, he encontrado una, casi sagrada, que me impulsa a llevar a cabo mi propósito.

He tenido la rara suerte de ver realizado uno de los grandes anhelos de mi niñez: el de unir mi suerte a la de un hombre de talento, que fué luchador infatigable que se formó en la vida modesta y desconocida del trabajo y del estudio. Yo debo a mis hijos la historia de esa lucha diaria, de esos triunfos silenciosos o de esos desalientos sombríos. Eso no puede contarlo nadie más que yo que he vivido a su lado compartiendo su existencia en aquellos años de ruda labor, de esperanzas y de ensueños.

Pero sospecho que tras de este hermoso atavío, con que siempre nos aderezamos cuando tratamos de cautivar, hay también otro motivo quizás más poderoso, porque es más egoísta, que me arrastra imperiosamente a la realización de este anhelo.

Cuando llega para nosotras la tarde de la vida todo nos invita a la reflexión y al reposo. Una

vez concluída la tarea nos inclinamos a examinar nuestra obra. El porvenir ya no se nos presenta lleno de promesas sino cargado de temores, el presente—por feliz que sea—es menos risueño porque nos vamos sintiendo solos: la mayoría de nuestros contemporáneos se ha ido para no volver, otros se mantienen alejados y entregados a los suyos; la juventud que crece a nuestro lado nos alegra y embellece la vida, pero ya no podemos compartirla con ellos, es un mundo aparte —que no es el nuestro—todo nos aleja de él y no nos interesa y encanta sino el pasado.

Como el caminante que trepa hasta la cima de una montaña se complace en mirar desde la altura el trayecto recorrido y los sitios en que sufrió con sus asperezas, o aquellos en que apagó su sed o sintió el aliento refrescante de la brisa, cuando no aquellos en que descansó admirando la naturaleza; así, desde la altura de mis años, quiero contemplar el camino de mi vida y recordar todo lo bueno, lo sano, lo hermoso, lo noble que he visto y he sentido, sin tomar en cuenta las malezas y los zarzales del sendero.

Así volveré a vivir lo mejor de mi existencia, me acompañaré de mis ilusiones más halagadoras, de mis afectos más íntimos. Pero hay que apresurarse no sea que las sombras de la tarde

obscurezcan el horizonte con su bruma y me priven de apreciar con claridad las más risueñas lejanías. Quiero fijar mi vista con precisión sobre la senda recorrida antes que el toque de **Angelus** me obligue a alzar mis ojos hacia el Cielo.

Constitución, Mayo de 1907.

I N F A N C I A

La casa de mi Abuelo

Uno de mis recuerdos más lejanos es el de la casa de mi abuelo paterno don Diego Antonio Barros, situada en la calle de Ahumada, acera poniente, penúltima casa antes de llegar a la esquina de la calle de Agustinas, precisamente enfrente de la actual portada principal del Banco de Chile. Tenía, como todas las casas de aquella época, una gran puerta de calle y un ancho zaguán, que de noche servía de cochera para la caleza, que cobijaban allí bajo un gran cobertor de tela.

El patio era espacioso con algunas plantas sencillas diseminadas sin orden, al acaso. Al frente de la entrada se veían dos ventanas por las cuales trepaban enredaderas; a la derecha de éstas se abría la puerta del pasadizo que conducía al segundo patio, y a la izquierda la que servía de entrada a la sala de recibo. El costado izquierdo del patio

lo ocupaban el almacén de mi abuelo que tenía puertas a la calle y al patio, y contiguo a éste el escritorio de mi abuelo que unía el almacén con la sala de recibo que cerraba el patio por el frente. Las piezas de la izquierda del patio debían ser las de mis tíos Diego, Lauro, Carlos y Pancho, pero no recuerdo haber estado en ellas como tampoco en el gran salón, que era la pieza que tenía las dos ventanas frente al zaguán. Toda la parte de la calle, a la derecha de la puerta de entrada, eran Oficinas que se arrendaban.

El almacén era mi encanto de chica, pues allí me daban muestras de género para hacerles vestidos a mis muñecas; pero tenía que ir a escondidas de mi papá porque él siempre me obligaba a retirarme. Mi abuelo era el dueño y jefe del negocio y mi papá era únicamente su socio; pero pasaba allí todo el día mientras mi abuelo permanecía generalmente en el escritorio.

De mi abuelo conservo sólo un recuerdo vago. Era un caballero bajo de estatura, de pescuezo corto, grueso de cuerpo y ancho de hombros, de cabeza pequeña y pelo negro liso que usaba muy corto, con facciones muy pronunciadas. Le recuerdo con capa española que le caía perpen-

dicularmente abultándole mucho y dándole cierto aire sacerdotal. Esta impresión se me acentuó más porque muchas veces le ví en el comedor de pié, junto a la cabecera de la mesa, repitiendo majestuosamente ciertas palabras, que debían ser de alguna jaculatoria, y bendiciendo la mesa antes de sentarse a comer; esta ceremonia, que mi abuelo cumplía todos los días en las dos comidas principales, parece que era de rigor en todas las casas tradicionales del Santiago de aquel entonces.

Mi abuelo debía ser muy grave y acaso severo porque su presencia inspiraba gran respeto a todos los de la casa hasta imponer silencio con su llegada. Aunque como he dicho, tengo una impresión un tanto vaga de él le recuerdo muy bien en ciertas ocasiones. Así, por ejemplo, en la sala de recibo, sentado en un sillón de caoba con tapiz de crin negro y yo de pié a su lado presentándole una muñeca con cara de cera. Me acuerdo que me preguntó cómo le llamaba esa muñeca. "Tatita" le contesté, balbuceando apenas. —¡Pícara, me dijo, debe llamarme amito y le dió de palmadas por su insolencia; luego hizo que le pasase otra de las que tenía paradas junto a la pared. Elegí una ne-

gra hecha de género, con ojos blancos, labios rojos y pelo negro de pasa. (Muñeca de esa especie teníamos todos los niños de Santiago en aquel entonces). ¿Y ésta cómo se llama? "Amito" le contesté entre sollozos. "Bribona", dijo furioso, debe decirme **patrón,** y procedió a castigarla en la misma forma, y yo a llorar a mares. Esta misma escena la repitió muchas veces y reía alegremente al verme tan atemorizada y afligida; por felicidad para mí, luego pedían "los helados", que, por cierto, no me dejaban tomar y concluía mi martirio.

También servían junto con los helados "**el mate**". Para ésto había en la sala, sobre la mesa del centro, que era redonda, de caoba y con mármol, una gran caja de plata con tapa de arcón y aldaba. El interior constaba de dos partes: una en que se ponía el **azúcar tostada** (que era mi delicia) y en la otra la yerba mate y cáscaras de naranja recién cortadas. Rodeaban a este arcón varios mates en mancerinas de plata, con bombillas del mismo metal. En otras de las mesas, también de caoba y con mármol, había siempre una bandeja de plata con botellas de agua y vasos de cristal, tan llenos de cortes, que no podía tomarlos

por el dolor que producían en mis manos infantiles.

El segundo patio era enorme, pues no tenía edificios en el costado derecho. En los otros tres había anchos corredores con bancos de madera, que llamaban **escaños**, y accidentalmente algunos cajones de mercaderías. Estos los recuerdo porque Pancho, el menor de mis tíos, solía pararme encima de ellos y me dejaba sola, gritando como una desesperada, imaginándome al borde de un abismo.

Atravesando el patio, por el medio, había un ancho sendero empedrado que conducía desde el pasadizo, que lo unía con el primero hasta la puerta de entrada del tercero. Ambos costados de este sendero estaban divididos en dos grandes cuadros llenos de plantas y de árboles y rodeados por parras que trepaban por grandes postes de madera que sostenían otros trasversales, alrededor de los cuales se enredaban las guías y colgaban los pámpanos de uva blanca y cristalina, siempre verde para mí, al decir de mi madrina: doña Merce-

des Barros Fernández, hermana de mi abuelo, que era la dueña de casa, **la tía**, como mis padres la llamaban.

Por el costado izquierdo de este patio, estaban los dormitorios; el primero era de mi abuelo, en donde nació mi padre y en donde murieron mi abuelo y sus tres mujeres. Venían en seguida otros dormitorios y una pieza con claraboya, que estaba generalmente cerrada, y que era uno de mis encantos cuando lograba verla. Allí se guardaba todo lo concerniente al altar de San Agustín de la iglesia de ese nombre, que estaba entregado a la exclusiva atención de mi madrina. Cuando se acercaba el día de San Agustín se abría aquella pieza misteriosa y se sacaban de sus armarios las vestiduras de gala del Santo.

Todo aquello tenía un olor peculiar que me parece sentirlo: mezcla de alucema, de incienso y de ollitas de las monjas. La víspera de ese gran día, toda aquella ropa se colocaba en bandejas, que los criados llevaban con religioso respeto hasta la iglesia. Allí los seguíamos, mi madrina y yo, acompañadas de la Bartola, muchacha indígena criada en la casa, y de Magdalena, sirviente de razón que gobernaba la despensa.

En la iglesia comenzaban por bajar el Santo del altar, al que, una vez despojados de sus vestiduras corrientes, se procedía a limpiarle la cara con un algodón untado de aceite de nuez; cuidado muy prolijo que demandaba tiempo pero que dejaba al Santo reluciente y limpio como patena. En seguida se le vestía con el hábito de gala, de terciopelo negro, bordado de oro, con encajes blancos en el cuello y en los puños; se le ponía la mitra, recamada de oro y perlas; se le ataba en una mano un libro y en la otra una pequeña iglesia de filigrana de oro, que hacía mis delicias, cuando la contemplaba de cerca y podía así admirar sus primores. En seguida se le volvía a subir al altar y se procedía a hacer la misma operación con los otros santos laterales, que ya no me interesaban lo mismo. Luego arreglaban los ramos de flores artificiales, que entonces se llamaban **de mano**, y por último se extendían los paños sagrados, de ricos encajes, con que se cubría el altar.

Esta operación duraba todo el día que para mí se hacía corto en medio de tantos atractivos; pero después de pasar tan largo rato en la media luz de la iglesia cerrada y fría, ¡qué alegre me pa-

recía la calle con su luz resplandeciente! ¡qué tibio el aire que respiraba con delicia!

Desde aquellos días de mi primera infancia los claustros me han producido siempre una impresión penosa que mi espíritu no puede resistir. Mi madrina tenía una hermana monja, la tía Dolores, en el Convento del Carmen Bajo en la Cañadilla, y me llevaba consigo siempre que iba a visitarla. La tía Dolores, y las monjas en general, me hacían mucho cariño, pero mi mayor placer consistía en ver al Niño-Dios, que había bajo un fanal en la pieza del torno. Para verlo era necesario que me resignara a sentarme, bien encogida, dentro del torno, dar la vuelta a éste y aparecer al otro lado en el interior del convento, donde me recibía en brazos la tornera, que a veces era mi propia tía. Esta operación tan sencilla era sin embargo aterradora para mí, algo como morir y resucitar, y por grande que era el encanto de ver al Niño, mi anhelo era volver al mundo de los míos.

Las monjas, en su deseo de retenerme, me daban dulces y rosarios y me llevaban al patio de la comunidad; pero la tétrica rigidez de los cipreses me infundía pavor y luego rompía en llanto.

Sin embargo, cada vez que me convidaban a pasar el torno para ver el Niño-Dios, volvía a hacerlo con el mismo terror al entrar, igual alborozo al ver al Niño y la misma pena al contemplar el claustro que tanto me aterraba. No pude acostumbrarme jamás.

Sin embargo, dada la austeridad de la vida que llevaba en la casa de mi abuelo, ésto no habría debido infundirme tanto pavor, pues allí vivía rezando, o en la casa o en la iglesia, u oyendo leer el Año Cristiano, o la Vida de Jesucristo, u otros libros de devoción.

Más tarde cuando estaba más crecidita y sabía leer, lo que fué muy temprano, recuerdo que mi madrina hacía que le leyera estos libros todos los días, y a veces, por la noche en alta voz, los Salmos de David. Esta lectura era para mí el suplicio más atroz, y como no me atrevía a confesarlo, inventaba siempre dolores de muelas para sustraerme a aquel tormento.

¡Cuántas veces me cocí la boca con agua de colonia, con que trataban de aliviarme el supuesto dolor!, pero yo prefería, con mucho, esta molestia física a la angustia del alma que aquella lectura me causaba. Recuerdo que una noche de

invierno leía yo esos tétricos Salmos, sin saber qué pretexto inventar para interrumpir su lectura, cuando de pronto se sintió el estrépito de un gran derrumbe en el patio. Aquello me pareció providencial y mientras todos lamentaban la caída de la muralla divisoria del único costado que no tenía edificios, yo me sentía feliz como pájaro que ha recobrado su libertad.

Después de la muerte de mi abuelo, y una vez que se casaron todas mis tías, sólo vivían en esa gran casa, mi madrina y mis tíos Diego, Lauro, Carlos, Pancho y Trinidad, esta última paralítica de nacimiento y, aunque ya mujer por sus años, con una inteligencia como la de una niña menos despierta que yo. Ella era, sin embargo, mi único recurso para entretenerme, a más de la india Bartola, muchacha muy alta, fuerte y robusta, pero tan imbécil que me costeaba la diversión con sus tonterías. Un día la llevaron donde el Médico porque se sentía muy mal. Al volver le pregunté qué tenía y con toda tranquilidad me respondió: "El médico dijo que estaba enferma de "habilidad". Con todo, ésto era lo único que me resarcía de las angustias que sufría con las lecturas místicas.

Mi madrina debió ser muy hermosa en su juventud, pues aunque sólo la recuerdo de anciana, la veo con cutis blanco y fresco, con lindo cabello castaño medio canoso, bonitos ojos y facciones muy finas, pero baja de estatura y bastante gruesa. Su expresión era grave y triste; no recuerdo haberla visto reirse jamás, en cambio la sentía suspirar constantemente.

Me contaron en la familia, que tuvo un gran amor por un hijo de doña Javiera Carrera: Pío Díaz Valdés, pero mientras duraba este afecto murió éste, víctima de una horrible tragedia en su fundo "San Miguel".

Tras este dolor que la afectó mucho, sufrió otro que debió atormentarla hondamente, a juzgar por las huellas que dejó y que alcancé a ver. Su hermana Dolores, muchos años menor que ella, a quien había cuidado como a una hija desde pequeña, por haber perdido a su madre, se entró al convento del Carmen, cuando tenía apenas dieciseis años. Debió ser muy bonita la tía Dolores, porque cuando yo la veía al través de las rejas del locutorio, muchos años después, era todavía hermosísima, blanca, muy pálida, de ojos negros vivísimos, fisonomía risueña y facciones muy dis-

tinguidas. De cuando en cuando era permitido verla al través de una doble reja de madera con gran espacio entre una y otra, y mi madrina siempre lloraba y la monja, que la llamaba **mi ñaña,** la consolaba con tono alegre. Siempre la acompañaba otra monja que llamaban "la escucha", pero cuando ésta se alejaba por un momento, se acercaban ambas hermanas con aire misterioso y se hablaban en secreto con mucha animación. Volvía la escucha y las dos recobraban su calma y aparente tranquilidad. Con el instinto propio de la niñez, yo le tenía odio a aquella escucha, respiraba con alegría cuando salía y me asustaba cuando reaparecía.

Muchos años más tarde conocí a Monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre, que era grande amigo de Augusto. Conversando sobre esta tía me dijo que esas vocaciones en la alborada de la vida habían sido muy comunes en Chile y en toda la América Española, no solamente entre las niñas sino también entre los hombres de la mejor sociedad; y me agregó que habían producido más inconvenientes que ventajas porque a causa de ellas la oligarquía española, que estaba llamada

a dirigir esta región del mundo, se había visto muy disminuída.

Mi madrina me quería mucho, y como siempre me tenía a su lado, me llevaba consigo cuando salía a ver a sus amigas. Entre éstas recuerdo sobre todo a doña Loreto Landa, solterona como ella y muy devota, en cuya casa me encontraba siempre con Luis Dávila Larraín, que era su ahijado, y mientras las madrinas conversaban, los ahijados jugábamos, cosa que ambos recordamos hasta hoy. Otras de sus íntimas eran doña Luz Covarrubias, hija de don Manuel, que ocupaba la casa vecina a la de mi abuelo, y doña Pepa Fontecilla de Sánchez que vivía a media cuadra por la calle Agustinas.

A la casa de mi abuelo debían llegar, a menudo algunas visitas porque era cosa corriente ver pasar, a toda prisa, a las criadas con grandes bandejas con dulces o con helados y otras con coronillas y mazapanes, con que entonces se festejaba a las visitas; pero yo no entraba al Salón, no se si porque me era prohibido o porque no me gustaba. También todas las tardes llegaba un caballero viejo y muy flaco, a tomar el café con mi madrina: era don Eugenio Sánchez. Calculo que

ésto lo recuerdo porque fuí con mi madrina a verlo a casa de doña Pepa Fontecilla en donde vivía, cuando ya estaba muy enfermo, pocos días antes de que se anunciara su muerte.

En aquellos años se acostumbraba llevar, a media noche, a los muertos a la capilla del cementerio. Según oí decir entonces, cuando llevaban a este caballero los acompañantes sintieron golpes en el ataúd; aterrados chicotearon a las mulas, para llegar pronto a la capilla, en donde abrieron el cajón y le encontraron absolutamente consciente. Le volvieron en el acto a su casa, envuelto en la mortaja con que, en aquellos años, se acostumbraba enterrar a los muertos. Desgraciadamente, pocos días después volvió a agonizar y murió, esta vez definitivamente; como era lógico, la familia le veló, en su casa, durante varios días. Este hecho me causó tal impresión que no lo he olvidado jamás, a pesar de que, en aquellos años, era mucho más corriente de lo que ahora podemos imaginar, el oir hablar de "enterrados vivos".

Otra clase de personas de muy distinta índole, por cierto, que conocí en aquella casa se me ha quedado también grabada en la memoria. "Ña Chepa la loca" era una pobre mujer demente, in-

ofensiva, de quien contaban una historia trágica como origen de su extravío. Allí se le daba limosna, cantaba, bailaba y decía disparates. "Calancha" era otro loco que siempre vestía de caballero: con sombrero de pelo y gran capa española, aunque fuese pleno verano. Este hombre era mi terror, y cuando Manuel mi hermano hacía alguna travesura, se le amenazaba con entregárselo a Calancha y yo moría de espanto. "Chuchi Borques" era un pobre viejo que andaba "al apa" de un muchacho que le conducía a las casas en que le daban limosna, o lo sentaba en las esquinas de las calles centrales para solicitar la caridad de los transeúntes. Este pobre viejo era un ex-soldado de la guerra de la Independencia que vestía aún su raído traje militar. Como tenía perturbada su razón, apenas le sentaban en el suelo (pues tenía las piernas paralizadas), se sacaba sus zapatos y mirando en la suela repetía en alta voz la lista del cuartel, agregando después de cada nombre: **ausente**, excepto al decir el suyo, en que gritaba con entusiasmo: **presente**. La naciente República no era, como se ve, muy generosa con sus servidores. También recuerdo que llegaba un padre con traje gris, de semblante dulce y risueño, que llevaba una pe-

queña imagen adherida a una alcancía de lata, que le arrebataba para recogerle la limosna, a quien he llamado siempre Fray Andrés, pero mis tíos me han dicho después que éste era el famoso **Fray Andrecito**, tan venerado por nuestro pueblo.

Esta casa tenía también sus grandes días: los de procesiones. Recuerdo una sobre todo, que era muy pomposa y que pasaba por allí ya entrada la noche. Desde temprano se izaba la bandera, se llenaba el zaguán de escaños para que se sentaran las personas que iban a verla pasar y todo el día se reunían flores, en grandes bandejas, para arrojarlas al paso de las andas. Lo que más me atraía en esta procesión era que en el anda de la Virgen iban angelitos vivos y todo mi entusiasmo era contemplarlos y tirarles besos y flores. Pero un día le oí decir a mi mamá que le había pedido a Manuel mi hermano, que era muy bonito, para sacarlo en el anda de Angelito. ¡Cómo! pensé, Manuel es tan malazo, cómo puede ser angelito! Primer desencanto de mi vida, pues desde entonces se me acabó el entusiasmo por los angelitos vivos.

En una de estas procesiones recuerdo que conocí al Arzobispo don Rafael Valentín Valdivieso. A medio día llegó a la casa una bandeja con el

manteo y el sombrero de teja del Arzobispo, que se colocó con mucha unción sobre una mesa de arrimo de la sala. Más tarde al pasar por allí la procesión se desprendió el Arzobispo de la comitiva y entró a la casa revestido de su mitra, capa de coro y báculo, y después de cambiarse aquellas vestiduras por las que estaban en la bandeja, se sentó a conversar y a descansar. Yo debía estar muy chica entonces, porque recuerdo que cuando me acerqué a besarle la esposa apenas alcanzaba a sus rodillas. Me preguntó mi nombre y en seguida si me había confirmado y como no le contestaba me dió una feroz palmada en la cara diciéndome que ya estaba confirmada. Lo que estaba era aterrada y llorosa, sufriendo en silencio el dolor de la palmada.

Como se ve nada de extraordinario o siquiera interesante he podido consignar al recordar la casa de mi abuelo paterno, y si me he decidido a no suprimir estos apuntes ha sido porque me han asegurado que ellos dan una idea de cómo se vivía, en una gran casa de Santiago, a mediados del siglo pasado; porque la casa de don Diego Antonio Barros era una de las más representativas de aquella época todavía semi-colonial.

En realidad mi abuelo era un hombre de gran alcurnia. El primer Barros venido a Chile, fué compañero de Valdivia y por las venas de mi abuelo corría la sangre de muchos Conquistadores de América; muchos de sus antepasados tuvieron señaladas actuaciones durante la Conquista y la Colonia y su padre y él, durante la Independencia y los primeros años de la República. Además pasaba por ser el comerciante más acaudalado de su tiempo. Todo ésto, como es natural, le daba una gran situación social y política.

Su primera mujer (la madre de mi padre) fué doña Martina Arana y Andonaegui, hermana del famoso Ministro del Dictador Rosas: don Felipe Arana.

Mi abuelo casó con ella en Buenos Aires. en donde residía y a donde él se trasladó inmediatamente después del desastre de Rancagua. Había estado, en la capital del Plata, en muchas ocasiones anteriores en calidad de comerciante, por lo que contaba allí con numerosas y buenas relaciones; pero, con este enlace, al decir de mi tío Diego en la biografía de su padre, "aumentaron a tal punto sus relaciones sociales y políticas que en 1814, cuando aún no cumplía veinticinco años, fué

elegido Regidor de la Municipalidad de Buenos Aires, honor que no había tenido otro extranjero antes que él y que no se repitió hasta la disolución de aquella corporación en tiempos posteriores. Allí obtuvo la amistad de los fundadores de la Independencia Argentina entrando de este modo en la carrera de los honores y distinciones sin buscarlos y sólo por el mérito que se descubrió en la fijeza de sus principios y en el buen sentido que había sabido desplegar."

Mi abuela Martina, que era muy distinguida y hermosa, a juzgar por sus retratos, dejó los recuerdos más queridos en toda la familia, sobre todo en mi madrina que me puso su nombre como su mejor regalo de bautismo, haciendo votos porque yo heredara sus grandes cualidades, nombre que, debido a eso, he llevado siempre con satisfacción y orgullo.

La situación social y política que mi abuelo alcanzó en Buenos Aires, le permitió prestar a la causa de la Independencia americana el más destacado servicio, que es sin duda alguna su mayor timbre de honor y la principal causa al reconocimiento de sus conciudadanos.

Cuando se trató de organizar el Ejército de los Andes, la opinión pública del Plata, designaba para ese honroso cargo al General don Miguel Soler, quien tenía manifiestas capacidades para ello y muchos admiradores en el Cabildo dispuestos a nombrarlo; pero mi abuelo, que había conocido a San Martín y descubierto su genio organizador y su insuperable capacidad militar, propuso su nombramiento y lo hizo aceptar por la numerosa Asamblea. No es poca gloria para un hombre el haber descubierto, antes que los demás, el genio del Libertador, don José de San Martín, y el haberlo hecho designar General en Jefe del Ejército de los Andes.

Mi abuelo Barros, se distinguió por su rectitud y su bondad, y por servir con su fortuna, a los menesterosos y a los desgraciados con reconocida prodigalidad. Fué administrador del Hospital de San Juan de Dios, durante dieciocho años, con tanta abnegación que se imponía hasta la obligación de consolar al paciente y auxiliar personalmente al moribundo; sin faltar un solo día a su asistencia que se prolongaba, a veces, hasta las diez de la noche, hora extremadamente tardía para aquellos años.

Creó allí la Escuela de Anatomía y regaló el mejor instrumental de cirugía que existía en el país. Sirvió también como administrador de la Casa de Huérfanos y del Hospicio durante algún tiempo y, en los últimos años de su vida, administró también la casa de locos, que comenzaba a establecerse, ayudando con su propio peculio a cubrir las necesidades más apremiantes de estas instituciones.

Fué cabildante en diversas ocasiones, diputado, Consejero de Estado y Presidente del Senado.

Era, pues, como he dicho, uno de los hombres más representativos de su época.

El hogar de mis Padres

Contrastando con la severidad de la casa de mi abuelo, todo en la de mis padres era alegre y risueño. La casa era relativamente pequeña, al menos la primera que recuerdo, que estaba situada en la esquina de Huérfanos y Bandera frente al costado de la de Matías Cousiño, que ocupó después, por muchos años, el Club de la Unión. En la esquina misma teníamos una pieza llena de sol y de luz exclusivamente para que jugáramos Ma-

nuel y yo, siempre acompañados de una sirviente que nos vigilaba y de muchísimos juguetes que mi padre nos encargaba a Europa por cajones. Por las mañanas las ventanas de la calle estaban siempre abiertas y nosotros pegados a las rejas llamábamos la atención con algún dicho o jugarreta a cada uno de los transeuntes, hasta que la diversión nos llamaba a otra parte.

La afición principal de Manuel, en aquel tiempo, como la de todos los niños, era jugar a los caballos y como yo tenía el cabello largo y abundante y peinado en dos trenzas, éstas eran las riendas obligadas de que se servía Manuel para gobernarme. ¡Qué bien sabía yo cuándo debía torcer a la derecha o a la izquierda, cuándo trotar o galopar! pero ésto siempre acababa en llanto para mí y castigo para él que llegaba a destrozarme el pelo tironeándomelo a su gusto. Eterno despotismo del hombre que abusa desde pequeño de la sumisión de la mujer.

Por las tardes, cuando mi papá llegaba del almacén, la fiesta para nosotros era más grande, pues, entonces él era el caballo que nos tiraba en un carruajito en que nosotros montábamos. Otras veces nos sacaba a comprar dulces y nos hacía mil

bromas con que nos entretenía hasta la hora de comer. Nosotros comíamos temprano y después mis padres, generalmente con invitados, pero nosotros entrábamos a los postres. No se nos daba de lo que allí había ni se nos ocurría pedirlo ni desearlo, pero recuerdo que tanto mi papá como los caballeros, que siempre lo acompañaban, nos embromaban mucho y nos obligaban a discurrir. Mi mamá era la única que nos contenía con sus miradas o con gestos, cada vez que decíamos algo inconveniente.

Mi padre tenía muy buena figura: alto, bien hecho y elegante en sus movimientos y en su traje; muy alegre, entusiasta y para todos muy simpático. De inteligencia y cultura poco común, leía mucho y su conversación era muy atrayente. Así como a mi tío Diego le apasionaba la ciencia, a mi papá le encantaba la política y, haciendo contraste con el espíritu conversador y ortodoxo de mi abuelo, era muy liberal y me parece que un tanto descreído.

Mi mamá era bellísima y de una elegancia refinada. Su presencia era siempre para nosotros alegre y deslumbradora como un rayo de sol. Alta, esbelta, distinguida en su porte y sus maneras,

de tez blanca y ojos verdes, cabello castaño, nariz fina y boca encantadora, a lo que se agregaba su cuello soberbio y sus manos reales. Sus gustos tenían el gesto de su distinción y refinamiento; era muy aficionada a las plantas y a las flores que cultivaba personalmente y tenía su pequeño invernadero con plantas extrañas para nosotros pues colgaban del techo en cestos de alambre y las flores caían en vez de subir; las llamaba, la flor del aire, la de la zapatilla y la del torito, que era la que más nos gustaba. Estas son las que hoy se designan con el nombre genérico de orquídeas, que nada dicen a la imaginación ni al pensamiento.

El perfume que rodeaba su persona era delicioso, por las flores que llevaba siempre consigo. Su dormitorio, que era algo como el Santa Santorum de la casa, velado siempre por una luz discreta y a donde entrábamos con respeto, despedía un perfume exquisito y tenía un orden y limpieza extraordinarios. Cuando mi mamá se sentaba a coser lo hacía delante de un precioso costurero, con una cubierta ornada de una hermosa figura de mujer de la que pendía una bolsa de seda celeste. Mientras ella cosía, una música de cuerda, que encerraba el costurero, hacía sentir sus melodías;

así pues, cuando mi mamá tocaba o la rodeaba de cerca, parecíanos que despedía aires musicales o perfume delicioso. A nosotros nos mimaba mucho, pero nos imponía más respeto que mi papá, pues con él jugábamos a toda hora y hasta peleábamos a nuestro gusto, como si hubiera sido un chiquillo de nuestra edad. Mi papá la adoraba, se extasiaba mirándola cuando salía, siempre elegantemente vestida, a tomar su carruaje, para hacer visitas, y volviéndose nos decía con tono festivo y muy complacido: "Allí va la leona".

La belleza y refinamiento de mi mamá eran la herencia de su padre el General don José Manuel Borgoño, quien a pesar de ser hijo de español, apenas comenzó la guerra de la Independencia, corrió a afiliarse entre los patriotas, rompiendo así con los más caros afectos de familia. Peleó con denuedo en todo el período de la Patria Vieja y continuó sirviendo su causa escondido y perseguido durante la Reconquista. En esta época conoció, en Talca, a doña Mercedes Vergara, viuda de Donoso, mujer muy inteligente, y de una de las más distinguidas familias de esa sociedad; pero sin belleza física. Esta señora supo cautivarlo, de tal modo, que casó con ella, en secreto, ante el

Obispo, pues perseguido como patriota no podía hacerlo públicamente. Así vivieron algún tiempo manteniendo oculto el matrimonio; a tal punto que, cuando mi abuela iba por las noches a casa de su madre o de sus hermanos o a jugar malilla a las de sus amigas, mi abuelo la acompañaba disfrazado de sirviente llevando el farol para alumbrarle la calle. Como se quedaba esperándola en el pasadizo, mi abuela se preocupaba tanto de considerarlo y atenderlo, que a todas les llamaba la atención que gastara tal delicadeza con el sirviente. Sólo cuando triunfaron las armas de la Patria en Chacabuco, y el matrimonio se hizo público, se descifró el enigma.

Siguió mi abuelo todas las actividades y peripecias de aquella guerra santa, distinguiéndose extrordinariamente, en Maipú, después siguió en el Ejército Libertador del Perú y fué Primer Jefe Político de la ciudad de Lima independiente. Años más tarde le cupo el honor de ser él quien firmara el tratado de paz con España como Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario en nuestra Madre Patria.

Con esos antecedentes que lo muestran como hombre de acción, esforzado, enérgico y valiente

sorprende saber que era también un hombre muy fino en sus maneras, de gustos exquisitos, de una gran delicadeza de sentimientos, de alta moralidad y de una cultura intelectual muy superior a la de su época. Estudió sólo el francés y el inglés y leía constantemente en ambos idiomas. Cuando estuvo en Europa pudo perfeccionar el francés, pero el inglés nunca aprendió a pronunciarlo y, aunque lo leía a su manera, lo traducía divinamente.

Era un padre muy afectuoso que educó a sus hijos, y sobre todo a sus hijas, con tal refinamiento que jamás se oyó en aquella casa una palabra vulgar. Su figura era no sólo muy hermosa sino también de una distinción suprema como lo prueban sus retratos, especialmente el de Monvoisin que conservo en mi salón; se vestía muy bien y cuidaba de tal modo su persona que nunca se le vió salir sin guantes, ni siquiera durante su estadía en el campo, cuando, dado de baja por la dictadura de Portales, cultivaba un fundo en San Bernardo. Murió siendo Ministro de Estado en el Departamento de Guerra y Marina en Marzo de 1848.

Este padre explica perfectamente las condiciones verdaderamente excepcionales que han sido el distintivo de la personalidad de mi madre, pues a las ya recordadas de sus días felices, hay que agregar las que reveló más tarde en sus grandes dolores; en el gobierno y dirección de sus hijos demostró que también había heredado la entereza de carácter, la poderosa voluntad y la energía de su padre.

En mi niñez las sirvientas tenían, y con toda razón, una importancia capital en cada hogar, cuidaban a los niños y hasta ayudaban a educarlos; a veces nacían en la casa del abuelo y morían en la del nieto. En la casa de don Diego Antonio Barros se las llamaba "criadas", en la de mi papá sirvientes, pero, aunque con distinta designación, eran igualmente buenas, serviciales y cariñosas.

De todas esas buenas mujeres con la que más regaloneaba era con mi **Manenena.**

Ella había criado a mi mamá y por eso pretendíamos con ese nombre decirle mamá-abuela. En las tardes de invierno ella nos entretenía contándonos cuentos de príncipes encantados, que nos gustaban mucho. Yo prefería el de "Don Juan de la Flor", que era un príncipe muy hermoso y muy

valiente que desdeñaba a todas las princesas que lo solicitaban, pero que al pasar por delante de una tienda lo cautivó una muñequita preciosa que vió colgada en un escaparate y le dijo suavemente: "Cómprame". Como valiente y caballero Don Juan la compró y al llegar a su casa, la muñequita se transformó en una lindísima mujer, reina de un gran país, a quien un mago viejo la había encantado en castigo de sus veleidades y la había condenado a la suerte infeliz de una muñeca, hasta que encontrara en su camino, un hombre dotado de todas las virtudes y dispuesto a rescatarla con su amor.

Recuerdo este cuento hasta ahora con sus mil detalles fantásticos, en fuerza de tanto oírselo a mi "manenena", pues me lo contaba constantemente, a pesar de las protestas de Manuel que prefería otros en que figuraba una cueva de ladrones y en que pasaban cosas tan tétricas que a mí me dejaban sin dormir. Mientras que con "Don Juan de la Flor", yo me sentía muñeca colgada en el escaparate y después transformada en reina poderosa y hermosísima, contando los tormentos de mi vida de muñeca con que espié mis desvíos de mujer veleidosa. ¡Qué dispuesta me sentía a

amar a Don Juan, tan noble y tan hermoso! ¡Qué resuelta a no volver a ser veleidosa! A todo esto yo no podía saber lo que esta palabra significaba, ni comprender su sentido; sin embargo, el atractivo de este cuento fascinó mi niñez. ¡Dichosa edad aquella en que creemos verdad todo lo que soñamos!

Para dormirnos por la noche, mi "manenena", nos cantaba el "Ven a nuestras almas ¡Oh, Espíritu Santo!" o algún otro canto místico, lento, monótono, con lo que pronto se dormía ella y nosotros.

Otras de las alegrías que disfrutábamos en el hogar de mis padres eran el carruaje en que salíamos a la "Pampilla" que así se designaba entonces lo que hoy es el Parque Cousiño; y el Teatro a donde nos llevaban con frecuencia. Recuerdo que una noche se daba en el antiguo Teatro Municipal una pieza que se llamaba "Los polvos de la madre Celestina" y no sé por qué Manuel estaba en un palco de segundo orden y yo con mi mamá en otro de primer orden muy cerca del escenario. La pieza era de mucha tramoya; de pronto sale un individuo a pasearse por un jardín, sembrado de estatuas, y al volver la espalda a una de éstas, la fi-

gura le dá un puntapié en la cabeza. En el acto siento un grito de Manuel que al través de toda la sala me dice: "Martina, ¿Viste?" "Sí" le contesté sin trepidar y el diálogo habría seguido sin duda alguna, si no hubiéramos sentido la carcajada de todo el teatro que nos impuso silencio.

Lo que caracteriza mejor el contraste entre la austeridad de la casa de mi abuelo y el espíritu más moderno del hogar de mis padres, es un recuerdo que conservo vivo de una noche de Septiembre. Como siempre yo había ido a pasar el día con mi madrina y después de cenar fuí con ella a la Doctrina en la Catedral. Me parece que veo la Iglesia a menos de media luz; el sacerdote sentado en medio del presbiterio, junto a las gradas que lo separan del resto de la nave. Hablaba en voz baja, pausada y monótona de cosas que yo no entendía y me sentía con más deseos de dormir o de llorar que de escuchar. De pronto llega, como enviada del cielo una sirviente, a decirnos que mi papá envía a buscarme. Salgo presurosa y llego a mi casa, donde me recibe mi papá enojado porque me he demorado mucho en llegar. "Si estaba en la Doctrina, papá", le dije para aplacarlo. "¡Qué doctrina ni qué pamplina!", me contestó,

que te vistan ligero para ir al teatro y alcanzar a oir la Canción Nacional, que ya es tarde."

Sin embargo el cariño inmenso que tenía a mi madrina y el respeto y consideración con que mis padres la trataban me obligaban a no dejar ver mis preferencias por el hogar de mis padres. Esta era una de las peculiaridades de mi carácter de chiquilla; moderar mis inclinaciones naturales y manifestarme contenta en casa de mi madrina leyéndole el Año Cristiano o dándole friegas como ella llamaba el cargarle el cuerpo con las manos mientras dormía su siesta; tarea que me imponía sin duda para retenerme a su lado. A pesar de ésto, recuerdo con pena que en una ocasión, después de haber pasado algunos meses viviendo con ella mientras mi mamá estaba en Limache, por la salud de mi papá, a la vuelta de ellos a Santiago, voy por cierto a verlos inmediatamente. Cuando mi madrina quiso retirarse y llevarme consigo, fué inútil buscarme, pues yo me había escondido de tal modo que sólo aparecí cuando ella había partido y no hubo forma de llevarme a su casa por muchos días. Después la pobre vieja me dió sus quejas con tanta pena y dolor verdadero, que hasta ahora sufro recordándolo.

¡Amor de los viejos! tan profundo, tan abnegado y tan mal pagado! Ella me dió todo su cariño mientras vivió y después de sus días me dejó los muy pocos reales que tenía, que han sido la única herencia de mi vida. Tengo la certidumbre de que su alma de santa ha velado sobre mí desde el Cielo como un Angel tutelar y yo no he sabido corresponder a todo eso, sino con su afecto pálido y tardío.

Otra de las alegrías de mi niñez eran los viajes a Valparaíso. Entonces se hacían en carruaje y en dos jornadas, alojando en Curacaví. Manuel y yo nos mareábamos horriblemente, pero así y todo, aquello nos encantaba. Cada paradilla, para mudar caballos, era una nueva alegría y ser los primeros en divisar el mar desde el Alto del Puerto la mayor de todas. Nos alojábamos en el Hotel de la Unión, situado en la esquina de la calle Planchada—hoy Serrano—y la Plaza de la Independencia—hoy Echaurren—. Esa calle era entonces muy concurrida y llena de tiendas de lujo. Recuerdo que a una de éstas, que estaba al frente del Hotel, me llevó un día Custodio Gallo y me hizo elegir una muñeca que me encantó, pues tenía la cara de cera y cerraba los ojitos. Al llegar al Ho-

tel me tocó raspa de mi mamá por haberla aceptado y yo le argumentaba que sólo había costado **dos pesos**. Cosas de niños.

Nosotros éramos dueños y señores en aquel Hotel donde hacíamos toda clase de picardías. Nos paseábamos marchando como soldados por los balcones corridos que rodeaban por fuera el edificio, llamando a gritos a los amigos de mis padres que por allí pasaban a toda hora, pues aquel era el centro del comercio en aquel tiempo.

La broma de consecuencias más funestas para nosotros, fué una que tuvo en alarma a todo el Hotel y que nos privó, por todas las vacaciones, de nuestra dichosa libertad.

En el gran comedor del Hotel comían diariamente muchos caballeros, la mayoría alojados allí y otros que venían de fuera. Todos dejaban sus sombreros colgados en una percha del lado a fuera de la puerta que daba al patio. Una tarde se le ocurrió a Manuel decirme: "escondamos los sombreros" y decir y hacer fué la misma cosa. Manuel los descolgaba con su bastón y yo corría a esconderlos en diferentes partes diseminándolos por todas las piezas del Hotel, donde no pudieran verse. Hasta aquí duró nuestra diversión,

pues en seguida nos llevaron a acostarnos y nos dormimos sin cuidado como unos inocentes.

Al día siguiente no sabíamos donde meternos porque todo el Hotel, desde sus dueños hasta los sirvientes, estaban indignados con nosotros, porque todos se habían vuelto locos buscando los sombreros que sus dueños reclamaban furiosamente. Mi mamá nos reprendió con severidad y castigó prohibiéndonos salir de nuestro departamento sin permiso. Sólo mi papá, mi incomparable papacito, se reía a carcajadas y decía que Manuel tenía la culpa porque era un niño terrible. Yo era su regalona y me excusaba todo mi pobre viejo.

En cambio de estas travesuras que nos proporcionaban ratos de alegría y reprensiones, tengo un recuerdo tétrico que me impresionó terriblemente. Durante una de esas temporadas de verano, que pasábamos en Valparaíso, se condenó a muerte a un malhechor y debían pasarlo por la calle de la Planchada, por delante del Hotel, hasta llevarlo a los Almacenes Fiscales, donde debía ser fusilado. La gente se agolpó a los balcones de todas las casas del barrio y se atrope-

llaba, en la calle, para verlo pasar. Mi mamá me encerró en la pieza con mi **manenena** para que nada viera, pero yo me injenié para escaparme y alcancé a divisarlo sentado en un carretón, acompañado de un padre con hábito blanco, que lo auxiliaba en alta voz, mientras a pié, al lado del carro, iba un hombre tocando un cencerro. De pronto se corrió la voz que había llegado un propio de Santiago, trayendo el indulto del reo, el que ya no sería fusilado. Con esto se alejaron los curiosos y, cuando ya nadie se preocupaba de mí, me tocó presenciar lo peor: el regreso del cadáver, tendido en el carretón y cubierto con un paño negro. Lo del indulto debió ser una invención para alejar a la muchedumbre.

Escuelas

Cuando contaba poco más de tres años entré a mi primera escuela para aprender a leer. La dirigía una pariente de mi abuelo paterno: doña Rafaela Fernández, señora soltera y pobre que vivía con su hermana Mercedes viuda de un militar de la Guerra de la Independencia, quien le había dejado como única herencia un misera-

ble montepío y una numerosa familia que sostener. En su aristocrático orgullo no quisieron aceptar la ayuda de nadie y abrieron una escuela a la que acudían los niños de las principales familias de Santiago de aquel entonces.

La escuela estaba en la calle Santo Domingo, pero no recuerdo en donde, en cambio tengo grabada en mi memoria la gran sala que servía de entrada. Era pobre y tétrica, con una estera de totora sobre los ladrillos, escaños de madera alrededor de las murallas blanqueadas y en éstas algunos cuadros de pintura muy obscuros y lúgubres, parecía el locutorio de un monasterio. En seguida estaba la sala de estudio, pequeña pero alegre, con mucha luz que venía de una ventana que daba a un patio con muchas plantas y flores, estaba rodeada de sillas y bancas pequeñas y, en un extremo, sobre una mesa, los **catones**, que así se llamaban los silabarios; yo aprendí a leer en un **Catón cristiano!** Junto a la ventana estaba la silla de brazos, de madera ordinaria con asiento de paja, que ocupaba misia Rafaelita y al lado, en el suelo, un gran cajón con los punteros. Eran éstos unos palitos cortos y redondos, aguzados en la punta como un lápiz, que nos servían para

apuntar la letra que pronunciábamos. En la pieza siguiente era en la que dejábamos, sobre la mesa, los canastos con las once que llevábamos de nuestras casas, y en donde íbamos a comerlas todos los niños juntos, al cuidado de una sobrina de misia Rafaelita, que nos vigilaba y evitaba nuestras riñas.

Quizás el único condiscípulo que recuerdo de aquella escuela es Federico Errázuriz Echáurren, posiblemente porque era el único tan chico como yo (éramos de la misma edad); era muy feo y muy travieso. Juntos íbamos a elegir punteros y mientras yo me inclinaba para escogerlo él me echaba de cabeza sobre el cajón, y si el puntero que yo sacaba era de su gusto, me lo quitaba; y cuando íbamos a tomar las once se trepaba sobre la mesa y lo revolvía todo, pero con tal alegría y buen humor que sus maldades nos hacían reír en vez de enojarnos.

En esa pobre escuela aprendí a leer en poco tiempo y tan bien que dos años después, es decir, a los cinco años de edad, me dieron el premio de lectura en el colegio de M. Leboeuf, en que estaba por ese entonces. Recuerdo con emoción aquel exámen, el único de mi vida. Todas las chiqui-

llas estábamos sentadas en una gran sala y desde un extremo de ésta, junto a una mesa, los examinadores indicaban el nombre de la niñita que debía leer. A mi lado estaba Mariana Urmeneta que, a mi juicio, era la que leía mejor. Le tocó su turno y leyó muy bien y con toda tranquilidad. En seguida sonó mi nombre y a mí me zumbaron los oídos y me corrió frío por la piel; sin embargo me dominé y leí lo mejor que pude. Mi sorpresa fué grande después cuando supe que me habían otorgado el premio, quizás en vista de mis pocos años. Este consistía en un libro: el Manual de Urbanidad que yo conocía.

Como los libros no eran para mí para mirarle las tapas y las láminas, porque mi papá se preocupaba mucho de hacerme leer y de que le explicase lo que leía, no quise quedarme con uno que ya conocía y fuí a decírselo a M. Leboeuf, quien me escuchó muy complacido y me presentó otro muy bien empastado preguntándome si también lo conocía. Era este El Coloquio de los Perros de Cervantes, que acepté con mucho gusto porque mi papá me contaba siempre episodios del Quijote y sabía quien era Cervantes. Mis compañeras me embromaron mucho, me acuerdo, porque

este libro no tenía láminas como el que yo había desechado.

Al llegar a mi casa, radiante de felicidad con aquel trofeo, me presento a mi mamá muy orgullosa: "Qué gracia, me dijo, te sacaste premio por lo que allí no has aprendido, pues a leer te enseñó misia Rafaelita". Así se disipó mi vanidad por aquel triunfo.

Al año siguiente entré — en 1.º de Marzo de 1856 — a la escuela a la cual debo, en gran parte, lo poco que he sido en mi ya larga vida. Era de Miss Whitelock y estaba en la casa de don Agustín Llona, en la calle de Morandé frente al Senado, que entonces creo que era un sitio sin edificar.

Miss Whitelock era una institutriz de primer orden. Hija de un funcionario inglés de la India y sobrina del General de ese nombre que fué tan abrumadoramente derrotado en Buenos Aires al pretender ocupar, en nombre de la Gran Bretaña, el estuario del Río de la Plata; pertenecía a una muy buena burguesía londinense y, como fué educada especialmente para institutriz, lo era de primer orden. Vino a Chile, traída por la familia Subercaseaux Vicuña, pero muy pronto puso colegio,

de su cuenta, al que desde el primer momento acudieron muchos niñitos.

Allí estuvieron junto conmigo, entre muchos otros, Luisa, Laura, Flora, Teresa y Agustín Arrieta Cañas; Osvaldo, Pancho y Enrique Rodríguez Cerda; Victoria, Anita y Ramón Subercaseaux Vicuña; Ismael Tocornal, Eduardo Mac Clure, Elvira Gormaz y Araos, Daniel Montt, Elena Llona, Isabel Correa y Toro, Mercedes Sezé, las Rozas Pinto y muchas otras más.

Miss Whitelock tenía todos los defectos y calidades de los suyos de entonces: era así de un protestantismo absurdamente intolerante, odiaba a todo lo francés; pero era una gran educadora llena de bondad e inteligencia.

Se preocupaba mucho más de la educación que de la instrucción. Cada mañana nos hacía un prolijo examen de limpieza y cuando las uñas o las orejas no estaban muy limpias llevaba al delincuente—que generalmente era un niño recién entrado—a su pieza y con el mayor cariño le lavaba y escobillaba y después daba cuenta a sus padres para que no se repitiese el hecho, y en realidad no se repetía.

Todos los días nos hacía rezar el Padre Nuestro en inglés con gran devoción y empeñándose en hacernos comprender con precisión cada palabra y cada idea. Aunque había sido educada en la plena ortodoxia de mi madrina fué, sin embargo, gracias a Miss Whitelock que comprendí, por primera vez, la imponderable belleza de esa oración, tanto que llegué a creer que era mucho más hermosa en inglés que en castellano.

Nos enseñaba a escribir en la posición más correcta, llevándonos la mano con cariño; a sacar convenientemente la voz y nos educaba el oído enseñándonos canciones (en inglés por cierto) acompañadas con movimientos rítmicos y graciosos. Para desarrollar nuestro físico nos hacía jugar a la pelota y al volante, al mismo tiempo que nos enseñaba a andar sin sacar las rodillas, muy derechas, para lo cual nos hacía llevar por la espalda una tabla que cogíamos por los extremos; nos obligaba a leer sin agacharnos, etc., etc., cosas todas muy sabidas ahora pero que, en quellos años, eran una gran novedad.

También nos daba lecciones de baile y de dibujo; nos enseñaba ajedrez, a coser, a bordar, a zurcir. Esto último era resistido por muchas fami-

lias y no aceptaban que sus hijas zurcieran; mi mamá me dijo que era conveniente que aprendiese y así lo hice. Y por cierto que me ha servido porque casada con un hombre pobre y con tantos niños ¡harto he zurcido en mi vida!

Pero de lo que más se preocupaba era de obligarnos a pensar. Nada le molestaba tanto como una pregunta tonta o una idea disparatada dicha sin pensar, **a stupid cuestion** como ella las llamaba, salvo una mentira.

Despertó en mi alma el sentimiento de lo bello y me acostumbré a buscarlo y descubrirlo en la naturaleza, en el arte y en el alma humana.

Por cierto que nos inculcó a todos un grande amor por todo lo inglés: su lengua, su literatura, sus costumbres, la política, sus grandes hombres y sobre todo por su Reina a quien idolatraba. Tanta era mi admiración por todo lo inglés que me infiltró la educación de Miss Whitelock que tuve que ser mujer grande para darme cuenta de que no era una mujer tan extraordinaria, como nos la pintaba Miss Whitelock, la Duquesa de Kent, madre de la Reina Victoria.

Como en el colegio no se hablaba sino inglés, todos le aprendimos admirablemente, tanto que

cuando sesenta años después fuí a Inglaterra, no tuve la menor dificultad para hablarlo y entender a todos; y mi condiscípulo Ismael Tocornal me dijo, al regresar de una misión en Inglaterra, que cuando estaba en el Palacio de Buckingham comiendo con los Reyes, se había acordado mucho de Miss Whitelock por haberle enseñado tan bien el inglés que, aún allí pudo hablarlo, como su propio idioma.

La instrucción no estaba a la altura de la educación en ese colegio, pues aprendí en realidad pocos conocimientos, pero tengo que declarar que salí de allí a muy temprana edad para tener ilustración alguna; contaba apenas once años. Pero aunque la ilustración fuese deficiente ésto en nada empaña mi admiración por esta educadora porque creo firmemente que toda educación, especialmente en la niñez, debe dirigirse principalmente a formar el carácter y a desarrollar las aptitudes de cada educando, todo lo demás es secundario y puede realizarse después. En mi caso la ilustración se la debo a mi tío Diego que cuidó de ella mientras permanecí soltera; creo que no habría sido posible encontrar un mejor maestro; y de casada, a mi marido que era un espíritu superior y que supo guiar-

me en eso, como en todo, admirablemente; y alguna pequeña parte debo también a mi propia iniciativa, a mi afán de conocimientos, a mi admiración por el talento superior, que ha sido una de las características de mi vida.

Mi tío Diego

Al recordar mi niñez y, no solamente mi niñez sino mi vida entera, se presenta en primera línea la figura cariñosa de mi tío Diego Barros Arana, hermano de mi padre y que, después de sus días, hizo sus veces para con nosotros.

Los recuerdos más lejanos que conservo de él se remontan al año 58. Era un hombre muy alto y muy delgado, lo que le obligaba a agacharse un tanto a pesar de sus pocos años; muy blanco y pálido, con ojos negros muy vivos y mirada fija y persistente; usaba bigote fino y rubio, como su cabello, que llevaba muy corto y liso; andaba pausadamente y su aire, en general, era un poco desgarbado. Vivía en la calle de Santo Domingo arriba en una casa de un solo piso, chica para las de entonces, que eran todas inmensas. Se reunían allí muchos amigos suyos y gran cantidad de co-

rreligionarios políticos que combatían ardorosamente al gobierno de don Manuel Montt.

Allí conocí, en aquellos días agitados, al gringo Souper, Benjamín Vicuña Mackenna, Ramón Sotomayor Valdés, Rafael Vial, Ramón Barros Luco, que debían ser los más íntimos porque los veía a toda hora. Cuando ya me permitieron ir de noche encontré allí a don José Victorino Lastarria, don Federico Errázuriz Echaurren, Joaquín y Guillermo Bles Gana, los dos Amunátegui, Manuel, Antonio y Guillermc Matta, don Domingo Santa María, don Tomás, don Custodio y don Pedro Gallo, y muchos otros caballeros cuyos nombres no recuerdo.

Desde aquellos primeros años de mi vida se insinuaba en mí la admiración por el talento y el culto por la conversación y el trato social que he conservado toda mi vida. Por eso mi mayor encanto, en aquellas ocasiones, era estar cerca de estos caballeros y oirlos hablar. Poco debía entender lo que decían puesto que nada se me ha grabado, pero el atractivo de la elocuencia yo lo sentía porque recuerdo que me embelesaba escuchándolos; pero en realidad no puedo decir con verdad, que

entonces conocí a esos caballeros, solamente los ví y oí.

Mi tío era un hombre sencillo, alegre, juguetón, gran charlador, lleno de bromas, chistes y buen humor; con espíritu ardiente, pero con alma de niño. Pasaba su vida entregado a la política; a la dirección de un diario llamado "La Actualidad", y en la tertulia del salón de su casa que, como he dicho, era numerosa y selecta. Desgraciadamente el Gobierno creyó que allí se conspiraba—y es posible que así fuese—vinieron los allanamientos en busca de armas, y después órdenes de arresto que dispersaron a todos los caballeros que concurrían cada tarde. Luego estalló la revolución en el Norte, encabezada por Pedro León Gallo.

A este caballero le conocía mucho porque le veía cada tarde ya en casa de mi tío o en la de mi papá, de quien era muy amigo, de modo que este acontecimiento político me preocupó mucho; a pesar de ello sólo recuerdo las persecuciones a mi tío Diego; los allanamientos a su casa en busca de los rifles que no hallaron (después he oído muchas veces que estaban escondidos en un hoyo debajo de la cama de mi tía); la necesidad en que luego se encontró mi tío Diego de salir del país; las ca-

ricaturas de los periódicos que me divertían mucho, y una charada, entonces muy conocida, que aprendí de memoria y que aún recuerdo. Hela aquí:

Mi primera es la primera
piedra de un grande edificio
al que mira Dios propicio
y ha vinculado su amor.

Mi segunda es un gran rey
de una gran parte de seres,
no son hombres ni mujeres
pero de alta estimación.

Mi tercera es igualmente
en su especie el primero
a quien además venero,
porque se halló en la Pasión....

De estas tres partes el todo,
señores, adivinad
si es acaso una deidad
o sólo un hombre cual yo.

Por cierto que cuando me la dijeron por primera vez, no pude adivinar fácilmente esta pobre charada, pero con una ligera ayuda, pude exclamar llena de satisfacción: ¡Pedro León Gallo!

También recuerdo que en aquellos días tormentosos cayó preso el gringo Souper, a quien queríamos mucho en casa; dijeron que por haber ido adonde un armero, para que le compusiese una escopeta, el Gobierno lo había aprehendido; pero parece que en realidad iba adonde ese armero para que compusiese, en secreto, los rifles que estaban en casa de mi tío. Apresaron también a Angel Custodio Gallo y a muchos otros caballeros que eran muy amigos de mi papá. Con mucha frecuencia nos mandaban, a Manuel y a mí, a verlos a la Cárcel—a San Pablo como se decía entonces—llevándoles siempre un canasto con frutas y dulces. Años después supe que el canasto no llevaba solamente frutas y dulces sino que éstos servían únicamente para encubrir revólveres y limas y otros utensilios para facilitar una revuelta de los presos o una fuga que nunca llegaron a realizar.

En otra ocasión llegaron de improviso, a casa de mi madrina, tres caballeros que solicitaban hablar con ella con mucho apuro. Esto fué terrible

para mí porque estaba el coche listo, en la puerta, para llevarnos, esa tarde misma a Pudahuel, propiedad entonces de mi tía Martina (hermana de mi padre) adonde yo iba, con mi madrina, a pasar una temporada de verano que era siempre un verdadero encanto para mí; salgo precipitadamente a ver quiénes eran los importunos. Cuál sería mi sorpresa al saber que eran don Domingo Santa María, don Federico Errázuriz y don Alvaro Covarrubias, que venían a pedir amparo a mi madrina porque se sabían perseguidos y deseaban esconderse allí. Mi madrina les dejó la casa con su servidumbre a su disposición y partimos inmediatamente a Pudahuel con gran regocijo de mi parte.

Mi madrina vivía entonces en la Alameda frente a la iglesia de San Francisco; al pasar, en el carruaje por delante de la casa de los Amunátegui, éstos estaban en la puerta de calle; al verlos mi madrina los llamó para advertirles, muy en secreto, de que en su casa dejaba a esos caballeros y para pedirles que fueran a acompañarlos. Los hermanos Amunátegui cumplieron en tal forma su promesa de acompañar a los refugiados que aquella casa, de ordinario solitaria, lóbrega y si-

lenciosa siempre, se transformó de pronto en centro de mucha agitación, con gente que entraba y salía, y hasta altas horas de la noche con sus salones iluminados. Era todo eso tan inusitado que acabó por llamar la atención del barrio y hasta de los transeuntes, por lo que se hizo imposible como escondite para esos caballeros; pero la policía no llegó jamás o porque era muy poco advertida o porque no quiso tomarlos.

Esto es todo lo poco que recuerdo de aquella revolución que, sin embargo, me preocupó mucho por las persecuciones a mi tío y porque conocía a casi todos los revolucionarios, especialmente a los Gallo, que eran muy amigos de mi papá y a quienes por consiguiente había visto mucho.

Después del regreso de Europa, mi tío Diego vivía en la calle de las Rosas muy cerca del convento de las Monjas Capuchinas; en aquella casa conocí a algunos extranjeros al servicio de Chile como M. Courcelle Seneuille, M. Gay, el Dr. Phillipi y al señor Domeyko, todos muy interesantes

para mí, porque mi tío me enseñaba a respetarlos hablándome de sus respectivos méritos y haciéndome comprender su gran valía. Al que traté más, porque se ocupaba de mí, fué al viejito M. Gay que me entretenía mucho contándome sus excursiones por Arauco y describiéndome las fiestas y costumbres de los indios. El retrato de él, que se conserva en el Museo de Pinturas, creo que ejecutado por Monvoisin, es de un parecido extraordinario, le recuerda admirablemente.

Algunos años más tarde, mi tío fué nombrado rector del Instituto Nacional, al que le dedicaba todo su tiempo y su atención constante. Su mujer, mi tía Rosalía Izquierdo, era la que hacía los honores del salón, pues mi tío llegaba tarde y sólo permanecía un rato en la tertulia nocturna de la que ya me era permitido participar. Mi tía era muy inteligente, bastante cultivada, muy descreída, de carácter varonil, pero sin perder sus cualidades y atractivos de mujer que eran muy acentuados. Leía mucho, escribía admirablemente bien y tocaba el piano maravillosamente; como además era cariñosa conmigo, era una mujer ideal para mí y sentía por ella una grande admiración y cierta secreta envidia, pues podía darse el gusto de verse

rodeada de hombres de talento, lo que constituía el ensueño de mi vida. Irradiaba simpatía y su talento me fascinaba. Era mujer de orden y exímia dueña de casa, que daba ejemplo por su incansable actividad. Su conversación era siempre amena, instructiva, muy original y de una personalidad muy acentuada.

Nuestra situación financiera a causa de la enfermedad de mi padre, era muy difícil y como había que atender a la educación de mis hermanos mi mamá se vió obligada a regresar con nosotros a Santiago, de la Hacienda de Concón—propiedad de su hermano José Luis—en donde habíamos vivido durante un año, y aceptar la invitación de mi tío Diego de vivir en su casa mientras se arreglaba nuestra situación económica. Allí fué donde nos sorprendió la trágica muerte de mi padre.

Enfermo de una grave afección cerebral, que no le permitía trabajar, se fué a San Antonio, en donde vivía su hermana Martina, en busca de las brisas del mar; pero, a veces, para gozar del campo, se trasladaba al fundo vecino: "El Rosario" de su hermano Lauro. Viajaba continuamente a caballo entre el fundo y San Antonio, hasta que un día llegó al "Rosario" el caballo sólo y con la

montura dada vuelta. Esto alarmó mucho a Lauro, como era natural, y salieron inmediatamente en su busca, pero infructuosamente. Se hacían las conjeturas más diversas y se temía que hubiera sufrido un asalto en el camino. Pero ¿y el cadáver?

La noticia nos fué transmitida con toda su horrible crudeza y nos produjo gran consternación. Mi mamá en el acto comprendió que había muerto, y suponía que trataban de suavizarle el golpe. Yo, con ese optimismo propio de la niñez, no podía creerlo y esperaba por momentos la noticia de su aparecimiento. Por desgracia, no fué así. Apareció, es cierto, pero cadáver, sumergido en el agua de un zanjón que bordeaba el camino, donde se le encontró con toda su ropa, su reloj, sus anillos y su dinero en los bolsillos, una vez que se logró desviar la corriente para sacarlo. Sin duda el caballo, posiblemente desbocado, intentó saltar el canal y lo arrojó allí y se sumergió en el agua, sin fuerzas para salir, pues la situación de la montura revelaba una caída violenta y acaso desesperada.

Mi tío Diego fué desde entonces nuestro padre, y lo fué de verdad, pues se preocupó de nuestro bienestar, de la educación de mis hermanos y

de mi desarrollo intelectual, dándonos todo su cariño y su consagración completa, con la mayor abnegación. Se preocupó ante todo de la edúcación de mis hermanos, que fueron colocados internos en el Instituto Nacional y, como yo quedé viviendo a su lado y mi instrucción era muy deficiente, puso gran empeño en dirigirla haciéndome estudiar historia que leía, con detención, todas las mañanas. Primero la historia antigua y griega y después la romana de Duruy, y en seguida, durante el almuerzo, me hacía preguntas sobre lo que había leído y me explicaba con claridad extraordinaria todo lo que yo no entendía bien. Así, poco a poco, haciéndomelo agradable, despertó en mi la afición por el estudio. Siempre me obsequiaba libros instructivos y amenos que me ilustraban en las bellas letras. Recuerdo especialmente una colección, en varios tomos, de extractos de todos los poemas clásicos, desde Homero a nuestro tiempo, biografías de todos los grandes hombres del mundo, noticias de los principales descubrimientos científicos y geográficos, etc., una verdadera enciclopedia muy interesante que ha sido la base de mis conocimientos. El primer libro ameno que me regaló, fué "Pablo y Virginia", traducido al inglés, porque

entonces yo no conocía otro idioma; después las poesías de Thomas Moore, que me encantaron; en seguida un diccionario biográfico inglés, y muchos otros que conservo religiosamente en recuerdo de su cariño.

Con frecuencia me hacía leerle en alta voz y me corregía todos los inevitables errores de un niño, lo que le he agradecido mucho, pues sin un ejercicio metódico no se aprende a leer. En otras ocasiones me tomaba de escribiente, más que para descansar, porque era un escritor infatigable, para ver mi letra y ortografía a la que atendía mucho, explicándome el por qué era necesaria. Es por eso que algunas páginas de libros de mi tío fueron a la imprenta de mi puño y letra. En fin, fué mi padre cariñoso, mi maestro imponderable y el que despertó en mí las aficiones literarias que me han procurado las satisfacciones más hondas y más nobles de mi vida. En su hogar sentí mis primeros anhelos, las primeras emociones del corazón y los primeros dolores del alma.

Más tarde, cuando ya era una mujer y podía apreciar mejor sus grandes cualidades, su conversación me ilustraba sobre todo lo que ocurría en el mundo, y, aunque siempre me entretenía, a ve-

ces chocábamos en algunas apreciaciones políticas o religiosas; entonces me decía irónicamente: "Parece que tú quieres ingresar entre las Madres de la Iglesia".

Como yo mantenía en casa una pequeña tertulia de algunos amigos, solía decirme: "Tú pretendes imitar a Madame Récamier, con una diferencia que ella recibía hombres superiores como Chateaubriand, los Montmorency, Benjamín Constand, etc., mientras que a tu salón llegan Fulano, Zutano o Mengano". No los nombro porque todos han muerto, pero tengo que reconocer que mi tío era injusto, a sabiendas y por embromarme, pues yo recibía entonces a todos los hombres de mayor cultura y talento de nuestra tierra y a los pocos extranjeros de valía que pasaban por acá. Bromas como éstas eran muy características de mi tío, y las hacía con mucha frecuencia en la intimidad de la familia.

He dicho que mi tío Diego, ya en los lejanos días en que vivía en la calle de Santo Domingo y redactaba "La Actualidad", era un gran charlador, alegre, bromista, siempre en perpetuo buen humor. En realidad así lo fué toda su vida. Su conversación, que con los años se fué haciendo cada

vez más interesante e instructiva, nunca fué—como sucede a veces con los hombres de ciencia—un tanto árida, nó, mi tío tenía el arte de hacer agradable a la ciencia, deleitar a sus oyentes al mismo tiempo que los instruía, sabía traer, con oportunidad, anécdotas curiosas o recuerdos cariñosos de algún hombre eminente o de alguna acción noble y generosa. Ha sido uno de los encantos de mi vida el conversar con gente eminente de modo que he conocido y alternado con muchos hombres de mundo o de ciencia, con muchos políticos chilenos y americanos —algunos distinguidísimos— pero ninguno superaba a mi tío en el arte de conversar.

Sabía muchas anécdotas de la Colonia, muchas más de las guerras de la Independencia, tanto de americanos como de españoles, e infinitas del tiempo en que él fué revolucionario; pero no las prodigaba ni eran, como pueden imaginar los que sólo conocen al historiador, sus únicas anécdotas ni siquiera las de su predilección. Tenía también muchas de los grandes escritores, especialmente españoles y franceses, que narraba con gracia y hasta anécdotas de hombres de mundo. Eso sí que éstas eran siempre sanas, nunca con doble sentido, jamás con la más leve alusión a alguna

miseria humana; todas sus conversaciones las podía oir, sin el menor sonrojo, una niña recién salida de las monjas. Otra de sus características era que consideraba que la vida privada de cada cual era realmente privada, es decir un recinto vedado al que nadie tiene derecho a entrar. Mi tío era muy apasionado, sobre todo cuando estaba en alguna lucha y muy especialmente si era en defensa de las libertades públicas o de la enseñanza del Estado, entonces era terrible; pero jamás atacaba a sus adversarios sino en sus actuaciones públicas.

Gran entusiasta por Voltaire—a quien admiraba sobremanera—es quizás por ello que sus bromas eran esencialmente volterianas. Generalmente trataba de poner de manifiesto—lo que él consideraba como el mayor ridículo para un hombre—la incultura intelectual y ¡ay! si pillaba a uno de sus adversarios políticos en un error de raciocinio porque el cuento lo repetía y adornaba de mil maneras diferentes.

Mi tío era notoriamente descreído y anticlerical, peleaba firme con los clérigos, especialmente con don Crescente Errázuriz. A ambos les he oído yo, en la vejez, reirse de esas peleas de juventud; fueron ¡buenas peleas! solían decir ambos.

Pero a pesar de todo esto nunca presencié en su casa ninguna discusión religiosa desagradable, ni aún conmigo que, como me quería mucho y sabía que yo también le quería lo mismo, usaba de menos tolerancia que para con los demás.

Tanto mi tío como mi tía tenían en materia de tolerancia, refinamientos de grandes señores. En la cuaresma, que generalmente pasaban en su quinta de San Bernardo, si había algún alojado —aunque fuese alguno de mis niños—se le hacía la comida adecuada y si eran personas de entidad —como su consuegra—la comida para todos era la preceptuada por los cánones y, como ninguno de los dos estaba al corriente de las facilidades otorgadas en los últimos años para el hemisferio sur, aquellas comidas resultaban de una ortodoxia a la antigua, enteramente ajustada a los preceptos trentinos.

Cuando tenían visitas de personas muy creyentes, mi tío, que habitualmente dirigía la conversación, tocaba, con una erudición pasmosa, temas religiosos. Quizás puedo decir que tenía una pequeña vanidad en lucir estos conocimientos. Cuando estuvo escondido, durante la revolución de 1891, en el convento de Apoquindo, se dedicaba

cada tarde a relatar a los novicios la vida del Santo del día que conservaba en su memoria desde los lejanos tiempos de su infancia; así me lo ha aseverado don Crescente Errázuriz que, en aquel entonces era el Prior de la Recoleta y quien había escondido a mi tío en la casa de campo de Apoquindo. Pocos años antes de que muriese fuí a pedirle, en nombre de mi hija, que quisiera ser el padrino de bautismo de una de sus niñas. Aceptó con el mayor agrado, pero me pidió que preguntase al cura si lo aceptaba o no como padrino porque "es posible que si me acepta tenga más de un desagrado con algún feligrés y no quiero ponerlo en esa dificultad." Así lo hice, y encontré la mejor voluntad de parte del cura de Santa Ana. Como mi tío llegó con toda puntualidad a la iglesia, antes que todos los demás, el cura le recibió en su salón y estuvo conversando con él largo rato. Había allí un gran retrato de pintura del cura Olea a quien mi tío había conocido mucho. Gracias a su prodigiosa memoria, mi tío pudo contarle a su sucesor toda la vida y las buenas obras que, en el curato y en la sociedad, había ejecutado el señor Olea. Después le habló de temas religiosos y con gran entusiasmo de San Agustín y de Santo To-

más, padres de la Iglesia que siempre recordaba con la mayor admiración. El cura quedó encantado con mi tío y después, cuando al entrar a la iglesia le vió cumplir admirablemente con todas las formalidades rituales y contestar, en latín, por su ahijada, quedó maravillado y me daba repetidamente las gracias por haberle proporcionado la ocasión de conocerlo. Desgraciadamente su contento duró poco porque, como lo presumía mi tío, muy luego le molestaron algunos exaltados feligreses.

Pasaron los años y llegó, por desgracia, la enfermedad que tronchó su vida rápidamente. El doctor Lucas Sierra, que lo atendía con especial cariño, me dijo que su enfermedad y su muerte fueron dignos de un estoico y me refería que, después de imponerse de lo irremediable de su dolencia, le rogó que no hiciese nada por prolongarle la vida, que dejase obrar a la naturaleza, que no había razón alguna que justificase el que pretendieran alargarle la vida artificialmente, que creía haber cumplido su misión en la tierra, y se opuso enérgicamente a un determinado régimen curativo en que insistía su sobrino político el doctor Vicente Izquierdo.

Nunca lo ví abatido y pocas horas antes de expirar, en mi presencia, le explicó a mi primo Adriano Borgoño, la diferencia entre el barómetro y el termómetro, con tantos detalles como un profesor haciendo clase, lo que me dejó maravillada; esa misma noche falleció: era el 4 de Noviembre de 1907. Puedo, pues, decir con verdad que mi tío Diego fué, ante todo, un gran maestro que vivió y murió enseñando.

Mi tío ha dejado un hondo zurco en la sociedad chilena y es quizás por eso un hombre tan apasionadamente discutido; pero sus actuaciones como maestro, como historiador y como servidor público pertenecen a la historia y yo sólo hilvano memorias de modo que no tengo por qué tocarlas; pero diré sí que le conocí muy íntimamente y que le considero como uno de los hombres de mayor capacidad intelectual y de mayor cultura que haya conocido, y al juzgarlo así no me perturba el mucho cariño que le tuve y que conservo por su memoria.

El incendio de la Compañía

La iglesia de la Compañía había pertenecido a los Jesuítas, por eso llevaba el nombre de la

congregación: Compañía de Jesús. Estaba ubicada en la calle de ese nombre en la esquina de la de Bandera, en la parte que hoy ocupa el jardín del Congreso Nacional, en donde está la Virgen que se alza allí en conmemoración del más luctuoso suceso acaecido en esta ciudad de Santiago. La Virgen ocupa precisamente el sitio en que estaba el Altar Mayor.

En esta iglesia se celebraba siempre con grande esplendor el mes de María que ha sido siempre una de las devociones favoritas de nosotras las chilenas. En ese año predicaba, con su habitual elocuencia, un sacerdote de gran reputación como orador sagrado: don Juan Ugarte. Esto atrajo, durante todo el mes, a las señoras más distinguidas de nuestra alta sociedad y con mayor razón en el último día, en el día de la Virgen. La asistencia parece que fué realmente extraordinaria no solamente de señoras y de niñas, sino también de caballeros.

Esta distribución religiosa tenía lugar después de comer, cosa que se hacía muy temprano en aquella época. El día 8 de Diciembre la gente se apresuró a llegar con tiempo para tomar buena colocación y así poder oir bien al predicador; co-

mo entonces no había asientos para las mujeres en ninguna iglesia, sólo los hombres eran favorecidos con algunas sillas, nosotras teníamos que llevar una pequeña alfombra para sentarnos en ella y no sufrir tanto con el frío de los ladrillos. Estas alfombritas parece que enredaron a muchas de las víctimas de esta horrible catástrofe, y lo mismo que la amplitud y resistencia de los vestidos de las señoras, contribuyeron a inmolar a muchas en ese día de lúgubre memoria.

La iglesia era más bien pequeña, de una sola nave y sin más puertas de salida que una grande en la fachada y una pequeña, en la sacristía contigua al Altar Mayor, que permitía salir a un callejón que separaba la iglesia del edificio del Congreso, entonces en construcción.

El altar de la Virgen estaba esa tarde muy engalanado con tules y flores artificiales, que eran las únicas que se usaban entonces en las iglesias, y muy iluminado con profusión de velas, única luz que podía usarse en aquellos días a más de las lamparillas de aceite. De improviso comenzaron a quemarse los tules, lo que quizás no se advirtió, por los fieles, desde el primer momento y no pudo sofocarse por eso el incendio, el que fué cundiendo

con rapidez a causa de las flores que, como eran de tela encerada, facilitaban extraordinariamente la propagación del fuego. Por las colgaduras del altar trepó hasta la cúpula que era toda de madera y en poco tiempo abrasó toda la iglesia.

Parece que, en un principio, la gente que estaba bien colocada, no pretendió moverse creyendo que se lograría sofocar en el acto el pequeño fuego; pero, cuando éste se hizo amenazante, se abalanzaron todas a un mismo tiempo hacia la puerta de entrada, con tal empuje y precipitación, que se formó en ella una masa humana y una lucha entre las que desesperadamente querían huír de la hoguera y los que anhelaban entrar para salvar a los suyos. Se dijo entonces que los caballeros se libraron más fácilmente que las señoras porque, como estaban en el Presbiterio, salieron por la puerta de la sacristía y que las señoras, como no pueden subir a los presbiterios, no se les ocurrió hacer lo mismo. La confusión dicen que era enorme, que el humo no dejaba ver, que era imposible el respirar, que nadie podía conservar la calma y el raciocinio en semejantes momentos de horror; que la puerta quedó materialmente obs-

truída con una masa humana hasta una altura considerable.

Esa tarde iba yo a salir de visitas con mi mamá, a las cinco de la tarde (hora en que ya habíamos comido) cuando pasó por casa y me convidó para ir a la Compañía una niña vecina nuestra: Sabina Ureta. Iba con mucho entusiasmo y me instó mucho para que fuésemos juntas, pero mi mamá no quiso que fuese sino que la acompañase a salir como habíamos resuelto con anterioridad. La pobre Sabina quedó dentro de la Compañía, no la vimos más. Así, gracias a la negativa de mi mamá, me libré yo de ser una de las innumerables víctimas de aquella tragedia espantable.

De regreso de nuestra visita veníamos por la Alameda, muy alarmadas con la noticia, que circulaba sembrando espanto, del incendio de la Compañía, en dirección a nuestra casa que era la de mi tío Diego, situada en la calle de las Capuchinas (hoy Rosas) cuando comenzaron a contarnos, las mujeres del pueblo que íbamos encontrando, los mayores horrores del incendio. Mi mamá que era mujer muy tranquila me decía: "No creas esas exageraciones, son hijas del pavor que producen

los incendios, vamos a ver y te convencerás de lo que te digo". Desgraciadamente la realidad era mucho más pavorosa que los relatos más espantables.

La tarde caía en una penumbra lúgubre por la iluminación tardía y deficiente cuando llegamos a la Plazuela de la Compañía por la calle de Bandera. Al enfrentar al templo sólo vimos el rojo vivo del fuego que ardía en el interior, al través del arco de la puerta, cubierta en su parte baja por una masa negra que la cerraba hasta la mitad de la altura. Después me explicaron que lo que cubría y cerraba la puerta en su parte baja era el hacinamiento de cadáveres de las gentes ahogadas y aplastadas allí en la lucha entre los que intentaban salir despavoridos y los que bregaban por entrar a librar a los suyos de aquella hoguera.

Como la policía impedía acercarse resolvimos ir a casa de las Barros Valdés, primas de mi padre que vivían en la vecina calle de Huérfanos, a quienes suponíamos que habrían asistido a esa función religiosa por ser muy devotas y tratarse del último día del mes de María. En efecto había ido una de ellas: Rosa, en la compañía de su hermano Salvador, muy chiquillo entonces, quien con la

agilidad propia de sus pocos años logró salir, mas no así la pobre Rosa, de quien no supimos más; no logramos reconocer su cadáver.

Todas las calles vecinas estaban invadidas por gente que acudía a buscar a los suyos o a inquirir noticias, que gemía y lloraba; donde quiera que fuimos hallamos siempre el mismo cuadro de espanto y de horror; la ciudad entera quedó como extenuada de dolor.

Pero aún nos quedaba más que sufrir. Dos días después se pudieron extraer los cadáveres hacinados entre las ruinas del templo y el Intendente comenzó a trasladarlos al Cementerio General. No había carros fúnebres en que hacerlo de modo que hubo que recurrir a los simples carretones que cubrían como se podía, hasta con pasto y hasta el pasto se acabó; el olor a carne quemada se expandió por todos los alrededores de la iglesia hasta hacerse insoportable; fueron días horribles cuyo recuerdo, a pesar de los años, aún me enferma.

Como los cadáveres, en su camino al Cementerio, tenían que pasar frente a casa, mi mamá—que estaba, a pesar del carácter varonil, tan impresionada como todas—no permitió que se que-

dase ninguna ventana abierta y ordenó cerrar la puerta de calle, en señal de duelo. Pero yo conseguí entreabrir un postigo y no puedo olvidar todavía aquel horrendo espectáculo de los carretones cargados de mujeres carbonizadas pero enteras, con la rigidez cadavérica y el espanto en el semblante y la actitud.

En este incendio murió tal cantidad de señoras y niñas de nuestra sociedad que puedo asegurar que no quedó familia alguna de la aristocracia de Santiago, que no perdiese algún deudo; las listas de desaparecidos que publicaron los diarios eran interminables. Recuerdo que al caer la campana de la torre, que se derrumbó muy luego, aplastó a la madre de don Manuel Irarrázaval y a una de sus hijas y que estas dos señoras fueron reconocidas fácilmente al levantar la campana, porque ésta las había sustraído a la acción directa del fuego.

Es fácil comprender y muy difícil describir la impresión desgarradora que esta catástrofe produjo en la sociedad y en la ciudad entera; pero felizmente de tanta desgracia brotó la idea primero y la realidad después de una de nuestras más hermosas fundaciones: el Cuerpo de Bomberos de San-

tiago. A él acudieron todos los jóvenes de aquella época para servir generosa y abnegadamente, para acudir en auxilio de los infortunados que veían devoradas por las llamas su casa y sus haberes. Los bomberos despertaron entonces tal entusiasmo entre todas nosotras que no había fiestas más concurridas que sus ejercicios y todas acudíamos a cada incendio por ver a los bomberos.

JUVENTUD

Mi entrada al mundo social

Cierta precocidad natural, fruto sin duda de mi educación y del contacto a diario con personas de edad, me permitieron figurar en sociedad desde muy chiquilla.

Tenía apenas catorce años cuando fuí a mi primer baile. Este tuvo lugar en el salón del segundo piso del Teatro Municipal que entonces tenía entrada independiente, organizado por la Sociedad Filarmónica, formada por un grupo de caballeros distinguidos que seleccionaban tanto a las familias que invitaban como a los jóvenes, los que debían pagar una cuota anual para poder asistir a las fiestas que allí se daban.

Recuerdo como un sueño encantador aquella entrada mía al salón, rodeada de jóvenes que solicitaban poner su firma en mi tarjeta de baile, la que se llenó completamente antes de recorrer el

salón. Ninguno de ellos me atraía especialmente ¡era tan chiquilla!, pero todos me interesaban con el atractivo de un libro que podía leer.

Mi único terror era que mi mamá divulgara mi edad pues me parecía que al saberme tan chiquilla toda esa pléyade de brillantes admiradores se iba a desvanecer como burbujas de jabón.

Pasó aquel baile y vino para mí un reverso casi trágico. El menor de mis tíos paternos, Pancho Barros Valdés, joven buen mozo, elegante y con todo el prestigio de la fortuna y de un reciente viaje a Europa, era mi novio ignorado, pues aunque nada o casi nada me habían hablado de matrimonio y muy poco de amor, sin embargo aquello estaba más o menos arreglado, con mi mamá y mi tío Diego, después de los días de mi papá y se esperaba solamente que mi edad lo permitiera para que fuera un hecho. Así las cosas, sufrió Pancho repentinamente un horrible ataque de parálisis que lo tuvo a la muerte.

En medio de las alegrías de mi nueva vida, después de aquel baile encantador, aquello no alcanzó a afectarme pues la juventud es cruelmente egoísta y gusta sólo de lo que la divierte. Sin embargo, cuando Pancho mejoró, mi mamá me llevó

a verlo, y el pobre al escuchar mi voz rompió en una horrible carcajada nerviosa mezclada de sollozos, que lo tumbó sobre un sofá y acabó en llanto histérico y convulsivo.

Jamás había sufrido yo una impresión tan honda, pero en lugar de atraerme con esa prueba de cariño, no sentía más que el deseo de arrancar y de alejarme de él para siempre. Crueldad instintiva y feroz que no tenía más excusa que mis pocos años y que no conocía el amor. Esa carcajada me parece que la siento todavía y me causa horror.

Más tarde llegó el amor como brillante mariposa que se prenda de la luz que la ha de consumir; pero, con el desacierto de los primeros pasos en la vida, me atrajo un joven que se distinguía por su fortuna y situación social, mas no brillaba por su saber intelectual. Un viaje a Europa lo alejó de mí y más tarde se casó con una niña muy bonita, que fué después una de mis más íntimas amigas.

Aquel primer ensayo no me dejó la menor impresión en el alma, pero no volví a sentirme atraída por nadie durante muchos años; los que me insinuaban no me gustaron y comencé a com-

prender que la única aspiración de mi vida era encontrar a un hombre que me cautivara por su talento, que era lo que más admiraba.

En aquellos años las familias se visitaban mucho entre sí.

Los grandes bailes, las tertulias más íntimas y las frecuentes visitas familiares constituían, casi por completo, la vida social, pues había poco teatro y casi ninguna otra distracción.

Entre las relaciones que frecuentaba mi mamá recuerdo a la familia del Almirante Blanco Encalada, quien fué amigo de su padre y mantuvo siempre la mayor intimidad entre ambas familias. La del Almirante tenía una brillante situación social, sobre todo después de haber sido Ministro Plenipotenciario en París durante el reinado de Napoleón III, que le dió ese prestigio que rodeaba entonces a las personas que iban a Europa y en especial a aquellas que habían figurado en la Corte fastuosa de Napoleón.

Sus hijas habían hecho matrimonios brillantes: Carmela, la mayor, con don Rafael Correa y Toro, hijo de la Condesa Toro; Mercedes, con Villamil, rico heredero boliviano, educado en Europa en donde creo se casaron; Teresa la menor, que

era muy bonita, casó con Echeverría, joven chileno de gran familia, enormemente rico y suntuoso a quien llamaban Montecristo, por el lujo que gastaba y en recuerdo del héroe de una novela de Dumas, muy en boga en aquellos días.

Era tan enorme la fortuna de Echeverría que oí que para comunicar a la sociedad de Santiago su compromiso con Teresa Blanco, dió un baile en su casa de la calle Morandé esquina de Moneda (hoy del Seguro Obrero y de la Caja de Ahorros) y en la testera principal del salón puso el nombre de su prometida: "Teresa" con brillantes.

Esta niña tan bella como dichosa, sufrió la muerte más horrorosa en plena juventud. Visitando, con su marido, las máquinas que trituraban los metales de sus minas en el Norte, una de las chancadoras cogió sus vestidos, que eran muy amplios, y la arrastró, triturándola en el acto sin que fuera posible salvarla debido a la resistencia de los aceros de su crinolina.

Otro hijo del Almirante era Florencio, joven de una belleza física extraordinaria y con la distinción de su porte y sus maneras de un hombre que se había formado en el ambiente de una Corte brillante, pues permaneció en París casi toda su

vida, haciendo viajes a Chile de vez en cuando para ver a sus padres. Entonces lo teníamos con frecuencia en casa y como me tomaba en cuenta y como me trataba como a una niña grande y me hacía tocar el piano y cantar lo poco que sabía, me parecía adorable. En el último de sus viajes llegó casado con una rusa, la Princesa Troubeskoy, de algunos años más que él, pero bien conservada y muy hermosa, que vestía con lujo y elegancia y gozaba del prestigio consiguiente a su elevada alcurnia.

Este matrimonio se había hecho en París con mucha pompa y haciendo ella gran alarde de su pasión por Florencio. Escribió un libro, que repartió en la intimidad, revelando que se recogió en un convento para borrar todo su pasado y entregarse pura como una hostia a su novio adorado. Reproducía allí muchas de las cartas apasionadas cambiadas entre ambos las que leí encantada en esa edad de todas las ilusiones, y contemplaba aquella pareja como la más ideal que se podía soñar.

Andando el tiempo fueron asomando los celos en ella, pero tan novelescos como su noviazgo, y llegaron éstos a tal extremo que se lo llevó de

nuevo a Europa, alegando que allá ella lo podía seguir en sus escapadas, mientras que aquí todo el mundo lo amparaba. Murieron sus padres y Florencio no volvió más a Chile, pero luego se supo que se habían separado y algunos años después murió el pobre Florencio en París completamente abandonado y en gran pobreza. Su mujer, la brillante princesa, se negó hasta a pagar los gastos del entierro; pero el Gobierno de Chile repatrió sus restos por ser los de un hijo del glorioso Almirante Blanco. Carlos Antúnez, que era entonces Ministro de Chile en Francia, fué quien me impuso de estos tristes detalles. Así se extinguen las más brillantes llamaradas.

Don José Tomás Urmeneta fué el amigo más íntimo de mis padres, padrino de Manuel mi hermano, conservamos su amistad hasta su muerte. Casado con doña Carmen Quiroga, tenía dos hijas: Amalia que casó con don Maximiano Errázuriz y Manuelita con Adolfo Eastman. Sólo ví muy pocas veces a Amalia y su marido, que fueron los padres de mi querida amiga Amelia Errázuriz de Subercaseaux; a quien tampoco frecuenté entonces; pero ví mucho, en mi niñez, a sus otros hijos: José Tomás, Guillermo y Rafael que eran chicos y que

se entretenían en hacerme rabiar, hasta que José Tomás, que era el mayor, me libraba de ellos.

Don José Tomás Urmeneta era un caballero muy respetable y distinguido, educado en Inglaterra, en donde no solamente había adquirido la cultura inglesa sino también los hábitos, las aficiones y todas las condiciones morales, y aún diría las físicas que caracterizan al "gentleman".

Su figura era muy interesante, algo delgado, vestía con elegancia y era muy cuidado de su persona. Fué uno de los primeros y muy pocos que usaban sobretodo en vez de capa española, entonces muy de moda. Estirado y seco en apariencia, era en la intimidad alegre, bromista de buen tono y muy amable. Conmigo hablaba mucho en inglés y quizás por esa circunstancia y por mis gustos ingleses me trataba con especial afecto. Como íbamos con frecuencia a comer a su casa quiso que me habituara a beber whisky que él tenía costumbre de tomar después de comida. El mismo me lo preparaba mezclándolo con agua, azúcar y tajadas de limón y qué se yo que otras cosas más que, lejos de hacérmelo agradable, me lo convertían en un tormento que tenía que tragar con el mayor disimulo para que así don José Tomás no se diera

cuenta que no me gustaba. Esto se repitió siempre, después de cada comida, porque nunca me atreví a decirle que no me gustaba por el temor de desairarlo.

En sus últimos años vivía en un espléndido palacio de la calle de las Monjitas que él mismo ordenó edificar, de conformidad a sus hábitos y a sus gustos. Recibía con mucha frecuencia, sobre todo a comer, pero en la intimidad. En mi tiempo nunca dió grandes bailes, ni comidas suntuosas, pues vivía sólo con su señora, porque sus hijas estaban casadas desde hacía tiempo; pero él bastaba por sí solo para dar vida e interés a su hogar, pues era muy atrayente y de mucho hábito social.

Era muy aficionado a la música de modo que tenía permanentemente palco en el Teatro Municipal del que usufructuaban más sus relaciones que él mismo que, en sus últimos años, salía muy poco. En cambio invitaba, con frecuencia, a los cantantes y músicos que más le agradaban, a su casa, para oírlos con más comodidad. Entre muchos otros recuerdo haber oído tocar en su salón al famoso pianista Goltschak.

Con profunda pena vi desaparecer, hace poco, su hermoso palacio que era lo único que ya quedaba de aquel hogar tan señorial y de una distinción suprema.

Los veranos los pasaba en su quinta situada en el barrio de la Recoleta, inmediatamente detrás del actual Cementerio Católico, en la "Quinta Bella" que llevaba muy bien su nombre y en donde pasé días muy agradables.

Recuerdo que en una ocasión nos convidó al estreno de la capilla en un Jueves Santo. Esta era pequeña y bonita en el exterior, pero no pudimos ver el altar y sus adornos interiores, porque estaba totalmente cubierta de colgaduras negras de duelo; sólo se veía delante del altar un gran crucifijo rodeado de altos candelabros con velas de cera encendidas, con esa luz mortecina que produce una impresión tan dolorosa.

Entraba y salía alguna gente del vecindario rezando en alta voz y los inquilinos de los fundos de los alrededores, mientras en el púlpito un clérigo rezaba las Estaciones. Las mujeres vestían de negro, con un manto también negro que las envolvía por completo, y los hombres con sus trajes domingueros: gran chupalla puntuda y anchas alas

y cordones de colores vivos; chaqueta corta, generalmente también de color vivo con muchísimos botones; pañuelo rojo atado al cuello y faja también roja alrededor de la cintura; con manta larga y obscura los más viejos, con manta corta y de muchos colores puesta sobre el hombro los muchachos; botas muy altas que llegaban a la mitad del muslo, de cuero con muchas labores, hebillas y correas flotantes, con tacones muy altos para sostener grandes espuelas con enormes rodajas. Los más pobres y los niños vestían de mezclilla y ojotas o iban simplemente descalzos.

En estos días de recogimiento muchos llevaban la cabeza atada con un gran pañuelo de muchos colores y con la chupalla en la mano. Hombres y mujeres demostraban un gran recogimiento, una fé y un misticismo extraordinario que hoy no se vé y que es hasta difícil imaginar.

Como se nos hiciera un poco tarde para regresar, nos convidaron a comer, pero tropezamos con que, después de la comida que se servía a eso de las cinco de la tarde, no podíamos regresar a casa pues estaba prohibido el tránsito de coches después de la puesta del sol. Felizmente el cura que

estaba allí se ofreció para traernos a casa en el coche parroquial en que salían con el Santísimo y que, como tenía pintados en el exterior los emblemas eucarísticos le era permitido transitar por las calles de la ciudad aún en los días Jueves y Viernes Santo en que todo tránsito de vehículos estaba prohibido. Así, pues, desde la "Quinta Bella", en las afueras de la ciudad, hasta mi casa, situada entonces a la entrada de la calle del Dieciocho, anduve yo en el coche del Santísimo. Creo que pocas podrán contar lo mismo. La "Quinta Bella" tuvo muchos años más tarde otro atractivo para mí porque fué de propiedad de Manuel, mi hermano, y un recuerdo muy doloroso porque allí falleció este mi hermano tan querido.

Recuerdo también con mucho agrado a Alberto Blest Gana vecino nuestro en esa época, hombre culto, refinado y caballeroso, dedicado ya a las letras y de conversación muy atrayente. Me regaló los poemas de Campoamor que hicieron mis delicias por muchos años y que los debí al entusiasmo con que me los elogió.

Su mujer, Carmelita Bascuñán Valledor, era de conversación muy entretenida para mí, pues

contaba con mucha gracia y picardía los acontecimientos sociales del día.

Más tarde fué a Europa Alberto con su familia, a ocupar el puesto de Ministro en Francia que desempeñó por muchos años y murió allí sin volver jamás a su patria, pero recordándola siempre en su conversación y en sus novelas, que le dieron gran reputación en su tiempo y hasta hoy se leen con interés.

Después de él tuvimos de vecinos a la familia Sanfuentes Andonaegui y desde mis ventanas divisaba con frecuencia la figura juvenil, viva y atrayente de Enrique Salvador, muchacho muy buen mozo, que miraba y sonreía pero que nunca traté entonces sino mucho después cuando ya descollaba por su inteligencia y su elevada situación política. Siendo Ministro de Estado durante la administración de Balmaceda, le oí un discurso de primer orden que pronunció en una sesión memorable del Senado poco antes de estallar la revolución. Después fué a Europa como Ministro en Francia y no volví a verlo hasta muchos años más tarde siendo Presidente su hermano Juan Luis y pensé en las fluctuaciones y errores de la pasión política, pues Enrique tenía mejores títulos para

llegar a la altura que alcanzó su hermano con menos condiciones. Se lo dije entonces y noté que aquello le impresionó. La inteligencia y el carácter no bastan para conquistar adhesiones; la bondad, la simpatía y la generosidad ejercen gran influencia para triunfar en la vida y eso lo tenía Juan Luis sin duda alguna, pero no podía decírselo. Esas cumbres tan codiciadas son sin embargo un presente griego que encierra engaños y grandes desencantos. En mi vida he conocido de cerca a muchos Presidentes y puedo decir que los he visto, tanto a ellos como a sus familias, entristecidos, desdichados, hasta amargados. Algunos han muerto en el cargo y son pocos los que han sobrevivido algunos años a su paso por la Moneda.

Mi mamá, que recibía de noche como todas las señoras de aquel tiempo en que se comía temprano y había poco teatro donde pasar las horas largas del atardecer y de la noche, mantenía una tertulia pequeña pero seleccionada. Allí veía con frecuencia a Cirilo Vigil, a don José María Barceló, a Santiago Godoy, pariente suyo muy inteli-

gente, a don Manuel Blanco Cuartín, quien me encantaba con su charla tan amena como variada y me entretenía extraordinariamente con su gracia inagotable. Más tarde pude apreciar mejor sus grandes condiciones intelectuales y sus cualidades de escritor sagaz e intencionado y de polemista ardiente. En realidad, Manuel Blanco Cuartín fué un gran periodista en una época de esplendor de la prensa nacional.

Una noche de cada semana era mía la tertulia de casa y recibía jóvenes y amigas mías, como Elisa Puelma, que después casó con mi hermano Manuel y otras muy contadas de la aristocracia liberal de aquellos años. Entre los jóvenes recuerdo que eran los más asiduos Domingo Matte, Francisco y Guillermo Puelma Tupper, Valerio Quesney, Emilio Concha y Toro y algún otro. Sólo conversábamos, generalmente, de política y muy especialmente de letras; mi mamá no permitía el juego de cartas que era corriente en las tertulias de Santiago en aquellos días.

Talca

Mi mamá, como he dicho, era hija de talquina, de modo que conservaba, en aquella ciudad,

muchas relaciones de familia, entre las cuales su tía doña Carmen Vergara de Lois era la preferida. En el deseo de ambas de volverse a ver, mi mamá emprendió un viaje conmigo a Talca, en el invierno del año 66, y nos alojamos en casa de don Nicolás Lois, hijo de la tía Carmen, con quien ella vivía.

La casa, a pesar de los terremotos, subsiste aún, pero después del último le han variado un poco la fachada. Esta casa era señorial, enorme, con numerosos patios a diestra y a siniestra, algunos de ellos con lindos naranjos y curiosas plantas, que debían hacerla muy agradable en verano, pero en invierno era excesivamente fría.

Acostumbraban allí tener constantemente inmensos braseros con carbón de espino muy bien encendido, en cada una de las piezas; pero, como no cerraban las puertas, el aire de afuera superaba al calor del fuego. Mi mamá protestaba de las puertas abiertas que, en la pieza en que recibía, daban a tres patios, las que naturalmente se cerraban por darle gusto, pero que abrían las visitas apenas llegaban, por miedo a la asfixia que creían producía el carbón. Los caballeros viejos rodeaban el brasero, pero las señoras se ponían a regular

distancia porque se sofocaban, y luego se las veía abanicarse agitadamente.

Se nos recibió con tanto cariño por la sociedad entera que las invitaciones nos llegaban a diario. Las reuniones eran generalmente de confianza en que se bailaba y se cenaba muy bien; a última hora se servía ponche en leche caliente, que lo llamaban "gloriado", y se bailaba inevitablemente la zamacueca. En ésto eran eximias las señoras principalmente y alguna que otra niña, pero todas lo hacían con mucho arte y mucha gracia. Allí, como era natural, aprendí a bailarla. y después en Santiago fué mi fuerte en todos los bailes a que asistí. El famoso violinista White compuso la famosa zamacueca que lleva su nombre, viéndome bailar y siguiéndome por todo el salón con su violín.

En esas reuniones de Talca los jóvenes sólo se acercaban a las niñas en el momento de bailar y después las dejaban al lado de la mamá, y desaparecían y sólo se les veía asomándose por las puertas. Esto mismo sucedía en Santiago, pero no con tanta rigurosidad, acá solíamos quedarnos paseando entre baile y baile.

Durante nuestra permanencia en Talca llegó a la ciudad, muy enfermo, el General Bulnes, en viaje rápido desde su hacienda "Canteras"; el doctor Brunner fué a atenderlo desde Santiago y luego lo trajo a ésta. Los grandes merecimientos del General y la creencia arraigada de que ésta sería su última enfermedad produjeron en Talca una honda emoción.

Y ya que recuerdo los viajeros de paso, no olvidaré otro que, en aquellos días, cruzó por la ciudad dejando una impresión absolutamente diversa por cierto. Una tarde sentimos gran agitación en la calle producida por el paso de un gran carruaje, salimos inmediatamente a imponernos de lo que ocurría, y se nos dijo que llegaba a Talca en ese instante un señor Ignacio Luco, si mal no recuerdo, caballero muy fastuoso que acostumbraba hacerse anunciar en la ciudad que pasaba y reunir gente para que le vitorease, a su paso por las calles. En efecto en esta ocasión el carruaje venía rodeado de muchachos que le vivaban y el caballero se asomaba por la ventanilla de la calesa, les saludaba cortesmente y les arrojaba monedas. Se contaban mil anécdotas de este personaje curioso; recuerdo sólo una, pero que revela su manía de grandiosidad. En un hotel del camino le

cobraron un día el valor de sus consumos, que no podía ser muy grande por cierto en una posada de aquellos años, y muy malhumorado preguntó con voz estentórea: "¿Tienen vuelto de un fundo?"

Nuestra permanencia en Talca fué muy agradable tanto que nos costó mucho resolvernos a regresar. Allí contrajimos una gran amistad, que después continuamos en Santiago, con un médico italiano, el doctor Vanzina, muy culto y con grandes aficiones literarias y con una historia muy romántica que lo hacía muy simpático. Decía el doctor que desde muy joven se enamoró pérdidamente de una prima adorable, a la cual no podía pretender mientras no tuviese una situación que ofrecerle. Cuando ya iba a recibir su título de médico y creía que iba a poder realizar el ideal de su vida, la prima casó con otro y no volvió a verla por muchos años. En su deseo de olvidar resolvió venir a América a ejercer su profesión, pero antes quiso despedirse de ella y fué hasta los alrededores de Milán, en donde residía la ingrata. La encontró, pero muy enferma, y como su presencia y el adiós la impresionaron en extremo, sufrió un síncope. "Una vez que se recobró, agregaba el doctor, la

hice tomar una poción y fué tanta la emoción de mi prima que con sus dientes hizo pedazos el cristal del vaso." Bajo esta conmovedora impresión, me decía, tuve que retirarme, ya muy tarde de la noche, ¡en Pascua de Navidad! soportando, en mi viaje a pie hasta la ciudad, la nieve que caía en abundancia y que cubría, como mortaja helada, toda la campiña. Vivió muchos años en Chile, más de veinte, al cabo de los cuales recibió la noticia de la muerte del marido de su prima, y en el acto partió a Italia para unir su suerte a la de su prima adorada. Así tan romántica era la vida en aquellos años de mi juventud!

La guerra con España

Por ese tiempo, más o menos, llegó a Valparaíso, procedente de España, una flota de guerra al mando del Almirante Pinzón que, según se decía, venía en excursión científica.

Los marinos fueron muy agasajados por la sociedad porteña. A mí me tocó conocer a varios de ellos y recuerdo especialmente a uno, de apellido Riaño, que estuvo enamorado de mi prima Antonia Borgoño Maroto. La flota permaneció po-

co tiempo y se dirigió al Perú, en donde se apoderó de las islas de Chincha. Lo demás es muy sabido: la alarma en toda la América y la guerra que declaramos a España.

El entusiasmo que habían despertado los marinos españoles a su paso por Valparaíso, se trocó en el acto en odio profundo a todo lo español; por todas partes todos embestían contra los pobres godos inocentes, que tenían pequeños negocios, especialmente en Santiago. Recuerdo con espanto haber visto en la Alameda a un huaso, que galopaba en su caballo llevando atado a la montura a un infeliz español, que corría como loco, con la melena al viento, con los ojos saltados de terror, tratando de seguir la carrera del caballo y no caer y morir arrastrado.

Después volvió la Escuadra Española a Valparaíso, pero esta vez en son de guerra, al mando del Almirante Pareja, quien, después de su suicidio, fué reemplazado por Méndez Núñez.

Este, como es muy sabido, bombardeó al indefenso puerto de Valparaíso, y en seguida levó anclas para el Callao. Parece que sus oficiales le advirtieron que, batiéndose con las fortalezas del Callao, iba a perder los barcos y que entonces dijo

la famosa frase que está grabada al pie de su monumento, en el puerto de Vigo: "Prefiero honra sin barcos que barcos sin honra".

Durante el bombardeo un joven marino, de apellido Navarro, se resistió a hacer fuego contra la ciudad indefensa, y fué separado en el acto y enviado a la Argentina. Entonces se dijo que la resistencia de Navarro se debía a que estaba enamorado de una niña argentina, una señorita Lamarca que, en esos días visitaba Valparaíso. Era la verdad, ambos se casaron poco después en Buenos Aires y se fueron a residir a Madrid. Medio siglo después conocí, en esa ciudad, al único hijo de ese matrimonio: Carlos Navarro Lamarca, hombre de letras, muy culto y muy inteligente, casado con una argentina muy interesante: doña Elena Estrada de Navarro. Ambos me confirmaron lo que acabo de narrar y, el señor Navarro me agregó, que él conservaba grande afecto por Chile, en recuerdo de su padre que se lo había imbuído.

Veraneos

Invariablemente pasábamos, mi mamá y yo, los meses de Enero y de Febrero en Valparaíso,

en casa de mi tío José Luis Borgoño, quien vivía en los altos del Teatro de la Victoria, que era de su propiedad, situado en la plaza de ese nombre.

Su mujer, mi tía Margarita, hija del General Maroto, era una española bellísima y de una distinción suprema. Su madre era chilena, doña Antonia Cortéz quien, al regresar desde España a su patria, acompañada de sus hijos menores, murió con todos ellos al naufragar el barco en que venían. Mi tía, que había quedado en Madrid con su hermana Carmen y sus hermanos Rafael y Víctor, siguió viviendo allá al cuidado de una hermana de su padre hasta que éste volvió a América. Tanto el General como sus hijos Rafael y Víctor servían en el ejército del pretendiente don Carlos de Borbón, de modo que mi tía, estaba casi sola en Madrid, a donde llegaban, constantemente, las más horribles noticias de los desastres, reales o supuestos, del ejército carlista. Las impresiones de estas noticias produjeron en mi tía una alteración nerviosa, que la afectó durante toda su vida que, por lo demás, fué bastante trágica.

Una vez terminada la guerra carlista, con el famoso abrazo de Vergara, el General Espartero solicitó la mano de mi tía Margarita como para

afianzar aún más aquel tratado. Mi tía sentimental como buena española, no quiso renunciar al amor casándose con un viejo y rechazó esa proposición que, andando el tiempo, la habría llevado a la Regencia de España. Poco después vino a Chile, con su padre, y contrajo matrimonio con un hijo del General Borgoño, el contendor victorioso de su padre en las guerras americanas.

Esta señora era una hermosa mujer, alta, esbelta, fina de facciones, de cabeza pequeña y enorme cabellera negra como el ébano, tez blanca, grandes ojos negros, nariz perfecta, boca pequeña, y sonrisa encantadora que descubría preciosos dientes. Me solían decir, los españoles de distinción que llegaban a la casa, que doña Margarita Maroto y doña Eugenia de Montijo, más tarde Emperatriz de los Franceses, que eran muy amigas, fueron en un tiempo, las jóvenes más hermosas de Madrid. A mí me encantaba y no hay que olvidar que estaba habituada a ver a mi madre, que era muy bonita, y a mi tía Julia, que era la belleza más celebrada de su época.

En aquella casa pasábamos los veranos reunidos en familia los dueños de casa y sus hijas, mi tía Julia Borgoño, su marido y las suyas y mi

mamá conmigo. Con tantas niñas jóvenes y mamás tan hermosas se comprende fácilmente que vivíamos en fiesta constante. Antonia, la mayor de nosotras, era una niña muy interesante, de talento, apasionada y de voluntad muy poderosa; no necesito agregar que nos dominaba a todas.

Como se recibía muy bien, asistían por la noche muchos caballeros respetables y algunos jóvenes con quienes bailábamos, hacíamos música y conversábamos mientras las señoras y caballeros se entretenían jugando malilla.

Los marinos chilenos y extranjeros que se hallaban en el puerto abundaban en nuestras reuniones; a los ingleses y norteamericanos tenía forzosamente que atenderlos yo, que era la única que hablaba inglés. Así conocí y traté mucho a un nieto de Lord Cochrane quien, a pesar de su linaje y de las proezas de su abuelo, que me había hecho estudiar con detención mi tío Diego, no me despertó el menor interés.

Se nos invitaba a bordo de las naves de guerra con mucha frecuencia; así conocí el "Huáscar" y la "Independencia" que estaban de visita en nuestras costas y que tanto habían de inquietarnos

pocos años después. Pero en esos días nos procuraron muy buenos ratos porque a su bordo recibimos las más refinadas atenciones de sus marinos, jóvenes interesantes y distinguidos.

En aquellas temporadas experimenté mis primeras impresiones artísticas con el teatro lírico y el dramático. Me penetraba de tal manera de los argumentos de las óperas que me emocionaba, hasta las lágrimas, lo que despertaba la indignación de mi mamá, quien me obligaba a retirarme de los primeros asientos, para que no me expusiese al ridículo. Estas audiciones me hicieron apasionarme por la música y dedicarme con fervor al estudio del piano y del canto.

Después me tocó en suerte de gozar de una temporada de arte dramático que nunca podré olvidar. Rossi, que venía acompañado de espléndidos actores jóvenes y una primera dama bastante buena, nos dió a conocer un magnífico repertorio clásico y me permitió admirar su extraordinario talento dramático. Yo vivía materialmente absorbida por aquel ambiente de ficción y lloraba con Julieta, me aterraba con Hamblet o sufría con Desdémona; pero a veces también gozaba con Kean o alguna otra obra romántica de la época.

Poco tiempo después pude admirar también a Salvini, que era otro gran actor italiano, que también nos deleitó haciéndonos conocer un bien seleccionado repertorio de obras maestras de arte teatral.

Estas primeras impresiones artísticas me sacudieron de tal modo que sólo puedo compararlas con las que experimenté, en el ocaso de mi vida, al recorrer los museos y los monumentos en mi viaje por las grandes capitales de la Europa.

En esas deliciosas temporadas de verano tuve también el agrado de conocer, en más intimidad, a mi tío político don Patricio Lynch, marido de mi tía Julia Borgoño. Mi tío Lynch, como le llamaba, tenía para mí un atractivo especial por las condiciones románticas de su matrimonio.

Mi tía Julia casó, muy chiquilla, con un caballero belga muy distinguido: don Hipólito Serruys, hombre de fortuna, propietario de grandes establecimientos mineros, en Copiapó, que trabajaba y atendía personalmente; pero era viejo para ella, y sus gustos y aficiones no podían armonizarse. Su vida en las minas fué, pues, muy triste, sin distracciones ni sociedad alguna, de modo que, al cabo de algunos años, la trajo a Valparaíso y la dejó al lado de uno de sus hermanos.

Patricio Lynch, joven marino, de arrogante figura, acababa de llegar de Inglaterra en donde se había educado en la marina de guerra de aquel país. Durante su permanencia en la Escuadra inglesa había tomado parte en la guerra contra la China lo que le valió un ascenso y una condecoración otorgada por la Reina Victoria. Todo eso, como se comprende, le daba un gran prestigio y una situación envidiable. Apenas se conocieron, se enamoraron. Felizmente para ellos, Lynch fué enviado a Talcahuano de Comandante de un buque de nuestra Marina de Guerra, surto en aquella bahía. Grande debió ser la contrariedad de ambos con esta separación forzada, pero al poco tiempo llegó la noticia del fallecimiento repentino de Serruys, acaecido en sus minas de Copiapó. Apenas lo supo Lynch, sin permiso previo, abandonó su buque y se trasladó en el acto a Valparaíso, en donde pudo casarse inmediatamente, debido a la prolongada separación de los cónyuges. Por cierto que fué destituído inmediatamente de la Marina y que ésto lo perjudicó mucho en su carrera.

Cuando veía juntos a mi tía Julia con don Patricio Lynch, esta pareja me parecía de novela:

ella hermosísima y muy enamorada, él también muy hermoso, con una figura varonil que imponía, con una educación refinada, con una amabilidad que cautivaba, enamorado de su mujer y con la aureola de su sacrificio por ese amor. Era la pareja soñada.

Su brillante comportamiento durante la guerra contra el Perú y Bolivia y su aún más brillante actuación como Jefe Político del Perú durante la larga ocupación chilena, que le valió en apodo de "el último Virrey del Perú" aumentaron su prestigio y despertó una verdadera admiración. Su regreso a la patria fué una inmensa apoteosis, se le recibió con todos los honores que es posible rendir en una República, pero desgraciadamente venía con su salud absolutamente arruinada.

Muchas veces recordaba la campaña, pero nunca hablaba de su actuación en ella, pero era infatigable para relatar las pruebas de arrojo, de valentía romanesca de los jóvenes de familia, regalones en sus casas, pero de audacia temeraria frente al enemigo; recuerdo haberle oído relatar muchas veces, con la alegría en el semblante, la sorpresa y el entusiasmo con que divisó el caba-

llo blanco de Vicente Balmaceda, a la cabeza de sus soldados trepando el Morro Solar.

Para procurar el restablecimiento de su salud el Gobierno le envió a Europa como Ministro en España, pero todo fué inútil, al regresar a Chile falleció a bordo del barco inglés en que venía. Por consideración a su rango de Almirante, no fué arrojado al mar su cadáver sino que se recaló en las Canarias y se le entregó al Gobierno Español. **Sic transit gloria mundi!**

El hogar de mi tío José Luis, en Valparaíso, que me proporcionó tantos y tan hondos encantos se derrumbó trágicamente. Mi tía Margarita tan linda, tan refinada y tan orgullosa vió casarse a su hija mayor, Antonia, con un actor dramático, con un "cómico" como se decía desdeñosamente en aquellos años por toda la sociedad irritada, con Germán Mac Kay. Esto fué considerado, entonces, por toda la sociedad chilena, como la más gran catástrofe que podía caer sobre una familia; después hemos visto a la Patti y a María Guerrero casadas con nobles de alta alcurnia sin llamar a nadie la atención, pero cambios más trascendentales me ha tocado constatar en el criterio social.

Mi tío, viendo tan acongojada a su mujer con esta desgracia, la mandó a España con sus hijos menores, en la esperanza de que el ambiente de la patria mitigase su pena; pero, para mayor dolor, durante el viaje murió su niño menor y tuvo que sepultarlo en el mar, en donde dormían su madre y sus hermanos! Poco después de su regreso a Chile perdió a su marido, pero soportó con entereza todas sus desgracias. Vivió hasta los noventa años siempre bonita, dulce y graciosa, pero inválida; no podía moverse de un sillón, salvo cuando sufría algún ataque de sonambulismo porque, entonces, se movía con agilidad suma.

Pensando en la trágica vida de mi tía Margarita Maroto y en la mucho más brillante, pero no menos trágica de su amiga y émula de belleza durante sus años juveniles de Madrid, de doña Eugenia de Montijo, una se siente inclinada a imaginar que quizás tiene alguna verdad el amargo verso de Calderón: ¡Ay! infeliz de la que nace hermosa!

Augusto

Llegó luego para mí el amor de verdad y tal como lo anhelaba. La casa que ocupábamos en la

calle del Dieciocho estaba dividida en dos, por una especie de tabique o palizada, en los pasadizos y patios. Nosotros ocupábamos ya una mitad cuando llegó a habitar en la otra la familia de don Antonio Orrego, que tomó también los altos que daban al frente de la calle. En estos altos se instalaron los hijos hombres y, como los balcones de esos altos que miraban al interior, dominaban el medio patio nuestro, los podía ver, a toda hora, desde mi propio hogar.

El que me llamó la atención desde el primer momento, fué Emilio que tenía cierta "pose" de buen mozo cuando se dejaba ver en su balcón. Augusto, en cambio, estaba siempre inclinado sobre los libros, indiferente a todo y me hizo el efecto de raro. Un día 8 de Septiembre, fuí a saludar, en el día de su santo, a su hermana Mercedes y me dejaron a comer con ellos. Desde que se sentó a mi lado Augusto, me sedujo con su palabra fácil y elocuente y con su ilustración, que me pareció extraordinaria. Al regresar a mi casa le dije entusiasmada a mi mamá: "Aquel raro que divisábamos en el balcón es todo un hombre, con talento, elocuencia y erudición, con maneras finas y nada retraído, como lo creíamos." Sin embargo todavía

yo estaba lejos del amor, me atraían solamente su inteligencia y su cultura.

Por felicidad la impresión que yo le dejé debió ser buena porque aquel joven, que sólo vivía encerrado, estudiando, comenzó a salir a la puerta de la calle, que nos era común, con sólo el tabique improvisado de por medio, que dejaba una hoja de la puerta para cada casa. Allí conversábamos largo todas las tardes hasta que obscurecía. Esto de salir a la puerta de la casa, después de comer, era corriente en aquellos años en que se comía a las cinco de la tarde y después no había nada que hacer; resultaba, pues, un entretenimiento el ver pasar a los muchachos que paseaban la calle; hasta las señoras salían a sus puertas.

Como supe que Augusto escribía. me permití pedirle que me proporcionara algo suyo para conocerlo como escritor. Inmediatamente me mandó varios cuentecitos con una dedicatoria que me trastornó. Comenzaba así:

"A Ella.

"Pobres páginas hijas de mi dolor y mi des-
" gracia, yo os envidio! Váis a estar al lado de ella;
" acaso os mire bien, acaso os quiera.

" Pobres páginas, si Ella os pregunta de dón-
" de habéis salido, decidle que sois hijas de un
" rayo de Luna y un latido de mi corazón; de una
" Luna que Ella quiere tanto y que tantas veces
" ha venido a besar su pura frente; de un latido
" de mi corazón que ama, sufre y espera; pero
" ama sin ser amado, sufre sin ser comprendido
" y espera sin tener una esperanza."

En este tono continúa manifestando sus primeras impresiones del amor y la inquietud de no ser correspondido, hasta concluir con esta citación de el Petrarca, según él:

"Sentire ¡Oh Dei! morir
e non poter mai dir
morir mi sento."

La impresión, que esta dedicatoria me produjo, fué enorme, pues hasta ese instante nada me hacía sospechar siquiera su cariño. Nuestras conversaciones habían sido exclusivamente literarias y las satisfacciones que ellas me producían eran únicamente intelectuales. Junto con sentir el estallido de su corazón se produjo en mi alma la

duda, la horrible duda de no poder corresponder a su amor. No me sentía enamorada y, en conciencia, yo debía decírselo; pero eso lo haría sufrir y, sobre todo, lo alejaría de mí y no quería exponerme a eso. Esa tarde misma debía verlo, como siempre, en la puerta de la calle y no podía evitarlo porque eso habría significado un rechazo, que no era lo que quería. En medio de mi angustia y de mis lágrimas, resolví abrirle mi corazón, con toda franqueza y decirle la verdad. Así lo hice, pero tan turbada y con una impresión tan profunda que le dijo más, mucho más mi turbación que mis palabras inciertas y balbuceantes. Sin embargo, saqué fuerzas de flaquezas para cambiar la conversación y decirle que sus cuentos eran lindos, pero que su citación no era del Petrarca sino de Metastasio, que yo acababa de leer. Esto, lejos de enfriarlo, lo ligó más a mí concediéndome mayor valer intelectual del que tenía.

Cuán cierto es lo que dice Oscar Wilde: que las mujeres aman con los oídos. Así entró el amor en mi alma, se escurrió sin sentirlo y me dominó de tal manera, que viví seis años pendiente de sus labios, tratando de adivinar lo que podía hacerme grata a sus ojos y mantenerle su cariño has-

ta llegar a casarme, el 10 de Junio de 1874. Durante esos seis años de noviazgo me retiré casi totalmente del mundo social y me dediqué a leer y a trabajar intelectualmente, sin descuidar la costura que poco o nada había practicado hasta entonces; pero que, ahora, quería dominar pues comprendí que, dada la vida modesta que debía llevar una vez casada con un hombre de trabajo, ella me era indispensable.

Un día me mandó Augusto un libro de Edgar Quinet, y como no me atreví a decirle que no sabía francés, hice que Manuel mi hermano me tradujera cierta parte de él que, con esa adivinación tan femenina, comprendía que era la que encuadraba con mi carácter y mi situación, y así salvar la dificultad. Al comenzar uno de los capítulos decía: "Prefiero no amar nada, no creer nada, que creer o amar algo a medias". Esto me satisfizo y me bastó para devolverle el libro en seguida, diciéndole que eso era lo que había encontrado de más bello. El resultado fué espléndido, pero me mandó inmediatamente las Contemplaciones de Víctor Hugo. No desmayé y con asiduidad y constancia sin iguales me dediqué a estudiar francés, sin más auxilio que un Ollendorf y un diccionario;

para aprender a pronunciarlo leía un poco, todas las noches, con el doctor Vanzina, el mismo romántico doctor italiano que habíamos conocido en Talca, que ahora frecuentaba mucho nuestra casa. Así aprendí todo lo que sé de francés, ¡qué tanto puede el amor en el alma de una mujer que ama!

Desde mis primeros años tuve gran afición a la lectura, que mi tío Diego estimulaba, dándome libros interesantes e instructivos. Más tarde, cuando ya pude leer en francés, mi gran entusiasmo fué Lamartine. Graciela, Jocelyn, sus Poesías y sus Confidencias me hicieron encontrar, en él, un afecto tan hondo que cifraba mi mayor dicha, el supremo anhelo de mi vida, en conocerlo. Cuando, en seguida, leí "Los Girondinos" creció más mi entusiasmo no solamente por él, sino por su obra. Chateaubriand fué otro de mis favoritos, Mdme. de Stael me cautivó con su Corina y Mdme. de Sevigné con sus cartas. Pero un buen día Augusto me regaló las Obras de Shakespeare con una preciosa dedicatoria que dice: "Hay libros cuyas hojas, como las de la siempreviva, nunca mueren; éste es de esos libros, emblema de mi pensamiento, recuerdo de mi amistad. Febrero de 1869." No

tengo para qué agregar que el atractivo de esas obras superó al de todas las demás y que este libro ha sido el fiel compañero de mi vida entera, hasta ser el inspirador de uno de mis primeros trabajos literarios.

Sin embargo, el contacto con hombres de letras y mis conversaciones frecuentes con Augusto me inclinaban ya a compartir estas lecturas con otras más serias, que me imponían de los problemas sociales y de los grandes trabajos sobre esos temas, y me empeñé, también, en conocer un poco la literatura española; comencé, felizmente, por los poetas clásicos que me encantaron.

Augusto fundó, por esos días, la Revista de Santiago, en compañía de Fanor Velasco. Esta revista tuvo gran aceptación y en ella se insertaban, constantemente, trabajos de aficionados a las letras. En mi deseo de contribuir con algo a esa empresa me dediqué a hacer traducciones. En esos días me prestó Guillermo Matta el libro de Stuart Mill, "The Subjection of Women" que me interesó vivamente; estimulada por Augusto, me propuse traducirlo, para publicarlo en la revista. La traducción apareció, precedida de un Prólogo, que lleva mi firma y expresa mis ideas en esos días, pero

cuya redacción fué casi exclusivamente de Augusto.

Como era natural, esa traducción de una obra que desarrolla ideas tan nuevas, y sobre todo el prólogo, de una niña tan joven como era yo entonces, llamó la atención entre los hombres de letras y me llovieron las felicitaciones, entre las cuales conservo una muy entusiasta de Benjamín Vicuña Mackenna, que era, entonces, Intendente de Santiago, y otra muy bondadosa de don Miguel Luis Amunátegui que ya gozaba de una bien ganada situación política y literaria; ambas cartas las conservo con no pequeño orgullo. En cambio asusté a todas las mujeres que me excomulgaban, a velas apagadas, como niña peligrosa. Las chiquillas mismas, mis propias amigas se me alejaron como si se hubiese levantado una valla que nos separaba en absoluto. No necesitaba de ellas y continué mi vida, entregada por entero a mis afectos más hondos, pero sin volver a hacer publicaciones que no convencían ni alentaban más que a los ya convencidos y causaban pavor a aquellas que deseaba estimular. No nací para luchadora.

Entretanto Augusto, mi prometido, mi novio ya, estudiaba Medicina y en sus ratos de descanso

escribía y publicaba sus trabajos, que siempre llamaban la atención.

Por entonces vinieron a Santiago las primeras compañías francesas de opereta y, tanto las piezas como su representación misma, causaban gran escándalo y, por lo mismo, atraían numeroso público. Augusto condenó la vida entera esa clase de representaciones y, como además quería evitar que yo me aficionase a esa clase de espectáculos que consideraba perniciosos, escribió artículos, en la prensa diaria, sobre el Alcázar Lírico—así se llamaba el teatro en que tenían lugar esas representaciones—que causaron una gran sensación en todo Santiago. Como se firmaba con un seudónimo, se hacían las más curiosas conjeturas y se indagaba con verdadero interés el nombre del autor; por cierto que se daban los nombres más respetados en las letras, en aquellos años, como del autor de esos artículos, sin pensar jamás en que pudiera ser un joven. Yo, que sabía quién era, por fin lo dije, pero no se me creyó, hasta que el propio Augusto lo divulgó. Así comenzó su reputación periodística; del modo más brillante y honroso, entró, en esta carrera, con paso tan firme y seguro, y desde esa época tan lejana, fué adquiriendo, cada día mayor

importancia y respetabilidad, entre los hombres de letras y en el público en general.

Este primer triunfo suyo lo fué también mío y en sumo grado. Aquel muchacho modesto y retraído, que muchas de las personas que me rodeaban y me dispensaban su amistad lo encontraban insignificante, pasó de un golpe, a ser una notable y brillante personalidad. La muchacha que era yo entonces, se sintió triunfante por haber descubierto ese talento antes que nadie y orgullosa de su elección. Poco después la epidemia de viruelas que nos invadió el año 72, lo llevó a los lazaretos, donde vivía entregado al cuidado y atención de los variolosos. Por ello obtuvo una medalla de oro, honor que le confirió el Gobierno por sus servicios; éste fué otro de nuestros triunfos.

El año 74 recibió su diploma de médico e inmediatamente nos casamos.

M A T R I M O N I O

Mi propio hogar

No hay nada más duro ni más difícil para una mujer que sus primeros pasos en la vida del matrimonio. Todo es nuevo, desconocido y alarmante. Del regalo y del dominio de la madre se pasa al del marido, más dulce sin duda, pues ¿qué mujer no es mimada, hasta lo increíble, durante la luna de miel? pero ¡qué de inquietudes y qué de problemas a cada paso!

Yo estimaba mucho a mi suegro, por antecedentes de su vida que conocí por mi marido. Se casó poseyendo una gran fortuna, heredada de sus padres, que eran dueños de valiosas propiedades en Valparaíso. La perdió por circunstancias inesperadas, en momentos en que emprendía su viaje a Europa con toda su familia. Inmediatamente regresó desde el Perú, liquidó sus negocios y se dedicó a rehacer lo perdido, con un tesón heroico y una contracción ejemplar.

Cuando yo me casé ya había rehecho, en parte, su situación y su familia vivía muy bien; pero él, entregado a su trabajo, que era la purificación de la cera, industria nueva en Chile que requería su atención personal inmediata, dormía en su fábrica para poder levantarse a las cinco de la mañana, hora en que llegaban los trabajadores, de manera que sólo estaba con los suyos a la hora de almuerzo y de comida. Aquel caballero, que parecía tan severo y tan adusto, fué tan cariñoso conmigo que, al volver de su trabajo, para ir a comer a su hogar, pasaba cada tarde por mi nueva casa y me dejaba con frecuencia flores, que él mismo cultivaba.

Mi suegra era una mujer encantadora, de hermosa figura, de mucho talento, con grandes aficiones literarias y artísticas, refinada en sus gustos, muy bondadosa y de exquisita educación.

En este hogar se formó mi marido que heredó de su padre la contracción al trabajo y su espíritu de sacrificio, para hacer surgir sus anhelos; y de su madre la bondad, el talento y las aficiones literarias y artísticas, que él cultivó con amor.

Era, pues, muy fácil avenirse con personas tan distinguidas; pero al comenzar la nueva vida siem-

pre nos sentimos observadas y, mientras más se estima a las personas que nos rodean, más se teme dar un traspiés. Esto nos quita toda espontaneidad y nos produce turbación y preocupaciones de todo género. La muchacha inconsciente y descuidada, segura de ser siempre bien comprendida, se transforma en mujer con nuevos deberes y graves responsabilidades.

Esto se complicó para mí doblemente porque luego me sentí madre y, aunque ésto fué el complemento de mi felicidad, aumentaron mis inquietudes y mis cuidados.

Los primeros años de la vida profesional, para un hombre, son siempre duros y estrechos y lo fué también para nosotros; pero nunca nos faltó lo indispensable para mantener nuestra independencia, felicidad única que todos anhelamos. El trabajo obliga al hombre a hacer una vida que se armoniza poco con los gustos de una niña como yo, aficionada a recrearme de noche, en buena charla a que estaba acostumbrada, lo que me incitaba a buscarla con anhelo en mi casa o en la de mi familia.

Mi marido, cansado por la tarea del día y acostumbrado a madrugar, le gustaba recogerse tem-

prano y, aunque leía un poco a veces en mi compañía, luego se dormía y me quedaba entregada a mis libros hasta que el sueño viniera. Esto fué duro para mí al principio, pero luego me habitué y cuando mi hija nació, ya todo cambió en absoluto. Durante más de cinco años, no tuve más que ella a quien dedicarle todas mis atenciones, pero pronto creció y me quedaba mucho tiempo para leer, en mis horas de soledad, y para la charla nocturna tan de mi agrado. Siempre he considerado que el día es para los demás y la noche es mía, por eso la destinaba para darme gusto.

Luego visitaron nuestra casa los parientes y los amigos más íntimos de mi marido

Entre los primeros llegó Ambrosio Montt, ya se veía en él al hombre de Estado de primera línea, aunque solamente era Diputado y periodista, pues sólo años más tarde fué diplomático y miembro de los Tribunales de Justicia.

Tenía una magnífica figura, vestía irreprochablemente y tenía un cuidado especial de su persona; en su trato con las señoras era de una galan-

tería extremada, como la de los famosos abates de las Cortes de los Luises y tenía, salvando las distancias, cierta semejanza con el Chateaubriand que conocemos al través de sus libros.

Pero la característica de Ambrosio era la de ser el charlador más ameno. Era muy ingenioso y, con gran espiritualidad, sabía traer a tiempo algunas anécdotas, que contaba con frases brillantes entremezcladas de finas ironías. Era un artista de la palabra, todas sus frases aladas que le brotaban como el agua de un raudal, parecían cinceladas, esmaltadas por un primoroso orfebre. Algunas gentes decían "que hablaba demasiado"—yo siempre estuve pendiente de sus labios—, y que "se oía a sí mismo". Si esto era verdad, era muy disculpable porque difícilmente podía oír pensamientos tan bellos en frases más hermosas.

Me regaló su libro "Ensayo sobre el gobierno político en Europa" que es uno de los libros chilenos mejor escrito, que yo conozca.

También fué a visitarnos Eduardo de la Barra, primo de mi suegra, como Ambrosio. Era ya un gran poeta—que no comprendo por qué está tan injustamente olvidado, y además un gran erudito, un polemista ardiente y, andando los años,

un gran educador. Aunque de pequeña estatura, como tenía facciones muy finas y ojos expresivos, puedo decir que era un buen mozo. Era un conversador muy atrayente, no por la belleza de su frase, como Ambrosio, pero sí por su gran imaginación, por su alma de poeta. Recuerdo que, cuando comenzó a establecerse en Chile, el teléfono, se hablaba de ello en todos los salones y, como es natural, se decían muchas tonterías En cambio Eduardo me dijo: "Ya veremos muchos otros prodigios, la ciencia está ocupada de aumentar la eficiencia de los sentidos, y en ésto ha hecho y sigue realizando maravillas. Galileo inventó el telescopio y ahora vemos hasta los canales de Marte, y Daguere creó la memoria del ojo al descubrir la fotografía. El teléfono no es sino la prolongación del oído, ya veremos la memoria del oído; y así sucederá con todos los sentidos y Ud. seguramente, Martina, sin moverse de este salón, aspirará un día la fragancia de las rosas de Jericó". Esto aún no se ha cumplido, pero a nadie puede extrañarle que un día se cumpla. Oyendo hablar a Eduardo pensé muchas veces que es justo llamar **vate** al poeta, porque **vaticina**.

También era pariente de mi marido, y lo mismo que Eduardo por lo López, don José Victorino Lastarria. Le conocía, desde soltera, me trataba con mucho cariño y hasta me había dedicado uno de sus cuentos: "La Negra"; pero después de casada tuve mayor intimidad porque mi marido era su entusiasta admirador.

Según Augusto, en don Victorino había muchos hombres: "era filósofo, político, orador, literato y al hombre de mundo". Yo solamente conocí al literato y al hombre de mundo. Escribía, como es muy sabido, admirablemente bien; en literatura fué siempre jefe indiscutido. Como hombre de mundo le conocí ya demasiado viejo, en el concepto de una mujer de 25 años, pues don Victorino estaría entre los sesenta y setenta cuando le traté con frecuencia. Era más bien bajo que alto, algo cargado de espaldas, de cabeza pequeña, de cara un poco terca la que le daba cierta impresión de fuerza, de vigor. Desgraciadamente seguía la moda, impuesta a los hombres por el Rey Galantuomo y por Napoleón III, de llevar los bigotes en forma de clavos de alambre, a fuerza de usar una cera que llamaban "cabo", lo que destruía en parte esta expresión de virilidad,

de empuje, de vigor que producía su cara y especialmente sus ojos negros que se iluminaban al hablar.

Su conversación era muy variada, hablaba pronunciando maravillosamente todas las sílabas, dando su verdadero valor a todas las letras, lo que dejaba, especialmente, las primeras veces que se le oía, la impresión de un gran amaneramiento. Parece que ésto de hablar con esmero, pronunciando correctamente cada palabra, fué algo que él se impuso cuando oyó hablar, muy incorrectamente, a algunos literatos argentinos, especialmente a Sarmiento. No quiso producir él, ante extranjeros, la mala impresión que a él le hacían esos argentinos. En los salones, cuando conversaba con hombres, gastaba una gran animación, sobre todo si quería hacer triunfar alguna tesis avanzada; entonces alzaba la voz, tomaba la actitud oratoria y toda su persona adquiría una gran impresión de fuerza y de vigor; pero cuando conversaba con señoras, su voz era suave y muy insinuante e intencionado en sus expresiones.

Aunque había conocido mucha gente de gran cultura y refinada inteligencia, tanto en la casa

de mis padres como en la de mi tío Diego, confieso que estos tres primos de mi suegra me hicieron una impresión profunda, porque los tres eran de una inteligencia sobresaliente con grandes capacidades de hombres de Estado, de una cultura inmensa, como muy pocos otros hombres de Chile, y los tres—aunque muy diversos entre sí—magníficos conversadores, que habrían podido ser astros de primera magnitud en cualquier gran salón de la Europa.

Entre los amigos de Augusto, que en aquel entonces me visitaron, recuerdo a Justo y Domingo Arteaga, ambos de gran talento. El primero gran periodista, a la manera de los grandes modelos franceses, como Girardín.

Como era el redactor principal de "El Ferrocarril", el diario de mayor circulación y de mayor respetabilidad del país, tenía una influencia política poderosa; sus editoriales, siempre galanamente escritos, sostenían las ideas liberales, a la manera inglesa. Era, asimismo, un perfecto hombre de mundo y un conversador brillante lleno de gracia, de chispa, de ocurrencias originales. Su hermano Domingo era un poeta muy inspirado que

yo admiraba mucho, pero no tenía ni el brillo ni la elocuencia de su hermano.

Entre los más íntimos de Augusto recuerdo a Luis y Pedro Montt, Guillermo Puelma, Ignacio Palma Rivera, Augusto Villanueva, Cornelio Saavedra, Juan Enrique Lagarrigue y varios otros cuya amistad conservé siempre y de los cuales ya no resta ninguno. Todos se fueron en la plenitud de la vida; eran jóvenes, inteligentes, alegres y entusiastas, que amenizaban mi tertulia nocturna con su conversación animada e inagotable En la intimidad, que fácilmente se adquiere en aquella edad, me hablaban de sus lecturas, lo que a veces producía grandes discusiones, de sus anhelos y aspiraciones y hasta me confiaban sus amores, sus preocupaciones y algunas veces me narraban aventuras que solían ser muy divertidas y hasta creo que más de alguno se calumniaba. Recuerdo aquellos días y aquellos amigos con un encanto imponderable; sin duda que ellos contribuyeron con mucho para hacérmelos tan gratos y risueños.

A estos se agregaban, de vez en cuando, algunos americanos como Eugenio María Hostos, antillano muy inteligente e ilustrado con quien tuvimos mucha intimidad; conservamos siempre. tanto él, como Augusto y yo, el más grato recuerdo de esa amistad a pesar de que su permanencia en Chile fué breve y no nos vimos más; pero siempre nos hacíamos saber que nos recordábamos, muy especialmente después de la ocupación de sus grandes Antillas por los Estados Unidos, que fué un golpe tan horrible para sus sentimientos de patriota que estoy segura fué la causa de su muerte prematura.

Santiago Estrada, argentino muy culto y dedicado a las letras, conversador muy ameno y poeta romántico, solía también llegar por casa en aquellos años.

La lectura, que ha sido siempre mi afición predilecta, servía de tema a nuestras conversaciones y así juzgábamos a los escritores más reputados de aquella época. Mi marido me recomendaba siempre que leyera historia, pero yo prefería, entonces, la novela que me daba a conocer la vi-

da. Mi primer interés después de casada fué conocer a Rousseau y a Diderot, que eran los que más me atraían de los filósofos del siglo dieciocho. Comencé por leer la "Nueva Eloisa" pero no pude terminarla, porque me chocó profundamente su falta de delicadeza y su sensualismo irritante. En cambio me gustó el "Emilio" y me encantó el estilo lírico, arrebatador de sus "Confesiones". Diderot hizo mis delicias con sus "Salons" que me iniciaron en el gusto por la pintura, pero sus novelas no me atrajeron del mismo modo. En seguida me cautivó Jorge Sand con sus novelas esencialmente románticas, y hasta hoy me fascina con su "Histoire de ma Vie". Balzac ha sido también mi favorito y siempre lo admiro y lo vuelvo a leer con placer, como a Chateaubriand, sobre todo en sus Memorias y, a Saint Beuve, en sus críticas insuperables.

Estos escritores los saboreaba con mi marido, pero con los amigos eran los modernos los que sometíamos a crítica. Así recorríamos a Alfonso Daudet, muy en boga entonces, Alfonso Karr, Octave Feuillet, los Goncourt, Théophile Gautier y los rusos: Tolstoy, Gogol, Tourguenef, Dostoyesky, etc., que eran los más leídos y más discutidos.

Mi afición por el teatro dramático también me la estimuló mucho Augusto, leyendo juntos a los grandes autores clásicos españoles, franceses e ingleses. Bajo su dirección y merced a sus explicaciones, pude apreciar debidamente a Lope de Vega que no me había interesado antes y por quien Augusto tuvo siempre la más grande admiración.

El teatro italiano lo conocí también, entonces, gracias a Adelaida Ristori, que en 1874 visitó Santiago.

No la pude ver en todas las tragedias porque mi marido, como era médico y ya muy preocupado del estudio de las enfermedades nerviosas, no me llevaba a las excesivamente fuertes como "Fedra" por miedo a que pudiesen hacerme mal a mí y al hijo que ya se anunciaba; pero la ví en algunas piezas de Giacometti, especialmente escritas para ella, y lucirle sus grandes cualidades de actriz de los más diversos temperamentos. La vi también en Pia de Tolomei, en que la Ristori nos presentaba el modelo hermoso y grato de la fidelidad conyugal más excelsa; en "Tisbe o Angelo Tirano de Padua" de Víctor Hugo, en que recitaba el verso de un modo maravilloso.

En el día de su despedida de Santiago dió "María Antonieta" de Giacometti que, a pesar de las protestas de la familia que me cuidaba en extremo, conseguí ver. Aún recuerdo a la Ristori en todas las múltiples escenas de aquella horrible tragedia y, siempre que leo algo sobre la revolución francesa, veo a María Antonieta con la figura y las actitudes de la Ristori.

Mi impresión nerviosa aquella noche fué muy grande, pero felizmente, como era el 15 de Septiembre, la Ristori, como homenaje a la República en las fiestas patrias, salió a la escena, maravillosamente vestida y, blandiendo una gran bandera chilena, recitó, en el más puro castellano, los versos de nuestra Canción Nacional, de modo que el espectáculo concluyó con una emoción muy diversa.

La Ristori produjo una inmensa impresión en la sociedad de Santiago, no solamente por su indiscutible talento artístico, sino porque hacía todo lo posible por halagar. Así dió una función en beneficio de los patriotas cubanos heridos en la guerra por su independencia; otra para la Socie-

dad de Instrucción Primaria, por lo cual Benjamín Vicuña Mackenna, entonces Intendente de Santiago, le dió una gran comida; pidió al Presidente el indulto de un reo condenado a muerte, y, cuando ésto lo hubo concedido, la pluma con que firmó el decreto, para juntarla con otra con que la Reina Isabel II había firmado un indulto análogo, también a su ruego. Con ese motivo una Logia masónica le envió una calurosa felicitación oficial, lo que puso a la Ristori en una situación un tanto difícil; felizmente, para ella, apareció en los diarios el día antes de su partida.

El 16 de Septiembre, como un número de las fiestas patrias, la Sociedad Filarmónica dió un gran baile en los altos del Teatro Municipal, al que fueron especialmente invitados la Ristori y su marido el Conde de Grillo. Allí conocí a ambos, pero sólo cambié con ellos meras cortesías; la Ristori se veía en el salón tan hermosa como en la escena. Me la presentó Ramón Barros Luco, que estaba muy entusiasmado con ella.

A propósito de Ramón, creo que su carácter no ha sido bien apreciado, especialmente en estos últimos años. Se le cree egoísta, indolente, inca-

paz de un sacrificio, y los que sólo le han conocido, cuando octogenario desempeñó la Presidencia de la República, le consideran que fué incapaz de toda emoción. Nó, Ramón no era un egoísta, la prueba es que, por hacer triunfar sus ideales políticos, dirigió una revolución; y, en cuanto a emociones los que le conocimos joven le vimos siempre de perpetuo admirador de la mujer hermosa, de entusiasta adorador de toda niña que cantase bien. El mismo era un regular barítono y, era tanta su admiración por el canto, que hasta los últimos años de su vida, después de abandonar la Moneda, seguía recordando el maravilloso canto de Amalia Larrain Vicuña y "los trinos de ruiseñor" de Tránsito Ovalle y Olivares.

Años después pude conocer y apreciar a otra gran trágica que ocupó por algunos días los escenarios de Santiago: la famosa Sarah Bernardt. Era una artista extraordinaria en todo momento, que se imponía con su sola presencia. Era admirable en la nota tierna, sentimental, conmovía hasta las lágrimas en piezas como "La dama de las

Camelias"; era una delicia oir su voz tan melodiosa y su dicción tan perfecta en dramas como el "Hernani" o recitando poesías; en la alta tragedia era sublime y arrebataba en las escenas de seducción y en los momentos de pasión. Pero, a mi juicio, no era tan feliz en la interpretación de sentimientos más sencillos como el de dignidad, o el señorío.

Con la llegada de Sarah Bernardt se volvieron locos todos los hombres. Le sacaron los caballos al coche y arrastraron su carruaje desde la Estación Central (Alameda) hasta uno de los Hoteles del centro, la vitoreaban en donde se presentaba, su corte de admiradores no la abandonaba un momento.

Don Miguel Luis Amunátegui, que estaba en el apogeo de su brillante carrera política y literaria le prodigaba, cada mañana, en "El Ferrocarril", los artículos más entusiastas que parecían de un muchacho enamorado. En una ocasión, en el foyer del teatro, unos amigos embromaron a Amunátegui con este amor tan injustificado ya que, le dijeron, Sarah Bernardt es solamente "un puñado de huesos", "sí, habría contestado don Miguel Luis, un puñado de huesos, pero de "huesos

sabrosos". Este cuento dió vueltas por toda la ciudad aquella misma noche.

Una tarde llegó a casa, muy apurado Carlos Toribio Robinet pidiéndome mi álbum para que Sarah Bernardt me pusiese un pensamiento Tan grande fué su desencanto cuando le dije que no tenía ningún álbum, que llegué a creer que había inventado todo eso para llegar, con cualquier pretexto, hasta la admirada actriz; pero al ver igual desazón, en mis demás contertulios, comprendí que Robinet procedía con toda sinceridad. Luis Montt salvó la dificultad trayéndome de regalo aquella misma tarde un magnífico álbum, que Robinet se apresuró a llevar a su ídolo. Como era natural el álbum iba totalmente en blanco, Sarah Bernardt se aprovechó de esa circunstancia para poner en su última hoja: "Les derniers ¿seront les premiers?" Todo esto no puede dar sino una vaga idea del entusiasmo que despertó, entre los hombres, la venida de la famosa actriz francesa.

Los precios por las funciones de Sarah Bernardt eran muy altos para la época y no era aceptable, en aquellos años, que una señora fuese a una localidad que no fuese palco. Como vivíamos del trabajo profesional de Augusto y no era posi-

ble pensar en abonarse a palco, estábamos condenados a no ver a Sarah Bernardt, pero no fué así. Felizmente Augusto y yo habíamos crecido leyendo a John Stuart Mill y muchas veces habíamos comentado los capítulos de su "On liberty" en que estigmatiza, como uno de los mayores males del mundo moderno, a la tiranía de la costumbre ante la cual se rinde todo el mundo, ante la cual seres de inteligencia superior capitulan. Ambos estimamos que este caso nuestro era uno de los en que debía ser vencida la costumbre, aún más que era obligatorio el desdeñarla y Augusto tomó dos abonos de platea. Fuí, pues, por eso yo la primera señora que ocupó, en el teatro, un sillón de platea. Como entonces la clase media era muy pequeña e iba muy poco al teatro, en muchas de las representaciones de Sarah Bernardt, fuí la única mujer en la platea. De más está decir que nos criticaron mucho, tanto a Augusto como a mí, pero en cambio teníamos el agrado de asistir a esas representaciones que, de otro modo, no habríamos conocido y también el no pequeño agrado de comentar, en los entreactos, con todos los amigos que estaban, como nosotros, en platea, las impresiones de

la representación. A veces los entreactos eran casi tan agradables como los actos.

Andando los años, especialmente en las compañías dramáticas, he visto muchas señoras en platea, sin que a nadie llame la atención, sin que nadie lo advierta, lo que me ha hecho pensar que, en nuestra lucha con esa costumbre tiránica teníamos toda la razón y que Augusto y yo, al obtener este triunfo, sólo le arrebatamos los laureles al tiempo.

Después he visto, tanto en Chile como en el extranjero, a actrices de fama mundial, pero que no han conseguido eclipsar el luminoso recuerdo que conservo de la Ristori y de la Sarah Bernardt. ¿Será porque éstas han sido las mayores que he visto? No es imposible, pero puede también que la impresión que éstas me dejaron, como fueron de las primeras, sean también de las que desaparecen con mayor dificultad, porque con la memoria sucede como con los vasos vacíos que conservan siempre el primer líquido que cae en ellos mientras, una vez llenos, las últimas gotas que entran son las primeras que se desbordan.

En el campo

Durante el verano del 77 tuvimos que sacar a nuestra pequeña Marta de Santiago, porque padecía de tos convulsiva. Juan Agustín Antúnez casado con Rosa Orrego, prima muy querida de mi marido, nos ofreció su fundo en Molina. Era éste una de las hijuelas del gran fundo de Quechereguas, en donde se dió la batalla de ese nombre; pero las casas de Juan Agustín no eran las de la batalla, que están en la plaza de Molina, sino unas muy modernas para aquellos años, con buen parque, con lagunas, juegos de agua, puentes levadizos, etc., etc. Las casas de Juan Agustín y muy especialmente las de la hijuela de su hermano Carlos, eran una novedad en aquel tiempo.

Una noche sentimos Augusto y yo, gran movimiento de caballos y de gentes, en la parte baja de la casa, lo que no dejó de producirnos alguna alarma porque, entonces, la inseguridad de los campos era muy grande y la fama de los Cerrillos de Teno, nada distantes del fundo, era terrible; parece que allí se salteaba de día y de noche. Al día siguiente, supimos por el propio Juan Agustín, que

el ruido lo habían producido Matus y sus secuaces, compañeros de salteos del famoso Ciriaco Contreras, terror de la comarca. Juan Agustín había alojado, por esa noche, a Matus para tenerlo grato y evitarse así salteos y robos de animales. Mi indignación fué grande contra Juan Agustín, pero él no me hizo caso y se defendió diciendo que de otro modo él estaba muy expuesto. Conversando después con Augusto me dijo algo que no he olvidado, porque lo he visto confirmado muchas veces en mi vida: "es éste uno de los defectos de nuestro carácter nacional, el pretender siempre librarse individualmente de un mal social que, combatido por la sociedad entera, desaparecería; en política es muy común ver eso." Es verdad, dicho sea en honor de Juan Agustín y demás agricultores de ese tiempo que se entendían con los bandoleros, que la solidaridad social, hoy tan de moda, no se predicaba en aquellos años, creo que ni la palabra se usaba, al menos corrientemente.

Pero esa molestia estuvo muy compensada con muchos agrados de la vida rústica que allá llevamos.

Don José Manuel Encina, que era vecino de los Antúnez, nos dió, a Augusto y a mí, una gran

fiesta en una inmensa casa de campo que tenía en los alrededores de la ciudad de Molina. Fué aquella una fiesta regia a la que asistieron, a más de la numerosa familia del señor Encina, muchísimos invitados.

Lo que más me sorprendió fué el comedor, no solamente por su tamaño, que era inmenso, sino por la mesa interminable que lo rodeaba. Sobre ella se alzaban, como trofeos de caza, enormes terneras enteras, con los cachos dorados, chanchos, pavos, gallinas y otras aves de corral y de caza.

Después de un largo y suculento almuerzo, digno émulo del de las bodas de Camacho, volvimos al salón, tan enorme como el comedor y como todas las piezas de esa gran casa, en donde luego se comenzó a bailar zamacueca, al son de arpas y guitarras, acompañadas del canto de muchachas del pueblo. Las numerosas parejas se colocaron en filas, los hombres enfrente de las mujeres, a todo el largo del enorme salón, lo que producía un efecto y una animación extraordinarias.

La zamacueca era linda, pero lo que más me llamó la atención fué la "refalosa" (¿de resbalar?) que yo no conocía. Es ese un baile traído del Perú por los soldados vencedores en Yungay, muy gra-

cioso y animado. Lo bailó primero la señora dueña de la casa, que era muy joven y muy bonita y que bailaba todos los bailes con mucha gracia. Su primer compañero fué don Belisario Prats y después don Joaquín Blest Gana; ambos bailaban primorosamente la "refalosa".

El galán se coloca frente a la dama alzan ambos los brazos con gracia peculiar, mientras escobillan el suelo con los pies rápidamente y, en seguida, dan una vuelta con agilidad y zapatean con igual ligereza, al son de las vihuelas que marcan el compás.

Aquella fiesta campestre con tan gran señorío que, a fuer de correligionario político, nos dió el señor Encina, me ha dejado la impresión precisa, que no he olvidado nunca, de lo que era la vida patriarcal de nuestros grandes hacendados cuando vivían, en sus fundos, todo el año. Más tarde, las facilidades de comunicaciones y aficiones modernas han retenido, gran parte del año en Santiago o en otra gran ciudad, a los dueños de casa y solamente durante los veraneos suelen hacer vida de patriarcas y dar fiestas que recuerdan las de los antiguos tiempos.

La guerra contra el Perú y Bolivia

A los países, como a los hombres, no se les puede juzgar debidamente sino después de haberlos visto sometidos a prueba durante una situación extraordinaria. Tal sucedió con Chile ante el inmenso peligro de la guerra del Pacífico. Nadie dudó del patriotismo chileno, pero nadie pudo suponer siquiera los prodigios inauditos que ese patriotismo realizó.

Cuando Chile se vió obligado a declarar la guerra a nuestros enemigos entendidos en secreto, hacía medio siglo que disfrutábamos de paz. No había, por consiguiente, ni soldados en nuestros cuarteles (había sólo dos mil en todo el país), ni oficiales en la Academia de Guerra, ni jefes habituados al mando y en nuestros arsenales no había ni cañones, ni rifles, ni municiones. La inmensa penuria fiscal no permitía que hubiese ni un peso en sus arcas y la aguda crisis económica que, desde años atrás, asolaba al país no permitía cbtenerlo de los particulares; pero a todo suplió el inmenso patriotismo de todos los chilenos que, alegres y entusiastas, aceptamos los inmensos sa-

crificios que esa guerra imponía. La voz del patriotismo resonó en el país entero produciendo la reconciliación general, avivando el amor fraternal en todos los chilenos, en los altares de la Patria.

Como mujer y hermana de médicos conocí, con más detalles, las horribles deficiencias del servicio de Cruz Roja, de sanidad militar. Muchas veces ví a mi marido, al doctor Aguirre y otros médicos, y a estudiantes de Medicina desesperados por la impotencia en que se hallaban, por falta absoluta de medios materiales, para salvar las preciosas vidas de miles de chilenos heridos en los campos de batalla y que, con medios adecuados, habrían podido volver, si no a nuevas batallas a actividades propiciadoras del triunfo.

Pero a más de esas horas de profunda amargura y hasta de desaliento, recuerdo días de gloria en que estuvieron mezclados el dolor y la alegría y, sobre todo, los embriagadores días de triunfo en que, merced al heroico sacrificio de todo Chile, la gloria coronó, con laureles inmarcesibles, la frente de la Patria.

Recuerdo aquella noche en que llegó la noticia del hundimiento de la "Esmeralda" y del heroismo de Prat, junto con el triunfo de Cóndell, so-

bre la fragata "Independencia" con su débil barquichuelo, la "Covadonga". Comíamos en casa de don Francisco Puelma, suegro de mi hermano Manuel, celebrando el día de su esposa doña Elisa Tupper. No sé cómo llegó la noticia, pero sí recuerdo que, poseídos todos de la mayor emoción, salimos a las ventanas y balcones a contemplar el efecto que ella producía en la ciudad.

Desde allí dominábamos la Alameda, en medio de la lobreguez de una noche tormentosa y de la débil iluminación de aquel tiempo Sentíamos los hurras y los vivas estruendosos de la muchedumbre que la recorría entusiasmada, bajo una lluvia torrencial. De pronto se destacó, en la vereda, a nuestros pies la figura distinguida de un caballero anciano, de cabello blanco, que arrojaba al aire su sombrero y con voz entrecortada por los sollozos gritaba: ¡Viva Chile! Era don José Zegers Montenegro, padre de Vicente, que estaba a bordo de la "Esmeralda" y a quien suponía muerto en la contienda. La alegría y las lágrimas corrían juntas en esa noche memorable, entre todas nosotras, así como caía la lluvia en medio del alborozo del pueblo entero.

Días después presencié la entrada de Cóndell a Santiago. Venía de pie, sobre la cima de un tranvía, saludando con su gorra de marino a la multitud, que lo vivaba enloquecida y que llenaba por completo todo el trayecto, desde la Estación Central hasta la calle de Ahumada por donde torció hacia la Plaza de Armas. En mi entusiasmo lo seguí, en medio de aquel gentío, acompañada de mi cuñada Elisa Puelma, y estrujadas por una muchedumbre inmensa, sin tocar pie en el suelo, llegamos hasta el Portal Fernández Concha y nos refugiamos en el Casino, para no perecer ahogadas por aquella multitud.

Augusto y yo vivíamos en los altos de la casa de don Ramón Santelices, en Agustinas esquina de Teatinos, es decir a una cuadra de la Moneda. Una tarde, ya casi obscuro, sentimos alboroto en la Plazuela de Portales y mandé a la sirviente a saber qué había. Regresó rápidamente con la noticia de un gran triunfo. Salí en el acto, a ver de qué se trataba y al bajar la escalera el cañón del Santa Lucía empezó a tronar llevando así, a toda la ciudad, la seguridad de un gran triunfo. En la Plazuela ya supe lo que pasaba. Acababa de entrar una serie de telegrafistas, todos llorando de

gusto. Se dijo que el primero hizo irrupción en el despacho del Presidente, llorando a mares y sin poder hablar y que Pinto se limitó a preguntarle: ¿buenas o malas? y que el telegrafista le replicó: ¡Buenas!, le tendió un telegrama y se desplomó. Era un telegrama del Intendente de Coquimbo en que decía al Presidente que se veía acercándose al puerto "un buque enfarolado" Se agregaba por otro telegrama que el vapor "lanzaba voladores" y más tarde otro en que se anunciaban los triunfos de Chorillos y Miraflores Y todos dimos por tomada a Lima.

Como siempre, después de cada noticia de triunfo me fuí a la casa de mi tía Julia Borgoño, casada con el Almirante Patricio Lynch, en donde, en esas ocasiones, se juntaba toda la familia. Como siempre, en esos casos, la encontré rezando con todas las sirvientas y con las gentes que iban llegando. Mi tía Julia que era muy alegre y expansiva, que no disimulaba ni sus alegrías ni sus penas, durante la guerra, a cada triunfo, no hacía otra cosa que rezar y mandar decir misas para dar gracias por la victoria, por la salud de su marido y

por el alma de los caídos en las batallas. ¡La gente se transformó durante la guerra!

Dos meses después, el 14 de Marzo de 1881, me tocó la suerte de ver la entrada del Ejército vencedor, con Baquedano a la cabeza. Fué un delirio, todo el mundo parecía loco. Las tropas se bajaron de los trenes en la Avenida Matucana, y Baquedano en la Estación Alameda; un cañonazo del Santa Lucía anunció a la ciudad la llegada de Baquedano y una gran salva, que el Ejército comenzaba a avanzar hacia el centro. En toda la Alameda había arcos triunfales, lo mismo en la calle del Estado y la Plaza de Armas. Además, en la Alameda había palcos para presenciar el desfile triunfal; yo lo ví desde uno de ellos. Venía Baquedano, a caballo, de gran uniforme, acompañado del Almirante y seguido de más de seis mil soldados. Fué un espectáculo magnífico, que no podré olvidar jamás, sentí entonces revivir en mi alma todo el entusiasmo por los militares que mi mamá, como hija de General de la Independencia, me había imbuído desde pequeña, en recuerdo de su padre y de los demás valientes que nos dieron Patria y Libertad.

El Ejército siguió hasta la calle del Estado,

que habían engalanado los Bomberos, recorrieron la Plaza de Armas, y el General Baquedano, con todo su Estado Mayor y los Comandantes de Cuerpos entraron a la Catedral, en donde se cantó un Te Deum y pronunció una brillante alocución patriótica un joven presbítero—que después ha alcanzado la cúspide en la elocuencia sagrada—: don Ramón Angel Jara.

Los festejos al Ejército duraron varios días. Nunca había habido, en Santiago, tantos soldados; no cabían en los cuarteles, de modo que tuvieron que alojarse en los grandes claustros: en San Francisco, en Santo Domingo y en la Recoleta. La alegría era infinita, el entusiasmo era desbordante, todo el mundo se abrazaba por las calles.

La que no ha visto, como yo. los años de la guerra no sabe lo que son los chilenos ni de lo que Chile es capaz.

El Cólera Morbus

El año 87 el **Cólera Morbus** hizo su aparición en Chile. Venía precedido de una horrible e interminable historia de sus estragos por doquiera había aparecido, tanto en el Asia como en Europa, por lo que causó, entre nosotros, un pánico horri-

ble. Como los primeros casos se presentaron en el pueblo de Santa María, no faltó gente que lo interpretara como castigo de Dios por las persecuciones a la Iglesia, de don Domingo Santa María, entonces Presidente de la República; además el pueblo creía que algunos extranjeros habían envenenado las aguas del país, explicándose de esta manera que se les impusiera, como precaución, que sólo las bebieran hervidas. Las familias pudientes emigraban, otras se recluían en sus fundos y no pocas se trasladaron a la costa o a provincias que aún no estaban contaminadas, sin evitar por eso el contagio.

Los jóvenes se ofrecían para llenar las tareas más duras y peligrosas en servicio del pueblo, instruyéndolos en las precauciones que debían tomar para evitar el contagio o prestándoles la atención requerida, a los que caían. Fué tan heroica esa campaña, que se veía, a diario, a jóvenes de nuestra primera sociedad cargando los cadáveres que sacaban a hombro de los conventillos, para llevarlos en carretones al cementerio.

Como la epidemia no respetaba jerarquías, vimos caer, una tras otra, personas de nuestras propias familias y relaciones sociales; vimos a ve-

ces, desaparecer padres y madres, dejando vacíos hogares recién formados, produciendo el pavor en todos los ánimos.

Entonces las señoras y niñas de nuestra sociedad, se reunieron para ayudar, de algún modo, a los que sufrían y se organizó una sociedad que se llamó "Cruz Roja", destinada a procurar fondos, por medio de conciertos, representaciones, kermeses, loterías y diversos entretenimientos, con que socorrer a los desvalidos. Esto produjo algún dinero y muchas más distracciones que levantaron el ánimo de las personas pusilánimes y combatieron el pavor, tan contagioso en circunstancias alarmantes. Nació esta asociación bajo la presidencia de la señora Enriqueta Pinto de Bulnes y yo fuí la secretaria y la formaban las señoras más respetables de nuestro mundo social. Como esta tarea fué larga y exigía gran actividad, nos distraíamos de las tristezas del momento y nos alentaba para aunar nuestros esfuerzos a los del médico y de todos los hombres que se sacrificaban con abnegación sin igual

Por renuncia de la señora Pinto de Bulnes (retiro muy justificado a sus años), entró como Presidenta Luisa García de la Huerta, esposa de

Evaristo Sánchez, Intendente de Santiago en esos días.

Ella sacrificó generosamente la tranquilidad de su vida retirada y pacífica, para aceptar un trabajo penoso y activo, al que prestaron grande aliento, tanto ella como su marido, y muchos caballeros respetables que nos ayudaban poderosamente en nuestra empresa que servimos con entusiasta abnegación hasta que el flajelo desapareció.

Muchos años más tarde—en el presente siglo—acepté también la Secretaría de otra sociedad benéfica, la Sociedad de Beneficencia de Señoras que presidía doña Ana Ortúzar de Valdés, dama de noble alcurnia que había sabido formar una numerosa y muy digna familia de hombres de trabajo y mujeres modelos de virtudes y que, viuda ya, dedicaba sus desvelos a amparar a los desvalidos. Esta señora, sus hijas y todas las socias con abnegación digna de recordarse, visitaban constantemente a los pobres, especialmente a los enfermos y les proporcionaban recursos, medicinas, consuelos y cariño. Fuí Secretaría de esta sociedad hasta que, a causa de mi viaje al extranjero, tuve que dejarlo y fuí admirablemente reemplazada por la hermosa y joven señora Ana Lyon de Alamos

Estas han sido, si no las únicas, mis dos principales actividades en materia de beneficencia social. De niña no me ocupé jamás de beneficencia porque no era el hábito que una niña hiciese nada; de mujer recién casada solamente lo hice esporádicamente porque, como me movía en un mundo esencialmente médico—a causa de la profesión de mi marido y de dos de mis hermanos—estaba muy al corriente de la teoría microbiana, que recién se introducía con la exageración consiguiente en la medicina chilena, y tenía un verdadero pavor de traer a mi hogar algún contagio del que pudiesen ser víctimas mis hijos. Este temor se incrementó en mí cuando mi pobre hermano Víctor, por atender a un enfermo de membrana y acariciar a su única hijita Eugenia Barros Lynch, le transmitió el contagio y la vió morir a los pocos días, porque aún no se había descubierto el serum salvador.

La vida social

En los lejanos días de mi juventud, la vida social se hacía en condiciones muy distintas de las que hoy imperan. Todo ha cambiado notablemente en beneficio de las comodidades, de las distraccio-

nes y hasta del trabajo que es hoy, sin duda, más activo; pero la sociabilidad, en el sentido del contacto mútuo que produce la conversación, casi podría decirse que ha desaparecido.

En aquel tiempo se recibía con frecuencia en los hogares y allí se reunían señoras y caballeros a conversar sobre lo que a cada cual le agradaba. Había tertulias políticas, como la de don Domingo Fernández Concha y la de los Amunátegui; tertulias literarias, como la de don José Victorino Lastarria; otras sociales, como la de Barros Arana, Alberto Blest Gana, Marcial González y algunas otras que no conocí. Las políticas y literarias eran de caballeros solamente, pero las tres últimas las frecuenté, por las relaciones de familia y de amistad que me ligaban. En ellas traté a los Matta, los Gallo, los Amunátegui, los Blest Gana, Sotomayor Valdés, Vicuña Mackenna, don Victorino Lastarria, don Domingo Santa María, Ambrosio Montt, Vergara Albano y algunos extranjeros ilustres como Domeyko, Phillippi, M. Gay, Courcelle Seneuill, Sarmiento y Mitre que brillaban por su inteligencia y su cultura.

En estas tertulias se conversaba y se escuchaba con placer, pues los que allí se reunían sabían

hablar y siempre abordaban asuntos de interés general. El club ha muerto para nosotras, estas reuniones tan seleccionadas, que contribuyeron poderosamente a nuestra cultura social.

Las señoras también recibían en sus casas y sabían elegir sus tertulios, no para tomar te o jugar bridge, sino para cambiar ideas y comentar las cosas del día. Estas reuniones estimulaban al hombre para lucir sus facultades y a la mujer la inducían a nutrirse de la cultura necesaria para no desmerecer en el concepto de sus tertulios y para mantener el interés en sus recepciones.

Este arte exquisito que se desarrolló en la sociedad parisiense con el concurso brillante de mujeres como Madame de Stael, Delfine Gay, Madame Récamier, tuvo en Chile su repercusión interesante. Varias damas de nuestra Sociedad abrían sus salones constantemente para recibir lo más selecto de nuestro mundo social, y entre éstas la que conocí más íntimamente y frecuenté mucho su salón, fué mi inolvidable amiga Laura Cazotte de Antúnez.

Esta mujer hermosa, con esa belleza que cautiva, supo atraer a su rededor, una pléyade de amigos y admiradores, entre lo más distinguido de

la juventud de entonces, que llenaban sus salones noche a noche, y bien podría aplicarse a ellos la famosa frase con que se designaba en Francia a los admiradores de Mme. Recamier: "Ils ne mourrait pas touts, mais touts étaiant frappées". El atractivo de su persona era la luz que iluminaba aquel salón, su distinción exquisita daba el tono a la conversación y su aplauso amable y oportuno estimulaba los esfuerzos de cada uno por despertar interés y merecer su aprobación.

En las reuniones de esa índole se conversaba de todo lo que ocurría que, por cierto, no era escaso, para animar la charla y producir entusiasmo. En el Congreso se debatían asuntos de vital importancia para el país, tratados con elocuencia por los oradores más notables, que producían discusiones acaloradas, pero que se mantenían dentro de un gran refinamiento social. Vivo aún el recuerdo de la lucha ardiente que provocó la reforma del artículo V de la Constitución, para autorizar la libertad de culto y que despertó apasionamientos formidables; se produjo también la del matrimonio civil y la del cementerio laico, no menos agitada; después, la vacunación obligatoria, la guerra con el Perú y, por último, se preparó la

revolución que derrocó a Balmaceda y que tuvo un interés extraordinario. Las señoras asistíamos a las sesiones, aplaudíamos a los oradores desde las tribunas, los felicitábamos después con entusiasmo y compartíamos sus éxitos.

Ministros de Estado, miembros del Congreso, escritores de nota, la "élite" de la inteligencia y la cultura, se encontraba en las reuniones diarias de aquellos salones, y los que no se inclinaban a la política, conversaban sobre teatro, letras, música, etc. La lectura de las últimas novelas que llegaban, daba margen a conversaciones muy amenas, pasando en revista a los autores de moda como Balzac, Víctor Hugo, Chateaubriand, George Sand, Lamartine, Musset, Théophile Gautier, Me rimée, los Goncourt, Sainte Beuve, Alfonse Karr, Alfonse Daudet y otros ya olvidados, que suscitaban hondas discusiones. Se comentaban con calor los problemas que en esas obras se desarrollaban, la verdad y la vida de sus caracteres, los estudios del corazón humano que de ellas se desprendían y la personalidad misma de sus autores. Los poetas españoles nos fascinaban y devorábamos el "Canto a Teresa", de Espronceda; las "Doloras". de Campoamor; los "Poemas", de Núñez de Arce; las

imponderables estrofas de Gustavo A. Bécquer y cada cual tenía su favorito que defendía a rabiar. Entre nuestros poetas leíamos a Guillermo Blest Gana, que nos conmovía, a Eusebio Lillc y Guillermo Matta, que nos arrebataban, a veces, con su entonación patriótica

También despertaban nuestro entusiasmo los grandes oradores sagrados de Francia: Bossuet Lacordaire, Fénelon, Dupanloup, que alzaban nuestro espíritu a regiones más elevadas. No faltaban tampoco en nuestra patria, sacerdotes que conmovieran con su elocuencia y atrajeran con su prestigio. Recuerdo la palabra acentuada y doctrina severa de don Joaquín Larraín Gandarillas, la ardiente y fervorosa del señor Taforó, la dicción amanerada y elocuente de Monseñor Eyzaguirre, y sobre todo, la palabra persuasiva y conmovedora, cual ninguna, de don Mariano Casanova

El teatro entonces era frecuentado por la más alta sociedad y las principales familias mantenían palco propio en el Municipal, donde las señoras lucían su belleza, su elegancia, sus joyas y recibían a sus amigos en el entreacto, lo que daba vida y animación a la sala, que hoy ha desaparecido con la salida de todos al foyer. Eso avivaba

el interés de la charla social, discutiendo los éxitos de los artistas a la vez que comentando la actuación del auditorio.

Fuera de la ópera que nos hizo gozar de las grandes partituras de Mozart, Meyerbeer, Rossini, Bellini, Donizetti, Verdi, Gounod, Bizet y otros, interpretadas por cantantes de primer orden, tuvimos la suerte de poder gozar, en el arte dramático, de las interpretaciones de grandes artistas como la Ristori, Sarah Bernhardt, Rossi, Salvini, Valero, Calvo, limitándome a los más notables. La Ristori, nos dió el teatro clásico, con Medea y Judith, algunas piezas de Alfieri y de Víctor Hugo; Sarah Bernhardt nos dió el drama francés desde Fedra y Hernani, hasta la inolvidable Margarita Gautier, en la que era eximia, y Teodora, en la que brillaba con todo su esplendor trágico. Rossi nos representó Shakespeare en algunas de sus tragedias, teatro italiano y francés, despertando gran entusiasmo. Salvini nos reveló un Otelo soberbio, con su figura imponente y su alma apasionada y artística. Valero nos dió admirablemente Luis XI, Baltasar de la Avellaneda, El Patriarca del Turia de Eguilaz y otras obras representadas con arte superior. Calvo el teatro clásico español, con gran acierto, y nos hizo conocer los

dramas emocionantes del teatro romántico de Echegaray.

Anualmente se exhibían grandes cuadros de pintura, reuniendo telas que proporcionaban los particulares que las poseían. Recuerdo haber admirado así, una preciosa colección que pertenecía a la Princesa Troubeskoy, otra de Luis Cousiño y la de don Maximiano Errázuriz otra muy hermosa de don Manuel Amunátegui. fuera de las que solían venir del extranjero, como una que expuso el padre de María Guerrero, con magníficas telas originales de Murillo, Pradilla, Fortuny, Van Dyck y otros.

Esto no sólo era educativo para los que se dedicaban al arte, sino que ilustraba a los simples aficionados y daba lugar a críticas instructivas y conversaciones muy agradables.

La prensa recogía todas estas impresiones: políticas, literarias, teatrales y artísticas, y las comentaba en artículos brillantes, apasionados o modestos, que contribuían a mantener y avivar el interés. Además nos imponía del movimiento europeo, tanto literario como político, que entonces atraía poderosamente la atención. El segundo imperio acababa de caer y se recordaban todavía los

ruidosos acontecimientos de esa corte tan brillante, desde las alegres y suntuosas recepciones de las Tullerías y las fiestas de la apertura del Canal de Suez, hasta la tragedia de México y la caída de Sedán.

Con todo esto y lo que omito o he olvidado, es fácil comprender el entusiasmo que reinaba en la sociedad de aquel tiempo y el brillo que imprimía a sus reuniones. La conversación entre personas cultas e inteligentes la estimo como el mayor de los atractivos de la vida social; no sólo instruye y despierta interés, por todo lo que ocurre en el mundo que valga la pena de comentarse, sino que pule y refina el lenguaje y las maneras en sumo grado, sacude las contrariedades y preocupaciones de la vida diaria y levanta el espíritu hacia problemas más elevados. Este era el bien que recogíamos de esas reuniones tan seleccionadas y tan cultas.

Entre grandes hombres

La vida es un kaleidoscopio que no cesa de cambiar a cada instante, sin repetirse jamás. Mis amigos fueron formando, como nosotros, sus pro-

pias familias o fueron absorbidos por preocupaciones y trabajos, y, a mi vez, mi vida fué variando con nuevos hijos que educar y que atender. Sin embargo, esto no me alejó totalmente de la vida social—que tanto me atraía—pues las nuevas relaciones adquiridas con mi matrimonio me abrieron las puertas de algunos hogares en que se recibía muy a menudo y en donde era acogida con cariño.

Se me invitaba con frecuencia a casa de doña Josefa Correa de Pardo—doña Pepa, como se la llamaba familiarmente—que era la suegra de mi cuñado Emilio. Allí conocí a su sobrino político don Manuel Pardo, ex-Presidente del Perú, quien me interesó vivamente.

Tenía entonces, poco más de cuarenta años, una figura atrayente, que cuidaba mucho. vestía admirablemente, un carácter franco y maneras muy finas. Como era muy aficionado a las bellas letras y como sus antecedentes de estadista superior, de gran político lo envolvían en una aureola de superioridad, me atrajo poderosamente desde el primer momento. Había pasado algunos años en Chile como estudiante, mientras duró el destierro de su padre; por eso tenía algunos amigos

de aquellos años juveniles, a pesar de que durante su gobierno, se había mostrado un tanto hostil a la política chilena.

En muchas noches de tertulia íntima, nos deleitábamos oyéndole discurrir sobre política sudamericana que dominaba en absoluto. En aquellos días se agitaba la nuestra con la cuestión económica y financiera, que nos llevaba al papel moneda, y recuerdo su asombro al ver que no se produjo la menor agitación pública al ser promulgada la ley de inconvertibilidad del billete. Como digo, no salía de su asombro y decía que Chile era un país admirable, muy fácil de gobernar

Otras veces narraba los acontecimientos políticos de su gobierno, dramáticos a menudo, que relataba en forma tranquila, con severa elocuencia. No descuidaba tampoco, en sus brillantes conversaciones, los asuntos meramente sociales Recuerdo el interés que supo dar a un relato destinado a probarnos el peligro que acompaña siempre a toda mediación en divergencias conyugales Nos contó, en aquella ocasión, que un amigo suyo al regresar de un largo viaje, encontró a uno de sus compañeros casado con una hermosa mujer,

a quien quería mucho, pero a la cual no sabía hacer feliz, que estaba constantemente contrariada, disgustada de todo.

"—Paséala, le dijo el recién llegado, tu mujer necesita distracción.

—¿Cómo puedo hacerlo, replicó el marido, si tengo que atender a mi Oficina que no puedo descuidar?

El recién llegado se ofreció, entonces, para llevarla a teatros y paseos para ver si lograba disipar su mal humor. El marido aceptó y todo anduvo tan bien, agregaba picarescamente, que poco tiempo después el marido agradecido le abrazaba diciéndole: "Me has devuelto la felicidad". Pero el amigo había perdido la suya, agregaba, y hubo de ausentarse de nuevo para tratar de olvidar, para intentar recuperar su tranquilidad perdida. Y muchos, que creían conocerle bien, decían que ese relato era su propia vida.

Otras veces leíamos a algún clásico de la lengua castellana. Leía admirablemente, subrayando con entusiasmo, cada expresión hermosa. o pensamiento noble, o acto heroico, comunicándonos así sus emociones. Mucho me agradaban esas lecturas que me hicieron conocer a muchos clásicos

con admirable comentario, y que, sobre todo me permitían penetrar, con relativa facilidad en el alma de Pardo, siempre abierta a todas las bellezas del espíritu y a las noblezas de la vida

Conservo una original carta suya juzgando unos trabajos literarios de mi marido que yo le dí a conocer, y un retrato suyo con esta dedicatoria: "A la señora Martina Barros de Orrego que sostiene la independencia de la mujer y practica la esclavitud del hombre."

En esa casa conocí también, algún tiempo después, a la señora de Pardo que era una dama de gran distinción y a sus hijos, Felipe ya hombrecito, Juan y Pepito, entonces niño muy bonito que se ruborizaba cuando yo le acariciaba; fué más tarde Presidente del Perú, pero como tal no le ví, porque las sociedades de Chile y del Perú continuaban muy distanciadas desde la guerra

Luego llegó para Pardo la tragedia final, cuyos preámbulos presencié y no he olvidado jamás. Su familia había regresado al Perú y su mujer —que le adoraba—le escribía diciéndole que envidiaba a la pobre chola que pasaba por su calle porque esa tenía el derecho de vivir con su marido en paz y tranquilidad, mientras que ella tem-

blaba con la sola idea de verle llegar; tanta era la agitación política y la animosidad en contra de él que allá existía.

Tras larga ausencia después de su gobierno, regresó a Lima para ocupar la Presidencia del Senado que acababan de otorgarle. Comprendía que su vuelta al Perú era indispensable, pero conocía muy bien los peligros que esa vuelta implicaba. Todas las cartas que recibía de Lima así se lo manifestaban, en muchas le rogaban que no fuese y acá todas le implorábamos que esperase, que no se precipitara; pero todo fué inútil. El, con una hombría extraordinaria, se manifestó, en todo momento, resuelto a partir, alegando que su regreso era un deber ineludible e impostergable, que ningún peligro, por cierto que fuese, podía dilatar.

Parecía tranquilo, pero no siempre conseguía dominarse lo bastante como para que no le notásemos su emoción que nos dejaba de manifiesto su certeza de la tragedia que le aguardaba. Recuerdo su despedida de casa. Al verme contristada por su partida, tomó a mi hijita entre sus brazos y dándole un beso le dijo: "Despídeme de tu madre que la recordaré con mucho cariño, que

la recordaré.... mientras viva." Después me estrechó la mano, en silencio, y se retiró.

Días después partió a Lima, en donde, al entrar al Senado, un sargento de la guardia, de un balazo lo ultimó por la espalda.

Este hombre, que se preparó desde niño para gobernar a su país y al que, después consagró todas sus energías y todos sus desvelos para engrandecerlo y encarrilarlo por normas que estimaba necesarias, tuvo que gobernarlo con dureza y acaso con excesiva omnipotencia. Eso le acarreó odios inextinguibles que trajeron la catástrofe, tanto más lamentable cuanto que privó al Perú de un hombre superior en los momentos en que más lo necesitaba.

Don Domingo Faustino Sarmiento estuvo en Chile en su mocedad, expatriado por Rosas y dejó recuerdos muy simpáticos como gran periodista y polemista formidable; se le consideraba también como pedagogo distinguido. Después tuvo gran actuación política en su país: fué Presidente de la República Argentina y una vez terminado su pe-

ríodo, vino por segunda vez a Chile, donde pasó algunos meses descansando de sus labores.

Por mis relaciones de familia en su país y por sus amigos de aquí, conocía mucho la estimación en que se le tenía por su gran valer intelectual lo que me inspiró grande interés por tratarlo.

En aquellos años, quizás por la escasez de teatros y otros entretenimientos, eran numerosas no solamente las tertulias políticas sino también las literarias. Una de éstas era la de Luis Montt y su señora doña Clotilde Larenas que cada sábado convidaban a comer a unas diez o doce personas para después, hasta media noche, conversar de letras. En esta tertulia estaba siempre Sarmiento, pues era muy amigo de Luis desde su primer viaje cuando don Manuel Montt le amparó desde el Gobierno.

Como las simpatías son casi siempre mutuas, al cabo de cierto tiempo Luis me instaba porque no le faltara en sus noches de charla. pues Sarmiento protestaba de mi ausencia. Esto, la admiración que por él tenía Augusto, que era su médico, hicieron que muy pronto le tuviese con frecuencia en mi propia casa, por lo que creo puedo decir que le conocí en la intimidad

Sarmiento tenía entonces 75 años que llevaba muy bien; hombre fuerte, robusto, bastante grueso, con magníficas espaldas y grande altura, imponía con su sola presencia. Se le consideraba feo pero su frente hermosa y sus ojos vivos llenos de esa chispa intelectual que todo lo embellece, le daban una impresión de virilidad En sus maneras era brusco, su lenguaje defectuoso y, a pesar de su reputación de educacionista, pronunciaba muy mal y usaba palabras de excesivo regionalismo; tenía la voz vibrante y en tono de comando del hombre habituado a dominar, pero en sus momentos de emoción su fisonomía se transformaba, sus ojos se iluminaban aún más y su voz se apaciguaba hasta conmover con su dulzura. Puedo decir sin exagerar, que de su garganta brotaban a veces rugidos de león y en otros arrullos de paloma. Su aspecto físico se asemejaba a esas hermosas piedras de minas de formas abruptas, con puntas agudas, con miles de aristas cortantes, pero que nos deslumbran con sus preciosos colores, con sus luminosas y brillantes chispas reflejos de los ricos metales que encierran.

Una noche en casa me pidió que leyera alguna cosa. Yo, que sabía la importancia que él da-

ba a la lectura en alta voz, sentí el pavor de un niño ante el examinador; tomé uno de sus libros y la suerte quiso que lo abriera en un discurso pronunciado por él en la tumba de un amigo y compañero de armas de su único hijo, muerto en la guerra con el Paraguay. Temblando lo leí con gran cuidado y mi propia emoción le dió quizás la impresión debida, pues al terminar se había conmovido hasta las lágrimas, que enjugaba con un pañuelo, y me dijo con voz ahogada: "Me has hecho llorar, chiquilla, y éste es tu mejor elogio."

En otra ocasión me leyó una carta que acababa de recibir de una amiga suya, la señora Vélez Sarfield. En ella le decía que su ausencia se le había hecho más dolorosa con el cambio de casa, pues en la recién construída, sólo encontraba el frío de lo nuevo, sin encontrar ni un rincón donde albergar sus penas o evocar sus recuerdos. La leía con voz suave y temblorosa por la emoción y al concluirla me dijo con aire triunfal: "¡Qué alma tan hermosa! ¿Verdad?". La carta era magnífica, pero su emoción me gustó más.

Conservo su retrato con religioso respeto, en el que me grabó estas preciosas palabras: "Corteza de viejo roble. Cuando conservaba frondosas

ramas mecíanla las brisas de la tarde y las aves canoras posaban sobre sus ramillas. Guárdala Martina del invierno que se acerca"

En casa de la señora María del Carmen Alcalde de Cazotte, donde se recibía regiamente, conocí a don Carlos de Borbón, de paso en Chile como turista. Conocía los antecedentes de este señor por la historia de la guerra carlista la que terminó con un convenio a que llegaron los jefes militares de ambos bandos: Maroto y Espartero. La esposa de mi tío José Luis Borgoño era hija de Maroto y, como ella recordaba siempre los episodios de esa campaña, me interesaba el personaje. Su figura era bellísima, de gran estatura y cuerpo esbelto, moreno de color y grandes ojos negros muy hermosos, finas facciones y manos reales, pero su fisonomía carecía en absoluto de expresión. Su trato era afable, pero su conversación sin interés y generalmente guardaba un silencio majestuoso. Se acompañaba siempre de su secretario quien si mal no recuerdo, se llamaba Melgar, hombre inteligente, quien continuaba, con frecuencia

la conversación iniciada como para evitarle molestias.

En una ocasión, advertido por su secretario de que yo era sobrina política de Margarita Maroto, don Carlos me preguntó por ella con manifiesto interés y contesté sus preguntas sobre su situación y condiciones de vida.

"Ella debió casarse con Espartero en España" me dijo.

—Así se lo propuso su padre, señor, pero ella no lo aceptó, creo que era viejo para ella.

—Sin embargo algunos años después Espartero fué Regente de España, me replicó."

Esta petición de mano fué hecha a raíz del convenio para finiquitar la guerra civil con el famoso abrazo de Vergara, determinación que arrostró Maroto sin consultar a don Carlos y que despertó gran indignación entre los carlistas. Esta conversación tuvo algún interés para mí y fué la única digna de recordarse de las que tuve con él en las repetidas ocasiones en que lo encontré en los salones, donde se le colmaba de atenciones. Espléndida figura de monarca para exposición, pero sin interés personal en sociedad.

En casa de don Eugenio Vergara, con cuya familia manteníamos estrecha amistad, fuímos convidados a comer un día en que se festejaba a Cóndell después de su triunfo del 21 de Mayo. En el aturdimiento consiguiente en aquellos días de regocijo, era natural que este joven marino no se presentara en condiciones favorables para poder apreciarlo debidamente; sin embargo me dejó la impresión de un hombre, mediocre como inteligencia, pero de alma grande y poderosa voluntad.

Como don Eugenio conocía mi deseo de tratar a don Manuel Montt, me colocó a su lado en la mesa, lo que fué para mí un honor y una gran satisfacción. Yo había vivido en medio de un ambiente muy hostil a su gobierno y después me encontraba con entusiastas admiradores de su talento, además sus hijos eran muy amigos míos; anhelaba pues, conocerlo, para poder apreciarlo por mí misma.

Aquel caballero que se le pintaba con los colores más siniestros y con el carácter más adusto, se me presentó, desde el primer momento con las condiciones más atrayentes en su conversación en la atención refinada con que me trató, buscando

los temas que podían ser más de mi agrado. y gastando la más exquisita cortesía, como el joven más delicado, pues ese caballero llevaba la juventud en el alma, a pesar de su trabajada y tormentosa vida. No recuerdo ya, por desgracia, los diversos asuntos que tratamos, pero sí conservo uno en mi memoria. Como yo había publicado antes la traducción del libro de Stuart Mill: "La Esclavitud de la Mujer" precedido de un prólogo con mi firma, me habló de feminismo y aludió a mi trabajo; pero, sin limitarse a prodigar elogios, trató el tema con gran conocimiento del problema y señalando sus ventajas y sus escollos con talento y altura de miras.

Inútil me parece agregar que don Manuel Montt me cautivó y que, desde esa tarde en su compañía, he comprendido el valer de ese hombre superior, que la política golpeó, sin lograr herirlo, y cuyos méritos se le han reconocido después con espíritu de justicia, hasta por sus más ardientes adversarios.

Pedro Montt también recibía, con mucha frecuencia, a comer en su casa y nos invitaba cons-

tantemente. Sus convidados eran siempre políticos, generalmente miembros del Congreso, y naturalmente la conversación se inclinaba siempre a comentar cuestiones políticas del momento, que ya comenzaban a interesarme y llegaron hasta a apasionarme con el tiempo.

Pedro era parco en palabras, pero en cambio Sara, su esposa, era ardiente y fogosa para defender todo lo que interesaba a su marido, y con su palabra vibrante fustigaba a veces y en otras encomiaba con entusiasmo. Pedro que parecía frío y calculador, tenía una alma tierna y bien templada que sabía contener y gobernar. Yo discutía con él, a veces, con el calor que acostumbro, y él me contestaba con pocas palabras, muy tranquilas, que apagaban mi fuego

Con el tiempo vino su elección para Presidente de la República, que yo miré con vivo interés, aunque mi marido se afilió en favor de Lazcano, su adversario. Triunfó Pedro y llegó a la Moneda, donde fuímos invitados a todas sus recepciones, las que siempre acepté, pero Augusto se dejaba representar por mí y alguno de sus hijos. Día llegó en que su salud lo obligó a retirarse temporalmente del Gobierno y hacer un viaje a

Europa, del cual no regresó. Recuerdo siempre con profunda emoción la última conversación que tuve con él antes de su partida.

Se despidió con una recepción reservada a pocos amigos, entre los cuales estaba yo. Algunos días antes se había publicado un artículo condenando su política en forma muy violenta y Roberto Huneeus se permitió asegurar, con su firma, que ese artículo debía ser de mi marido. A esto contestó Augusto indignado, protestando enérgicamente y recordando la antigua y estrecha amistad que lo ligaba y el afecto que le profesaba, a pesar de que la política los separaba accidentalmente; y lo hizo con el calor de alma con que lo sentía. Apenas me vió Pedro en sus salones, se acercó y me dijo: "No acostumbro ahora leer los diarios, pero no sé cómo cayó ante mis ojos la protesta de Augusto de la inculpación que injustamente se le hacía; protesta que, por cierto, yo no necesitaba, pero sus palabras tan sinceras, que evocaban los recuerdos de nuestra larga amistad, me conmovieron de tal modo, que no puedo recordarlas sin sentirme emocionado; ésto remunera de muchas amarguras. Dígaselo así a su marido y cuánto siento no darle un abrazo antes de irme." Esto me

dijo con una emoción tan profunda que yo misma me sentí conmovida. Bajo una corteza áspera y seca, latía un corazón tierno y sensible.

No juzgo al estadista, porque la política apasiona siempre y la pasión es ciega; pero sí al amigo, con el corazón que ilumina y digo que fué un hombre leal y sincero, un amigo cariñoso.

Marcial González, amigo nuestro, relacionado con nuestra familia por ser cuñado de mi tío Diego Barros Arana, recibía a comer semanalmente en su casa a un círculo de amigos, caballeros de valer, y tuve la satisfacción de ser invitada en compañía de mi marido, lo que significaba una gran distinción para mí por ser la única mujer que asistía a esas comidas, fuera de su esposa e hija. Allí me encontraba siempre con don Domingo Santa María antes de su presidencia, a quien había admirado desde chiquilla, pues me fascinaba con su talento, su conversación tan amena, y sus cartas tan lindas, con las que me honró muchas veces y que conservo con cariñoso interés. Su conversación era muy atrayente, sin afectación al-

guna, la sostenía con viveza y a veces con pasión, pero siempre contenida en los límites del buen tono, y sin recursos literarios. Afectuoso por naturaleza, sabía ser amable sin parecer excesivo, dominaba sin imponerse y atraía la simpatía y el respeto con sólo su presencia.

Acudían también allí don José Victorino Lastarria y Ambrosio Montt, de quienes ya he hablado, y, que allí como en todas partes, conversaban con esa galanura característica y con esa superioridad de espíritu que parecían ser sus calidades primordiales.

Otro de los más asiduos era Manuel García de la Huerta, cuñado de la dueña de casa, hombre de corte señoril, de viva inteligencia, refinado hombre de mundo, observador muy sagaz, con un espíritu superior, que admiraba todo lo bello; pero, desgraciadamente, sin inclinaciones literarias o artísticas. Brillaba allí por las calidades de su carácter que le hacían un hombre muy estimable.

Aniceto Vergara Albano, charlador infatigable, era hombre culto, muy simpático y en donde estaba llevaba el agrado. En cuanto al dueño de casa, tengo que declarar que era el más amable y bondadoso anfitrión, muy buen amigo de todos

sus comensales y con tanta afición por las letras como por la pintura. En todos sus salones había numerosísimos y preciados cuadros. Se decía picarescamente que el primero que se retiraba de esas reuniones lo hacía siempre temeroso de la crítica de los que se quedaban; pero eso era solamente una excusa para retardar la partida, porque cuando la crítica asomaba eventualmente no era malévola sino chistosa y juvenil como entre muchachos. Todos estos hombres, ilustres por más de un capítulo, se trataban de **compadres**.

Manuel García de la Huerta también recibía a comer en su casa de la calle Catedral frente al Congreso, y a fuer de vecinos, nos invitaba con frecuencia a Augusto y a mí. Allí encontré a don Eulogio Altamirano, hombre de inteligencia superior, clara y reflexiva, grande orador que había sostenido debates memorables en nuestras Cámaras, famosas en aquel entonces en toda América, por la brillante elocuencia de sus miembros. La tranquilidad de su carácter se revelaba en su palabra flúida, culta y atrayente.

También asistía a esas reuniones Julio Zegers, brillante y original, de inteligencia refinada. Sabía

manejar admirablemente la ironía y era maestro en la réplica sutil e intencionada; sus maneras eran un tanto felinas.

Estas tertulias de caballeros, que me honraban con su deferencia al invitarme, tenían para mí un inmenso atractivo, pues la conversación versaba siempre sobre temas de gran interés, que eran tratados con altura y con talento por hombres realmente superiores, con bromas chistosas y refinadas. Todo lo cual no era, entonces fácil de encontrar en los salones frecuentados por señoras, porque en ellos estos mismos hombres, que cuando estaban solos conversaban sobre temas de tanto interés, cuando estaban en la compañía de señoras se creían obligados a tratar de frivolidades, a hacernos la corte. Les faltaba en esas ocasiones el estímulo que despierta siempre en ellos la noble emulación por la superioridad intelectual

En el gran mundo y la política

A estas interesantes reuniones se agregó más tarde la tertulia nocturna en casa de mi amiga Laura Cazotte de Antúnez. Esta gran dama tenía por herencia la belleza, la distinción y el señorío

unidos a la inteligencia y a la bondad que la hacían adorable. Ella fué mi amiga más íntima y despertó en mi alma el cariño más hondo, fuera del de mi propio hogar. Como vivíamos muy cerca nos veíamos todos los días y nos reuníamos todas las noches en los grandes salones de su casa donde recibía a lo más selecto de los hombres de sociedad, de gobierno y de cultura intelectual. a los que se agregaban algunas mujeres hermosas, entre las que se distinguía su cuñada Rosa Orrego de Antúnez, lo que daba mayor brillo e interés a aquellas recepciones. Las noches de teatro, que tocaban a su abono, íbamos juntas a la ópera, que era en esa época reunión selecta, de lo más brillante de nuestro mundo social, y como los caballeros visitaban en los palcos, se turnaban allí los amigos para saludarla en los entreactos.

Hermosa mujer era Laura, alta, esbelta, cabeza pequeña, cabellera rubia, facciones finas, cuello y hombros esculturales, manos lindas, pies pequeños y andar de reina. Pero su físico no constituía su mayor atractivo, que lo principal era su distinción suprema, su exquisita amabilidad y su coquetería refinada que a todos atraía En la intimidad tenía dotes superiores aún. Poseía el don

supremo de levantar los espíritus abatidos, de abrir nuevos horizontes en la vida, despertando ilusiones muertas, entusiasmos nobles y el olvido de todas las pequeñeces que a veces nos dominan. Corazón de oro para aliviar las penas y producir alegrías delicadas que sabía inculcar en los espíritus entristecidos.

Noble, generosa y siempre lista para hacer la vida agradable a cuantos de cerca la rodeaban. Con estas cualidades, es fácil comprender que tuviera muchos adoradores, silenciosos unos, ardientes otros y todos respetuosos. Esa corte la rodeaba siempre y la seguía donde iba, pues la sociedad entonces prodigaba los grandes bailes y banquetes a porfía, los que Laura retribuía regiamente en los suntuosos salones de su casa.

Esta amistad y su gran influencia sobre mí, me hizo vivir en el gran mundo algunos años y conocer muchos hombres interesantes que actuaban con brillo en los salones y en la política como Joaquín Walker Martínez, de arrogante figura, orador ardiente y batallador infatigable en la política. José Francisco Vergara, valiente y esforzado campeón en la guerra del Pacífico como Ministro de Guerra en campaña, y fogoso polemista que sos-

tuvo largo tiempo el incógnito bajo el seudónimo de Severo Perpena, político de gran actuación y un perfecto hombre de mundo.

Augusto Matte, joven inteligente y muy culto, político y diplomático distinguido con quien mantuve larga y muy buena amistad. Adolfo Guerrero, hombre de valer, culto, inteligente y muy agradable, y varios otros que sería largo enumerar.

Esta vida de gran mundo perturbaba a mi marido en su trabajo diario y en sus aficiones de hombre de estudio y de apacible retiro, y se resistía a soportarla; pero pronto tuvo que cambiar él mismo a pesar suyo, por su entrada a la Cámara de Diputados y por haber aceptado la redacción de la "Patria" de Valparaíso a la vez que la de la "Epoca" en Santiago, durante la campaña presidencial de Balmaceda.

La tertulia de Laura Cazotte se hizo más interesante y más concurrida con motivo de que su marido, Carlos Antúnez, fué por algún tiempo, Ministro de Estado; eso la hizo también más agradable para el mío que se encontraba allí con los políticos que más actuaban, tanto en las filas de gobierno como en las de la oposición. Esta entrada de Augusto en la política tuvo también otra con-

secuencia feliz: la de estrechar más la intimidad de nuestra vida conyugal, pues le serví de secretaria para escribir sus editoriales y sus discursos en la Cámara, lo que me obligaba a mí a leer todos los diarios políticos de la mañana, mientras él salía a llenar sus deberes profesionales, y así poder darle cuenta, a su regreso, de lo que en ellos se trataba, que pudiera interesarle. Eso me aficionó a la política que llegó a apasionarme, y aprendí a escribir lo poco que sé, siguiendo su dictado, que era tan rápido por la facilidad extraordinaria que tenia para redactar, que apenas lo alcanzaba, siendo que yo escribía con mucha rapidez.

En aquel tiempo dió Augusto pruebas de una capacidad de trabajo formidable. Atendía su profesión de médico (que fué siempre su mayor encanto), era activo diputado que tomaba parte en todos los grandes debates y un tiempo Presidente de la Cámara, y redactaba dos diarios políticos de gran influencia: "La Patria" de Valparaíso y "La Epoca" de Santiago.

Sus artículos de prensa de aquellos años le hacen un gran honor y seguramente serán de las cosas que él hizo, de las que más perduren. Como tenía una cultura general extraordinaria podía

abarcar en ellos una inmensa variedad de temas, y como era un incondicional admirador de las bellas letras y de un buen gusto innato sabía tratarlos todos ellos, aún los al parecer áridos, con una exquisita elegancia, con una galanura de estilo que solamente he encontrado en algunos de los grandes periodistas de la Francia del siglo XIX. En aquel tiempo ni siquiera el gran periodista conservador, el fino artista que fué Zorobabel Rodríguez, lo aventajaba.

En esos años conocí a don José Manuel Balmaceda, que frecuentó mi casa durante toda su campaña presidencial, pero lo traté muy poco porque yo recibía en otro salón a mis tertulios, para dejarles más independencia a los políticos, y aún cuando lo encontraba en casa de Laura allí lo rodeaban los caballeros, de manera que muy poco pude apreciarlo personalmente, como hombre de sociedad.

Una vez elegido Presidente estuvo a verme y se limitó a lamentarse de que razones de Estado, lo obligaban a echarle llave al corazón para gobernar sólo con la cabeza. Con estas palabras, sin duda pretendió excusar su alejamiento de los ami-

gos políticos que acababan de servirlo, para formar su ministerio con los adversarios de la víspera.

Entre las personas que lo conocían mejor se decía que Balmaceda sabía cautivar a los hombres, pero no era atrayente para las mujeres. Es posible, ya que la ambición absorbe demasiado para permitir el cultivo de las atenciones femeninas, que requieren constancia y asiduidad

Creo que para mantenerse, por algún tiempo, en una intensa vida social, es menester contar con una gran afición superior del espíritu que la sostenga y vivifique. Durante la primera y la última parte de mi ya larga vida esa fuerza superior, en mí, ha sido mi gran afición a las letras, al cultivo intelectual; pero en este período de mi vida, por las razones ya apuntadas, lo fué la política que logró apasionarme y casi hasta absorberme por completo.

No es de extrañar, pues que siendo como soy, entusiasta admiradora de la elocuencia, que creyendo como creo, que la palabra es el don más preciado que Dios ha dado al hombre, que procurase conocer y oir a los grandes oradores parlamentarios, y que acudiese a las galerías de las Cáma-

ras a escuchar los grandes debates de aquel tiempo.

En mi niñez frecuenté las iglesias para oir a los grandes oradores sagrados y me emocioné con la palabra ardiente y fogosa de Taforó y la más tranquila y mesurada de Monseñor Eyzaguirre y más tarde admiré el talento de conferencista y la galana expresión de don Mariano Casanova. Ahora, en las Cámaras, me fascinó la maravillosa elocuencia de Isidoro Errázuriz. Este orador entusiasmaba con el sólo timbre de su voz y el calor y el brillo de su ademán. Le oí muchas veces, siempre en condiciones brillantes y en algunas en que arrebataba al público que desbordaba en tribunas y galerías y aún a sus propios colegas de la Cámara a pesar de estar habituados a oir resonar en esa Sala la voz de los mayores oradores de Chile.

Le traté muy de cerca, porque era amigo muy íntimo de Augusto, y puedo decir que, así como dominaba en la Sala del Congreso con sus discursos incomparables, en los salones cautivaba con su conversación brillante. Era hombre de gran cultura, hablaba muchos idiomas, era profundo en la literatura moderna, especialmente en la alemana, que era su predilecta y sabía aprovechar muy bien

ese inmenso bagaje de conocimientos para dar una infinita variedad a su conversación. Sin ser rebuscada, su palabra era siempre original y, sin afectación literaria, sus frases no solamente eran muy correctas sino armoniosas y llenas de gracia y vigor. Era un hombre que dominaba con su palabra y hasta con su presencia altiva y caballeresca; pero sus mayores éxitos oratorios los debía principalmente al tono maravilloso de su voz y a su adecuado ademán.

Pude admirar también en la Cámara la elocuencia de Juan Agustín Barriga, correcto, armonioso y brillante. Cuando le interrumpían era muy rápido y feliz en la réplica y muy fuerte y sagaz en la polémica Sus discursos eran muy cuidados, perfectos, pero no me emocionaban como los de Isidoro.

Enrique Mac Iver me encantaba, pues sabía producir la más honda emoción con su acento suave y delicado y en otras ocasiones impresionaba con el calor de alma que gastaba en sus argumentaciones.

También atrajeron mi atención Joaquín Walker Martínez por su palabra fogosa y ardiente, y

Ventura Blanco Viel más suave, más artista, más elegante.

También era mi marido uno de los grandes oradores de aquellas Cámaras, famosas por su elocuencia; pero, como es natural, sus discursos no me producían el mismo efecto que los de los otros, porque, salvo el caso de réplica inmediata siempre los conocía con anterioridad. Además Augusto tenía una voz muy poco poderosa, una voz débil de modo que jamás pudo dar a sus hermosos discursos la entonación maravillosa que Isidoro daba a los suyos. Esto Augusto lo comprendía muy bien y, para aminorar ese inconveniente, cuidaba mucho de la forma. Así como a Isidoro había que oirlo, a Augusto hay que leerlo; es por eso que, más que discursos parlamentarios, los suyos parecen discursos académicos.

De todas sus piezas oratorias de aquel tiempo, las que considero más acabadas son aquellas en que defiende alguna libertad pública, porque esa era su pasión, porque Augusto era un entusiasta partidario de la Libertad. En esos discursos, a más de toda la doctrina de la gran escuela liberal inglesa—que dominaba en absoluto y sabía exponer magistralmente—agregaba toda la

emoción que le sugería su temperamento esencialmente romántico; en ellos se dirigía, a un tiempo, a la razón y al sentimiento y siempre en galana forma. Sólo algunos discursos fúnebres, con que despidió a correligionarios y amigos, producen una sensación de más hondo y cálido sentimiento

La Revolución del 91

Algunos años más tarde cambió mi vida completamente porque mis niños crecieron y requerían una mayor atención de mi parte y porque, con el alejamiento de mi amiga Laura, que se fué a París con su marido como Ministro de Chile en Francia, se cerró aquel gran salón. Por otra parte Augusto dejó la redacción de los diarios esencialmente políticos, que habían surgido con motivo de la campaña electoral para Presidente de la República, y solamente conservó la de "El Mercurio" de Valparaíso. Pero, como seguía siendo Diputado mantuvimos, en casa, un poco la afición a la política que se fué enardeciendo, poco a poco, hasta llegar al estallido de la revolución del año 91. Augusto, como congresal y periodista, tomó parte en ella en defensa de los derechos del Congreso,

y firmó el acta de Deposición del Presidente Balmaceda, que se entregó al Capitán de Navío don Jorge Montt, que sublevó la Escuadra

Para evitar la prisión decretada en contra de todos los congresales que habían iniciado la revolución, Augusto el mismo día 7 de Enero de 1891, fecha en que se sublevó la Escuadra, se refugió en la casa de la señora Eduvigis González. viuda de Antúnez—que vivía en donde ahora está la calle Los Lirios, en Compañía esquina de Teatinos. Esta señora era la madre de Carlos Antúnez, Ministro de Balmaceda en París, suegra de mi amiga Laura y de Rosa Orrego, prima hermana de mi marido. Su refugio en esa casa tenía muchas ventajas, pero también no pocos inconvenientes. Desde luego no era fácil suponer que fuese visitada por la policía, por respeto a Carlos Antúnez, estaba muy cerca de la nuestra y a nadie podía llamar la atención de que yo fuese allí a diario porque había ido siempre casi día a día. Pero estaba muy llena, había muchos otros refugiados políticos, entre otros Eduardo Mac Clure, muy amigo de Augusto, pero también otros que no lo eran tanto; además tenía que permanecer dentro de las piezas para que no lo viesen los arrendata-

rios de las casas de los altos, ni los hijos de don Claudio Vicuña, que vivían en la casa del lado, en el Palacio de la Alhambra, y que jugaban a diario en el enorme patio de la Señora González porque el conocimiento por parte de Balmaceda de que la señora Eduvigis González tenía refugiados políticos en su casa tenía que ser muy molesto para ella.

Estas consideraciones obligaron a Augusto a trasladarse una noche, a casa de doña Pepa Correa de Pardo, en donde vivía su hermano Emilio. En esa casa había estado escondido Demetrio Lastarria, yerno de la dueña de casa, el que por desgracia, salió de allí con el propósito de pasar a la Argentina, a través de la Cordillera, en la compañía de Gonzalo Bulnes y de otros opositores. Como Demetrio era enfermo del corazón, éste le falló mientras dormía en una de las miserables posadas que solían albergar entonces a los contrabandistas cordilleranos. Felizmente su muerte fué tan dulce, que ni Gonzalo Bulnes que dormía a su lado, se dió la menor cuenta. A pesar de estos antecedentes de mal augurio, allí Augusto se encontró muy bien, con mucho aire y mucha luz y con el cariño de familia y de antigua amistad.

Este período de la revolución fué muy amargo para mí, pues me quedé sola en mi casa, con mis cinco hijos ya educándose y sin tener los medios de vida necesarios, ya que mi marido no podía trabajar en circunstancias que su trabajo era lo que siempre nos había sustentado. Mi casa fué allanada por la policía, en dos ocasiones, en busca de mi marido. Una mañana se presentó la policía, con la primera luz del alba, con orden escrita, que me llevaron a la cama, de registrarla minuciosamente. Cuando me levanté a abrir las piezas, ví, sobre los tejados que rodeaban los patios, a un gran número de policías apostados allí para evitar una escapada. La orden de allanamiento la había recibido el Jefe a las dos de la mañana, pero como conocía a Augusto y lo estimaba y le debía servicios no quiso molestarnos y se limitó a rodear la manzana con mucha fuerza y esperar que amaneciese para ordenar que le abriesen la casa. La alarma de la policía la despertó, según creímos entonces, una visita que hizo a casa Ladislao Errázuriz Echaurren, grande amigo nuestro, que acababa de llegar del norte, por muerte de una cuñada que cuidaba de sus hijos. Parece que fué reconocido por un agente de la casa de doña Encar-

nación Fernández de Balmaceda que vivía, entonces, en la misma cuadra de mi casa, en la esquina sur-poniente de Teatinos.

También por otra fruslería, se efectuó el segundo allanamiento de mi casa. Una tarde, en mi ausencia, la registraron íntegramente, abriendo hasta los muebles y manifestando los agentes su asombro de que un caballero tan inteligente y meritorio pudiera exponerse a perderlo todo en una calaverada tan absurda. Esto pasaba en vísperas del desembarco en Quintero y la batalla de Concón!

La excitación social y de la ciudad en general había ido en aumento incesante, desde el 7 de Enero hasta aquellos días. Yo conocía y había tenido amistad con doña Encarnción Fernández, a quien estimé mucho. Señora bondadosa, afable, acogedora, era una amiga muy afectuosa. La conocí ya anciana siempre muy hermosa; no se mezclaba jamás en política, pero cuando la oposición comenzó a atacar duramente a su hijo, ella se mostró muy ardiente en su defensa y demostró tener un carácter tan impulsivo y batallador que era corriente oir, entre las señoras, dichos como este: "No estimaba en mucho al viejo Balmaceda,

pero ahora que oigo a esta señora, siento por él verdadera admiración, porque ¡haberla tenido callada mientras él vivió! eso es una verdadera hazaña."

También había conocido a don Manuel José cuando era niña, en la casa de mi tío Ladislao Barros, en San Antonio. Entonces era un caballero todavía joven, tranquilo y laborioso, dedicado en absoluto al cultivo de sus numerosos fundos, con el carácter peculiar de todos nuestros grandes hacendados de ese tiempo. En la misma casa de mi tío Ladislao conocí a todos los hermanos de don José Manuel, de preferencia a los de mi edad.

Dada esta amistad, que databa desde algunos años, cada vez que encontraba, durante los días de la revolución a algún Balmaceda en la calle, no creía que podía desconocerlo y le contestaba cortesmente sus saludos; pero era tanta la animosidad que había en contra de toda la familia del Presidente que en el acto las demás paseantes me pifeaban y mis amigas, al saberlo, se indignaban conmigo.

En los últimos meses anteriores al desenlace de la contienda la atmósfera estaba muy caldea-

da. Cada mañana aparecían las paredes de mi casa llenas de letreros rojos en que se decía: "Aquí será el saqueo" o "Esta casa será saqueada", "Mueran los ladrones opositores", etc., etc. Ordené que cada mañana se lavasen esos letreros, pero amanecían invariablemente al día siguiente, y, eso que pasaba en mi pobre casa, también ocurría en la de muchas otras de mis relaciones. Esto me obligó a duplicar mis precauciones, a vivir prácticamente encerrada por no dejar solos a los niños y sin recibir a nadie. Por lo demás muy pocas personas podían visitarme, porque todas mis relaciones estaban más o menos embarcadas en la revolución. Mi tío Diego, que de niña hizo las veces de mi padre, tuvo que esconderse el primer día en diversas casas de amigos o de señoras devotas y, en el último tiempo en las casas de campo de los Padres Domínicos en Apoquindo. Allí lo llevaron una tarde Manuel, mi hermano y su yerno Jorge Valdivieso y los recibió, con el mayor cariño, el Padre Prior Fray Raymundo (don Crescente Errázuriz). Este me dijo muchas veces que escondía a mi tío, durante los registros de la policía, en un sitio esencialmente seguro: "en donde los jesuítas, que edi-

ficaron la iglesia escondían su tesoro. ¿Cómo será de seguro y de oculto?", agregaba.

Luis mi hermano se escondió también el mismo 7 de Enero y a Manuel, que nada hacía, salvo atender gratuitamente a los enfermos sin recursos de la oposición, le sacaron una tarde de su consulta y lo encarcelaron en la Cárcel Nueva, frente a San Pablo. Allí le fuímos a ver muchas veces con mi mamá, como ambos habíamos, en tiempo de la revolución de Gallo, visitado a los amigos, y también ahora como en aquel entonces, les llevábamos armas. La vida en la Cárcel Nueva no era muy molesta porque fueron los reos políticos quienes la estrenaron. Muchos Diputados allí presos solían decir en broma: "nunca hicimos nada mejor que dar dinero para esta cárcel." Pero la monotonía de la vida era sí realmente intolerable porque todos, como creían que Balmaceda tenía que caer de un momento a otro, no emprendían ningún trabajo ni ningún estudio compatible con la prisión; sólo supe que Julio Zegers aprendió pintura, y aún hay, en casa, una acuarela hecha por él durante su permanencia en la cárcel que le regaló a Augusto después del triunfo. En este sentido los refugiados en las casas particulares es-

taban en mucha mejor situación. Luis, mi hermano, se dedicó al estudio del Derecho, mi marido al de la Medicina—que durante los años de Diputado había abandonado un poco—y mi tío Diego revisó y corrigió el tomo XI de su "Historia General de Chile".

Por fin pasaron esos terribles y largos ocho meses de miserias infinitas y corrió por la ciudad, como un relámpago, la noticia del desembarco de los constitucionales en Quintero y después la derrota de las tropas del Gobierno en Concón.

Cuando llegó esta última noticia Augusto, con su característico optimismo, creyó que Balmaceda iba a dimitir y a entregar el mando a alguna Junta de Vecinos de respetabilidad. Confiado en esa idea se trasladó a la Moneda, en donde creía encontrar a toda la Cámara, a eso de las ocho. Entró sin dificultad la que menor hasta la propia antesala de la Presidencia en donde el Portero le preguntó tranquilamente: "¿Qué anda haciendo Ud. por aquí, doctor?" Como no encontrara a ningún congresal, se retiró con la misma facilidad con que había entrado. Esto prueba la confianza que tenía el Gobierno en su triunfo, cuando no se exigía, ni aún en aquel día, licencia para entrar o salir del Palacio del Gobierno! Es verdad que

para Augusto, ésto era más sencillo que para otros porque conocía a los porteros y demás empleados menores, a los cuales atendía gratuitamente como médico, lo que le había dado, con mucha justicia, fama de "Caballero Bueno" en todo ese pequeño mundo.

El regocijo de la ciudad el día 29 de Agosto en que se supo la noticia del triunfo definitivo del Congreso y la huída de Balmaceda, fué indescriptible. Desperté con los gritos de mi cuñado Emilio que me anunciaba que Balmaceda se había refugiado en una Legación después de entregar el mando al General Baquedano, el que ya había puesto en libertad a los presos políticos; pronto llegó Augusto que volvía a su casa después de ocho meses de ausencia, durante la cual no había visto a sus hijos, por miedo a una indiscreción de ellos, algunos de los cuales eran muy niñitos.

Luego sentí el movimiento en la calle y me llegó la noticia de que estaban saqueando la casa-habitación de doña Encarnación Fernández—madre de Balmaceda—situada al extremo de mi cua-

dra. Yo, que tenía amistad con ella, me condolí de este atropello inaudito y tan inmerecido, pero luego se me argumentó que eso mismo me estaría pasando a mí, si las fuerzas del Congreso hubiesen sido las vencidas.

Salimos a la calle, con Augusto, y nos encontramos con Manuel mi hermano, que partía apresuradamente con estudiantes de Medicina y sus ayudantes, a atender a los heridos de Placilla. Después pasamos delante de "La Alhambra" como se llamaba el palacio de Claudio Vicuña, Presidente Electo para suceder a Balmaceda. Allí vimos, en medio de la calle, preciosos sofás y sillones de cuero de Córdoba que un hombre despedazaba con un hacha. Augusto, con su gran bondad y su mucho espíritu artístico, le pidió al hombre que no destrozara esas maravillas, que se las llevase. "No robamos, señor, le contestó el hombre; sólo destruímos en castigo bien merecido." Y Claudio Vicuña no tenía más falta que haber aceptado su designación para candidato oficial a la Presidencia de la República!

Esto solamente se explica por la gran excitación pública de aquellos días horribles, aguijoneada por el recuerdo del incendio de la Universidad

Católica, del Banco Santiago, la imprenta del Independiente y otros edificios vecinos, y por la impresión de horror que había producido en Santiago la hecatombe de Lo Cañas. En aquellos días nadie dudaba de que el incendio había sido provocado por la policía y que la horrorosa mortandad de muchachos y de niños en Lo Cañas había sido ejecutada por la soldadesca, y que, de ambas cosas, nunca tuvo conocimiento Balmaceda. Eso es casi seguro. Balmaceda, como todo gobernante que deja de lado el prestigio que dá la legalidad para apoyarse solamente en la fuerza de las bayonetas, no controlaba totalmente, en los últimos días, su gobierno, y veía suplantada su voluntad por la de otros más fuertes o más audaces. Es ese el final inevitable de toda Dictadura.

Desde la puerta de casa vimos que una poblada iba por Teatinos, en dirección a la Alameda, haciendo pedazos un gran busto de Balmaceda, en mármol de Carrara que había en casa de doña Encarnación, y que, me dijeron, habían, al último, colgado de un farol de la Alameda.

Augusto y yo—que íbamos a ver a mi suegra, que vivía en la calle del Ejército—, tomamos la de Amunátegui y, al llegar al frente de la Lega-

ción Argentina—que ocupaba la casa que actualmente tiene el N.º 232, entre Huérfanos y Agustinas—vimos que otra poblada quemaba allí el "coupé" de doña Encarnación. ¿Sabía alguno de los autores que Balmaceda estaba allí? Parece difícil porque el secreto de su refugio era muy grande; nosotros no lo sabíamos. ¿Fué mera coincidencia? No es imposible, pero hay que convenir que fué, al menos, una coincidencia desgraciada, ya que, según supe después, este espectáculo que vió al través de una cortinilla, había contristado mucho a Balmaceda.

Al día siguiente del triunfo de la revolución, pasaba yo delante de la casa de doña Encarnación, que tenía sus ventanas abiertas, dejando ver toda la desolación en que la había dejado el saqueo. Yo me conmoví profundamente al ver aquel desastre, lo que produjo un arranque de pasión, en la persona que me acompañaba, la que se desató en contra de esa señora que, a su juicio, había estimulado los desaciertos de su hijo, con su carácter ardiente e impulsivo. Yo protesté colurosamente del ataque apasionado de mi amiga y la llamé a la calma y tranquilidad. Muchos años después me encontré con Elías Balmaceda en casa de una

amiga de ambos; éste provocó la conversación y me dijo que él estaba dentro de la casa de su madre en aquella tarde que yo pasaba y se produjo esa conversación y que por eso sentía por mí verdadera veneración, y que desde entonces esperaba una ocasión favorable para demostrármela, pues admiraba no sólo mi lealtad con la amiga atribulada, sino también un control muy hermoso y muy raro en aquellos días de delirio.

No refiero ésto por vanidad pueril, sino porque, a mi juicio, manifiesta hasta dónde se habían exaltado las pasiones en aquellos tristes días.

Sólo ví los saqueos en la parte central de la ciudad; fueron muchos. En los alrededores de mi casa fueron saqueadas las de doña Encarnación el palacio de la Alhambra de Claudio Vicuña, el hermoso palacio de los Ovalle que hoy ocupa el Club Conservador, en la calle de Compañía. Desde los altos de esa casa ví arrojar a la calle un piano de cola! También saquearon en la cuadra más abajo de mi casa, el domicilio del Intendente de Santiago y pretendieron destruír la casa que se había construído, para sí, Balmaceda en Catedral esquina nor-poniente de Amunátegui—hoy de Alejandra Valdés de Infante—; pero un joven

la salvó llenándola de letreros en que se decía que "el pueblo se la daba al Coronel Canto", "el pueblo, para Canto", etc., etc.....

También saquearon la casa de la familia Rojas situada en Catedral esquina nor-poniente de Teatinos, es decir frente a frente de la de doña Encarnación, hoy de mi amiga Emilia Santa María de Sánchez. Esta familia Rojas era muy rica, dueña de unas minas de carbón en Puchoco, cerca de Lota. Como vivían al frente de doña Encarnación tenían mucha amistad con toda la familia de Balmaceda; además una de las niñas había casado, con gran pompa en la Catedral, con un brillante marqués italiano que había sido apadrinado por don Carlos de Borbón y por la madre del Presidente Balmaceda. Todo eso había dado fama, a la familia Rojas, de ser muy balmacedista y fabulosamente rica. El saqueo fué inevitable.

Se ha reprochado a Baquedano de lenidad, de no haber tenido energía para mantener el orden; creo que no es justa esa crítica. Cuando él llegó a la Moneda hasta la guardia de Palacio había huído, sólo pudo juntar a unos cuantos pobres policiales, a los que el populacho apedreaba, a pesar de que llevaban una cinta roja al brazo.

Sólo en la noche se formó una "guardia del orden" que dirigió Domingo Toro Herrera y se armó el Cuerpo de Bomberos, que algo hicieron; pero, en realidad, sólo volvió la tranquilidad cuando entraron los primeros regimientos congresistas.

Nuestra natural alegría por el término de nuestros sufrimientos, y la de Augusto al poder reunirse con todos los suyos, fué contristada por la noticia de que Luis Orrego Luco había caído, muy mal herido en Concón. Luego le trajeron a Santiago y, aunque en un principio temíamos por su vida, todo pasó felizmente, con sólo una relativa invalidez de una pierna y de la mano derecha.

Muchas veces había oído decir que de las grandes crisis se sabe siempre cómo comienzan y nunca cómo concluyen, pero jamás pude verificar tanto la verdad de ese hecho como en la revolución del 91.

Cuando se preparaba ésta, todos creíamos que sería un "pronunciamiento a la española", como se decía entonces, es decir, un pronunciamiento de todas las fuerzas que cambiarían a su voluntad el Gobierno nacional, es decir algo análogo a lo que hemos visto en estos últimos años. Cuando fracasó el levantamiento del Ejército conjuntamen-

te con la Escuadra, todos creímos que pronto habría un arreglo, una transacción, y la inmensa mayoría de los políticos se ocultó el 7 de Enero en la creencia que sería sólo por unos pocos días; nadie imaginó entonces que la lucha iba a durar ocho meses.

Al principio nuestra vida cambió muy poco. Toda la animosidad en contra del Gobierno se satisfacía, en los muchachos con usar corbatas rojas y, en las niñas, con llevar cintas rojas. En esto gastaban de una tenacidad invencible, yo tenía que hacerle a mi Marta, una inspección rigurosa antes de salir y siempre le encontraba alguna cinta roja o a lo menos alguna pulsera de corales. La policía en un principio se vengaba llevando a los muchachos a la Comisaría y aplicándoles una pequeña multa; pero muchas veces tenían que soltarlos sin que la pagasen porque entre los culpables había más de un sobrino de Balmaceda que, por leona, usaba corbata roja. Para reirse de las niñas el Intendente de Santiago o el Jefe de la Policía de Aseo, una mañana llevó al "paseo del centro"—es decir a las calles de Ahumada-Huérfanos-Estado—las mulas de los carre-

tones de basura con las colas trenzadas con huinchas rojas.

En un principio de aquí no pasó la cosa; pero luego, poco a poco, la policía y la soldadesca se fueron poniendo más duras, insolentes, a cada rato se desmandaban, la ignominiosa pena de azotes reapareció en cada Camisaría y en todas las Cárceles del país y, en los últimos días, se aplicaba, por capricho, por vulgares sayones. ¡Fueron días horribles!

Después de Concón y Placilla no mejoró la cosa, sólo se cambiaron las víctimas. Como mi marido era médico solían llamarlo, a escondidas, algunos balmacedistas y contaba que, muchas veces tenía que atender, en la pieza de algún miserable conventillo, a la familia de algún honrado ex-empleado público y a veces, a pesar de nuestra falta de recursos, hasta regalarle los remedios. Nunca—salvo de niños—Augusto y yo hemos sido ricos, la familia vivía exclusivamente del trabajo de Augusto. A nadie extrañará, pues, que mis niños vistieran modestamente y que en el año 91 vistieran mucho más modestamente. Sin embargo aún esos raídos trajes tuvo Augusto que rega-

larlos a niñitos más pobrecitos que los míos. ¡Fueron días muy tristes!

Por eso, desde el fondo de mi alma, desde lo más íntimo de mi ser ruego a Dios que mis nietas y biznietos no presencien otra guerra civil, que no pasen por las horas de angustia y de dolor que todos pasamos con la revolución del 91.

Durante gran parte de su vida sufrió Augusto de fuertes dolores neurálgicos a la cara que le obligaban a permanecer en cama y a obscuras durante uno o dos días. Estaba sufriendo de una de esas neuralgias cuando el sirviente me avisó que un caballero insistía en hablar con él a pesar de haberle advertido la enfermedad que le impedía recibir. Salí a ver quién era y me encontré con don José Uriburu, Ministro de la Argentina, a quien conocíamos mucho, porque, como soy nieta de argentina y tengo primas hermanas en Buenos Aires, teníamos el hábito de atender a los representantes del Plata.

Como don José Uriburu insistió conmigo en que necesitaba hablar con Augusto, tuve que en-

trarlo al dormitorio y dejarlos a solas; pero momentos después me llamaron para decirme que Balmaceda se había suicidado esa mañana a las ocho, en la Legación Argentina en donde estaba hospedado desde el 28 de Agosto. Uriburu estaba muy inquieto, quería tomar todas las precauciones médico-legales para evitarse molestias en el futuro y por eso venía a consultar a Augusto que había sido médico de ciudad hasta 1890 en que le destituyó Balmaceda. Augusto lo tranquilizó diciéndole que si el doctor don José Joaquín Aguirre había intervenido, todo tenía que estar en regla. Uriburu se retiró recomendándome que fuese discreta y no propalase la noticia; serían las cuatro o cinco de la tarde.

Horas después, llegó el doctor Aguirre y nos contó detalles de la catástrofe. Nos dijo que había sido llamado por Uriburu a las doce del día y que se había encontrado en la Legación con don José María Barceló, Carlos Lira, Domingo Toro Herrera y otros, y que les había manifestado que a las ocho de la mañana habían sentido un disparo, habían acudido al dormitorio que Balmaceda ocupaba en los altos de la casa y que lo habían encontrado muerto; que en el acto habían cerrado la

pieza y comunicado el hecho a la Junta de Gobierno, y que ahora los llamaba a ellos—de acuerdo con la Junta—para que verificasen el hecho. Que acto contínuo había subido al dormitorio de Balmaceda y que le habían encontrado tendido sobre la cama, vestido de frac, con una gran herida en la sien derecha, con el ojo derecho saltado, cubierto de sangre y con un revólver en la mano derecha. Que él reconoció la herida y comprobó que la bala había atravesado la base del cerebro, causándole una muerte instantánea.

Después nos contó que la pieza estaba en orden, que había en el velador una carta para Uriburu en que le daba a conocer su resolución de matarse, que Carlos Walker le había retirado el revólver de la mano, y que de todo se había levantado acta.

Le pregunté qué iban a hacer con el cadáver y el doctor me contestó que en esos momentos lo debían llevar a la tumba de don José Arrieta. Eran más o menos las siete de la tarde del sábado 19 de Septiembre de 1891.

Mucho rato quedó el doctor Aguirre conversando con nosotros, haciendo historia retrospectiva y filosofando sobre las tragedias humanas!

Todos creíamos que con la muerte de Balmaceda terminarían nuestros sufrimientos, pero no fué así, al menos para mí. El regreso al país de mi amiga Laura me trajo nuevos dolores.

Después de algunos meses de su llegada, se acercaba ya el día de su santo, en que ella tenía costumbre de invitar a sus relaciones a alguna gran fiesta. La fatalidad quiso que esa fecha, 18 de Agosto, fuera la del primer aniversario de la inaudita matanza de "Lo Cañas" que había herido muy de cerca a respetables familias de nuestra sociedad, y emocionado a todo el país. Me creí en el deber de advertírselo, tan pronto como me anunció que iba a dar un gran baile en ese día para presentar a sus hijas en sociedad. Ella con su corazón abierto para condolerse de todas las desdichas, comprendió que no era ese el día apropiado para una fiesta social, que podía herir sentimientos muy respetables. Me contestó, en el acto, que lo hablaría con su marido. Carlos, mirando el asunto únicamente con criterio político, argumentó que si postergaba el baile vendría a coincidir con el aniversario de la batalla de Concón, que ellos no podrían celebrar, y mantuvo el día fija-

do. Cuando ví que se preparaba un espléndido cotillón y se hacían los aprestos para recibir a una gran concurrencia, me atreví a decirle que temía que muchas personas se retraerían de asistir con motivo de la fatal coincidencia con ese triste aniversario. Pero ella muy tranquila y risueña, me aseguró que todas sus amigas le habían prometido asistir y sabía que se preparaban para ello, con vivo interés. Me costaba mucho imponerla de mi resolución de no acompañarla en esa noche de tristes recuerdos para mí, pero lo hice en la víspera del baile. Me replicó tranquila, pero herida en el alma: "Lo temía pero no lo esperaba de tí". Con esto y un recuerdo cariñoso que le envié al día siguiente deseándole felicidad, me separé de ella, por mucho tiempo, con dolor de mi alma.

El baile fué un fracaso, como lo había anunciado. No asistió ninguna de sus amigas y sólo la acompañaron dos o tres personas de su familia, y los jóvenes, entraban y volvían a salir, al ver los salones vacíos.

Como todo fracaso requiere alguna víctima, esa fuí yo en el concepto de aquel hogar, según lo supe después, atribuyendo el retraimiento social a influencias mías. La pasión ciega, y sólo así se

explica el desconocimiento tan absoluto de mi carácter y de mi persona, en una familia que estaba obligada a conocerme.

Pasó el tiempo y pasaron los años, que me parecieron muy largos, sin volver a ver ni siquiera a divisar a mi querida Laura, aunque vivíamos, como siempre, a dos cuadras de distancia una de otra. Tenía yo entonces hábitos más de hogar, salía sólo para acompañar a mi hija ya grande, que comenzaba su vida social; pero la política había dividido de tal modo a las familias, que no era fácil que nos encontráramos en fiesta alguna.

Sin embargo, algún tiempo después, Carlos Antúnez era Presidente de la Sociedad Filarmónica y dió un gran baile en el edificio que hoy ocupa el Museo Nacional de la Quinta Normal, al que fuímos invitados cortesmente. Me creí obligada a asistir y, al llegar, fué Carlos quien nos recibió personalmente y quien me ofreció su brazo y me paseó amablemente, largo rato, por el salón.

En seguida busqué a Laura, con quien pasé toda la noche en amena charla, olvidando el incidente que nos había separado, y renovando nuestra dulce amistad. Sin embargo no volvimos a visitarnos hasta algún tiempo después en que, ad-

vertida la gravedad en que se encontraba Carlos, fuí a saber de él personalmente. Me recibió Laura diciéndome que su marido, desde su camilla de operado, me había visto entrar y la había hecho salir a recibirme. ¡Pobre Carlos, tan gentil, tan caballeroso y tan amable! Creo que fué al día siguiente cuando falleció, y ya no me separé más de mi inolvidable amiga Laura hasta que ella se fué para no volver.

El Delegado Universitario en la Escuela de Medicina

En los primeros días del triunfo de la revolución, Augusto recibió de Joaquín Walker, en nombre de la Junta de Gobierno, la orden de tomar la dirección de la Escuela de Medicina. Así lo hizo, pero con tan mala suerte, que al llegar a donde el Administrador e imponerlo de su deseo, éste cayó muerto instantáneamente. Muy impresionante fué este accidente, pues el administrador era un hombre muy bueno, que había dirigido la Escuela perfectamente bien, que la mantenía en buen orden, que conocía a Augusto y le estimaba mucho. Su muerte repentina causada por el

miedo absolutamente infundado a los triunfadores en Concón y Placilla, es un caso típico de lo que entonces se llamaba el **conconismo.**

Augusto, que había pasado la mayor parte de su vida en la Escuela de Medicina, como estudiante, como disector y ayudante de Anatomía y después, ya médico, como Profesor, administró la Escuela durante algún tiempo hasta que el Claustro Pleno de la Universidad lo confirmó en el cargo con el título de Delegado Universitario.

A este servicio dedicó todos sus esfuerzos con entusiasmo y contracción. Desde que obtuvo su título de médico se dedicó con predilección al estudio de las enfermedades mentales y nerviosas, y como a estas últimas habían dado un gran impulso los trabajos de Charcot en la Salpetriére, al tomar definitivamente la Dirección de la Escuela, se puso pronto en contacto con él y siguiendo su ejemplo y sus enseñanzas, instituyó, **motu proprio,** y de su cuenta, una clínica para el estudio de esas enfermedades.

Así comenzaron en Chile, los estudios y las enseñanzas de las enfermedades nerviosas, con una clínica instalada en modestísimas piezas, primitivamente destinadas a la Portería de la Escue-

la, en donde Augusto estableció sus oficinas como Director y la pequeña clínica en que atendía gratuíta y cuidadosamente a los enfermos que solicitaban su atención. Estos fueron aumentando en forma extraordinaria a medida que se difundían los éxitos alcanzados, lo que servía prodigiosamente para despertar el interés de los alumnos que asistían a sus clases, sin que ese estudio fuera obligatorio todavía.

Al pueblo que acudía con enfermos que creía perdidos, y que atendidos por él, recuperaban la salud rápidamente, aquello le parecía obra de magia; es por eso que luego le llamaban el "Brujo de la Cañadilla". En una ocasión una pobre madre llevó a un chico ciego, sordo y mudo y con sus piernas y brazos paralizados; al verlo los estudiantes le dijeron: "Pero, cómo quiere Ud. señora que le devuelva la vida a este tronco inerte que sólo respira". Augusto alcanzó a oirlos y se acercó a ver el niño, lo observó con atención y luego le dijo a la madre: "El niño sanará, señora, en poco tiempo más", y en seguida indicó la curación a que iba a someterlo. Luego volviéndose a los alumnos que lo escuchaban, les dijo: "El primer deber de un médico es alentar al paciente y a los que su-

fren por él, y Uds. no han debido desalentar a esa madre en ningún caso y mucho menos en este que Uds. desconocían en absoluto." El niño recuperó, poco a poco, el uso de sus miembros y de todas sus facultades y algún tiempo después, lo ví corriendo, gritando y cantando con alegría en el patio de mi propia casa, a donde su madre, agradecida, lo traía para que viera a su salvador.

Fueron tantos los éxitos de este género que el pueblo veía constantemente que algunos, en su ignorancia, lo atribuían al agua que había en su jarro sobre la mesa de la oficina, que bebían a veces los enfermos, y los pobres pedían un poco de esa agüita milagrosa que todo lo curaba. La máquina eléctrica era otra brujería y la fama creció de tal manera que no se alcanzaba a atender a todos los enfermos que se presentaban a diario y, en la bondad compasiva de Augusto solía citar a algunos a su propia casa para atenderlos y curarlos. Así me llamó una mañana para que presenciara un caso de curación por hipnotismo. Se presentó una mujer que sufría un tic en la cara que le cerraba un ojo y contraía la mejilla constantemente. La hizo dormir cansándole la vista con un espejo de Louis y poniéndole su mano en la frente le ordenó

que no volviera a gesticular de esa manera, y que volviera el miércoles siguiente.

En seguida la despertó y le dijo que ya estaba bien, y en efecto ya no gesticulaba; pero la mujer no pudo verse porque no había espejo, y se retiró sonriendo y muy agradecida porque no le cobró nada. Al miércoles siguiente la esperé yo también y le dijo al entrar: "Ya estoy buena, señor, me ha curado Ud. con solo mirarme, de una enfermedad que sufría desde tantos años, que ahora la gente que me conocía ya me desconoce porque no hago gestos. Al pasar por aquí se me ocurrió entrar para contárselo y agradecérselo." Ignoraba completamente la orden recibida en estado hipnótico y que cumplía fielmente.

Todas estas curaciones eran gratis para todo el mundo ya fuera pobre o millonario y cuando alguien le observaba que estaba bien que lo hiciera con los menesterosos, pero no era regular hacerlo gratis para los que podían pagarle, Augusto argumentaba que de otra manera no podía mostrar esos enfermos a sus alumnos, que no podía tener una Clínica de Estudios, que era lo único que le interesaba.

Estos estudios y otros semejantes le dieron un hermoso sitio en las páginas de la "Revista Salpetriere" periódico científico, editado por Charcot, en donde se publicaron, traducidos al francés, trabajos de Augusto que lo hicieron muy conocido en ese centro científico y en el mundo entero, a tal punto, que cuando más tarde mi hijo Hernán fué a estudiar Medicina a París, me decía que su padre era más conocido y estimado en París que en Chile, como neurólogo.

Su contracción al trabajo era tan absorbente para él, que a veces le quitaba totalmente el sueño.

Recuerdo que recién se hizo cargo de la Escuela encontró, sumido en cajones, un aparato destinado a colgar enfermos, con el fin de destruir ciertas adherencias a la espina dorsal, que producían enfermedades determinadas. Jamás se había usado y Augusto sólo lo conocía por descripciones leídas en revistas científicas. Quiso la suerte que pronto se presentara un muchacho, de veinte años, imposibilitado para todo trabajo, afectado de uno de esos males, si mal no recuerdo, de ataxia locomotriz.

Estaba indicado para él el uso de ese aparato y Augusto se resolvió a colgarlo, después de estu-

diar minuciosamente los medios de ponerlo en práctica. La noche anterior a la colgadura, Augusto no durmió pero salió animoso y preocupado, a las ocho de la mañana, para la Escuela a hacer su primer ensayo con el aparato que podía devolver la salud a ese muchacho, si producía los resultados esperados. A mí me contagiaba con estas preocupaciones y me quedé, presa de la mayor agitación de espíritu, como si se tratara de una alternativa de vida o muerte; los alumnos mismos creían que el muchacho moriría ahorcado y hasta que llegó a las once con cara alegre, desbordante de felicidad, porque el ensayo se había hecho con toda felicidad. Poco tiempo después este procedimiento era común y corriente y usado por todos los médicos del país, pero él fué el primero que lo puso en práctica.

Las clases que Augusto hacía eran interesantes y tan amenas que atraían no sólo a los estudiantes sino también a los médicos mismos que solían asistir para escucharlo. Era tanto su amor a la profesión, que estimuló a cada uno de sus hijos para que la siguiera aprovechando de la ayuda que él podría prestarles, pero ninguno la siguió.

Esta vida de Augusto, completamente entregada al servicio de la Escuela y de sus enfermos, fué interrumpida por el Presidente Errázuriz, que lo llevó al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

En realidad, Augusto estaba indicado para ese cargo por su competencia y amor a la instrucción, pero muy ajeno a sus hábitos y aficiones del momento. Sin embargo, en ese cambio completo en su vida y preocupaciones, ví ciertas ventajas para su salud y hasta un descanso para su espíritu, pues la salud de sus enfermos le preocupaba de tal modo, que estaba arruinando la suya.

Desgraciadamente los Ministerios, en aquellos años, eran flor de un día, de modo que al cabo de dos meses volvió a sus estudios y trabajos en la Escuela de Medicina, con gran satisfacción de él y de sus enfermos y alumnos, pero no mía porque, como digo, ese excesivo trabajo le hacía positivo daño.

Como recuerdo de su breve paso por el Ministerio de Instrucción Pública dejó el Instituto Técnico Comercial que él creó y organizó contra la opinión general. En la Universidad, con algunos de los míos a la cabeza, se decía que Augusto,

al crear el Instituto Técnico Comercial, iba a fomentar la flojera, ideando estudios sin importancia, sin la seriedad que dá el Bachillerato; en el Senado, que el Ministro invadía sus atribuciones al crear, por decreto, un establecimiento que tenía que ser creado por ley y, en el propio Ministerio, que se creaba una cosa más o menos inútil. Augusto se desentendió, como siempre, de esas críticas sin importancia y realizó la obra que él consideraba útil y necesaria. Hoy hay Institutos Comerciales en todo el país, y nadie se atrevería a sostener que no son absolutamente necesarios; pero nadie se acuerda de las molestias que la creación del primero le acarreó al Ministro. Pero a Augusto no le importaban ni las críticas ni los elogios, lo único que le interesaba era cumplir con su deber. Decía que siempre toda innovación tenía que provocar resistencia de modo que era lógico que lo criticaran, y, en cuanto a los elogios, nada le importaban. A un amigo nuestro, que venía mucho a casa y que siempre decía, al tratar de algún acontecimiento político: ¿Y qué irá a decir la historia de esta actuación nuestra?" Le replicaba invariablemente Augusto: "Nada, la historia no va a decir

nada de nosotros, ya será mucho si nuestros nietos saben de nuestra existencia."

Ese era el temple del carácter de Augusto: ni el temor a las críticas injustas, ni el afán de elogios o de honores, le hacían desviarse ni un ápice de lo que él consideraba necesario o conveniente para el país.

La Isla de Maule

Durante los primeros años de casada no salía a veranear por evitar los trastornos que sufren los niños con los cambios de clima y hasta de hábitos, tan peligrosos en la primera infancia; pero cuando ya estuvieron más crecidos nos íbamos todos los años a Constitución y habitábamos una casa en la Isla de Maule, propiedad entonces de un tío de mi marido y hoy de una de sus hermanas.

Este veraneo comenzaba a ser atrayente desde la partida por las originalidades del viaje. Hasta Talca se iba en tren y al día siguiente partíamos en carruaje hasta Perales, embarcadero en la orilla del Maule donde nos esperaba una lancha; desde allí, guiados por un piloto y ocho fornidos guanaies continuábamos la jornada en un verda-

dero paseo sobre el Maule, entre montañas cubiertas de vegetación y verdes laderas, en parte cultivadas. Se llevaba todo lo necesario para almorzar a bordo y nuestra servidumbre, que siempre nos acompañaba, se encargaba de prepararlo con gran regocijo de los niños, para quienes todo era una novedad deliciosa. Como el lanchón era grande y cubierto sólo en parte, había espacio para todos, hasta para dormir siesta y dejar a los chicos a sus anchas.

El río se tornaba correntoso en algunas partes y los remeros, ante el peligro de ser arrastrados, se echaban al agua medio desnudos y sostenían la lancha para llevarla sin peligro apoyando su esfuerzo al son de "¡ah!.... ¡uh!...." grito muy original que acompasaba el movimiento. El paisaje variaba lentamente descubriendo nuevos horizontes y los accidentes del trayecto o las fuertes correntadas del río, despertaban nuevas impresiones, hasta que la brisa del mar nos advertía la entrada a la cancha del Maule y al caer la tarde desembarcábamos en la Isla.

Esta Isla por su situación en la desembocadura del río y la enorme extensión que éste abarca en esa parte, domina el más hermoso panorama:

hacia el sur, separada del pueblo por un brazo del río de cerca de una cuadra de ancho, se ve la población con su muelle, sus bodegas, sus modestos edificios, sus avenidas de árboles y sus campanarios, y hacia el norte, se divisan los cerros de Quivolgo cubiertos de bosques; al Occidente el mar con sus grandes rocas y el cerro Mutrum que se alza como un atalaya del puerto, con su mástil en cruz en su cumbre, desde donde se anuncian los temporales y la entrada de barcos. La barra del Maule cierra el horizonte.

Mirando hacia el Oriente, tenemos la soñadora cancha del Maule, tranquila y extensa, que refleja el cielo y copia en sus aguas dormidas las velas blancas de las lanchas que la cruzan y el verde esmeralda de las montañas que la circundan y le forman un marco de extraordinaria y evocadora belleza.

La casa grande de la Isla era ocupada por sus dueños y la familia de mi suegra que veraneaba siempre allí, lo que hacía más agradable aún nuestra temporada veraniega en tan buena compañía dándole animación y movimiento. La mañana se dedicaba al baño de mar que estaba lejos y para ir era necesario atravesar en bote el brazo de río

que nos separaba del pueblo y tomar en seguida un carretón de colores diversos tirado por bueyes que nos llevaban a la orilla del mar. Allí nos esperaba una casucha que hacíamos levantar con ramas, siguiendo la costumbre de los demás, y que servía para desnudarse. El baño constituía un paseo y un gran atractivo con el espectáculo de los niños y de las personas que entraban y salían del oleaje agitado de esa playa.

Agregaba encanto a esas horas la nota de las ramadas y de los carretones que a muchos servían de casucha para el baño, y la gente tendida al sol sobre la arena y los mirones a caballo en contemplación de los bañantes. Era entonces costumbre de que los hombres no se bañaran junto con las mujeres, y a los hombres sólo se les permitía bañarse más allá de las rocas que limitaban la zona del baño para las familias. En esa hermosa playa se levantan rocas dantescas denominadas "Arco de los Enamorados", "Las Termópilas", "La Piedra de la Iglesia", muy original que parece mostrar en su interior un altar difícil de ver, pues es peligroso abordarla, y esta aventura ha costado la vida a muchos audaces. Sin embargo, pocos dejaban de llegar hasta el altar y hasta yo misma,

muerta de miedo, pero atraída por el espectáculo maravilloso, llegué a presenciar los reflejos del sol en iris de colores sobre esa bóveda semi-obscura, decorada por las aves y las algas marinas, con tonos verdes y rojos sobre capas de armiño dejada por gaviotas sobre las negras paredes de la roca que en su base baña el mar. Si la entrada a la Piedra de la Iglesia es peligrosa, es necesario llegar a la temeridad para escalarla hasta su cumbre y ese peligro era la tentación de los jóvenes maulinos.

En aquellos años en que mi marido era un joven impetuoso y se juntaban en las vacaciones en esas playas con mi hermano Manuel y otros, una expedición de norteamericanos concibió la audacia de colocar una bandera norteamericana sobre esa piedra, pero, iniciada la aventura, la abandonaron por impracticable.

Entonces Augusto, incitado por los demás, entre los que estaba Enrique Mac-Iver, se lanzó a la empresa y llevando la bandera chilena, subió hasta la cumbre y allí clavó el pabellón nacional, ante el asombro de los americanos y la orgullosa satisfacción patriótica de todos.

Muchas veces, en mis temporadas veraniegas, Mac-Iver recordaba esta aventura, evocando esos años mozos de audacias temerarias.

Avanzando, hacia el Sur por la playa y después de trepar un enorme cerro de arena, se llegaba a Calabocillos, donde se ven grandes cavernas oradadas por el mar en las rocas, algunas de las cuales parecen capillas con bóvedas de estilo gótico.

Estos paseos eran deliciosos y para llegar a Calabocillos teníamos que ir después de almuerzo, porque era largo y penoso ese trayecto que hoy se hace cómodamente por camino asfaltado.

Por la tarde salíamos siempre a las Rocas de las Ventanas, vecinas al Mutrum desde donde gozábamos de las más encantadoras puestas de sol con los más brillantes colores del iris irradiando una luz esplendorosa.

Las noches de luna salíamos a andar en bote por el río, tranquilo y plateado bajo la luz lunar, remando entre todos nosotros, mientras las niñas cantaban aires de esos tiempos al son de la guitarra. Cuando el tiempo no estaba bueno, en la noche nos reuníamos en casa de mi suegra a jugar al cargaburro y al tonto con los niños.

Otras excursiones solíamos hacer que constituían verdaderos paseos y que exigían preparación. Una de éstas era a Quebrada Honda, un hermoso bosque de avellanos y de robles seculares. Salíamos de mañana una partida a caballo, pues siempre íbamos en compañía de otros veraneantes amigos nuestros, y yo con mis hijos menores en el carretón del baño, a paso de buey. Trepábamos las colinas y descendíamos a las quebradas, hasta llegar al espesor del bosque que era delicioso por su sombra y los copihues que lo adornaban, festoneando los avellanos y robles de hojas verde obscuro con sus flores rojas y blancas.

Allí nos esperaba la servidumbre acampada desde el alba para prepararnos un almuerzo campestre al son de alegres canciones cantadas en guitarra.

En aquel tiempo pasaban el verano en Constitución muchas familias de Santiago, lo que lo era mucho más agradable para nosotros, pues nunca carecíamos de buenos amigos y de conversación agradable. Allí conocí al poeta argentino Calixto Oyuela, y en la intimidad de aquella vida sencilla pude apreciar las bellísimas condiciones

de su carácter romántico por excelencia, idealista y refinado tan propio de un poeta. Me dejó como recuerdo de su paso por mi tierra y por mi casa un soneto: "Ante el Pacífico" ese mar que nos brindaba sus brisas vivificantes y sus espléndidos mirajes.

En los últimos años que pasamos el verano allí teníamos otra distracción más seria, pero también muy agradable. Augusto compró una extensión de 40 cuadras de lomas a la orilla del río, bordeando el trayecto del ferrocarril y dominando su panorama encantador. Nos dedicamos a plantarla y esta tarea fué larga, pues hubo que trazar caminos, hacer estanques, colocar bombas para el riego, preparar el terreno y hacer las plantaciones a nuestra vista. Esto fué duro al comenzar, pero a medida que los árboles crecieron, que se desarrollaron los bosquecillos de pinos, que maduró la fruta y brotaron las flores, era una delicia gozar de los atractivos de nuestra propia obra.

Con los años que habían transcurrido desde nuestro primer veraneo en la Isla, el viaje por el río perdió su novedad interesante y se hizo fatigoso, pero el tren vino a hacerlo más corto y le dió

nuevo atractivo orillando el río y atravesándolo por un magnífico puente, hasta llegar al pueblo.

Mi último veraneo en la Isla fué para mí de muy dolorosos recuerdos. Mi suegra, anciana ya, se sintió mal y fué desfalleciendo, poco a poco, durante la temporada hasta postrarse en cama. No se creyó prudente trasladarla a Santiago en ese estado, pues allí estaba muy bien atendida y con mejores condiciones climatéricas, siempre en la esperanza de una reacción favorable.

Pero al fin se extinguió dulcemente, sin sufrir, a los ochenta y ocho años.

El dolor de perderla fué grande para mí, pues la quería mucho y su compañía me era muy grata por su inteligencia y su carácter lleno de ternura y de bondad. Conservo el recuerdo doloroso de su partida de la Isla, donde ella había gozado tanto con sus bellísimas perspectivas. Una tarde iluminada por los variados colores del sol poniente, condujeron sus restos por la larga alameda que lleva hacia el río para embarcarla hasta la iglesia del pueblo donde fué velada. Al día siguiente nos fuímos con ella hasta Santiago, donde hoy reposa, y no he tenido ánimo para volver jamás a Constitución y mucho menos a la Isla. Se fué mi sue-

gra, se fué una de mis cuñadas, levanté mi casa y Augusto obsequió a dos de mis nietas la propiedad plantada por nosotros.

Mi tertulia

Hasta antes de la Revolución del 91, en que mis hijos estaban todavía chicos, podía hacer vida social fuera de mi casa, pero llegó luego el momento en que no era justo dejarlos solos de modo que varié el plan de mi vida.

Como mi hija Marta, poco después del 91 comenzó a frecuentar la sociedad, Augusto y yo resolvimos que, como todas las demás niñas de su tiempo, recibiese a sus amigos en casa, a lo menos una vez por semana, y así lo hizo hasta que se casó.

Esas tertulias juveniles no podían producirnos mucho agrado ni a Augusto ni a mí, por lo que resolví, a mi vez, recibir todas las noches, después de comida a literatos, artistas y políticos. Este fué el origen de mi tertulia que me acompañó durante tantos años y a la que debo tantas horas de intenso agrado.

Uno de los visitantes de mi tertulia era Guillermo Blest Gana. Lo había conocido antes de su viaje a Europa, pero sólo tuve oportunidad de apreciarlo y de tratarlo en confianza algún tiempo después de su regreso, época en que se hizo un asiduo visitante de mi tertulia en que se charlaba de arte, de literatura y de los comentarios políticos del día.

Era pariente y amigo de mi marido desde lejanos tiempos en que se reunían en las temporadas veraniegas en Constitución. Guillermo Blest guardaba gran afecto por ese balneario donde su madre quedó sepultada y él sintió sus primeros grandes dolores. Esa evocación dolorosa y la hermosura de esas playas le arrancaron inspiradas estrofas.

Tenía Guillermo Blest una presencia distinguida que evocaba su ascendencia inglesa. De ojos claros y nariz ligeramente aguileña, gran calva coronada por una cabellera ondeada, largos bigotes y una barba afeitada. Su carácter suave ocultaba cierta timidez que daba a sus ojos una expresión imploradora. Siempre buscaba una situación de segundo término y sólo en la confianza se podían apreciar sus condiciones de fino artista, sen-

sible en alto grado a la belleza. Era necesario insistir mucho para vencer su natural resistencia cuando había muchas personas y se le pedía dijera algunos de sus versos.

En esos tiempos estaban de moda las melopeas, recitaciones con acompañamiento de piano y Guillermo Blest lo hacía maravillosamente con voz suave y melodiosa. Varias de sus poesías las escribió para ser recitadas en esa forma.

Cuando había quien le acompañara al piano con una armonía determinada, recitaba, entre otras cosas, su "Siempre y nunca" que empezaba a decir con voz suave y evocadora:

Pálida, triste, trémula, llorosa,

cual nunca hermosa la encontré esa vez....

Luego se emocionaba al llegar a la situación en que ella le dijo:

Partís:

y con voz dolorosa exclamaba alzando la entonación:

Todo lo dijo esa palabra, todo.

Terminaba la melopea con voz que emocionaba, temblorosa, velada por las lágrimas que se cuajaban en sus ojos tristes.

Era Guillermo Blest un soñador, un román-

tico, un alma noble y buena. En sus últimos años fué Intendente de Linares. En sus viajes a Santiago seguía siendo uno de los más asiduos de mi tertulia. Llegaba recién terminábamos de comer, que entonces era a las nueve de la noche, y se retiraba a las doce cuando empezaban a llegar mis contertulios que venían del Club, de la redacción de los diarios, del teatro o de reuniones políticas. Todos sabían que yo los esperaba noche a noche con una taza de té y que nunca faltaba un comentario interesante sobre letras o sobre los temas del día. Cuando empezaban a llegar, Guillermo Blest se despedía diciéndome que ya era tarde, pues según su gráfica expresión, "mis contertulios llegaban al otro día".

Sus más bellas composiciones las escuché de sus labios, en el silencio de la noche, las más de las veces sola con él y alguno de mis hijos, generalmente Antonio, que demostró desde niño su amor por la poesía. En esa situación de silencio y soledad, Guillermo Blest me recitaba primicias de su musa que traía en apuntes y le arrancaban emociones hondas que se traducían en lágrimas y por lo tanto se negaba a decirlas cuando no se sentía en plena confianza.

Al llegar la noticia del asesinato de Antonio Cánovas del Castillo, el Ministro de España don Salvador López Guijarro me pidió que consiguiera con Guillermo Blest que escribiera un soneto para insertarlo en la Corona Fúnebre que preparaba. Le escribí en el acto a Linares y desde allí él me mandó un hermoso soneto titulado "El Monstruo", calificativo que aplicaba al asesino. Pero López Guijarro me observó que en España los admiradores de Cánovas, aludiendo a las extraordinarias condiciones de gran político, lo llamaban el mónstruo, y por lo tanto era necesario darle otro título y Guillermo Blest advertido de esta coincidencia que le hacía reir, le puso entonces "La Fiera" que es el que lleva. Dice así:

La fiera dice: "Mereció mi saña:
¿es grande? muera." Y abatió al coloso,
sellando con rugido pavoroso,
entre la sombra, la nefanda hazaña.

Y a proseguir se apresta la campaña
contra todo lo noble y lo glorioso,
mientras tiembla ante el crimen alevoso
de horror la tierra, de dolor España.

Virtud, saber, justicia, inteligencia,
progreso, libertad, todo concita
el salvaje furor de su impotencia.

Y, sediento de sangre: "Vengan grita,
el revólver, en vez de la conciencia,
en vez de la razón, la dinamita."

Una de las más hermosas poesías de Guillermo Blest es "El primer beso" y cuando lo embromábamos sobre cuál era esa prima tan bonita que recuerda en sus estrofas, decía sonriendo: Es curioso, lo del beso fué una fantasía, pero no así lo de mi prima que era una chiquilla muy bonita....

Donde Guillermo Blest alcanza la cumbre de su inspiración es en sus sonetos "Mirada retrospectiva" y sobre todo en su profundo soneto "A la Muerte", que basta para colocarlo entre los primeros poetas de habla castellana.

Más de una vez le oí recitar este hermoso soneto del que dijo mi amigo el gran crítico colombiano don Antonio Gómez Restrepo que era hermano del soneto "A la Muerte" que es gloria de Argensola y cumbre lírica de España.

No me resisto a copiarlo, porque refleja el estado de alma en que se encontraba Guillermo Blest al final de su vida.

Seres queridos te miré zañuda
arrebatarme y te juzgué implacable
como la desventura, inexorable
como el dolor y cruel como la duda.

Mas hoy que a mí te acercas, fría, muda,
sin odio y sin amor, ni hosca ni afable,
en tí la majestad de lo insondable
y lo eterno, mi espíritu saluda.

Y yo, sin la impaciencia del suicida,
ni el pavor del feliz, ni el miedo inerte
del criminal, aguardo tu venida;

que igual a la de todos es mi suerte:
cuando nada se espera de la vida,
algo debe esperarse de la muerte.

En sus últimos años, sus dolencias lo llevaron a los baños de Panimávida de donde lo trajeron a Santiago muy mal. En preocupación de

su salud olvidó en el hotel de las termas todos sus manuscritos de los cuales no tenía copia, y se perdieron botados a la basura por algún empleado que no les atribuyó importancia. Mi hijo Antonio que fué gran amigo de Guillermo en sus últimos años, lo visitaba diariamente y se dió la tarea de recoger de sus labios, con su expedición taquigráfica para tomar apuntes al recitado, toda esa obra perdida que se salvó gracias a él y que sirvió para la edición oficial de las obras de Blest Gana que el Gobierno le encomendó.

Pedro Lira, casado con una hermana de mi marido, nos visitaba también muy a menudo. Era un artista de mucho talento que poseía un espíritu animoso de luchador esforzado y que era infatigable para el trabajo.

Había permanecido muchos años en París, primero estudiando pintura en las Academias Nacionales y después con los grandes maestros de la escuela francesa de la segunda mitad del siglo pasado, y más tarde ganándose con sus pinceles la vida, con mucha dificultad, pero encantado de vivir en ese medio artístico que le fascinaba.

A su vuelta a la patria se dedicó por entero a estimular la cultura artística de esta tierra: dando

conferencias, publicando revistas artísticas, abriendo exposiciones de artistas extranjeros, dirigiendo e impulsando el Salón Anual para nuestros artistas nacionales y, más que todo, formando en su taller, a la manera de los grandes pintores del Renacimiento, una verdadera Academia de Pintura y de Bellas Letras. Creo poder asegurar, sin posibilidad de ser desmentida, que Pedro Lira fué el iniciador de la pintura en Chile y el alma de la Escuela de Bellas Artes en los años en que la dirigió o enseñó.

Como profesor ha dejado una escuela en la cual muchos de sus alumnos han brillado como artistas distinguidos, a los cuales no solamente les inculcó su arte y su entusiasmo por la pintura, sino que también les sirvió de ejemplo, en los inevitables momentos de desaliento que tiene que tener, en esta tierra, todo artista.

Como crítico de arte era eximio, no solamente en materia de pintura, de escultura o arquitectura, sino que también en las bellas letras y hasta en la música.

Como pintor nos ha dejado telas de un mérito indudable, que pueden parecer un poco frías ahora al impulso de la escuela actual, pero que mi-

radas a la luz de su tiempo resultan muy dignas de las de sus maestros franceses.

Además era un conversador muy ameno, muy culto, con una inmensa erudición en materias artísticas y literarias que le permitían amenizar sus animadas charlas; además era un poeta muy apreciable, que, aunque nunca publicó nada, nos ha dejado algunos sonetos y romances muy hermosos, aunque nunca de tan alta inspiración como Blest Gana.

Aunque rara vez fuí a sus conferencias porque generalmente estaban destinadas a los alumnos de la Escuela de Bellas Artes, con su conversación sobre arte, con sus artículos críticos aprendí lo poco que sé en materia de Bellas Artes, que me ayudó tanto a sentir las bellezas artísticas en mis viajes por los países de la vieja Europa, en que mi principal encanto fué recorrer los Museos y deleitarme con los tesoros que ellos encierran.

Luis Montt era amigo de Augusto desde el Colegio y mío desde antes de casarme, de modo que fué uno de los primeros visitantes de nuestra casa.

Las aficiones literarias comunes unieron a ambos matrimonios y cuando Luis enviudó, tomó el buen hábito de llegar cada tarde a nuestra casa y así lo hizo hasta la noche antes de la mañana en que murió repentinamente.

Era un hombre muy inteligente y de una prodigiosa versación en la historia Americana, en nada inferior a la muy conocida de mi tío Diego Barros Arana. Como conversador era muy original, hasta en su lenguaje; así por ejemplo, nunca hablaba de los diarios sino que todo lo leía en "Las Gacetas"; nunca nombraba a un hombre ilustre, ya fallecido sin anteponerle la palabra "finado"; era corriente oirle hablar del "finado Dante" o del "finado Platón"; para él, los liberales se llamaban pipiolos, pero a los conservadores no les decía pelucones, sino clérigos. Nadie sabía más anécdotas curiosas de la sociedad de Santiago, ninguno como él conocía los móviles secretos, las pequeñas causas que habían determinado un acto político chileno o de gran trascendencia en la historia Americana.

Era una crónica viviente de la época del Gobierno de su padre. Mi tío Diego Barros Arana también recordaba de ordinario ese período de

nuestra vida política por lo que, con frecuencia, me pasó que en un mismo día oí contar y apreciar de dos maneras diametralmente diversas un mismo suceso. Eso me ha hecho pensar más de una vez cuánta razón tiene Campoamor al decir que:

En este mundo traidor
Nada es verdad ni mentira
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

Tenía una bondad de alma tal y era tan amigo nuestro que, a pesar de que en las dos campañas presidenciales de su hermano Pedro, mi marido no fué su partidario y más aún, en la última, tanto Augusto como todos mis hijos fueron entusiastas partidarios de Fernando Lazcano, no dejó ninguna noche de acudir a mi tertulia de la cual, demás está decirlo, estaba transitoriamente excluída toda conversación política.

Noche a noche llegaba hasta mi tertulia Juan Agustín Barriga. Era un gran orador de forma muy galana y de alta elocuencia; le conocí después

de haberlo oído muchas veces en la Cámara, sosteniendo siempre con brillo extraordinario, tesis no siempre de mi agrado, pero a pesar de eso me producía honda impresión. Es muy fácil encontrar muy elocuente a un orador que está interpretando fielmente los sentimientos que a una la dominan, pero tiene que ser realmente un orador muy elocuente el que consigue, al menos, impresionar a un auditorio de sentimientos adversos. Es por eso que creo que Juan Agustín Barriga era un gran orador parlamentario porque me impresionó las primeras veces que lo oí, cuando sostenía una política contraria a la de mis afecciones y sustentando ideas absolutamente opuestas.

Aunque es hombre de mundo, difícilmente es espontáneo en un gran salón, pero en los pequeños círculos es un hombre muy agradable, un conversador muy ameno y variado, pero en una Academia Literaria domina con su palabra galana y su inmensa cultura literaria y artística. Aunque uno de sus primeros discursos fué en honor y loa de la lengua castellana cuando yo le conocí era evidente que sus preferencias literarias eran por la literatura francesa de su tiempo.

Creyente fervoroso, defendía con entusiasmo

en la Cámara y en los salones su fé cristiana y sus convicciones políticas, y siempre lo hacía con un calor y un entusiasmo que después no encontrábamos en sus discursos escritos. Seguramente la extructura gramatical era más perfecta, pero faltaban en ellos la emoción que sabía darles su autor al pronunciarlos.

Además de estas dotes literarias sobresalientes era un admirador entusiastas de las bellas artes y de la música. Es fácil comprender que con este conjunto de dotes artísticas, Juan Agustín Barriga era un comensal de lo más brillante en toda fiesta social.

De los jóvenes que acudían a la tertulia de mi hija, siguieron acudiendo a la mía, después del matrimonio de ella, dos que después han alcanzado una merecida situación política y de gobierno en este país: Juan Enrique Tocornal de una gran cultura literaria y general, de una gran inteligencia, pero desgraciadamente muy inquieto. Sin esa inquietud permanente de su espíritu, Juan Enrique habría sido muchísimo más de lo mucho que ha sido en esta tierra.

Samuel Claro heredó de su abuelo don Victorino Lastarria una inteligencia superior y una formidable disciplina en el trabajo. Era muy jovencito cuando comenzó a venir a casa y ya tenía una gran erudición y hablaba corrientemente casi todas las lenguas modernas europeas. Desgraciamente ha heredado de su padre una traidora enfermedad al corazón que le tiene prematuramente alejado de la acción.

También estaba constantemente con nosotros el doctor Ramón Corbalán Melgarejo. Es un joven doctor que ama a su profesión, pero que también se da tiempo para ocuparse de política. Es radical, pero de una rara ecuanimidad para con sus adversarios de ideas, de una bondad extraordinaria y de una rectitud a toda prueba. Sus entusiasmos literarios son también grandes, sólo inferiores a su admiración por Napoleón. Cuando dí mi conferencia sobre el verdadero autor del teatro shakespeareano, lo dejé tan convencido de que era Bacon que encargó a Europa todo lo que a ese respecto se ha escrito y le cambió la pasta a las tragedias de Shakespeare y puso en los nuevos lomos el nombre de Francis Bacon. Es un gran entusiasta y como todo entusiasta un gran hombre

de acción, podemos esperar mucho de él. Solía llegar acompañado de su amigo y colega Adeodato García Valenzuela.

No con la misma asiduidad de éstos, pero con alguna frecuencia, me visitaba también Luis Aldunate Echeverría, que ha heredado de su padre su amor a la Diplomacia, una gran facilidad para escribir y todos los hábitos de un gran señor. No es de extrañar, pues, que con estas condiciones haya representado a Chile en el extranjero con grande acierto y mucho brillo.

Muchas veces llegaba en la compañía de su gran amigo Luis Barceló Lira, joven estudioso que ha dedicado, de preferencia, sus actividades a la Instrucción Superior y a la Administración Pública.

Una noche, un grupo de universitarios dió, en el Conservatorio Nacional de Música una velada fúnebre en honor de Eduardo de la Barra. Como tengo un recuerdo muy grato del poeta tan injustamente olvidado, fuí a aquella velada para recordarle.

Oí algunos discursos muy buenos, pero lo que más me llamó la atención fué una "Elegia" recita-

da por su autor, un joven moreno, de bonitos ojos y de ademán entusiasta.

Uno de mis hijos me dijo que era Diego Dublé Urrutia y que me lo llevaría esa misma noche a la casa.

Desde entonces acudía con frecuencia a mi tertulia en donde solía declamarnos alguna de sus poesías, que luego recopiló en un tomo.

Considero a Dublé Urrutia como un hombre de empuje y de talento y como un poeta inspirado. En sus versos hay siempre más belleza de pensamiento que de forma o sentimiento, es un poeta más cerebral que de corazón. La "Campana de las Capuchinas", que es una de sus primeras obras, participa, sin embargo, de todas las bellezas.

Años después publicó un nuevo tomo de poesías: "Del Mar a la Montaña" en que entre muchos poemas viene una elegía a mi hermano Manuel, muerto de Rector de la Universidad, que es de primer orden. Su concepción, la majestad emocionante y honda poesía de la escuela inglesa que recuerda a Shelley en sus imágenes, la hacen digna del mayor elogio.

Desgraciadamente para las letras nacionales, el joven Dublé Urrutia se dejó tentar por la carre-

ra diplomática, y cuando ya retirado de ella esperábamos que volviese a las letras, su inteligencia y su corazón han sido solicitados y acaparados por otros sentimientos.

Acudían también, Javier Vial Solar, escritor distinguido y conversador ameno, y mi cuñado Luis Orrego Luco, espiritual hombre de letras que se ha dedicado especialmente a cultivar la novela genuinamente chilena, al modo de Alberto Blest Gana, de quien comenzó por ser su discípulo y al que después ha aventajado en alguna de sus obras. Tanto Javier Vial como Lucho Orrego, solían leernos alguna producción suya, algún soneto el primero, el capítulo de algunas de sus obras el segundo.

Con más frecuencia acudían Joaquín Fernández Blanco, y Angel Custodio Vicuña. El primero era un perfecto hombre de mundo, y muy entendido en la política del momento, de la cual estaba siempre admirablemente informado. Custodio Vicuña, también muy aficionado a la política, era sagaz, de una inteligencia chispeante, de un carácter original y en sus mocedades se había dedicado con entusiasmo al cultivo de las bellas letras.

En algunas ocasiones llegó también a mi salón Luis Aldunate Carrera, político de talento, Ministro de Estado, que actuó con brillo en los momentos más difíciles para nuestra Cancillería, orgulloso, altivo de carácter, elocuente en el Parlamento y brillante en los salones, mordaz a veces, pero siempre gran caballero, fino y distinguido en sumo grado.

Matías Errázuriz, con su gran temperamento artístico, sabía poner siempre una nota de distinción y de curiosa originalidad a su animada conversación de refinado hombre de mundo.

No debo omitir a mi hermano Víctor, hombre de inmenso cultivo intelectual, que hablaba cinco idiomas vivos y leía el latín, el griego, el hebreo y hasta el sánscrito. Era un apasionado por las bellas letras, especialmente de las clásicas. Gracias a su prodigiosa memoria podía citar, sin dificultad alguna, o un discurso de Cicerón o un trozo de Homero.

Aunque era gran admirador de literatos modernos, especialmente ingleses y alemanes, tenía una verdadera fobia por el modernismo en las letras y en las artes. En eso lo acompañaba de todo corazón, lo mismo que en su veneración por los

clásicos Ricardo Dávila Silva quien, desgraciadamente, llegaba sólo muy a lo lejos. Es Ricardo Dávila un apasionado del mundo antiguo, se aisla entre hindúes, griegos y latinos y rara vez tiene tiempo para descender a la época actual; pero, cuando se decide a ello, lo hace como verdadero hombre de letras. Hernán Díaz Arrieta (Alone), novelista de talento y un crítico que promete, sienta plaza como es lógico, entre los admiradores del clasicismo, defendiendo, con erudición, sus tesis.

La corriente modernista—de aquellos años—la sostenía mi hijo Antonio, que desde muy niño acudía a mi salón y cultivaba las letras en la compañía de otros muchachos, entre los que recuerdo al malogrado poeta colombiano Isaías Gamboa, muerto muy temprano, cuando las letras americanas tenían derecho a esperar mucho bueno de él. Antonio fué el primero que escribió versos en gerga popular, lo que desesperaba a los clásicos de mi tertulia, pero que los más solían celebrar.

Isaías Gamboa, a más de sus propias poesías nos dió a conocer a muchos de los grandes poetas colombianos modernos que entonces no eran conocidos en Chile. Recuerdo especialmente haberle oído recitar maravillosamente algunos Noctur-

nos de José Asunción Silva y poesías de Guillermo Valencia. Como todos en general éramos unos clásicos furibundos, no podíamos apreciar, en un principio, debidamente toda la belleza de aquella poesía, pero todos reconocíamos que algunas de esas estrofas eran magníficas. Aún, a pesar de los años transcurridos, recuerdo de memoria el comienzo de los camellos:

Dos lánguidos camellos de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, henchidas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Después de alguna de estas sesiones en que desbordaba el modernismo, en la que Guillermo Blest había permanecido impasible, casi esfumado en su sillón, al día siguiente, para compensarlo y volver a la tradición romántica que a él le encantaba tanto como a mí, le hacíamos recitar algunos de sus sonetos. El, generalmente elegía este:

La edad de los románticos cantores
tuvo ridiculeces, no lo niego;
pero veo con pena extinto el fuego,
desierto el templo y el altar sin flores.

Donde a lo bello tributó loores
lo que llamáis un entusiasmo ciego,
hoy se arrodillan ante el Dios talego
Pueblo, Senado, Jueces y Doctores.

Quizás extravagante, más fogoso,
la verdad con anhelo perseguía,
el ánimo viril y generoso.

Y entonces las pasiones encendía
un ideal, quizás falso pero hermoso,
no el histerismo alcohólico del día!

Llegaron también algunos periodistas jóvenes: José María Raposo, de variada y vasta erudicción, un tanto bohemio, pero que cuando escribía, lo hacía con brillo y elegancia. El suele decir, con mucha modestia, que lo poco que vale como periodista lo debe a mi marido y, su amor a las letras castellanas a Juan Agustín Barriga, y que la amistad de ambos me la debe a mí. Si Raposo hubiere seguido en la prensa habría sido un gran periodista, digno émulo de los mayores de esta tierra, desgraciadamente, entró demasiado pronto a la falange de los incansables para el descanso.

Jenaro Prieto, solía llegar por las noches, después de despachar algún humorístico artículo en "El Diario Ilustrado". Es un joven de temperamento muy original, que mira todo desde un punto de vista propio y que escribe también de un modo muy peculiar. Jenaro Prieto no ha tenido maestros, se ha formado sólo, pero me temo que tampoco deje discípulos.

Con Jenaro Prieto venían también de "El Diario Ilustrado" algunos jóvenes como Ricardo Latcham y Manuel Vega que, aunque grandes admiradores de Juan Agustín Barriga, al que lo proclaman por maestro, en unión de mi sobrino Eugenio Orrego Vicuña, mozo de talento que promete mucho, formaban la extrema izquierda literaria, en contra del criterio ultramontano de mi hermano Víctor.

A veces aparecía, como un meteoro en mi tertulia, la figura elegante, espiritual y picaresca de Inés Echeverría de Larraín, mujer de inteligencia brillante, de una gracia muy especial—heredada de una de sus abuelas que en su tiempo llenó todos los salones con sus dichos ingeniosos—y con un temperamento complicado, difícil de pene-

trar, lo que la ha hecho ser, muchas veces, mal comprendida por la generalidad de las gentes. Venía siempre rodeada de numerosos admiradores de su talento y de su gracia, muchos de ellos jóvenes de gran porvenir en el campo de las letras.

Su naturaleza nerviosa y extraordinariamente sensible, la hace sufrir intensamente con las impresiones más sencillas; además tiene el hábito de atormentarse con problemas que ella misma se forja y de analizarse, las más de las veces, con una crueldad inaudita. Un día me dijo: "Hay mujeres que han nacido para ser madres heroicas, otras para ser esposas abnegadas y sublimes, otras están solamente dotadas para ser hijas durante toda su vida y no pocas para ser los juguetes de la suerte."

—¿A cuál categoría pertenece Ud.?

—No conocí el amor de hija y no he sentido el amor de madre—me contestó con acento dolorido y luego agregó—. He sufrido y me esfuerzo por ligarme a mis hijas con toda mi alma, pero siempre se me esfuma mi propósito como todo lo ficticio. Después que nació mi última hija sentí y comprendí el amor de madre el que me ha dominado completamente." A mi juicio todo esto era nada

más que imaginativo. Inés sintió siempre intensamente el amor de madre, como lo ha manifestado heroicamente cuando el dolor golpeó inexorablemente a su sensible temperamento; esos despiadados análisis de su alma no eran sino fantasías de su espíritu.

Las letras la compensan y distraen de todas estas tribulaciones reales o imaginarias. Escribe constantemente con pasión a veces y siempre con talento; tierna y efusiva en sus horas de dolor es cáustica y graciosa en sus días serenos, y original siempre. Si su amor propio se siente lastimado se la ve erguirse y levantar el látigo de la ironía o sacudir el chicote del ridículo, cuando algo la atrae aplaude con entusiasmo o se conmueve deliciosamente, así como es implacable para fustigar lo que le desagrada o siquiera le molesta, usando entonces el afilado estilete de su ingenio.

Con una concurrencia de esta especie, que era la base de mi tertulia, a la que siempre se agregaban los extranjeros de notoriedad que pasaban por Santiago, es fácil de comprender cuántas satisfacciones ésta me producía día a día. La conversación se sostenía siempre con mucha anima-

ción hasta altas horas—nada molestas para mí, pero muy avanzadas para Augusto quien se recogía siempre temprano—con mucha altura, en que el tema era generalmente el arte y más comúnmente las letras y no pocas veces la política.

Para facilitar la labor parlamentaria de los Ministros del Presidente Errázuriz Echaurren, Augusto, que era su amigo y hasta consejero y colaborador, tomó el hábito de invitar, una vez por semana, a los diputados y políticos jóvenes, lo cual tuvo como consecuencia lógica, el doblar mi tertulia literaria con otra esencialmente política. Entre ellos recuerdo a Carlos Palacios Zapata, desaparecido en la flor de la edad; a Eduardo Mac-Clure, a Ladislao Errázuriz Echaurren y a Vicente Grez, que aunque ya no muy jóvenes, tenían toda la frescura de ingenio y el gran carácter que les hizo conocidos en aquellos años; acudía también Manuel Villamil Blanco, charlador infatigable, lleno de esa gracia chispeante que ha caracterizado a tantos hombres y mujeres de su familia. Pero el joven que entonces dominaba casi absolutamente en esa reunión de políticos era, sin duda alguna, Arturo Alessandri entonces muy joven, pero ya con esa fácil palabra, a la que debe

tantos éxitos, y dando muestras de una grande inteligencia y de una capacidad política extraordinaria. Es muy cierto que generalmente las grandes vocaciones se muestran desde muy temprano, y en el joven diputado por Curicó era fácil distinguir las grandes capacidades del hombre de Estado que todos hemos conocido, y que tan señalada influencia han tenido en los destinos de Chile.

Por ser compañero de Augusto en un Ministerio, acudía a casa en aquel tiempo un personaje curioso: Carlos Morla Vicuña. Era un hombre de indiscutible talento, de magnífico gusto literario, como lo prueba su brillante traducción de Evangelyn de Longfellow, ejecutada en su primera juventud. A eso unía sus grandes calidades de fino hombre de mundo. Morla, cuando vino a ser Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Errázuriz había vivido la mayor parte de su vida en el extranjero, a donde volvió apenas salido del Ministerio. Había recorrido gran parte del mundo, incluso el Asia, en una época en que los viajes no eran tan frecuentes como ahora, y por los cargos que desempeñó había podido conocer un mundo superior al que no es dado llegar al simple viajero. Su conversación tenía, pues, el encanto

de darnos a conocer a hombres de la alta política europea, que él había tratado, y acontecimientos curiosos del mundo entero. Por su misma ausencia tan prolongada de Chile no estaba muy al tanto de hechos corrientes y solía confundir a las personalidades chilenas. Al conversar con él parecíame que estaba conversando con algún sudamericano distinguido pero no con un nacional. Casi me atrevería a asegurar que no se sintió muy a su gusto en el breve tiempo que estuvo en Chile.

A Augusto le molestó siempre el acostarse tarde porque tenía el hábito de trabajar desde muy temprano. Eso le hizo tener muy pronto una tertulia antes de comida, a la que asistieron lo más granado de la política chilena y las más altas personalidades. De cuando en cuando yo le ayudaba a atender a esos caballeros.

Recuerdo muy especialmente al Arzobispo de Santiago, don Mariano Casanova, a quien habíamos conocido en casa de la señora Eduvigis González de Antúnez. Don Mariano, como le llamábamos siempre, era un Obispo del Renacimiento, de refinados modales, de vasta cultura clásica y

de un reconocido buen gusto literario. Algunas de sus obras pastorales, que nos regaló en lujosa edición, son piezas literarias de primer orden; recuerdo muy especialmente el discurso que pronunció al bendecir las aguas de Peñuelas. Pero lo que más me llamó siempre la atención en don Mariano fué la finura de su inteligencia y su extraordinaria tolerancia para apreciar los acontecimientos políticos por apasionantes que fueran. Era muy digno del "cappello cardenalizio".

Acudía casi a diario Gonzalo Bulnes. A Gonzalo le conocía desde chiquillo porque era íntimo de mi hermano Manuel cuando estaba en el colegio. No era por cierto moderado y tolerante como don Mariano: era un apasionado que ponía toda su alma en la causa que estaba defendiendo. Escribió de preferencia en los grandes diarios de oposición: "La Tarde", "La Mañana". etc., etc. Sus artículos son vibrantes, llenos de energía, especialmente cuando toca asuntos relacionados con el patriotismo. Es sin duda el patriotismo la gran cuerda de Gonzalo Bulnes, él le ha hecho producir sus mejores artículos, sus más vigorosos discursos y también sus mejores libros. Es una personalidad recia, entusiasta, apasionada.

Después de ser Presidente de la República solía llegar también, hasta el salón de Augusto, don Germán Riesco. Me costó mucho conocer a este caballero porque no le encontré jamás en sociedad antes de su Presidencia. Durante la campaña no fuí su partidaria sino de mi amigo Pedro Montt. A pesar de que Augusto y, sobre todo Benjamín Errázuriz, me lo ponderaban mucho como un hombre de primer orden, yo no podía sacarlo de la conversación más sencilla. Pero poco a poco, a fuerza de verlo en el salón de Augusto fué perdiendo su opacidad que luego me convencí era producida por una casi invencible cortedad de genio. En confianza don Germán Riesco era realmente el hombre superior de que me hablaban y además un hombre muy bromista, de la broma más refinada y de buen gusto. Cuando ya nos conocimos con intimidad me agradaba mucho conversar con él.

Con más frecuencia llegaba hasta el escritorio de mi marido Fernando Lazcano. Conocía a Fernando desde mi primer baile y siempre fué mi amigo, de modo que no me costó conocerle como a su concuñado. Era Fernando un hombre

fuerte, en el sentido que dá a esta expresión el Evangelio; un hombre de vigorosa personalidad, dominante, que siempre quería hacer imperar su tesis. Es quizás por eso que tuvo tanta influencia en la vida política de esta tierra, porque aunque no llegó a la Presidencia de la República, ejerció una gran influencia sobre los destinos de este país, ya que manejó al Senado en un período en que la dirección de la cosa pública, por un exceso de parlmentarismo, no estaba en la Moneda sino en el Congreso Nacional y muy especialmente en la Cámara Alta. En sociedad Fernando era muy agradable, pero en los últimos años era difícil sacarlo de la conversación política, porque la política le absorbía totalmente. Esto me hace recordar una conversación que tuve con Ana Echazarreta de Sanfuentes hace algunos años, cuando su marido vivía ocupado de política, en la famosa "casa azul". Le pregunté entonces a Anita: ¿Le agrada que su marido se preocupe tanto de política? "Por cierto, me dijo, todas las mujeres, señora, estamos condenadas a tener una rival, por afectuosas que seamos con el marido, y yo creo que no puedo tener una rival menos molesta que la política." Po-

siblemente Anita tenía razón porque la política absorbe casi totalmente a muchos hombres.

La muerte de mi hermano Manuel

En medio de esa vida tan agradable sufrí un golpe muy doloroso, el fallecimiento de mi hermano Manuel. Era solamente dos años menor que yo, de modo que habíamos vivido estrechamente unidos toda nuestra niñez; y como tenía un carácter muy franco y comunicativo, una inteligencia superior—muy superior a la corriente—vastísima cultura, sentimientos artísticos refinados y con gustos muy similares a los míos, el verlo desaparecer —a los cincuenta años—en la plenitud de su vida y en toda la brillante madurez de su talento fué para mí un golpe horrible.

Manuel, nacido en tierras de mayor cultura y riqueza, habría podido dedicarse a las Ciencias al cultivo desinteresado de la Ciencia para lo cual tenía condiciones realmente excepcionales y no, como le tocó en suerte, dedicarse a ganar la vida como médico. Su paso por la Escuela de Medicina de París fué brillante, aún se consulta allí su memoria de prueba: "Du siège régional des tu-

meurs consideré comme élement de diagnostic", y su Profesor Ranvier decía de él, en la época en que Félix Guyon llenaba el mundo con su fama: **"Barros a la main de Guyon, mais quelle tête!"**

Como todo hombre superior, Manuel tenía una pluralidad de aptitudes: a más de hombre de ciencia, de gran médico, de extraordinario cirujano, era un artista con admirables condiciones musicales, gran conocedor y apreciador de las bellas letras, de la Pintura y de la Escultura y con un curioso amor a la naturaleza y a las flores. Murió entre ellas en su quinta de la Recoleta.

La viruela en Valparaíso

Algunos años más tarde estalló en Valparaíso, una gran epidemia de viruela. Augusto organizó inmediatamente una brigada sanitaria con estudiantes de Medicina y los llevó a Valparaíso para repartirlos en la ciudad y vacunar a domicilio. Esto produjo como siempre el resultado que se buscaba: la detención inmediata del terrible flajelo.

Luego se pensó en recompensar este movimiento tan generoso de la Escuela de Medicina y se organizó una fiesta en el Teatro Municipal, para

repartir algunos diplomas y medallas a todos los que habían formado parte de esa brigada, los que iban a ser entregados personalmente por el Presidente de la República, don Germán Riesco.

Una incomprensible mala inteligencia en la repartición de las ubicaciones en el teatro, produjo irritación en los estudiantes, creyéndose humillados porque sus familias no ocupaban las primeras localidades, y en señal de protesta, se colocaron en la galería, desde donde hacían una monstruosa rechifla contra todos los compañeros que se presentaron en el proscenio a ocupar los locales designados. La sala se veía llena de lo más distinguido de nuestro mundo social, como una brillante manifestación de aplauso a esos jóvenes tan abnegados, pero en aquel estado de revuelta no podía alzarse la cortina del proscenio, donde aguardaban las autoridades que debían distribuir los premios. Augusto subió hasta la galería, donde estaban atrincherados, en el deseo de reducir a los estudiantes apaciguando a los cabecillas de la revuelta; pero, con el respeto debido, se negaron a deponer su hostilidad, alegando que no se había colocado en primer término a sus familias, las que estaban relegadas a palcos de tercer orden.

Todo fué inútil y hubo que suspender la función y por supuesto, también la entrega de los diplomas y medallas.

Augusto se retiró, anonadado por el dolor de sentirse mal comprendido, desautorizado y desobedecido por sus propios alumnos a quienes había consagrado todos sus desvelos, y cayó enfermo al día siguiente, con una postración extraordinaria que nos alarmó profundamente.

Como este estado se prolongara demasiado, y él no quería volver a la Escuela por ningún motivo, se pensó en su retiro, que él quería definitivo porque, en su estado de abatimiento moral, no se sentía con fuerzas ni voluntad para nada. Así lo hizo. Tristísimo final y dolorosa recompensa estudiantil a toda esa vida dedicada al servicio de la ciencia, y al amor a la enseñanza.

Al día siguiente de esa noche malhadada, fué Hernán, mi hijo, a la Escuela, para asistir a sus clases como alumno que era del establecimiento, pero tan pronto como llegó, sus compañeros lo recibieron con improperios y se aprestaron para llegar a vías de hecho por haberse presentado en el teatro sin secundar su actitud de protesta. Felizmente sus hermanos, en previsión de esto, se ha-

bían ido tras de él por otro lado y se acercaron para evitar la agresión colectiva a un muchacho indefenso. Con eso se enardecieron más los estudiantes y comenzó una riña que felizmente sofocó la policía.

Toda la preocupación de Augusto fué entonces decidir lo que debía hacer para que Hernán pudiera continuar sus estudios de Medicina, desde que ya no era posible pensar en que los siguiera en la Escuela de Santiago. Resolvió por fin enviarlo a París, para que allí se formara en condiciones más favorables. Tenía Hernán entonces sólo 18 años y se decidió a mandarlo libremente, sin tutor, para que no sufriera imposición alguna que le fuera desagradable y sin más garantía del cumplimiento de sus deberes que el resultado de sus exámenes. Esto le impuso un sacrificio enorme a Augusto, no sólo pecuniario, en momentos en que sus entradas, con su retiro de la Escuela habían aminorado, sino de orden moral y afectivo.

Para él nunca tuvieron valor alguno las cuestiones de dinero, pero el separarse de Hernán, el único de sus hijos que había querido seguir su profesión, le era muy triste. Le dolía el que fuera a estudiar, lejos de él, en esa edad en que su ayu-

da le habría sido tan conveniente y aún necesaria. Pero todo lo venció ese silencio, sin queja alguna y sin una palabra que revelara su amargura.

Así, de ese modo tan triste acabó la vida de profesor de Augusto; esa vida a la que había dedicado las mejores energías de su espíritu, a la que había consagrado tantos desvelos y por la cual tantos sacrificios, de todo orden, había hecho. No siguió enseñando desde la cátedra, pero siguió enseñando y ayudando a todos sus alumnos, aún a aquellos que habían organizado la revuelta en su contra. A algunos de esos corifeos los ví, después, muchas veces en casa consultando a mi marido sobre algún caso difícil o en sus apuros al escribir sus memorias de prueba. Augusto los atendía con el mayor cariño, como si nada hubiese pasado entre ellos.

Muchos de esos alumnos rebeldes reconocieron luego el error y la atroz injusticia cometida con el viejo Maestro y todos, con ocasión de su muerte, le rindieron su tributo de admiración y de cariño.

Dolores y enseñanzas

Dolorosos acontecimientos de familia, que no quiero recordar, vinieron a perturbar la tranquila paz de mi vida, a la cual luego se agregó el dolor de perder a mi madre, anciana ya, pero que conservó hasta su fin toda la entereza de su carácter y su inteligencia vigorosa. Con ella perdí no solamente su cariño, que era todo para mí, sino también su apoyo en los trances duros de la vida, su consejo en las dificultades y esa intimidad del alma tan difícil de volver a tener.

La douleur est un maïtre ha dicho Musset y yo lo experimenté vivamente en aquellos tristes días. Leí, no sé dónde, esta curiosa anécdota. Una mujer que paseaba siempre por un gran parque un día se sorprendió con la existencia de un árbol que nunca había visto en sus paseos anteriores. Era éste de gran follaje, verde obscuro, de hoja permanente, y tan hermoso que no acertaba a comprender cómo había podido pasar, tantas veces, a su lado sin notarlo siquiera. Por fin se lo explicó viendo que en esos días el otoño había despojado de sus hojas tiernas, verdes, relucientes a

sus vecinos que, durante toda la primavera le habían mantenido oculto. Ahora éste, solemne y grave, mostraba sus encantos cuando el brillo y esplendor de sus vecinos había ya desaparecido. Para la escritora aquello era la imagen del amor risueño y tornadizo no dejando ver la amistad adusta y persistente; pero a mi juicio, no es sino una magistral advertencia de la naturaleza de que no es posible vivir eternamente en primavera, porque llega un día en que ésta ve ajarse y caer sus galas y, si no estamos preparadas para apreciar los encantos y atractivos de la belleza grave y severa del deber, nos encontraremos, de improviso, sin el sostén y abrigo de ese árbol majestuoso que es el único capaz de defendernos de los rigores del invierno.

Yo, que había mirado la vida hasta entonces con el criterio de una mujer feliz, abierta a todos los atractivos de la existencia, comencé a sentir sus responsabilidades, que envuelven la necesidad de un rumbo y una brújula. Educada como católica, viví en un ambiente muy liberal, en su mayoría descreído, y en una época en que la juventud reaccionaba contra la rigidez impuesta por los hábitos tradicionales, de manera que me sentí natu-

ralmente impulsada en favor del libre pensamiento y, como la juventud es entusiasta, hice alarde de mis nuevos ideales. Cuando el dolor golpeó a mi puerta y las responsabilidades de la vida se impusieron poderosamente en el hogar, mi espíritu se acogió de nuevo a las enseñanzas de la infancia.

Facilitó enormemente la evolución de mi espíritu las frecuentes conversaciones con Juan Agustín Barriga, que era un asistente asiduo a mi tertulia. Persuadida como estaba, de que un hombre inteligente e ilustrado no podía mantenerse fiel a sus creencias religiosas, en toda su amplitud, lo provocaba, a veces, para indagar hasta qué punto era sincero en su fé, lo que se ponía muy en duda por sus amigos liberales. Discutiéndole sus creencias, que él defendía con talento y con calor, fuí recuperando poco a poco la fé perdida, y ayudada así del poder de su elocuencia y estimulada por el ejemplo de mi hija, tomé la resolución de volver al cumplimiento de mis deberes religiosos y me esforcé por recuperar la fé con el corazón, abandonando la razón como guía para penetrar en sus misterios.

Vivimos rodeadas de problemas insondables que sin embargo tenemos a la vista y pretendemos explicarnos los que sirven de base a nuestra vida espiritual, que es el único consuelo en los dolores, la única iluminación que no muere, y la esperanza que nos anima y nos sostiene.

Ahora no pretendo dominar lo que no soy capaz de estudiar y me someto incondicionalmente a la doctrina de Jesucristo, sellada con su sacrificio y con su muerte.

En seguida me entregué a la dirección espiritual de don Crescente Errázuriz, entonces Prior de la Orden de los Recoletos Domínicos, sacerdote muy culto e inteligente, perteneciente, por familia, a nuestro gran mundo social, y guiada por él obtuve la paz de mi alma y la tranquilidad de mi vida. Este sacerdote, con la bondad de su espíritu comprensivo y la experiencia de la vida, supo señalarme el rumbo que debía seguir, confortando mi espíritu y aliviando mis dolores, y continuó siendo mi apoyo y sostén, hasta el día en que tuve el dolor de perderlo.

ULTIMOS AÑOS

Actividades literarias

Con motivo del fallecimiento de doña Emilia Pardo Bazán, a quien yo había tenido la satisfacción de conocer y tratar bastante durante mi permanencia en España, mi amiga Delia Matte de Izquierdo me pidió que hablara sobre ella en el Club de Señoras, que Delia preside con tanto acierto como señorío.

Este Club, instituído por ella en compañía de un grupo de señoras muy distinguidas, con gran esfuerzo y valentía, fué durante algún tiempo objeto de violentas resistencias, pues rompía con los hábitos que regían entonces la vida de la mujer casada. Los maridos se negaban a aceptar esa independencia, les chocaba que pudieran reunirse las mujeres fuera de su casa, creían que eso podía prestarse a abusos y a comentarios muy desagra-

dables. La resistencia que se hizo al Club fué formidable, hasta el clero llegó a atacarlo.

Tranquila y serenamente, sin embargo, se mantenía el Club desarrollando, poco a poco, sus variadas actividades y atrayéndose voluntades. Con exquisito tacto y prudencia extraordinaria lograron sus Directoras apagar las murmuraciones, disipar los temores y afianzar el prestigio de esta institución tan culta como útil y necesaria. Desde entonces la mujer ha encontrado allí un hogar respetable donde reunirse para conversar, oir buena música, acoger extranjeros ilustres que visitan el país, escuchar conferencias interesantes e ilustrativas o a cantantes y artistas distinguidos, revisar periódicos, en fin, en donde procurarse todos los placeres intelectuales y sociales que no es fácil obtener de otra manera.

Además, en la esfera del trabajo, se fundaron allí clases de música, de historia, de literatura, de idiomas, etc., que han dado admirables resultados, como también de costura y de cocina y muchos otros servicios de gran utilidad para las diversas actividades femeninas.

Así, pues, cuando por vez primera fuí invitada para hablar allí, lo acepté con el entusiasmo

consiguiente a la satisfacción que experimentaba al ver surgir, con tanto éxito, esa laudable institución social triunfando ya fácilmente de todas sus dificultades. En esa ocasión me ocupé del "Voto femenino", pero como entonces sólo se iniciaban los ensayos de este género, hice mi lectura ante un círculo restringido, ante las señoras que más lo frecuentaban. Al recibir a mi regreso de Europa esta nueva invitación, ya el Club había adquirido situación sólida y prestigiosa, ocupaba una gran casa frente al Congreso con enormes salones, y sus recepciones, como sus conferencias, eran muy concurridas por lo más culto y distinguido de nuestro gran mundo. Esto último me infundió el temor y la nerviosidad consiguientes, pero me sentí alentada por el deseo de recordar cariñosamente a doña Emilia, cuyo fallecimiento me había impresionado vivamente.

Esto fué en realidad, mi primer ensayo en el camino de las letras que tanto admiro, pero que solamente he cultivado por afición, sin estudios previos, ni contracción, lo que justifica, de sobra, mi desconfianza. En aquel ambiente tan simpático y con una concurrencia tan escogida, en que

sólo veía semblantes amigos y sonrisas bondadosas, era fácil obtener aplausos que colmaran mis aspiraciones, pero en realidad, ellos sobrepasaron mis más halagüeñas expectativas.

Después he leído otros trabajos, impulsada siempre por las afectuosas instancias de mi distinguida amiga Delia, y en el deseo de secundar, de algún modo su noble esfuerzo por estimular el desarrollo intelectual de la mujer.

El segundo trabajo que leí fué sobre la vieja cuestión de cuál es el verdadero autor de las obras de Shakespeare. Desde que Augusto me regaló esas obras, me encariñé con ellas, pero andando los años me impuse de que se creía, con fundamento, que éste era sólo un nombre que encubría al autor. El asunto me interesó vivamente y, estudiando la vida de Shakespeare, me convencí que ese hombre no podía haber producido nada, mucho menos esa obra genial. Después cayeron en mis manos algunos documentos que me llevaron a la convicción de que Francis Bacon era el verdadero autor del teatro shakesperiano. Me entusiasmé con este hombre extraordinario, comprendí sus obras al través de su vida, penetré en su alma atormentada, y me sentí vigorosamente impulsada a contribuir

con mi grano de arena, a restablecer la verdad y ponerlo en su gloriosa paternidad.

En España visité el Escorial que me produjo una admiración extraordinaria y me despertó el más vivo interés por Felipe II, por quien había sentido distancia y hasta antipatía, la que se transformó en admiración, en vista de su obra monumental que ponía en evidencia sus portentosas cualidades. Estudié a este personaje con verdadero interés y tuve la suerte de hacerlo en buen momento, pues documentos recientes habían restablecido su personalidad en su verdadero valer. Sus cartas íntimas a sus hijas, revelaban su naturaleza delicada y sensible a la ternura y a la poesía, lo que unido a sus notables cualidades de estadista, a la austeridad de su vida, a su fé ardiente y sus condiciones de laborioso, severo y hábil mandatario, me hicieron comprenderlo y sentir la sublime superioridad de su alma, lo que me impulsó a atestiguarlo en mi conferencia en el Club de Señoras, que fué la tercera que pronuncié.

Un año después de haber leído y publicado este trabajo, tuve la satisfacción de leer en "La Nación" de Buenos Aires, un artículo firmado en Lisboa, por Dantas, el gran escritor portugués,

quien después de declarar que tenía una profunda antipatía y hasta repugnancia por el hombre y el monarca, no por ser él portugués, sino por el estudio que había hecho de su carácter y de su espíritu, concluye diciendo: "Ese monarca que los Embajadores nos describen inválido, taciturno y siniestro en su sitial célebre, despachando siempre, casi hasta la hora de su muerte, en el delirio de la burocracia que lo absorbe y le llena de fiebre los ojos, se nos aparece por fin, en las cartas a sus hijas, como un hombre para quien la belleza existe, que es sensible a las emociones que nos produce la naturaleza y que parece tener—el Demonio del Mediodía—una delicada alma de poeta."

Feliz con esta confirmación tan autorizada de mis propios conceptos, alcancé todavía otra mayor cuatro años después. Louis Bertrand, el reputado escritor francés, publicó un libro titulado "Felipe II. Un asunto tenebroso" en el cual estudia prolijamente el carácter y el alma de ese monarca, al través de sus obras y los acontecimientos de su época, fundándose en los mismos argumentos y llegando a las mismas conclusiones que desarrollé en mi trabajo hecho con tanta anterioridad. Este libro se publicó el año 1931 y un año antes se

había dado a luz en la "Revue des Deux Mondes". El trabajo mío se publicó en Octubre de 1926 y el artículo de Dantas está fechado en Lisboa en Noviembre de 1927.

Esta no ha sido para mí una mera satisfacción de vanidad, sino un hecho que me produce la muy íntima y profunda confianza en mi propio criterio, aún tratándose de cuestiones tan debatidas.

Mi cuarta conferencia fué dedicada a exponer mis apreciaciones sobre algunas ilustres damas de nuestra sociedad, amigas mías casi todas, poniendo de relieve su valer, sus méritos y sus virtudes, titulada "Mujeres de mi tiempo".

Esta fué mi última conferencia en el Club de Señoras, que me honró durante tantos años con su estímulo, su distinción y sus aplausos, los que sin duda originaron otras satisfacciones literarias que recibí en esa época.

Al fundar la Universidad Católica su Academia de Letras, tuve el honor de ser nombrada miembro de esa institución y, sintiéndome obligada a presentar algún trabajo para corresponder a la medida de mis fuerzas al honor que se me otor-

gaba, leí allí un ensayo sobre la "Historia del feminismo y su desarrollo en Chile".

Como fuí la primera mujer que abordó en mi tierra este problema y siempre me ha interesado vivamente, quise aprovechar esta ocasión para poner en claro mis anhelos con respecto a la difusión de estas ideas entre nosotras, y sobre el giro que iban tomando. Era natural, por lo demás, que a la independencia, que se toma por asalto, en la juventud y sin preparación previa, siguieran consecuencias más o menos dolorosas. Vivimos una hora de transición y es de esperar que luego veremos mejores orientaciones que han de producir benéficos resultados.

Mi anhelo al interesarme en favor de la independencia y mayor cultura de la mujer no fué para hacerla rival del hombre, sino para constituirla en su digna compañera. La superioridad del hombre es indiscutible en todo lo que significa esfuerzo, capacidad mental y resistencia física. La mujer en cambio posee fuerzas morales, jamás superadas por el hombre, que constituyen su valer y su poderío. En el hogar ella debe ser la soberana, siempre que tenga las condiciones necesarias para imperar, y son esas precisamente las que

ella debe cultivar. Ahí es donde debe concentrar todos sus esfuerzos y todas sus actividades para conquistarse el respeto del marido y el cariño de los hijos, formándolos dignamente, que son ellos el pedestal de nuestra gloria.

Es esta mi poca y única actividad literaria. He sentido siempre una gran admiración por las letras, he leído durante toda mi vida; la bella literatura me ha fascinado, los libros han sido—después de mi marido y de mis hijos—mis mejores compañeros, pero he escrito muy poco, solamente impulsada por mi entusiasmo. En realidad soy entusiasta, casi diría que es éste el distintivo de mi carácter, pero también soy tímida de modo que rara vez me he atrevido a exteriorizar mis pensamientos. Soy entusiasta pero no apasionada; el entusiasmo todo lo abrillanta y enaltece, la pasión es ciega y por eso es a veces avasalladora y hasta mortífera.

Mi regreso a Chile y la elección de Luis

A mi regreso de Europa me encontré en el momento más agitado y más ardiente de la lucha presidencial, y como uno de los candidatos era mi

hermano, seguí de lleno y con entusiasmo todo su desarrollo. Todos sus partidarios creían el triunfo asegurado completamente, a pesar de la actividad desplegada por su contendor don Arturo Alessandri Palma, quien se había conseguido el apoyo de los radicales y una gran popularidad en el bajo pueblo.

Una noche en que me encontraba en casa de Luis, tuvo lugar una reunión de los jefes de partido que apoyaban su candidatura, para resolver si se debía aceptar la solución que se proponía de entregar a un Tribunal de Honor la revisión del cómputo de la elección antes de someterla al fallo del Congreso Pleno.

Aunque en esa reunión predominó la idea de no apartarse de la solución estrictamente constitucional, hubo espíritus menos batalladores que defendieron la aceptación del Tribunal de Honor. creyendo quizás que esa clase de Tribunales no son también políticos, y hubo uno de los concurrentes que opinó que, aunque el triunfo de Luis era seguro en el Congreso Pleno, porque contaba con la mayoría necesaria, correría sangre antes de que él llegara a asumir el mando. Ante esta aseveración, Luis declaró perentoriamente que había

aceptado su candidatura a la Presidencia de la República en el deseo de labrar, en lo posible, la felicidad de sus conciudadanos, que el triunfo lo aceptaba solamente dentro del orden y la justicia y a condición de que no provocase ninguna violencia y que, en vista de lo que se afirmaba, se entregaba al fallo de un Tribunal de Honor aunque sabía muy bien lo que eso significaba. Decía a este respecto: "Es sustraer del conocimiento del Congreso Pleno la alta atribución que especialmente le ha conferido la Constitución del Estado, para entregarla a una comisión particular, irresponsable y expuesta a todo el juego de la política militante."

Después de terminada esa reunión Luis dijo a los suyos: "Acabo de ponerle una lápida a mi candidatura presidencial." Así terminó aquella lucha electoral tan ardiente llevando a la Presidencia de la República a don Arturo Alessandri.

Más tarde, en Septiempre de 1925, después de muchas vicisitudes se encontró el Presidente en tan graves dificultades, que resolvió retirarse, nombró a Luis Ministro de lo Interior y delegó en él el mando por los tres meses de Gobierno que le quedaban.

En el momento de asumir Luis la Vice-Presidencia había una anarquía política completa, no regía Constitución alguna, no existía Congreso, porque después de la disolución del elegido en 1924 no se había convocado a elecciones. En cuanto a la renovación del Ejecutivo, algunos sectores de la opinión pública habían proclamado la candidatura presidencial del Ministro de la Guerra, don Carlos Ibáñez del Campo.

En estas condiciones tuvo Luis que proceder a organizar su Ministerio. Como el señor Ibáñez formaba parte de él en calidad de Ministro de la Guerra, éste se adelantó a expresar que no era candidato a la Presidencia de la República. Posteriormente al aceptar esa candidatura el Ministro José Santos Salas, obtuvo Luis de él que se retirase del Ministerio y nombró en su reemplazo al Doctor Ferrer. Creía Luis que así cumplía con la promesa hecha al país de dar absolutas y completas garantías de prescindencia electoral.

Tres meses después concurrió al Congreso Nacional a transmitir el mando supremo a Emiliano Figueroa, quien había sido elegido Presidente en elecciones libres y tranquilas, conjuntamente con un Congreso que debía acompañarlo durante

casi todo su mandato. Había cumplido así con su misión de resguardar la libertad electoral y de restablecer en el país el régimen constitucional.

Antes y después de estos acontecimientos, Luis ha tenido brillantes actuaciones políticas y administrativas que le han dado la situación respetable de que disfruta, que no creo necesario recordar, no solamente porque pertenecen a la historia y yo solamente anoto mis recuerdos, sino también porque estas que acabo de indicar muestran perfectamente sus primordiales características: su visión política, su vasta preparación intelectual, su extraordinaria capacidad de trabajo, la firmeza y seriedad de su carácter y su inmenso amor por la Patria, heredado de nuestros padres y de nuestros abuelos.

Mis últimos años

Cuando me decidí a anotar los recuerdos de mi vida, me propuse no tocar nada desagradable, porque la vida tiene demasiados sinsabores para revivir momentos ingratos.

No recordaré por eso las convulsiones políticas que presencié después de mi llegada a Chile,

aquellos días en que se sucedían en la Moneda los más inesperados Gobiernos, en que Chile padeció días difíciles y hasta horas de vergüenza. Me limitaré a hacer el voto más ferviente porque las nuevas generaciones no presencien hechos análogos.

Cuando ya la calma había vuelto a los espíritus y el país vivía en sus condiciones ordinarias cayó sobre mi hogar un gran dolor. Perdí a mi marido el 26 de Agosto de 1933, después de corta enfermedad que sufrió en Valparaíso, en donde había pasado el invierno en busca de clima más benévolo para sus años.

Esto fué doblemente doloroso para mí, pues no pude estar a su lado por encontrarme enferma en cama en esos días, y como se conservaba tan bien, no creí jamás que una bronquitis se lo llevara en pocos días.

Después de cumplir con sus deberes religiosos, rodeado de todos sus hijos y sus nietas, con toda entereza se despidió de cada uno cariñosamente, hasta decirles ¡Adiós! al exhalar su último aliento.

Murió donde había nacido, en las inmediaciones de la Plaza Victoria que perteneció a sus abuelos; y la Iglesia del Espíritu Santo, que fué

obsequiada por su abuela doña Nicolasa Garmendia, le abrió sus puertas para acogerlo y velarlo durante la noche y celebrar sus honras al día siguiente antes de traerlo a descansar en su última morada.

En medio de mi profundo dolor tuve la última satisfacción de ver el recuerdo cariñoso que de él hicieron todos sus compañeros de trabajo, sus discípulos, los periodistas y los políticos, honrando su memoria con discursos y artículos de prensa en que realzaban todos sus méritos y sus cualidades, en que se sentía la sinceridad del afecto que los dictaba en el homenaje excelso que le rendían.

Bien lo merecía Augusto, que no sólo amaba su profesión, sino también a los que la ejercían noblemente, ayudando a los que comenzaban y secundando, mientras pudo, a sus compañeros.

En la prensa fué un luchador ardiente, pero siempre caballeroso y si golpeaba lo hacía con guante blanco. Recuerdo que Zorobabel Rodríguez, que fué su más vigoroso contendor, al saber el retiro de Augusto de la prensa diaria, le escribió una carta en que le expresa su pesar por no seguir teniéndolo de contendor, ya que siempre

"Hasta para colgarse el que se cuelga, elige el meárbol de la selva." Como político sirvió a su partido con la mayor abnegación, sacrificándole los halagos y comodidades de su vida.

Augusto dejó en prensa dos obras suyas que fueron el fruto de todos sus desvelos, aprovechando las horas libres de su vida entera: "La Patria Vieja" y el "Desenvolvimiento Intelectual de Chile", que espero han de perpetuar su memoria como escritor e historiador, y merecer el aplauso del país, como lo ha merecido ya por otros trabajos literarios y por los científicos.

Con motivo del reemplazo de Augusto como miembro de la Academia de la Lengua, la elección designó en su lugar al Presidente de la República, don Arturo Alessandri. En sesión solemne, el día de su recepción, Alessandri pronunció un discurso brillante en su honor, que colmó mis anhelos, pues se reune allí la apreciación de todos sus méritos, consagrados por una personalidad y acogidos por la respetable autoridad de esa institución.

Para levantar mi espíritu atribulado he tenido más tarde la satisfacción de ver realizados algunos de mis anhelos con respecto a la independen-

cia femenina. Hoy la mujer trabaja cuando lo necesita, cualquiera que sea su condición social, y se procura así el único camino para sentirse dueña de sí misma.

Por último acabo de ver funcionando el voto femenino en las elecciones municipales en forma tan correcta, desempeñando esos trabajos con el mayor desembarazo y energía cuando el caso lo requería, asombroso en este primer ensayo, y sobre todo hemos visto cumplir con estos deberes a grandes damas, a religiosas y a obreras, sin excepción alguna. Este es el primer desmentido que se puede dar a los que temían que se sustrajeran del cumplimiento de este deber las señoras de la clase alta de nuestra sociedad y la gente del pueblo.

Ha sido muy halagador para mí haber llegado a presenciar esta realización de mis anhelos de tantos años. Cuando los manifesté por primera vez, aquello pareció absurdo y las mujeres mismas lo rechazaban. Hoy esto se ha efectuado con gran júbilo de todas y han trabajado con verdadero entusiasmo.

Contemplo con la más viva satisfacción la enorme transformación que se va operando en el

espíritu de las niñas. Ayer se educaba a éstas criaturas sin más expectativa que la de buscar marido para formarse un porvenir, y por consiguiente el amor era su sola arma y su única preocupación. Hoy las niñas reparten sus anhelos entre diversos ideales que llenan las perspectivas de su vida. Las que trabajan cuidan de su dinero y sienten que esa es la base de su independencia; las demás estudian y se preparan para llenar todos los deberes que hoy les impone la vida y para no sentirse en condición inferior cuando les toque en suerte desempeñarlos. Esto educa y realza a la mujer y la coloca en situación más respetable ante propios y extraños. Deja de ser la eterna menor de edad.

Mujeres de mi tiempo

Es mi ánimo recordar en seguida a las mujeres que durante mi vida he visto descollar por sus aptitudes, su talento, sus virtudes o su gran personalidad. Me limitaré a las que he conocido más de cerca y podido apreciar más a fondo sus grandes cualidades. Al hombre, por su actuación en la vida pública, hay derecho a juzgarlo; a la mujer, que se mantiene en la penumbra, sólo des-

pués de sus días es permitido descorrer el velo que encubría sus méritos y cualidades personales. Las obras de una mujer de letras, quedan sometidas a la crítica, y a la artista se la juzga con entera libertad; pero la mujer que se sacrifica en silencio persiguiendo un ideal, la que imprime carácter a su propio ambiente, la que lucha y trabaja con talento y abnegación, la que abre con valentía nuevos rumbos en nuestra vida, todas quedan ignoradas y hasta mal comprendidas, por el silencio que se mantiene a su alrededor.

No quiero reducirme a tan estrechos límites, pues, a mi juicio, merece igual reconocimiento la que hace obra útil a la sociedad, cualesquiera que sean sus actividades, y quiero realzar especialmente el valer de toda personalidad femenina que se destaca por su propio esfuerzo, que brilla con su propia luz y que merece el aplauso y la estimación de quienes la conocen y la comprenden.

Laura y Teresa Cazotte.

Laura Cazotte, hija de la señora María del Carmen Alcalde, heredó de su madre su belleza y su distinción suprema. Casada esta señora con

M. Cazotte, diplomático francés de alta alcurnia, fué a París con su marido y conoció la corte de Luis Felipe y el gran mundo en que allí se movió, debió contribuir para refinar la distinción exquisita de sus maneras, de su lenguaje y el interés que sabía difundir en su salón. Esa fué la fuente en que bebió su hija Laura ese arte refinado que ella supo imprimir más tarde en sus propias recepciones.

Mujer de gran corazón, inspiraba hondos afectos a sus amigas, con ese tacto delicado que le permitía penetrar en el carácter y aún en el alma de cada una, adivinando sus anhelos; sus contrariedades y preocupaciones. Poseía el don excelso de levantar los espíritus abatidos, con su cariño, su palabra efusiva y alentadora; sabía adueñarse de sus conflictos y como por encanto disiparlos con el aliento de su alma generosa, derramando con su vara mágica, el contento y la alegría en torno suyo.

La situación política de su marido, Carlos Antúnez, lo llevó a desempeñar el alto cargo de Ministro de Chile en París, donde ella había nacido. Frecuentó allí la buena sociedad por sus relaciones de familia y por su valer personal supo atraer-

se, allí como aquí, las distinciones sociales que ella merecía. Su dominio del idioma francés, que manejaba admirablemente y escribía con soltura y gracia exquisita, la colocó en condiciones favorables para figurar con brillo en aquella sociedad.

En un gran baile de fantasía que dió entonces Czernusky, un millonario vienés, al que asistió Eduardo VII antes de subir al trono, el Rey de Grecia, otras testas coronadas, grandes artistas y lo más granado de París, se encontraron reunidas varias chilenas que llamaron la atención por su belleza, recibiendo por ello muchas felicitaciones nuestro Ministro. El Príncipe de Gales solicitó conocer a Eugenia Huici de Errázuriz y el Rey de Grecia a Laura, que vestía el traje de María Antonieta.

La caída de Balmaceda la hizo regresar al país, después de larga ausencia, donde comenzó su tarea de madre de hijas bonitas, que pronto casó y, por fin, el fallecimiento de su marido la relegó a una vida más retirada, pero siempre sociable y distinguida.

Su hermana Teresa, otra hija menor de la señora Alcalde, tan hermosa como su madre y

con iguales condiciones de sociabilidad, casó con Enrique Concha y Toro y llegó a ser la bella hurí del Palacio Oriental de la Alameda, donde recibía constantemente la sociedad más selecta del país, extranjeros notables que nos visitaban, ministros, diplomáticos y hasta mandatarios de Repúblicas vecinas.

Dos bailes famosos se dieron en ese palacio, que llamaron extraordinariamente la atención. El primero en honor de Figueroa Alcorta, Presidente de la República Argentina, cuando vino a visitarnos, y el segundo, un espléndido baile de fantasía que hizo época en nuestra vida social.

En aquel suntuoso palacio ricamente alhajado con bellísimas obras de arte, soberbia vajilla digna de banquetes reales, deslumbrante de luces y de flores, con enorme concurrencia de damas hermosas y elegantes, caballeros de alta situación en el Gobierno, en el Congreso, en las finanzas, en el Ejército, en la Marina; extranjeros distinguidos, el Cuerpo Diplomático y juventud aristocrática, hizo su entrada el Presidente argentino, al son del Himno Nacional de su patria, cuyos acordes partieron de la cúpula del salón central. ¡Aquello fué grandioso y emocionante! De igual

manera se recibió en seguida a nuestro Mandatario, don Emiliano Figueroa, y así se inició aquel baile soberbio.

El de fantasía, que se efectuó años después, presentaba un aspecto maravilloso por la inmensa variedad de trajes pintorescos, con su diversidad de colores y lujo de detalles, suntuosidad de los salones, movimiento asombroso de aquella enorme concurrencia y la animación desbordante con que se bailó hasta el alba, cotillones alegres que cruzaban en cadenas interminables, llevando la alegría, batiendo sus insignias que producían un efecto fantástico en aquel palacio encantado.

Después de esta brillante actuación social, Teresa Cazotte ha dedicado todas las actividades de su vida al servicio de la infancia desvalida en las "Créches" fundadas por ella y sostenidas con su propio esfuerzo desde hace años. Acaba de levantar un templo magnífico en Llo-Lleo, donde mantiene un establecimiento destinado a servir de asilo para reparar la salud y las fuerzas de los niños delicados. La bella hurí del Palacio Oriental, que ayer deslumbró con las fiestas reales que prodigó

a la alegre juventud, es hoy el ángel tutelar que ampara y vela por aliviar el dolor de los niños que sufren.

Estas dos mujeres encarnan, a mi juicio, la sociabilidad más brillante y más distinguida de mi tiempo. Hoy, que esta manifestación de nuestra cultura social ha desaparecido casi por completo, me es grato recordar esa fas de nuestra intelectualidad y señoría y a las mujeres que supieron sostenerlo con tanto brillo como suprema distinción.

Sara del Campo de Montt

Sara del Campo de Montt ha sido una mujer eminentemente política. Como esposa de Pedro Montt, vivió con él en estrecha unión de aspiraciones y de anhelos. En su casa recibía a los miembros de su partido y a los políticos más destacados del Congreso. Su hermosa figura, de mirada suave y cautivadora, risa franca y comunicativa, tiene el tipo y el carácter más genuino de la raza española: ardiente, impulsiva, verbosa, inteligente y

llena de gracia, sabía aterrar con sus exaltaciones apasionadas y dominar con sus ternuras generosas.

Esta interesante mujer secundó poderosamente a su marido en su carrera política, batallando con vigor en contra de sus adversarios o conquistándolos con su poderoso arte de cautivar. Si enojaba a un político con sus bravezas del momento, sabía atraérselo en seguida y hacer de él un auxiliar en sus campañas. Su marido, hombre de estudio, de carácter tranquilo, reposado, sin revelar jamás alegría o contrariedad alguna en sus triunfos o en sus derrotas, debía sentir cierto alivio con los desbordes apasionados de su mujer, que le servían de válvula de escape a la represión obligada de su temperamento.

En los grandes días de su hogar o de su patria, sus banquetes con asistencia de hermosas damas y de políticos distinguidos, eran brillantes por su animación y la charla amena que allí se sostenía. Mantuvo en su casa una tertulia permanente, que en los días de agitación política era muy interesante. Durante la revolución contra Balmaceda, era ella sóla la que mantenía el calor de alma de aquellas reuniones que eran el refugio

de todas las que, como ella, teníamos perseguidos a nuestros maridos.

Así llegaron juntos, tras de largas luchas, a la Presidencia de la República, y digo juntos, porque ella también gobernaba por la influencia poderosa que ejercía en su marido, y sobre los miembros de su partido. Luchas ardientes se produjeron a veces, en circunstancias extraordinarias, en las que ella triunfó valerosamente contra poderosos contendores.

En la Moneda se dieron entonces grandes bailes muy suntuosos, y recepciones más íntimas, muy agradables; hasta que la salud quebrantada de su esposo la obligó a ausentarse de Chile en busca de reposo y de salud. Ella, como siempre, lo acompañó, cuidándolo con la más acendrada abnegación hasta que, por fin, él encontró el descanso, más no la salud.

El espíritu batallador de Sara y su atractivo poderoso, la rodeó siempre de fervorosos amigos y esta mujer tan vehemente, tan luchadora, que ha pasado por el poder, que deja siempre descontentos, y por todas las asperezas de las luchas de partido. no tiene enemigos. Ha continuado recibiendo con brillo a los mandatarios del país, po-

líticos eminentes, extranjeros ilustres y su casa ha estado siempre llena de gente que le manifiesta su adhesión y su cariño; todos encuentran allí afectuosa acogida y elogian la exquisita amabilidad y gentileza con que recibe.

Su interés por la vida política lo ha mantenido siempre con fervor, de lo que sólo la distraen sus frecuentes viajes. En el primero que hizo a Europa, con su marido, conquistó a Campoamor, quien la cantó con entusiasmo, y trajo su álbum lleno de firmas de los hombres más notables de España, quienes le rindieron dignos homenajes. En la Argentina, donde fué con toda pompa y majestad acompañando a su marido siendo Presidente de la República, conserva prestigiosas relaciones que la halagan extraordinariamente cuando va. En su último viaje a Europa, en que iba sóla, fué recibida y festejada por Su Alteza Real la Infanta doña Isabel y muchas otras grandes personalidades de la Corte de Madrid.

Hoy vive reducida a sus relaciones más íntimas, en la penumbra gloriosa y voluntaria de la mujer harta de brillo y de luz.

María Luisa Fernández de García Huidobro

María Luisa Fernández de García Huidobro, es mujer de talento, de grandes energías y de mucho carácter. Alta, delgada, erguida como una palmera, tiene en su porte y su andar la majestad de una reina. Sus ojos investigadores, de mirada penetrante y dominadora, atraen e imponen. Su voz de contralto, infunde respeto y acentúa la autoridad de su palabra. Su cabeza pequeña y alzada revela carácter altivo y orgulloso, batallador y combativo.

Su casa de la Alameda, lleva el sello de su gran personalidad. Su portada es señorial, su vasto hall semeja la majestad de un templo, con ciertas penumbras misteriosas que invitan a la meditación y al ensueño, y el centro bañado por la radiante luz del cielo. Sembrado de obras de arte y de rica indumentaria, nos induce a curiosear y acabamos por sentirnos cogidos por el atractivo poderoso que allí nos retiene. Sin necesidad de visitar sus salones regios, sabemos que allí habita

una gran señora, culta, con alma de artista y profunda fé religiosa.

Nacida en hogar aristocrático, con la rigidez de costumbres de nuestros abuelos, fué hija mimada y acaso con las rebeldías infantiles de su índole, pero sumisa y afectuosa, sobre todo con su madre, a quien adoraba. Casó después con don Vicente García Huidobro, hombre del mismo temple de su raza, correcto y severo.

La personalidad imperiosa de María Luisa, joven y ardiente, con inteligencia superior y anhelos irresistibles, se sintió estrecha dentro de las vallas del antiguo régimen. Comenzó entonces para ella una lucha íntima y silenciosa, pues se sentía con alas que la impulsaban a dominar las alturas y se veía cohibida; con talento para surgir y estaba obligada a someterse; bullía en su alma el entusiasmo por desarrollar sus facultades y se veía reducida al estrecho círculo de sus deberes de familia. La vida, entonces, era triste y dura para una mujer de su temple; gozaba de todas las comodidades y lujo correspondientes a su rango, de todo el respeto y las consideraciones debidas a su situación y a su valer personal, pero carecía de

la independencia moral y material que exigían su carácter y los anhelos de su espíritu.

Su orgullo y su altivez se alzaron en rebeldía con una entereza y energía verdaderamente heróicas y tras de larga y penosa lucha, triunfó en absoluto y obtuvo, poco a poco, toda la libertad de acción necesaria para su alma varonil y soñadora, conquistándose a la vez el respeto de todos los suyos y la admiración de cuantos la conocíamos.

Desde entonces se dedicó a escribir lo que tenía anotado y meditado en sus horas de reclusión obligada y de soledad espiritual, y nos hizo gozar con sus admirables siluetas de familia y afectuosos recuerdos de su hogar paterno, pintados con amor y con vida artística perfecta. Su espíritu religioso, profundo y ferviente, nos regaló con hermosas páginas llenas de unción y misticismo, y cuando algo hería su piedad cristiana o su amor filial, su acento enérgico y viril nos mostraba sus condiciones de luchadora infatigable.

Su casa en Santiago ha estado siempre abierta para los grandes purpurados, para los hombres y mujeres de talento, las reuniones de beneficencia que presidía y ligas patrióticas que patrocinaba y defendía con ardoroso entusiasmo. Su esplén-

dida mansión de Santa Rita, reservada para los íntimos de su hogar y refugio, solaz y descanso de las tareas y preocupaciones de su propia vida. Su alma reconcentrada y soñadora persigue ideales difíciles de armonizar con el giro moderno de la vida y da tregua, a veces, a sus anhelos, sus luchas y contrariedades, entregándose a la contemplación de la naturaleza, rica en enseñanzas y pródiga de paz.

Hoy acaba de dar a luz una novela en que refleja la vida del pueblo campesino y sus conflictos; con verdad y vida extraordinaria y comprensión vivísima del alma de nuestro pueblo, pintando, a la vez, nuestros campos con sus árboles, sus flores y sus animales, con la realidad de la vida y poesía deliciosa. Sin embargo, su espíritu sólo duerme y se reposa por ahora; si algo la hiere y la agita en sus amores: su culto, su patria, su hogar, vuelve a la lucha con nuevos bríos a defender sus ideales con denuedo.

Así vemos, en la naturaleza, sobre la cresta de una alta cumbre cubierta de nieve, un largo penacho flamear como una insignia, pero cuando el fuego interno que alimenta ese penacho sufre la presión de una fuerza que lo refrena o la del

aguijón que lo inflama, rompe sus vallas y estalla en violenta erupción de fuego y lava, imponente, deslumbradora y aterrante.

Inés Echeverría de Larraín

Inés Echeverría de Larraín es la escritora de talento más reconocido y de ingenio más sutil que ha descollado en mi tiempo. Digna biznieta de don Andrés Bello, recibió en herencia las adivinaciones de la inteligencia superior, antes de alcanzar la cultura que habría de perfeccionarla. Mimada en su hogar desde pequeña, conserva caprichos y mimos de regalona y se inclina siempre a escandalizar con sus dichos y sus críticas picarescas.

Educada en la fé religiosa de sus abuelos, goza fustigando a algún sacerdote o ridiculizando a una beata. Mantiene en su hogar el respeto por el régimen tradicionl y aristocrático de su cuna y de su raza y comulga con las ideas modernas demoledoras y peligrosas.

Sensible y nerviosa, sufre y se lamenta a veces de dolores morales que le arrancan lágrimas

silenciosas y, sin embargo, es la mujer más feliz. ¡Qué no tiene! Fina, interesante, talentosa, esposa feliz, madre afortunada, con independencia moral y económica, brillo social, honores literarios, amigos entusiastas. ¿Qué le falta? ¿Será que necesitamos sufrir dolores verdaderos para saber apreciar en lo que vale la dicha de que gozamos?

Como escritora nos ha encantado con sus libros de viajes, sus intencionados y brillantes artículos de prensa, sus discursos académicos, salpicados de ingenio y de gracia y, sobre todo, su crítica dramática de los tiempos felices en que había teatro digno de comentarse. Estos eran valientes y sinceros hasta ser audaces, sentidos hasta parecer vividos, cuando ella comenzaba apenas a vislumbrar los problemas de la vida. ¡Adivinaciones prodigiosas del talento!

Las inquietudes de su espíritu le han creado ambiente hostil a veces, simpático en otras, atrayente siempre, a pesar de todo. Es que en esta mujer excepcional se encierran dos entidades que chocan entre sí. Una poderosa, equilibrada y austera, que la retiene y la envuelve en su círculo de hierro: la de su bisabuelo; otra voluble, capri-

chosa, turbulenta, novedosa e inquieta, que la arrastra por senderos ignotos que la seducen y la fascinan intelectualmente. Su espíritu se siente allí en un ambiente similar a sus propios ensueños, impulsada por las quimeras de su poderosa fantasía, exaltada por su imaginación desbordante; sin embargo, su educación y su piedad filial, la retienen en sus convicciones tradicionales. La lucha no la encara, la elimina, y así la vemos a la vez, teósofa convencida y católica ferviente. De palabra, acoge y se empeña en difundir las peligrosas máximas de las ideas modernas, mientras que de hecho, acata y practica en su hogar y en su fuero interno, las nobles doctrinas que le inculcaron en su infancia. Luchas y perturbaciones de su alma inquieta y atribulada.

Su conversación atrae poderosamente, chispeante de ingenio y de gracia picaresca, delicada y conmovedora, cuando se deja llevar de su sensibilidad exquisita, irónica y satírica en ocasiones, agresiva y traviesa en otras, sabe interesar, seducir y cautivar, divierte y emociona cuando no irrita, produce indignación o alarmas extraordinarias.

Escribe constantemente y hoy prepara obras de largo aliento. Ella es la primera mujer que ha

merecido el honor de ser elegida miembro académico de la Universidad de Chile. Su personalidad y sus obras podrán ser discutidas, su talento jamás.

Alma complicada e insegura en sus afectos, pero sincera y constante cuando quiere. Peligrosa si es indiferente, temible como adversaria; pero como mujer desarma y cautiva.

Amalia Errázuriz de Subercaseaux

Amalia Errázuriz de Subercaseaux brilló en Europa en el mundo diplomático y vivió allí buena parte de su vida en medio de una sociedad culta y refinada, de altos dignatarios de la Iglesia, de artistas notables, de grandes personalidades del mundo social y de la colonia americana, debido a la alta situación que allí tenía su marido, Ramón Subercaseaux, hombre distinguido, de gran cultura y artista refinado.

Su carácter dulce y afable, su esmerada educación, su cultura exquisita, la colocaban en primer término; sin embargo, la índole bondadosa y modesta que la caracterizaba, le conservó su deli-

cada sencillez de porte y de maneras, su distinción suprema y el encanto de su bondad tan comprensiva, que la hicieron adorable.

La primera impresión que de ella recibí, fué leyendo un pequeño artículo suyo, publicado en un diario. Refería que una bellísima chilena, mujer del gran mundo parisiense, que frecuentaba los hospitales para aliviar a los que allí sufrían, supo un día por la enfermera que la tenía contrariada la testarudez de un enfermo que se resistía a todo y no hacía más que maldecir de la vida y de cuanto lo rodeaba. Entró a verlo y él irguió indignado su cara hosca y se negó a contestar a sus preguntas, pero la miraba sorprendido contemplando su belleza y elegancia. Ella lo amonestó dulcemente y le prometió volver al día siguiente en la esperanza de encontrarlo de mejor humor. En efecto, cuando repitió su visita, llevando consigo su distinción y su alegría, lo encontró peinado y limpio, con aspecto más tranquilo. La enfermera le refirió que él le había pedido jabón, ropa limpia, peineta y espejo para recibirla, si volvía, lo que no había querido aceptar antes. Continuó ella sus visitas diarias y poco a poco, aquel hombre displicente y amargado, fué suavizando

sus asperezas hasta llegar a confiarle sus dolores y preocupaciones íntimas, que ella no tardó en aliviar, lo que acabó con todas sus resistencias y desesperaciones.

Amalia, comentando este episodio, realzaba la influencia benéfica de la belleza y la distinción unidas a la bondad para alcanzar estos resultados, e insistía en sostener que la frivolidad aparente de una mujer del gran mundo que se esfuerza por brillar y cultivar su belleza, adquiere una fuerza poderosa muy útil en un alma bien templada, para hacer el bien; y, sin embargo comúnmente se la juzga mal solamente por sus apariencias.

Más que la encantadora abnegación de la bella chilena, admiré el comentario tan hábil, tan generoso y tan elevado de Amalia, al referirlo. Su alma de mujer inteligente y comprensiva, se esforzaba por hacer sentir los triunfos de la belleza dedicada al bien y en condenar el mal espíritu con que se juzga todo lo que se atribuye a frivolidad. Esto me atrajo tanto, que quise conocerla y la suerte me presentó la ocasión en mi viaje a Europa. Con ella me fuí desde Chile y, al llegar a Roma, visité en su compañía la Iglesia de San Pedro y me hizo admirar, una por una, sus grandes belle-

zas, con las aptitudes propias de su refinada cultura artística, que en su gran modestia no mostraba; hacía admirar lo bello, pero sólo hablaba cuando sentía compartido su entusiasmo. Su voz suave, su palabra afable, su sonrisa acogedora, eran un bálsamo para quien escuchaba sus observaciones tranquilas, justicieras, impregnadas de entusiasmo artístico y de un fervor religioso que conmovía y enseñaba.

Me acompañó también, en mi visita al Papa Benedicto XV y pude ver la deferencia que le mostró Su Santidad, en lo que podía serle más grato: manifestándole vivo interés por su familia.

Sus obras literarias reflejan la belleza de su espíritu: "Roma del Alma", su veneración por las grandezas del catolicismo y por las bellezas del arte romano; su "Vida de la Virgen María", contada para los niños, escrita con exquisita delicadeza, es un espejo de su alma, pura, sencilla, comprensiva del espíritu infantil, para hacerlos penetrar en los misterios de la fé; sus poesías son la expansión amante y fervorosa de su infinito amor a Dios.

Fundó la "Liga de Damas", consagrada a servicios de beneficencia para ayudar al trabajo de

la mujer, a su cultura y a servir muchos de sus anhelos. Tanto a esta institución como a otra similar, consagró todos sus desvelos, cuyos éxitos conocemos y lo han demostrado sus socias con profundo reconocimiento.

De su caridad privada, siempre silenciosa y reservada, la casualidad me impuso del servicio que prestó a un artista extranjero residente en Europa, quien recordaba con gran emoción y profundo agradecimiento, cuánto le debió en horas muy difíciles para él, a la generosidad delicada y compasiva con que lo sirvió esta señora, durante largo tiempo.

De sus condiciones de esposa y madre, hablan bien alto el respeto de sus hijos, sacerdotes distinguidos y artistas eminentes; sus hijas, llenas de méritos y de brillantes facultades artísticas. Pero lo más hermoso de su carácter residía en su infinita bondad tan inteligente como comprensiva; en la delicadeza refinada de su alma, siempre dispuesta al bien, de hecho y de palabra; en su modestia y sencillez de espíritu y de maneras y en la atrayente simpatía de su sonrisa acogedora, que era el reflejo de su belleza moral.

Esta mujer, tan austera y tan severa consigo misma, no lo hacía sentir para juzgar a los demás; ni la sombra de un reproche asomaba jamás a sus labios y si alguien se lo permitía en su presencia, buscaba suavemente una explicación que sirviera de excusa o vertía la palabra cristiana del perdón.

Mujeres como Amalia Errázuriz, son una joya social, por su poder de atracción, una enseñanza, por sus virtudes y un modelo por su bondad. Es que ella reunía en su persona tres grandes bellezas espirituales: talento, bondad y caridad.

Rebeca Matte de Iniguez

Rebeca Matte de Iñiguez, prima de Inés Echeverría de Larraín y, como ella, biznieta de don Andrés Bello, es una gloria nacional. Artista notable, reunía a sus brillantes condiciones de escultora, la de escribir con talento y de poseer un alma abierta a todas las grandezas.

Como escultora conocemos gran parte de sus obras, en las que se siente la grandeza de espíritu

de la artista y la infinita piedad de su alma de mujer. La inspira, sobre todo, el dolor humano, descubriéndolo en sus diversas fases. Lo admiramos en la despedida de Ulises, hermosamente expresado en la triste gravedad y preocupación dolorosa de la figura de Ulises y en el desesperado abandono de Calipso, desmayada entre sus brazos; lo vemos en las heroicas y penosas figuras de los héroes de La Concepción, que se sacrifican por el honor de su bandera; nos conmueve en la figura del aviador caído, con sus alas rotas, del Monumento de la Aviación, y en la tristeza sublime del compañero que le da el último adiós, para continuar la lucha heroica contra los elementos, en servicio de la humanidad; en la dolorosa figura de la Desolación, que guarda la tumba de su padre, quien fué todo para ella, y simboliza su propio dolor al perderlo; y acaso con mayor inspiración aún, en su preciosa "maquette" que titula "Le Mesage", profundamente emocionante. Un ángel con sus grandes alas abiertas, viene seguido de seres desdichados, atraídos por su luz, otros lo esperan arrodillados, en actitud de implorar misericordia u observándolo encogidos; la verdad desnuda, escucha tranquila su misiva y, a cierta distancia, se

yergue una tétrica figura de mujer, envuelta y arrebujada en un manto que la cubre por entero, ésta es la humanidad que se resiste a ver la luz y a escuchar la verdad que sólo se reduce a dos palabras: "Dad y aceptad". Dad lo que podáis: auxilios, cariño, perdón, piedad. Aceptad todo lo que venga: dolores, miseria, abandono, muerte. Esta inspirada obra de arte fué interpretada por su hija Lily, en una deliciosa poesía. ¡Sublime comunión de dos almas que se comprenden, estrechamente enlazadas por el arte y el amor!

Si éste fuera su único título para merecer nuestra entusiasta admiración, no podríamos negársela; pero otras de sus delicadas actividades nos revelan las bellezas de su alma en toda su grandeza. Bajo el nombre de su madre y en la misma casa de campo que ella habitó fundó un establecimiento para asilo de niños huérfanos, en que se les educa con el cariño y atención maternales que les ha faltado. Allí reciben todo lo necesario para su vida material y la educación cariñosa destinada a desarrollar sus sentimientos y prepararlos para la vida; es decir, que allí encuentran su propio nido, su hogar verdadero. En nombre de su hija Lily, ha fundado otro similar, en igualdad

de condiciones, provistos ambos de todas las prescripciones de la higiene, entretenimientos y estudios apropiados a la edad e inclinaciones de cada niño y con la ternura maternal de sus directoras elegidas especialmente para servir ese propósito. Este amor misericordioso por los niños desdichados para aliviar su triste destino, es otra manifestación de su piedad sublime por el dolor humano.

Como escritora no podemos apreciarla, porque nada ha publicado, pero algunas personas muy ligadas a ella y bien capaces de juzgar esos trabajos que han leído, afirman que sus obras literarias valen tanto, o acaso más, que sus mismas esculturas.

Se dice comúnmente que la herencia de los grandes hombres pesa como una lápida sobre toda su generación. En este caso, la descendencia de don Andrés Bello, es una nueva corona de honor para su memoria.

Graciela Sotomayor de Concha

Graciela Sotomayor de Concha, hija mayor de don Ramón Sotomayor Valdés, heredó su ta-

lento y mereció su predilección. Bonita, mimada, la vida le ofrecía sólo halagos, y después de brillar en sociedad con los atractivos de su persona y de los acordes de su arpa, que hacía vibrar armoniosamente, se casó con don Domingo Concha, joven de gran familia y de hermosas cualidades personales. A pesar del afecto profundo que los ligaba, pronto llegaron para ellos horas amargas. La salud de él, seriamente perturbada, le impidió trabajar y los obligó a buscar clima favorable para sus dolencias. Junto con la escasez de recursos consiguiente, vino la familia, que si endulzaba sus privaciones, aumentaba las preocupaciones y amargaba con esto la felicidad que les llegaba.

Tras largo padecer, se tronchó aquella existencia y quedó esta joven, entregada a sí misma con dos criaturas a su cargo y la vida que afrontar. Con una resolución verdaderamente heroica, se dedicó a trabajar para llenar las necesidades de su hogar. Su inteligencia y su cultura debidas a la intimidad con su padre, la inclinaron a la enseñanza privada; pero como ésta era mal remunerada, quiso obtener mayor auxilio de quienes la ayudaban insuficientemente. No alcanzándolo por las vías naturales, tuvo que recurrir a la justicia, y

en esta lucha formidable, ella misma defendió la vida y el porvenir de sus hijas, alegando personalmente en los Tribunales. Su presencia en ese recinto, joven y hermosa, causó grande impresión, pero sobre todo sorprendía su preparación y su oratoria que conmovió profundamente.

No por esto logró mejorar su situación, pues los juicios son largos y onerosos y tuvo que seguir esta niña, luchando y afrontando los rigores de la suerte con energía y decisión imponderables. A la enseñanza privada quiso agregar la de profesora de Estado; estudió y se preparó para obtenerlo, agregando este esfuerzo a su trabajo privado, que no podía abandonar y a la atención de sus hijas pequeñas y la de su madre, con quien vivía y todas las exigencias de su hogar que llenaba con abnegación extraordinaria. Ella misma manejaba su cocina, ayudada por una muchacha cualquiera, y brotaban de su mano las viandas y confites más exquisitos. Queriendo proporcionar veraneo y cambio de clima a su familia, se procuró en Cartagena un pequeño rancho, como ella lo llamaba, y dirigió personalmente su refacción hasta dejarlo cómodo y elegante.

Esta mujer joven y hermosa, con tanto trabajo y responsabilidad sobre sus hombros, sin distracciones, ni más halagos que los de su hogar, se procuraba el placer de escribir y estudiar el arpa, su instrumento favorito. Con esto distraía sus padeceres, aunque aumentaba sus tareas diarias, pues no se hace música ni se escribe sin largo y continuado esfuerzo. Felizmente para ella, dedicada a ocupaciones monótonas y penosas era un descanso para su espíritu aspirar el ambiente arrobador del arte. Escribió poesías encantadoras y hasta una pieza dramática en tres actos: "Un recuerdo de amor", que mereció los honores de ser representada en el Municipal, interpretando ella misma el papel de la heroína, con exquisita delicadeza y arte refinado.

Esta mujer excepcional, por su energía, su actividad asombrosa y su elevación de espíritu, es un hermoso ejemplo de todo lo que vale la educación, que forma el carácter, la cultura, que prepara para afrontar las vicisitudes de la vida y suavizar sus asperezas y el desarrollo de la personalidad, que comprende sus deberes y sabe llenarlos aún a costa de los mayores sacrificios Es también una prueba evidente de que el trabajo, aunque aleje

a la mujer de su casa, no impide que ella llene sus deberes con método y orden y que le permitan ocuparse hasta de los detalles más íntimos y a veces indispensables. Todo se puede cuando se quiere, y la abnegación de la mujer es infinita.

Hoy, que puede ya descansar, sigue trabajando con ahinco, impulsada por el amor a sus hijas, para formarles un pequeño recurso y no entregarlas indefensas a la vida, para afrontar su destino.

Alma tranquila y serena, inteligencia equilibrada, espíritu abierto a todo lo noble y lo bello, sin mezquindades ni pequeñeces, sin falsos temores ni cobardías; gran mujer que señala un porvenir a las de su sexo; aliento para las débiles, impulso para las tímidas, enseñanza para todas.

Adela Edwards de Salas

Adela Edwards de Salas me llamó la atención desde su niñez por su carácter acentuado. Su matrimonio reveló la firmeza de su afecto y la resolución y energía de su voluntad. Nacida en hogar pudiente y educada en el brillo del gran mundo,

parecía extraño verla reducirse una vez casada, a la intimidad de su hogar, a la vida sencilla y retirada. Como ésto hacía contraste con el fausto y la suntuosidad de la vida de sus hermanas, que brillaban en sociedad como estrellas de primera magnitud, despertó mi interés por esta criatura, a quien estimaba inteligente y de carácter, por la apreciación que de ella hacía una persona muy cercana a mí, que tenía gran intimidad en la casa de sus padres. Pronto supe que dedicaba sus horas de reposo al servicio de los desvalidos y más de una vez la encontré en reunions de beneficencia.

Pasó el tiempo, como pasa la vida, sin medirla, cuando nada nos afecta o nos impresiona vivamente, hasta que, ausente del país, supe que una gran desgracia había caído inesperadamente sobre esta noble criatura, lo que produjo gran consternación en la sociedad entera. A mi regreso me impuse de la sublime abnegación con que, ahogando su dolor, se entregaba por entero al servicio de la humanidad doliente. Eligió, con este propósito, la caridad más noble y hermosa, como la más sacrificada: el resguardo y salvación de la pureza e inocencia de las muchachas del pueblo expuestas a perderlas. Fundó la "Cruz Blanca"

con la ayuda de muchas señoras de nuestra sociedad, destinada a prestar amparo y refugio a las jóvenes que se vieran en peligro de acechanzas o de malos ejemplos que voluntariamente querían evitar, y para las niñas que sus madres quisieran alejarlas de esos peligros o reformar sus malas inclinaciones.

Se comprende fácilmente todo el esfuerzo, la abnegación y el sacrificio que esto ha requerido para llevarlo a término con éxito. Pero esta fundación no bastó para satisfacer sus anhelos y ocho años después completó su obra extendiéndola, según sus deseos, hasta crear un refugio para la mujer caída próxima a ser madre.

La fundación de este nuevo asilo le exigió mayores esfuerzos, pues no pudo contar con monjas para su servicio, pues las congregaciones establecidas no podían proporcionarlas porque sus reglas no se ajustaban a las exigencias requeridas. Mas no desmayó en su propósito, lejos de eso, con su celo extraordinario solicitó el apoyo del Arzobispo don Crescente Errázuriz, quien obtuvo del Papa la autorización para fundar una nueva

congregación que se llamó: "Esclavas del Amor Misericordioso".

A todo esto no contaba aún con criaturas que manifestaran el deseo de ingresar en la nueva comunidad. Así y todo, perseverando con firmeza y resolución, el 1.º de Julio de 1926 obtuvo las primeras postulantes, que albergó en un local arrendado, mientras se construía el nuevo Convento y un año después, el 1.º de Julio de 1927, tomaron el hábito las ocho primeras novicias de las "Esclavas del Amor Misericordioso". Hoy son 24 las monjas que forman esta comunidad.

Como la fundación de una nueva orden exige estatutos y requiere una delicada organización, Adela Edwards se ocupó personalmente de todo, hasta de escribir las "Meditaciones", destinadas a la oración de las monjas, sobre la Pasión del Señor y los dolores de María Santísima. Estas son preciosas como espíritu y de forma muy delicada. Como muestra voy a permitirme recordar algunos breves trozos.

En la Meditación sobre el "Ecce Homo", dice: "Este Rey humillado, coronado de espinas, cuyo cetro es una frágil caña, posee el reino único que no destruye el tiempo. Otros reinos han caí-

do, reinos de gloria, riquezas y esplendor; no ha quedado piedra sobre piedra de esos reinos; pero este reinado del dolor que principió ese día en la tierra, encabezado por el Rey del Cielo, es el eterno reino de las almas, el reino de la tierra prometida para los seguidores de Cristo, pues saben que bajo la apariencia de muerte y de burla, se esconde, en germen, la vida eterna y el reino de las almas".

En la de los dolores de María dice: "Los recuerdos de las madres son siempre vivos, sólo las madres no olvidan y reviven una a una las escenas de la infancia del hijo moribundo o ausente.

"¿Cuál de nosotros no ha sentido, en momentos de angustias y de lágrimas, súbitamente volver a nuestro recuerdo los tiempos de alegría y de felicidad? Es el contraste cruel del pasado y el presente; es el tinte indefinido y claro de la aurora, que se eclipsa con las primeras nubes de tormenta que se esparcen, obscureciendo nuestra alma en pleno día. Es el instrumento manejado por mano diestra, ensañándose cruelmente para ahondar y abrir más la herida."

Y más adelante: "Cuando mucho se sufre, se desea desaparecer, esconderse y huir; nuestro do lor aumenta su intensidad al ver que miradas ex-

trañas y curiosas profanan su profundidad, que no es otra cosa que la investigadora complacencia que sienten al presenciar un espectáculo extraño en que se destroza el corazón de una madre, en que agoniza el alma de una mujer."

Aquí estalla el sollozo reprimido de su propio dolor de madre atormentada, con la elocuencia de la verdad. Estas páginas revelan su alma delicada y sensible, la sinceridad de su fe y su talento de expresión. Ya lo había comprendido así, en sus conmovedores artículos de prensa, publicados para apelar a la caridad pública en favor de sus fundaciones, escritos con poesía encantadora y con la emoción de un alma compasiva que sufre con el dolor ajeno, como si fuera propio. Así lo afirma ella misma diciendo: "Comprender es sentir el dolor ajeno con la misma intensidad del que lo sufre."

En uno de esos artículos se leen estas hermosas reflexiones: "La felicidad se aleja cada vez que el egoísmo es su base. Nuestra felicidad está misteriosamente ligada a la felicidad que producimos en torno nuestro, y no sólo en hacer dichosos a los nuestros, dentro del estrecho límite de los seres, cuya suerte es también la nuestra. Hay algo más

todavía, que olvidamos: el hacer la felicidad de los seres desconocidos que sufren, que no amamos. El amor a Dios y al prójimo, resuelve todos los problemas de felicidad del angustiado corazón del hombre, porque la plenitud de la ley es Amor." Se siente en ella la noble herencia de su ilustre abuela, doña Juana Ross.

En medio de tantas y tan abrumadoras obligaciones, que bastarían por sí solas para llenar una vida, su situación social y sus deberes de madre abnegada le imponen otras, no menos imperiosas, y la hemos visto salir con sus hijas acompañándolas a sus fiestas y bailes, que con frecuencia la retienen hasta las altas horas de la noche, fuera de su hogar, lo que no le impide salir en seguida, muy de mañana, a cumplir con sus prácticas religiosas y sus atenciones cotidianas.

Sublime abnegación la de esta criatura excelsa, que, desdeñando los halagos y distracciones del gran mundo en que nació, que tanto deslumbra en los primeros años de la vida, se entrega por entero a la "regeneración de la mujer por la mujer", lema con que inició sus trabajos en la "Cruz Blanca", poniendo al servicio de este propósito su gran voluntad, su actividad y contracción asom-

brosa, su energía de carácter, su poderosa inteligencia y sus admirables facultades de organizadora, dirigidas por las aspiraciones sublimes de su alma.

Delia Matte de Izquierdo

Esta mujer tan atrayente, dotada de un espíritu superior, de gran cultura, prudente, discreta y de bondad extraordinaria, fundó el Club de Señoras, hace algunos años, concentrando en sí misma, abnegadamente, las animosidades consiguientes a una innovación en nuestras costumbres, que rompía con los dictados de la tradición. Con su clara inteligencia, previó que la vida de club que alejaba al hombre de su hogar y de la sociedd femenina, dejaba a la mujer relegada a la vida de los afanes, de la chismografía y de la frivolidad, camino de la vulgaridad. Se propuso entonces procurarnos un centro de reunión culto, agradable y útil, para reemplazar las tertulias sociales que iban desapareciendo; y en compañía de algunas señoras que secundaron ardorosamente su

propósito, fundaron ese Club, con un esfuerzo heroico, pues se levantaron en su contra todas las resistencias imaginables.

Desconociendo su carácter y sus propósitos, se estimó que este centro iba a ser un foco de resistencias a los deberes del hogar; que la mujer adquiría así una independencia peligrosa y atacaron con el ridículo, con la mordacidad más encarnizada, con las intrigas y con todas las armas, hasta las más vedadas, esta institución, que hoy vemos brillar con luz propia, centro de enseñanza, de cultura, de refinamiento social y de distracciones nobles y provechosas.

Delia Matte, con su distinción habitual, se desentendió de todos los ataques, sin alterarse ni desmayar en lo menor y con la tranquilidad que le es propia y la fe en su gran resolución, se entregó por entero a dirigir y encauzar ese centro, dotándolo de todo lo que estimaba necesario para la realización de los anhelos que deseaba servir. Previsora y diligente, comenzó por cultivar las aficiones nobles de nuestro espíritu y organizó conferencias educativas, clases y lecciones artísticas y literarias. A medida que fué ensanchándose el local, fueron creciendo sus esfuerzos y se organi-

zaron tées para fomentar la sociabilidad, accedió a consentir el baile como entretenimiento, y las grandes recepciones. Allí se han festejado con gran brillo a príncipes reales, a potentados del saber y de las letras, a mandatarios omnipotentes y a militares extranjeros cargados de gloria. Siguiendo las corrientes modernas, se exponen aquí, películas de biógrafo bien seleccionadas, se oyen cantantes y conciertos musicales magníficos, se dan conferencias instructivas o literarias muy interesantes, procurando estas distracciones sin remuneración alguna.

Pero lo más grande de esa obra extraordinaria es que fué ésta la primera piedra que se puso para levantar la personalidad de la mujer en Chile, y darle su independencia moral y material. De allí surgieron las primeras niñas que saltaron las vallas de las preocupaciones sociales para entregarse al trabajo lucrativo y salvador; allí se amparan las labores femeninas, exponiendo sus productos; se dan a conocer las muchachas que cultivan el arte musical y coreográfico, haciendo lucir sus facultades: se aplaude el talento de los oradores y se estimula a las que se inician dándoles proscenio y aplausos; en fin, allí la mujer

es persona y se la hace valer por sus cualidades y no solamente por sus atractivos. Fué en esa cátedra donde hice mis primeros ensayos, estimulada por las cariñosas instancias de mi amiga Delia y por contribuir, de algún modo, a su generoso interés por darle a la mujer una personalidad propia. A ella le debo el haberme inducido en esta labor tan interesante, que me proporciona la distracción más agradable en mi vejez y me ha dado los únicos halagos intelectuales de mi vida.

Delia recibe allí los lunes a sus relaciones e invita especialmente a los diplomáticos, viajeros ilustres, personalidades del Gobierno, militares distinguidos, artistas notables, escritores, músicos, hombres y mujeres que se destacan de algún modo. En ocasiones, encontramos aquí a los más altos dignatarios de la Iglesia y algunos miembros del clero nos han dado conferencias muy interesantes.

Estas recepciones son deliciosas. Se conversa con vivo interés de los asuntos más variados, en círculos diversos, armonizados admirablemente por Delia, con su tacto delicado.

Según Madame de Stael, (el Genio de la Conversación, como la llamaba Sainte Beuve): "El

género de bienestar que produce la conversación animada, no consiste precisamente en el asunto que se trata; ni las ideas, ni los conocimientos que en ella puedan desarrollarse, constituyen su principal interés; éste consiste en cierta manera de impresionarse mútuamente, de procurarse placer recíprocamente y con rapidez, de hablar junto con pensar, de gozar instantáneamente de su propio éxito, de sentir el aplauso sin trabajo, de manifestar su espíritu en todos sus matices por el acento, el gesto, la mirada; en fin, de producir a voluntad como una especie de electricidad que hace brotar chispas, alivia a unos del exceso mismo de su vivacidad y despierta a otros de una penosa apatía."

Este es el arte que usa Delia en sus recibos, pues ella lo organiza todo y, sin hacerlo sentir, coloca a cada uno en el medio ambiente que le es propicio. Es maravilloso ver cómo dirige la conversación, haciendo lucir las aptitudes de cada uno de los asistentes. Con su cultura superior y la lectura constante de lo último que se publica, está siempre impuesta de lo que más llama la atención en cualquiera materia y con su finura exquisita, insinúa a cada uno aquello que domina y lo estimula a hablar de lo que sabe, ya sea lite-

rato, pintor o músico; a los extranjeros, de lo que sobresale en su tierra; a las mujeres de sus aficiones, siempre con acierto, con gracia infinita que encanta y enamora.

Esta es la obra magna realizada por Delia Matte de Izquierdo, preparada con talento y previsión, ejecutada con gran esfuerzo y contracción asombrosa, eliminando con prudencia los escollos, armonizando las voluntades con tacto delicado, evitando los peligros con energía inquebrantable. No es posible medir sus enormes sacrificios, pero vemos el éxito brillante alcanzado, que es pedestal de gloria para su nombre, poderoso impulso y valioso apoyo para la mujer; y para el país una hermosa manifestación de su cultura.

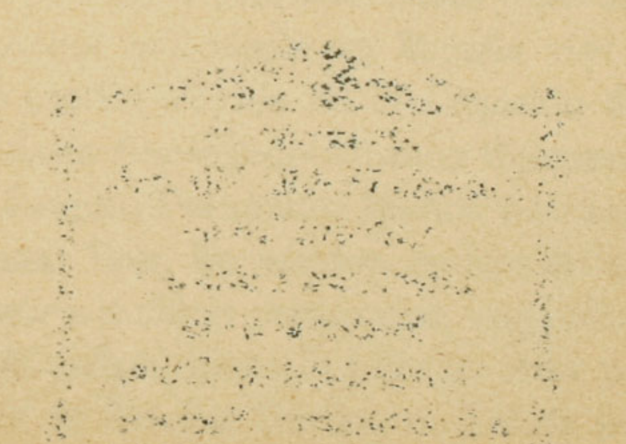
Nada más grato para mí que atestiguar todo lo que la mujer ha adquirido, desde aquellas criaturas brillantes y seductoras que supieron animar la sociedad y estimular al hombre en sus esfuerzos, hasta la abnegación sublime de esta mujer excepcional que ha consagrado su vida y todas sus actividades a impulsar poderosamente el desarrollo de la personalidad femenina en todas sus aspiraciones nobles y hermosas y a cultivar y sos-

tener la sociabilidad en la forma más culta y más brillante a que podemos aspirar.

Todas estas mujeres han disfrutado de completa independencia, perseguido grandes ideales, se han consagrado al trabajo intenso y absorbente y han mantenido a la vez su hogar correcto, cumpliendo con todos sus deberes y formando hijas irreprochables.

Cargada de años, rindo el homenaje de mi cariño, mi admiración, mi espíritu de justicia, a estas grandes personalidades, honra de mi sexo, antes que la voz se apague en mi garganta.

OTROS RECUERDOS



Una vez que hube concluído "Las Mujeres de mi Tiempo", se me ocurrió que, para entretener mis ocios, bien podía dedicarme a anotar las impresiones del viaje que hice a Europa en las postrimerías de mi vida, y así lo realicé.

De ese trabajo sólo reproduzco aquí las semblanzas e impresiones de la gente de valía que me tocó en suerte conocer. Todos ellos son españoles, porque solamente en España viví a firme y, como estaba alojada en la Legación de Chile, que entonces desempeñaban muy dignamente mis amigos Joaquín Fernández Blanco y su señora doña Carmen Rosa Fernández, estuve en situación de conocer a muchas gentes que, viajando simplemente de turista, como lo hice en otros países de Europa y en Estados Unidos, no habría podido ni siquiera saludar.

Alfonso XIII

En mi deseo de conocer más de cerca a Alfonso XIII que me había interesado desde que nació, en parte por ser niño Rey, a pesar de que se me dijo que el Rey no recibía señoras, solicité audiencia por medio de nuestro Ministro, la que me fué concedida inmediatamente, con la advertencia previa de que S. M. no acostumbraba recibir señoras, pero que hacía excepción especial en favor mío.

A las nueve de la mañana del día 6 de Mayo de 1919 recibí el anuncio oficial de que S. M. me recibiría en audiencia privada, ese mismo día a las doce y cuarto.

Toda mujer que se ponga en mi situación de ese momento, comprenderá la agitación nerviosa que me sobrecogió desde ese instante. Alejada como he vivido en mi tierra, de usos y costumbres de Corte, sin mi marido ni mis hijos, que siempre me han acompañado en trances de mucho menor importancia, tuve que dominar mis nervios y armarme de energía para llegar hasta el Palacio Real, subir sus grandes escaleras, atra-

vesar suntuosos salones y presentarme sola, sacando fuerzas de flaqueza, en la hermosa sala vecina a la pequeña estancia donde recibe S. M.

Allí paseaban varios civiles y algunos militares, quienes me saludaban cortésmente al entrar. La conversación, que parecía animada entre ellos, cambió de tono con mi llegada y mientras me observaban con disimulo, se me acercó el Jefe de servicio para decirme que S. M. me recibiría en un momento más, apenas terminara la audiencia anterior.

Desde el taburete donde me senté, me dediqué a contemplar la sala tapizada de seda roja, con un magnífico plafond de Tiépolo, los retratos de Alfonso XII y María Cristina en ambos extremos, grandes espejos sobre antiguas mesas de arrimo y sobre ellas bustos de mármol de Reyes y Reinas de España.

De pronto suena un timbre y se me avisó que me espera S. M. Atravesé el salón, dirigiéndome hacia una puerta lateral, y al enfrentarla, ví al Rey, serio, tranquilo y majestuoso, vestido de americana, que me aguardaba de pie. Hice la reverencia de estilo, pasé al dintel y cuando volvía

a inclinarme, se adelantó, me tendió la mano y me condujo a un sillón que me ofreció diciéndome galantemente:

—Cuánto agradezco a Ud., señora, que haya deseado verme.

—Soy yo la agradecida, Majestad, le contesté.

—¿Por qué?, me preguntó en el acto con voz muy dulce y melodiosa.

—Porque S. M. me permite realizar un anhelo de mi vida, pues he seguido con vivo interés a S. M. desde que nació y después lo he admirado como Monarca.

—¡Admirarme a mí, por Dios, cuando no he hecho más que cumplir con mi deber, como buen español y nada más!

Con un movimiento asentivo de mi cabeza y una sonrisa de satisfacción en mi semblante, le contesté tímidamente:

—Eso mismo, Majestad, su valentía personal y su superioridad moral, despiertan la admiración de todos.

Debí agregar que su modestia era un nuevo rasgo simpático de su carácter y mucho más que se me ocurrió; pero cuesta tanto manifestar, cara a cara, lo que se siente, por más merecido que

ello sea, cuando esto se puede interpretar como un halago personal. La franqueza y naturalidad con que el Rey me trataba, el interés que ponía por atenderme con delicada cortesía, la exquisita amabilidad con que calmaba mi turbación cuando me olvidaba del tratamiento debido, disiparon mi natural nerviosidad, y más repuesta pude contestar con mayor tranquilidad a sus preguntas.

—¿Qué la ha traído a España?—me dijo.

—El interés que me ha despertado su historia y el deseo de conocer los monumentos de su antigua grandeza, le contesté.

—¿No había venido Ud. a España?

—No, Majestad.

—¿Qué ha visto Ud. de España?

—En Madrid, Majestad, el Museo del Prado, que he visitado con frecuencia y en donde he admirado con entusiasmo el arte español; este Palacio, que encierra maravillas de arte y riqueza; la Armería Real con todo lo que allí se conserva de otros tiempos.

—Eso, más que un Museo, es una colección de artículos personales de los Reyes de España, me interrumpió, pues todo ha sido usado por ellos.

—En Sevilla, que visité de paso, dije, estuve en el Alcázar y en la Catedral, que me causó la más viva emoción por su grandiosidad.

—Allí en Sevilla, estoy preparando algo que será de utilidad para ustedes, los americanos: estoy organizando y ordenando el Archivo de Indias para que encuentren allí mayores facilidades los que deseen consultarlo.

—Un tío mío, el historiador Barros Arana, pasó allí algún tiempo estudiando, hace algunos años.

—Pero entonces, me interrumpió, aquello debía estar muy desordenado.

—Así debía ser, Majestad, pues él se quejaba del trabajo y del tiempo que aquello requería.

—¿Cuánto tiempo más piensa Ud. permanecer en España?

—Hasta fines de año, Majestad, pues deseo conocerla un poco más; esperaba únicamente que S. M. me hiciera este honor para ir a Toledo, al Escorial, a Aranjuez y después a Andalucía.

—¿Dónde pasará usted el verano?

—En Santander, Majestad.

—Pues allí nos veremos—me dijo con su más simpática sonrisa, que hacía más amable aún su insinuación—. Debería usted visitar Avila—me

agregó—, que creo le interesaría y también La Granja, que a pesar de haber sufrido un incendio, todavía conserva mucho que puede agradarle.

De pronto se puso de pie diciendo galantemente que no quería molestarme por más tiempo, y haciendo yo igual movimiento, le dije que me retiraba encantada y muy agradecida de la amabilidad de S. M. Me tomó la mano y, con la gentileza propia del gran caballero español, me la besó respetuosamente.

Con la rapidez del pensamiento reflexioné en las mudanzas de los tiempos, pues si me hubiera tocado en suerte encontrarme delante de Carlos V, entonces habría sido yo la que, inclinada y temblorosa habría besado su diestra, mientras que ahora el joven y atrayente Monarca español, era quien me honraba con su noble e hidalga cortesía.

Desde el dintel volví a inclinarme saludándolo al partir, y S. M. con voz sonora me dijo amablemente:

—Que lo pase Ud. bien, señora, y que disfrute Ud. de buenos días en España.

Me retiré contenta y alegre como una chiquilla; feliz por haber realizado, con tanto acierto,

el anhelo de conocer a Alfonso XIII, aquel niño que me preocupó tanto en su primera edad y que hoy respeto y estimo.

Como palabra de Rey no puede faltar, cumpliendo la suya de vernos en Santander, tan pronto como llegué recibí una tarjeta que me serviría de entrada al parque de su palacio, en donde todos los domingos jugaba polo. Esto aumentó mi reconocimiento por su amabilidad.

Su figura tiene todos los distintivos de su carácter: majestuoso sin afectación; afable y cortés, como corresponde a la hidalguía de su cuna y de su raza; su mirada fija y observadora, que atrae, envuelve y fascina, revela su inteligencia fina y su perspicacia, y la atención e interés con que escucha, nos muestra su bondad.

Su piedad religiosa es conmovedora. En una de sus frecuentes excursiones en automóvil, a que es muy aficionado, encontró por el campo a un pobre cura de aldea que caminaba a pie, llevando el Sacramento a un moribundo. En el acto detuvo su carruaje, lo ofreció al sacerdote y lo instaló con él; pero como el auto era pequeño y no cabía el monaguillo, lo dejó allí y se fué el Rey gobernando hasta llegar a la casa del enfermo, que estaba

muy distante. Allí el Rey ayudó al sacerdote como acólito, por lo cual el moribundo, al verlo entrar, se incorporó en su lecho y dijo emocionado: "Esperaba sólo una Majestad, pero el Rey mi señor me concede la gracia de recibir a dos."

Su popularidad era enorme. Un día regresando el Rey de maniobras al frente del Ejército entraba a Madrid por la calle de Alcalá. La gente corría en tal forma en esa dirección, saliendo de las calles vecinas, que yo también apresuré el paso para ver lo que ocurría. Ví entonces al Monarca, a caballo, rodeado de una inmensa muchedumbre que lo aclamaba y no le permitía moverse, a la que prodigaba gentilmente sus más afectuosas atenciones. Cuando al fin, pudo continuar su camino, el gentío fué creciendo a su paso de tal modo, que al llegar al Palacio Real, no cabía en las grandes plazas que lo rodean, y las aclamaciones eran de tal naturaleza, que se vió obligado a salir a los balcones del Palacio a agradecerlas. Esto ocurría en una tarde fría y lluviosa que más convidaba a recogerse que a desafiar la intemperie; pero yo misma hice lo que todos, y lo seguí desde lejos.

Igual cosa presencié en la apertura de las Cortes y en otra ocasión en que el Rey, acompañado de la Reina, volvía de la Plaza de Toros después de una corrida a beneficio de la Cruz Roja a la que había invitado la Reina, como Presidente de esa institución. La suerte quiso que mi carruaje siguiera muy de cerca al de los Reyes, lo que me permitió ver las aclamaciones con que era saludado al pasar por la gente aglomerada a uno y otro lado de la Castellana, desde la Plaza de Toros hasta la Puerta del Sol y desde allí, por la calle del Arenal, hasta el Palacio Real.

Las Reinas

No completaría el cuadro de mis impresiones sobre Alfonso XIII, si no recordara aquí a la Reina Victoria Eugenia y a doña María Cristina, que le dió la vida, formó su alma y supo conservarle su Corona Real en circunstancias bien difíciles.

La Reina Madre, me ha interado siempre como Reina y como madre, porque las dificultades que tuvo que arrostrar durante su gobierno fueron gravísimas y supo salvarlas con mucho acier-

to, y porque supo formar muy bien a su hijo, lo que debió ser muy difícil, porque nació Rey.

La Reina Cristina me recibió con la gentileza propia de tan excelsa dama. Al entrar a su salón, profusamente adornado de obras de arte de todo género, que apenas pude mirar por contemplarla a ella, estaba de pie, sencillamente vestida de negro y con su afable sonrisa me tendió la mano y me ofreció un asiento a su lado.

Comencé por decirle que después de haber tenido el honor de haber sido recibida por S. M., habría querido presentarle también a ella mis respetos, y manifestarle mi admiración por ella como madre y como reina. Cambió en el acto de conversación y me preguntó cómo había hecho el viaje desde Chile.

Le contesté que por Buenos Aires.

Indagó, con vivo interés, detalles de la travesía por los Andes.

La expliqué lo mejor que pude, el espectáculo tan hermoso que me había tocado en suerte contemplar en mi viaje, atravesando la cordillera durante una fuerte nevada, que cubrió de blanco absolutamente todo el paisaje, la locomotora misma y el tren que sólo se distinguía en su marcha

fantástica, por el humo gris que despedía la máquina.

—¿Se sube por cremallera?—me preguntó.

—En parte, Majestad; el resto con locomotoras apropiadas.

—¿Cuántos días puso Ud. hasta aquí?

—Sólo tres días de Santiago a Buenos Aires, pero veintitrés de navegación, porque el temor a las minas flotantes y a los submarinos, obligó a navegar con lentitud, pues viajé antes del armisticio.

—¿En qué vapor se vino Ud.?

—En el "Infanta Isabel", Majestad

—Ud. será recibida hoy por la Reina, ¿verdad? No quiero detenerla.

Y alargándome su mano se puso de pie, despidiéndome con su sonrisa más amable.

María Cristina, ya no era joven ni hermosa, pero sí muy atrayente, y tenía el sello de la superioridad. Su mirada era brillante y poderosa; su palabra rápida, con cierta dureza en el acento, dulcificado por su sonrisa y sus maneras distinguidas.

Peguntaba sin cesar lo que le interesaba, y evitando en absoluto el menor halago. Se siente, al

hablar con ella, a la mujer de gobierno, activa, enérgica y a la gran señora.

Salí de su salón para ir al de la Reina Victoria Eugenia. Me recibió a la entrada la duquesa de San Carlos, señora muy amable y simpática, con mucho afecto por Chile, porque el primer duque de San Carlos era de Concepción.

Me preguntó con interés por la familia Edwards, por la cual tiene especial afecto y, como llegó el momento de ser recibida por la Reina, me introdujo a su presencia.

La Reina estaba de pie en su elegante "boudoir", vestida con su vaporoso traje rosa pálido, delicadamente bordado de plata. Me tendió su linda mano, que besé, y me ofreció asiento frente a ella, resguardadas por un elegante biombo.

Contemplando con delicia aquella mujer tan hermosa, tan sencilla y delicada, me sentí emocionada y titubeando le dije que había deseado presentarle mis respetos, no sólo porque había tenido el honor de haber sido recibida por S. M. el Rey, sino también atraída por su belleza soberana.

Se encogió deliciosamente y riendo con suma sonrisa, me dijo: "Eso es una exageración". En seguida le pregunté si prefería hablar en inglés, pe-

ro en el acto me contestó que ella hablaba siempre en castellano, el idioma de su patria. Le expliqué mi afición por el inglés, pues había sido educada por una inglesa que me había enseñado, no sólo el idioma, sino también a amar a Inglaterra y sobre todo a estimar a la Reina Victoria, su ilustre abuela, por quien tengo la más profunda admiración.

"Razón tiene usted para admirarla, me dijo, pues ella no sólo fué una gran reina, sino también una gran mujer. Yo viví siempre a su lado, hasta su último suspiro y he podido apreciarla en todo su valer.

En seguida me preguntó:

—¿Ud. es madre?

—Sí, Majestad.

—¿De cuántos hijos? ¿Qué edad tiene el menor?

Defraudada sin duda de que los míos no fueran niños aún, me habló de los suyos con ternura y complacencia y me agregó sonriendo: "Los míos son seis y cuando voy a Sevilla y salgo con ellos a pasear por las calles, parezco institutriz."

Algo más se prolongó la conversación, pues le hablé de las princesas tan bellas, del príncipe de

Asturias tan distinguido y de los chicos tan afectuosos con ella, de mi entusiasmo por España, etc., con tal sencillez y franqueza que al ponerse de pie me despedí agradecida de su afectuosa acogida.

Doña Emilia Pardo Bazán

Mis recuerdos de doña Emilia datan desde mi juventud. De niña, contagiada por el entusiasmo con que se la leía y se la comentaba, emprendí la tarea de leerme su obra más notable de entonces "San Francisco de Asís".

En aquellos años me fué difícil, lo confieso, pasar de la Introducción de la obra. Enaltece y levanta la figura de doña Emilia, pensar que cuando ella preparaba y escribía este libro, tenía dos años menos de los que yo contaba cuando hacía esfuerzos para terminar la lectura del prólogo de esa obra que es un notable estudio del siglo XIII.

En seguida leí su novela "Viaje de novios", que puso un punto de distancia entre ambas, pues aunque muy bien escrita y mejor caracterizada, como es un estudio naturalista, usaba en ella cierta libertad de lenguaje, que nunca he podido tolerar, y mucho menos en una mujer.

Más tarde cayó en mis manos un número de la Revista "Teatro Crítico", que, traía un estudio de doña Emilia, sobre Juana la Loca. En mi espíritu soñador y romántico, esa reina desdichada era para mí un símbolo humano del amor que llega hasta la locura, y cobré gran antipatía a doña Emilia que, a sus pecados anteriores, agregaba ahora el de mirar en esa reina un caso de locura hereditaria, apreciando los actos de su vida en forma que levantó en mí una indignación profunda.

Pero andando los años, más que por simpatía hacia ella, su reputación mundial me hizo leer su "San Francisco de Asís" y esta vez sí que ya no le dejé caer de mis manos, sino por el contrario despertó mi entusiasmo, por la erudicción extraordinaria, el talento de exposición y la claridad y belleza de su estilo, y al terminar me dejó una impresión profunda de admiración por su autora.

No es de extrañarse, pues, que a mi llegada a Madrid, mi más vivo deseo fuera conocerla, deseo que se acrecentaba con un recuerdo de las primeras actividades literarias de mis días de juventud, en que por un momento se habían encontrado nuestras labores, pues doña Emilia cuenta

entre sus trabajos una traducción de la obra de Stuart Mill, "La Esclavitud de la Mujer", muy similar a la mía.

Era natural que tuviese un vivo interés de cambiar ideas con ella sobre aquellos tópicos.

Cuando buscaba la oportunidad de solicitar una audiencia de ella, se me presentó la ocasión de conocerla en una recepción de la Legación de Chile. Su amabalidad me cautivó desde luego y, como era una conversadora deliciosa, me fascinó con su palabra. La conversación era general, con varias personas que la rodeaban; se hablaba de sus últimos trabajos y ella con gran verbosidad y natural elocuencia se refería a un estudio que tenía entre manos, sobre Hernán Cortés, estudio que le demandaba gran trabajo desde hacía ya algún tiempo, pues para ello era necesario compulsar documentos y escudriñar archivos.

Yo la expresé la satisfacción que sentía al verla en la tarea de mostrar a los Conquistadores españoles, a lo cual me respondió que esa era empresa que la fascinaba desde hacía muchos años, pero que, ocupada en otras cosas, la había ido postergando en la esperanza de llegar algún día a

América y visitar México, el teatro de las hazañas del gran capitán que allí quemó sus naves.

Después de decir, con un gesto, que aquel viaje se le hacía cada día más imposible, con frases vibrantes y una portentosa facilidad y corrección de lenguaje, se detuvo a exponer su opinión sobre esos hombres de empuje sobrehumano, observando, de paso, la manera cómo adaptaban sus facultades a las circunstancias y exigencias de cada país, revelando condiciones superiores a las que debieran esperarse de su escasa cultura.

Se limitó sólo a insinuar generalidades, forma ligera de su conversación a que se prestaba la charla de salón, pero lo hizo con natural desenvoltura, sin petulancia ni pretensión alguna, dando al relato interés y viveza, con colorido y calor de expresión, revelando en todo talento sólido. El tacto delicado, propio de una gran dama, con que llevaba su charla, revelaba en esa figura pensadora y eminentemente cerebral, que alejaba toda idea de mujer, la presencia de una alma femenina.

En otra oportunidad que tuve de estar con ella, conversamos ya de algo más nuestro. Hablamos de feminismo, materia que ella dominaba y

sobre la cual me dijo cosas bellas y cosas ciertas, manteniéndose siempre en el terreno de las ideas y argumentando con solidez.

Hablamos también un poco de arte y le expresé mi resentimiento hacia ella por haber tratado de destruir, con un realismo científico y brutal, el palacio de encanto en que colocaba mi entusiasmo romántico a la desdichada reina doña Juana la Loca. Le agregué, que para mí no era posible que esa locura de amor, que tan bellas obras de arte ha inspirado, se tornara, al golpe de su escalpelo de investigador frío, en una locura hereditaria.

—Pues así lo era—me contestó—, y lo fué también su abuela, la madre de Isabel la Cató lica.... ¿Y en qué la hería a Ud. aquello?

—Señora, repuse, yo he sido y sigo siendo una romántica impenitente, y doña Juana para mí, no fué más que una mujer apasionada y vehemente que amó a su marido con locura, la desesperaron los celos, y a la que la muerte del que se llevaba sus amores le trastornó el sentido. Después.... sólo fué una madre abnegada que se esfumó en su retiro, para dejar la Corona tranquila-

mente a su hijo, como lo prueba su contestación a los Comuneros de Castilla.

—Tenía talento—me repuso—y lo probaba en sus momentos lúcidos.

—Y gran corazón—le repliqué—y refinado gusto artístico, como lo demuestra la bella carroza de ébano que se conserva en la Armería Real.

—Pues vaya Ud. a Tordecillas—me dijo alegremente—, es una peregrinación que Ud. le debe.

En otra ocasión en que me preparaba para tener un momento de charla con ella en una comida, fué mi compañero de mesa el gran escultor Benlliure, y a pesar de tenerla al frente, no pude prestar atención a su animada charla, absorbida y entusiasmada con la palabra de ese gran artista.

Doña Emilia vivía en una espléndida residencia en la que conservaba valiosas antigüedades y recuerdos de familia que se llevaban sus atenciones preferentes. Tuve la desdicha de no poder visitarla como era mi deseo, pues cuando se ofrecía la ocasión, se presentaba alguna dificultad y cuando estaba dispuesta a ir, era ella quien no recibía.

La última vez que la ví fué en el Palacio al ir a visitar a la Reina. Nos encontramos en la

antecámara. Ella, como directora de una institución de beneficencia, venía acompañando a unas jóvenes asiladas en un taller, que trabajaban en tejidos, bordados y otras labores de mano. Le traían a la Reina un hermoso encaje tejido por ellas.

—Como Ud. puede observar—me dijo doña Emilia—, estos trabajos son poco prácticos para ganarse la vida, pues sólo se colocan entre la gente acaudalada; pero ya que ellas tienen estas aptitudes, hay que ayudarlas.

Y allí en esos pocos minutos de antesala, cruzamos nuestras últimas palabras. La dejé rozagante y pletórica de vida y de salud, creyendo volver a verla al día siguiente o más tarde, muy lejos de mi espíritu la idea de que me tocaría sobrevivirla y que caería sobre mí el triste deber de recordarla, entre los míos, en una tarde destinada a honrar su memoria, en el Club de Señoras.

Si hubiera pensado en que el destino me reservaba esa sombría velada en que habría de hablar sobre ella, quizás habría sido más puntual a sus invitaciones y en sus recepciones me habría preocupado de recoger esa vida artística y social

que rodaba en torno de ella, en anotar sus últimas preocupaciones.

Pero ya sólo me es dado recordar su figura robusta y vigorosa, su gran naturalidad, la finura de sus maneras y la exquisita amabilidad que sabía poner en su conversación procurando darle el mayor interés posible, que dejaba una impresión completa de lo que ella era: una mujer superior.

De ese recuerdo simpático que de ella conservo, fluye de mi espíritu una observación: atraía, encantaba.... pero no emocionaba.

La admiración por grande que ella sea, nos embelesa, nos deleita, pero nos deja un sentimiento plácido de un espectáculo lejano que mientras más se agranda, mayor distancia pone entre ambos; la emoción es lo que despierta cuanto dice dolor humano, nobleza de alma, abnegación o ternura; es algo que vibra en nosotros mismos, crece y se agiganta hasta colmar nuestro espíritu al extremo de derramar lágrimas.

Doña Emilia Pardo Bazán se ha llevado toda mi admiración; he gozado infinitamente con su

conversación deslumbradora que he seguido dominada por el más vivo interés; he recogido los detalles de su vida abnegada y laboriosa con profundo respeto; pero ni su presencia, ni su vida, ni sus obras han hecho vibrar en mi alma esa chispa que penetra y nos enerva, nos agita, nos sacude y nos conmueve produciendo la emoción que siempre nos sobrecoge y nunca muere.

Joaquín Sorolla

Tuve ocasión de conocer a este gran pintor, y mucho más a su familia, que me prodigó sus más exquisitas atenciones.

Pons, el artista yerno suyo, me llevó a conocer su taller, en ausencia de Sorolla, que en esos días trabajaba en provincias. Me recibió su señora en su preciosa villa romana, rodeada de jardines, con su pérgola cubierta de trepadoras y sus pequeños senderos entre prados y flores.

El interior es un museo de sus obras más preciadas, que son su adorno principal, casi único. En el recibimiento (que sirve de entrada, cerrado con galería de vidrios que mira al jardín por un costado), hay un gran retrato de la señora de So-

rolla, con su traje de novia, admirable de expresión, de juventud y de vida. En su salón, lleno de lindos bibelots sobre muebles antiguos, se destaca, sobre un atril, otro hermoso retrato de su mujer vestida de negro con gran sombrero cubierto de flores de precioso colorido, con tanta vida y realidad, que encanta y asombra.

En su taller, espacioso y lleno de luz—¡que no veo!—Desde luego, una sevillana que sale del cuadro con cara risueña y llena de picardía, envuelta en su chal de Manila blanco y de vivos colores y una peineta puesta de lado en su cabeza bien peinada. Esta muchacha la veo aún, a tantos años de distancia, como si fuera un ser vivo, lleno de gracia y coquetería.

En el centro de la pieza sobre un atril, se destacaba un pequeño cuadro de una embarcación arrastrada por bueyes y con su vela inflada, de vuelta de la pesca, con mucha luz, color y movimiento. Este cuadro me pareció ser su favorito; para mí, aunque lo encontré muy hermoso, magnífico, no tuvo novedad, pues conocía otros de él muy semejantes. En cambio colgaba del muro, en un extremo de la sala, un gran cuadro de dos figuras cobijadas bajo un emparrado bañado por el

sol, con juegos de luz y sombra encantadores y de un realismo asombroso. La luz es intensa, el colorido brillante, la atmósfera se siente saturada de calor y, hasta parece verse el juguetear de las hojas de la vid y de las sombras al caer sobre la pareja, que se guarece bajo el parrón.

Un retrato de la Reina Victoria Eugenia, vestida de raso blanco, llamaba allí la atención, pero quizás por acentuar la distinción, le dió cierta rigidez que la Reina no tiene, por lo que a pesar de su brillante ejecución, no fué de mi agrado. En cambio atrajo poderosamente mi atención otro retrato de un señor que sonreía, con esa vida extraordinaria que Sorolla sabía darle a sus figuras. En una de las testeras del taller se veían muchos pequeños estudios, a cual más atrayentes por su sensación de vida, de aire y de luz. Además muchas telas, biombos y taburetes, que son el menaje obligado en los talleres de artistas.

En algunos rincones ví preciosas cerámicas, valencianas en su mayoría.

El comedor es una de las maravillas de esa casa extraordinaria.

Una gran chimenea de mármol blanco y rojo se destaca al fondo, al par que rodea toda la pie-

za un friso alto de mármoles de los mismos colores. Sobre este friso se ven preciosas guirnaldas de rosas, sujetas de trecho en trecho, por las figuras de su mujer y de sus hijas. pintadas todas por la mano maestra de Sorolla. Este comedor completa la belleza artística de aquel hogar del que, por desgracia, la muerte prematura de su jefe, si no se llevó su gloria, la privó de su felicidad.

General Primo de Rivera
Marqués de Estella

Cuando conocí en Madrid al Marqués de Estella, gran señor, militar reputado de valiente, buen mozo en todas las acepciones de la palabra, conversador ameno, fino en sus maneras y con cierto aire inequívoco de hombre afortunado con las damas, jamás me imaginé que llegaría a ser la gran figura de estadista que hoy ha alcanzado con su propio esfuerzo, que hace temblar mi pluma al grabar mis impresiones.

La arrogancia de su persona, de elevada estatura, semblante hermoso, viril y atrayente, maneras afables, llenaba los salones en que se pre-

sentaba, y atraía todas las miradas. Viudo con varios hijos al cuidado de una hermana suya, hablaba siempre de ellos y recordaba a su mujer con ternura que atraía. Sin descubrir en su espíritu las condiciones que ha desarrollado después, lamento no haber profundizado un poco en su carácter y en las demás cualidades que le son propias y que sólo hoy tengo que reconocer al través de sus hechos posteriores.

Se decía entonces que era hombre de carácter enérgico y a la vez alegre camarada, a quien sus amigos llamaban "Miguelito". Tenía situación muy respetable en sociedad, era estimado como gran militar en el Ejército, y gozaba de prestigio en el Congreso, del cual formaba parte; pero nunca lo oí tildar de ambicioso, ni de subversivo, ni tampoco de palaciego. Esto me prueba que su actitud política, asumida después, ha sido hija de su patriotismo y únicamente por salvar el reino de una catástrofe que se preveía.

Supe entonces que él se opuso a las medidas militares que se tomaron con motivo de la insurrección del Riff, y una vez que éstas fracasaron, hemos visto cómo Primo de Rivera, desde el gobierno y en el campo mismo de la lucha, supo

provocar una reacción favorable por medio de maniobras tan atrevidas y peligrosas como fueron de acertadas, que lo llevaron al triunfo definitivo y a la pacificación del Riff, con el auxilio de acuerdos internacionales igualmente afortunados. Esto sólo bastaría para levantar muy alto la figura del militar y del estadista.

Estimo su política interior, aún más difícil y de resultados todavía más brillantes y más benéficos. A las Juntas Militares que dificultaban enormemente la acción gubernativa con su intervención política, logró debilitarlas y encausarlas con acierto, sin producir agitaciones y, con la energía que le era propia, hizo entrar en vereda a los jefes de Artillería que se insubordinaron.

Por reciente palabra Real, podemos ver las mejoras considerables efectuadas durante su gobierno en la enseñanza, en el Presupuesto del reino, y en los servicios públicos, que hicieron progresar al país en seis años, más de lo que difícilmente se habría podido alcanzar en veinte.

Aunque siguiendo con vivo interés el desarrollo político del Marqués de Estella, como estamos tan lejos, estoy cierta de que omitiré muchos detalles de gran importancia; pero a mi jui-

cio, los que anoto bastan para reconocer en Primo de Rivera a un estadista de primera talla.

La ruptura misma de su matrimonio—brillante sin duda—por causas que acreditan su carácter como hombre y su austeridad como gobernante, es algo que habla muy alto de la rectitud de sus procedimientos y del temple de su alma, que lo hacen muy digno de todo respeto.

Su muerte, acaecida en condiciones que asume caracteres de tragedia, ha venido a dar luz sobre su actuación tan discutida y a revelarnos toda la grandeza de su alma.

La exposición que hizo del "Desarrollo y fin de la dictadura en España" nos pone de manifiesto que en vista de los atropellos e irregularidades le todo género que surgían por todo el reino y que se sentía impotente para reprimir desde el puesto que servía, se vió arrastrado a afrontar el movimiento que lo llevó al poder; y con el aplauso de buena parte de la opinión pública y el apoyo del Rey, gobernó el país durante siete años, en que persiguió y extinguió la anarquía y la violencia subversiva; aumentó sus fuentes de producción con el incremento industrial e impulsó vigcrosamente el progreso material; pero sobre todo ter-

minó con la guerra de Marruecos que es su timbre de honor y que por sí solo bastaría para que su nombre mereciera la veneración de España.

Si su gobierno fué dictatorial, era porque así lo exigían las circunstancias que lo obligaban a tomar medidas enérgicas para reprimir las irregularidades; pero todos reconocen que su vigor no incurrió en actos de violencia humillante o de crueldad implacable.

Uno de sus críticos sudamericanos lo juzgaba así: "Andaluz de buen vino, como picarescamente lo llamaba Valle Inclán, dispuesto al olvido y al perdón, comprensivo de los ajenos defectos y consciente de los defectos propios, suficientemente amplio de espíritu como para no indignarse ante la crítica o irritarse con el reproche del enemigo, cuya lealtad sabía honrar, despojado de odios, sin empaque de austeridad ficticia, sin teatro de posturas, con efusión de alegría, sin máscara trágica, chispeante, verboso, discurridor, deseoso de explicar cada una de sus iniciativas, de proclamar cada uno de sus propósitos, de una sinceridad que confinaba en lo ingénuo, el dictador acabó por conquistar una popularidad que difundió por Europa y por América su amable y

sonriente figura. Gobernaba sin reservas, sin secretos, sin ocultaciones. Confesaba sus errores con igual simplicidad con que comentaba sus aciertos.

Día tras día, su prensa reflejaba su abundoso optimismo, su confianza tenaz, su multiplicación de trabajador asombroso.

Indudablemente, Primo de Rivera concluyó con grandes males de España."

Cayó el Marqués de Estella, como caen todos los grandes luchadores, los grandes hombres de Estado, con la fortaleza de alma de un ser superior. Sus últimos artículos en que reconoce humildemente sus errores y atestigua sus triunfos con modestia, la serenidad de sus apreciaciones y la tranquilidad de sus juicios en aquellos momentos tan amargos de abandono, desencanto y soledad, en tierra extraña y en una pieza de hotel, emocionan grandemente, y producen la más intensa admiración sus últimas palabras: "Aparento fortaleza y, sin embargo, yo, que puedo establecer comparaciones, sé bien que la he perdido. En realidad, como vida física, he superado la medida humana y como vida ciudadana y patriótica, no creo que el balance de la mía ofrezca déficit. Mis hijos están ya todos en la plenitud de dere-

chos y deberes. El apego o interés por los días o años que me restan de vida habría de deducirlo de la contestación a estas dos preguntas: ¿Qué me queda por ver? ¿Qué me queda por hacer?"

Pocos días después, velaron su lecho mortuorio sus hijos y su novia repudiada.

Como lo he dicho, conocí mucho a Primo de Rivera, quizás es al español de entidad con quien intimé más, porque era grande amigo de un matrimonio que me atendía mucho. En casa de ellos le ví muchas veces, en círculo pequeño de tres o cuatro invitados, en que es fácil conocer a las personas, especialmente a un hombre de esa valía. Desgraciadamente tengo que reconocer que no vislumbré—lo que hoy lamento infinito—las grandes calidades de hombre de Estado de que ha dado pruebas, pero sí puedo declarar que eran muy visibles en ese distinguido hombre de mundo, su gran hombría de bien, su inmenso patriotismo y su extraordinario carácter.

Don Antonio Maura

Desde niña aspiraba, como a uno de los más bellos ensueños, a la dicha de conocer personal-

mente a los grandes hombres cuyos hechos o cuyos libros me fascinaban. La vida me ha desilusionado de muchas cosas, mis ideales se han transformado muchas veces; pero esta aspiración se ha conservado con toda su fuerza de atracción.

Al dejar Chile para ir a España, tenía la idea fija de conocer a Maura. La fama de su elocuencia, que para mí es don divino que me arrebata; su reputación de político eminente y de luchador insigne, me lo hacían muy interesante. Llevé conmigo el primer tomo de sus "Treinta años de vida pública" por Ruiz Castillo; allá encontré el segundo y en ellos me impuse poco a poco de la obra magna de este hombre superior como gobernante, de sus luchas ardientes como político y de las condiciones de su oratoria tan tranquila y razonada, tan persuasiva, con rasgos de elocuencia tan vibrantes, que a veces suspendía su lectura para dejarme arrebatar de mi entusiasmo y aplaudirlo con mi alma entera.

Me resolví a visitarlo, ya que no había tenido la suerte de escucharlo. Lo solicité escribiéndole directamente y me sentí feliz al recibir su amable tarjeta concediéndome una hora para recibirme.

Con la sensación precursora de las grandes emociones, entré en su casa y en seguida en su estudio. De pie aún y contemplando aquella sala, iluminada por el sol que entraba a raudales por grandes ventanales, haciendo resaltar las obras de arte que la adornan, de pronto vi avanzar la figura esbelta y elegante de un caballero de cabello y barba canosa, lleno de vida y de vigor en la mirada, de dulzura y altivez en el semblante, de distinción en su porte y sus maneras, de juvenil agilidad en sus movimientos, quien me saludó con la hidalga cortesía propia de España, besándome la mano que le tendía. Era don Antonio Maura.

Después de excusarse con suma galanura por no haber sido él quien me visitara: "mi vida es tan trabajada yo soy un esclavo", me dijo, e impuesto de mis deseos de conocer su país, es decir, todo lo que encierra de recuerdos de su grandeza y de original como bellezas naturales, me recomendó que visitara Andalucía, Toledo, Burgos, Avila, El Escorial, etc., y en seguida me habló de Palma de Mallorca, su ciudad natal, diciéndome que quizás él la miraba con más amor por eso mismo; que a su juicio habría muchas igualmente bellas en el mundo, pero en España no había nada

parecido a aquella isla. Me pintó su vegetación prodigiosa, el olor de azahares que todo lo embalsama hasta dejar impregnada la ropa que se tiende al aire libre, y luego, aún al rebujarse en la cama, se aspira su aroma delicioso; los almendros en flor, que los hay en tal cantidad, que más de cien kilómetros están cubiertos de estos árboles, presentando por este tiempo un panorama encantador. Me narraba cómo, en ocasiones, mirando a su rededor, veía palmeras, que las hay en abundancia, pinos, almendros, cerezos cubiertos de fruta en cantidad tal como para cargar vagones enteros, naranjos, limoneros, etc., todo esto reunido al azar en pequeños huertos.

Luego me habló de sus enormes cavernas que van enaltándose poco a poco a medida que entra, llegando hasta una altura considerable, cubiertas de estalactitas; pero como para penetrar en ellas es necesaria la luz artificial, en otros tiempos se usaban teas encendidas y con el humo que de ellas se desprendía, se han ennegrecido un poco las estalactitas en algunas partes, conservándose en otras completamente blancas. Hoy se usa acetileno y algunas de estas cavernas tienen luz eléc-

trica. Pero donde se reveló el artista que hay en Maura, fué describiéndome una de estas cavernas que tiene dentro un gran lago donde se puede navegar en bote y recorrerla más o menos en 20 minutos. Decía que es aquello tan original y tan fantástico, que se ven dibujados en la piedra misma, cendales transparentes y finísimos, llenos de pliegues delicados, cenefas hermosísimas, borlones que caen, en fin, bellezas indescriptibles de aquella naturaleza mágica, única en España y que tiene algo de la Grecia.

Esto lo describía con voz suave y melodiosa, lo pintaba como si estuviera mirándolo con todos sus matices deliciosos y con tal acento de ternura y poesía que me hacía transportarme a aquel Edén. Lo escuchaba extasiada, sin pronunciar una palabra que pudiera romper el encanto; pero me decía para mí: muy bello debe ser todo eso, pero sin embargo lo que engrandece sobre todo a Palma de Mallorca, es este hijo excepcional.

Sintiendo así sus condiciones artísticas, le hablé del arte español, tan grande en todos los tiempos, que tanto me encanta y maravilla en Madrid. Me felicitó por estas aficiones que me darían siempre tan buenos ratos, y refiriéndose a los pintores

modernos, me habló de Pradilla, que vive todavía, aunque muy anciano ya. Le dije que conocía su cuadro de doña Juana la Loca y me gustaba mucho, pero que prefería a Rosales, sobre todo en su "Testamento de Isabel la Católica". "Lo tengo y también este otro", me dijo, y me señaló, en la sala misma, la única copia que existe del cuadro de Rosales que representa a Carlos V en Yuste en el momento en que Quijada le presenta al Príncipe don Juan de Austria. Recordé en el acto la escena tan bien descrita por el Padre Coloma en "Jeromín". "Pues eso mismo, me dijo, eso es", y me llamó la atención hacia la expresión de Carlos V gotoso ya, sentado en su sillón junto a una ventana, con las piernas abrigadas por un cobertor y mirando con curiosidad a aquel niño que le evocaba recuerdos de sus mocedades. Este, alegre y ágil, se vuelve hacia Quijada, que lo alienta a acercarse al Monarca. El cuadro es precioso de luz y de color, y en la verdad de la vida y del movimiento y en la expresión de los semblantes, se siente la escuela de Velázquez.

En seguida me habló de la buena tradición artística que se conservaba en España, a pesar de las exigencias de la moda, que, como tal, es siem-

pre transitoria: de los efectos de luz tan rebuscados.... Esto me hizo recordar a Sorolla que la pinta tan maravillosamente, a lo que Maura me interrumpió: "Sorolla sí, Sorolla es la misma luz y lo que me sorprende es que con esas condiciones tan prodigiosas para pintarla así, se dedique al retrato que exige tanto detalle de expresión, que están en contraposición a esas brillantes cualidades de luz y color."

"Ahora acaba de morir, añadió, un joven escultor que vivió desconocido hasta ayer: Julio Antonio. Algunos amigos le pusieron en relación con una familia que le encargó un trabajo para su tumba; hizo la "Estatua yacente", que tanto a llamado la atención en estos días y con razón, porque si bien se observan ciertas imperfecciones de detalle, el conjunto es hermoso y merece su celebridad. Su vida es una novela: de artista pobre y desconocido llegó de un golpe a la notoriedad, y con ésta vino el dinero, pues tenía encargos por muchos miles de pesetas; ni el amor le faltó, pero sí la vida. Creció y se deshizo como una burbuja".

Queriendo llevar la conversación a su persona, le dije cuán encantada me había dejado la lectura de su Conferencia sobre "La Sociedad de las

Naciones", tanto así que pensaba mandarla a Chile. Me ofreció entonces ejemplares corregidos que se estaban imprimiendo, lo que le agradecí, agregándole que su estudio, tan bien razonado, dejaba la convicción de que aquello era superior a las fuerzas humanas. "A mí me hace ésto el efecto, replicó, que me harían dos recién casados que se entretuviesen en discutir y preparar los documentos que les pudiesen servir para el futuro juicio de divorcio".

¿Qué opinión le merece a usted, señor, el feminismo que hoy se impone en el mundo entero? me atreví a insinuarle antes de retirarme, pues acababan de anunciar a un senador.

"Lo aplaudo, me respondió, siempre que no ande demasiado de prisa, pues en la necesidad que se ha impuesto a la mujer, durante la guerra, de llenar todas las ocupaciones reservadas al hombre, cuando éste quiera recuperarlas, se va a establecer una lucha feroz, pues el hombre es salvaje en su egoísmo. Pero el otro movimiento, el que dá a la mujer derechos políticos, me parece muy bien, ajustándose naturalmente a la índole de cada raza y a las condiciones de su desarrollo en cada país." Siempre que no se trasplanten, agregué,

costumbres y doctrinas exóticas, a que, en mi país, son muy aficionados. "En todas partes sucede lo mismo, señora, es lo inevitable."

"Cuando era presidente del Consejo, continuó, presenté un proyecto concediendo a la mujer cabeza de familia, voto en las elecciones generales y para todas en las locales y aún concediéndoles derecho a ser elegidas en éstas. El Gobierno local está, muy al alcance de sus aptitudes de hoy, mientras se prepara para desempeñar tareas superiores en adelante."

No me retiré sin manifestarle la agradable sorpresa que experimentaba al verlo tan lleno de juventud y lozanía después de tan larga y afanosa vida pública y de tan arduas luchas como había arrostrado de modo tan brillante. Me despedí encantada y muy agradecida.

Ramón y Cajal

Durante mi permanencia en España, después de contemplar extasiada los gloriosos vestigios de su pasada grandeza, en sus palacios, en sus museos, en sus magníficas colecciones artísticas, quise darme cuenta de su valer actual cono-

ciendo a sus grandes hombres, que son siempre la mejor muestra de la cultura de un país.

Como la suerte me ha deparado la dicha de vivir, desde mis primeros años, entre hombres de gran valer intelectual, y entre médicos de gran valía en la intimidad de mi propio hogar, apreciaba desde hacía tiempo a Ramón y Cajal, pues, por ellos, sabía que era la primera cabeza científica de los tiempos actuales, de modo que desde el primer momento decidí conocerle.

Este hombre extraordinario, nacido en cuna humilde, dotado de poderosa inteligencia, que debe su gloria a la tenacidad y contracción al estudio y al trabajo asiduo, metódico y constante fué, sin embargo, como él mismo lo declara, uno de los alumnos más indóciles. Poseía independencia de juicio y un "sentimiento profundo por la decadencia científica de su patria, que llegaba hasta la exaltación"; ésto lo hizo exclamar una vez: "No, España debe tener anatómicos, y si las fuerzas no me faltan, yo procuraré ser uno de ellos."

Gracias, pues, al poderoso impulso de su patriotismo, estudió con ahinco y batalló hasta vencer todos los obstáculos. Su afición extraordina-

ria a la ciencia dominó en él los naturales deseos de alcanzar una situación holgada, y de vencer las estrecheces de su vida, y le hizo dedicarse por entero a las investigaciones biológicas que le han permitido marcar rumbos nuevos a anatomistas, antropólogos y biólogos. Con verdad sostiene Ramón y Cajal que el secreto para triunfar es muy sencillo, que consiste únicamente en "trabajo y perseverancia."

"Como si la vida no tuviera otros horizontes ni otros senderos, dice uno de sus biógrafos, y como si nada tuviera que anhelar en ella, Cajal trabajó y estudió. Insaciado, buscó con el microscopio en la naturaleza lo que los libros no decían, lo que no habían logrado saber todavía los otros hombres. Su peregrinación a través de lo desconocido, en el mundo misterioso de lo infinitamente pequeño, no era sólo estudio y talento, era método, era tenacidad, era la obra plena de su carácter."

El Rey de España supo reconocer debidamente las condiciones superiores de este privilegiado, creando para él un Instituto de Investigaciones Biológicas que consagró con su nombre y designándole senador del reino. El mundo de la ciencia le ha concedido, en dos ocasiones diver-

sas, el Premio Nobel por sus descubrimientos científicos; premios que en parte dedicó a adquirir la casa que hoy habita y en donde vive retirado, sin más contacto con el resto de los hombres, que el de sus discípulos con quienes es muy afable y cortés y a veces alegre como un niño.

En mis paseos ordinarios por el hermoso parque de "El Retiro" con frecuencia veía, en los sitios más pintorescos y apartados, a un señor que me llamaba la atención por el interés con que siempre le veía leyendo, casi sin atender a otra cosa, o tan absorto en sus propias reflexiones que se comprendía que su mirada iba más lejos de lo que lo rodeaba. De estatura mediana, delgado y ligeramente encorvado, de barba canosa, representaba más o menos sesenta y cinco años. Su fisonomía grave y serena revelaba gran concentración intelectual, sus ojos penetrantes parecían fijos en profunda observación; en fin hasta un recuerdo vago que despertaba en mí, de mi querido tío Diego, despertó mi curiosidad de tal modo, que resolví averiguar quién era este señor. Pronto supe que era don Santiago Ramón y Cajal, que vivía frente al Retiro, que salía siempre, a ciertas horas, a tomar el sol de invierno; pero me agrega-

ron que yo lo habría visto absorto por alguna preocupación científica, pues en sus horas de solaz tenía aspectos muy risueños y hasta picarescos.

Todo esto avivó en mí el deseo de conocerle; pero como si todo esto no bastara, supe que tan eminente hombre de ciencia era también un grande artista. De muchacho se aficionó a la pintura con bastante éxito, tanto que él suele decir que si se hubiese dedicado a cultivarla, quizás habría sido mejor, mucho más acertado.

Con la modestia que le caracteriza, cuenta que "en su niñez lo alejaban de todo estudio serio y de todo empeño de lucimiento académico de una parte el **sarampión poético,** especie de enfermedad del crecimiento que en mí se prolongó más de lo corriente, y de otra, un romanticismo enervador y falso, contraído a consecuencia de esas lecturas que inflaman la fantasía y excitan la sensibilidad y fomentado además por el amor enfermizo a la soledad y a la muda contemplación de las bellezas del arte y de la naturaleza."

Así se explica que este hombre, que se consagró con ahinco a las investigaciones científicas y a los trabajos absorbentes del laboratorio, sea un escritor brillante y un orador elocuentísimo,

como lo prueban sus "Memorias" tan interesantes como galanamente escritas y su magistral discurso de ingreso a la Academia de Ciencias: "Reglas y Consejos sobre Investigación Biológica", pronunciado en 1897 y publicado dos años más tarde, después de los desastres de su patria, que le afectaron muy hondamente. Cediendo al noble propósito de levantar los espíritus abatidos, le agregó un "Post Scriptum" de un interés tan vivo que me siento impulsada a reproducir algunos de sus párrafos tan encantadores de forma como nobles de fondo.

"¡Oh!, si yo pudiera transmitir a nuestros políticos, a nuestros capitalistas, a nuestros sabios e ingenieros, a nuestros obreros y estudiantes una parte del entusiasmo que me anima! Si yo tuviera la seguridad de ser oído, con qué gusto les diría:

"Políticos que nos habéis traído a esta triste
" desventura, dad treguas, por Dios! ante las an-
" gustias de la patria, a vuestro egoísmo estrecho
" de partido o de pandilla; preocupáos seriamente
" de la pureza y de la moralidad de la Administra-
" ción Pública; del culto al honor y al heroísmo
" en el ejército; de la protección seria y eficaz a la
" instrucción popular y universitaria; de mante-

” ner, en fin, en todos los organismos del Estado,
” el sentimiento del deber y la más estrecha res-
” ponsabilidad. Pensad en que, según dijo Carlyle,
” todavía el valor es un valor; que todavía el he-
” roísmo es un gran negocio; que todavía la virtud
” y la disciplina constituyen la fuerza y el presti-
” gio de los pueblos modestos.”

“ Los que tengáis vocación pedagógica, pre-
” ocupaos seriamente en transformar las cabezas
” de nuestros hijos deformadas por la servidum-
” bre mental de cuatro siglos, en cabezas moder-
” nas, acomodadas a la realidad, en hombres que
” sepan mejor las cosas que los libros; antes dis-
” puestos a la acción que a la palabra; capaces, en
” fin, de abordar briosamente la conquista de la
” naturaleza. Inculcadles, sobre todo, los métodos
” de estudio, el arte de pensar por cuenta propia,
” las ideas prácticas, los principios fecundos y lu-
” minosos a cuya aplicación se deben las invencio-
” nes industriales y los descubrimientos científi-
” cos. Cread, en fin, no eruditos y quietistas, **dile-**
” **tanti** del saber, bien hallados con el mero cono-
” cimiento de la verdad sino voluntades enérgi-
” cas, espíritus reformadores susceptibles de llevar
” la idea a la realidad y de reaccionar vigorosa-

” mente contra todas las fatalidades y deficiencias
” del suelo, de la raza y de la organización social
” y política.

” Y tú, juventud estudiosa, esperanza de nues-
” tra renovación que te consagras al trabajo en
” estos luctuosos días de nuestra decadencia, no
” te desalientes. Contempla, en nuestra caída la
” obra de la ignorancia, el fruto de una educación
” académica y social funestísimas, que ha consis-
” tido siempre en volver la espalda a la realidad,
” sumergiendo el espíritu nacional, a la manera del
” morfinómano, en un mundo imaginario lleno de
” fingidos deleites y de peligrosas ilusiones. So co-
” lor de excitar la adhesión a la Patria, o acaso por
” vanidad mal entendida, hemos ocultado siem-
” pre a la juventud, en el orden histórico, los de-
” fectos de nuestra raza y virtudes y valor del ex-
” tranjero; en el orden geográfico y físico, la po-
” breza de nuestro suelo—inmensa meseta estéril
” salpicada de algunos oasis y bordeada de una
” faja de tierra fértil—y la inclemencia de un cie-
” lo casi africano; en la esfera social y política, la
” indisciplina, el partidarismo y el atavismo del
” caudillaje, es decir, el culto fetichista al sable,
” que resurge de continuo como planta parásita

" en el terreno, al parecer firme, de nuestro régi-
" men constitucional y democrático; en lo científi-
" co, filosófico, industrial y literario, nuestra falta
" de originalidad y nuestro vicio de la hipérbole,
" que nos lleva a honrar como genios a meros tra-
" ductores y arregladores de ideas viejas o exó-
" ticas.

" Hay placeres materiales y deleites intelec-
" tuales; las naciones decadentes cultivan los pri-
" meros; los segundos han labrado la grandeza y
" gloria de las más adelantadas y fuertes. Busca,
" pues, tú, juventud estudiosa, el placer, no en los
" groseros deleites de la carne, sino en la sobera-
" na fruición del deber cumplido, en la sublime
" satisfacción de haber ensanchado el horizonte
" del saber, de haber honrado y enaltecido la raza
" y de haber mejorado en algo la existencia de tus
" compatriotas...."

" El dolor mismo nos será útil, porque el do-
" lor es el gran educador y creador de energías
" Para los que aman la Patria, las desdichas re-
" presentan un lazo moral más."

Si me he permitido prolongar, acaso dema-
siado, la reproducción de estos párrafos del discur-
so de Ramón y Cajal, ha sido no sólo para poner de

manifiesto las bellezas de su estilo, sino también y principalmente, aguijoneada por el deseo de mostrarlo como Maestro de Moral Social y Política, y porque nosotros sentimos hoy la necesidad de estas hermosas lecciones que encuadran admirablemente con nuestra propia situación.

Los pensamientos que se encuentran diseminados en todo lo que escribe, acentúan su carácter y ponen de relieve las bellezas de su alma:

"Las cabezas humanas como las palmeras del desierto, se fecundan a la distancia."

"En la ciencia como en la vida, el fruto viene después del amor."

"El hombre mezcla a todo su personalidad, sus emociones y juicios, y cuando cree fotografiar mirando al exterior, no hace otra cosa que mirarse y retratarse a sí mismo."

"La verdadera utilidad social de un hombre depende no de lo que sabe, sino de lo que desea."

"La corona del sabio otórgala la Humanidad entera; su estatua tiene por pedestal el amor, y sus triunfos desafían a los ultrajes del tiempo y a los juicios de la Historia."

"Sólo al Sabio le es dado oponerse a la corriente y modificar el medio moral."

Así se prodiga a millares en todas sus obras que llevan el sello de su hermosa personalidad.

Es fácil explicarse que un sabio de esta importancia despertara mi deseo de tratarlo personalmente, y aun cuando se me dijo que siempre se negaba a recibir extranjeros aguijoneados, según él, únicamente por la curiosidad de contemplar un bicho raro, insistí en mi determinación y le escribí solicitándole me concediera un momento de audiencia, alegando como título para alcanzar este honor, la admiración que por él tenían los profesionales de mi familia y de mi tierra.

Ya perdía la esperanza de obtener contestación suya, cuando recibí la carta que conservo como reliquia, escrita de su puño y letra:

"Muy señora mía y de todo mi respeto:

Perdone si no he contestado antes su amabilísima carta. Estoy bastante delicado de salud y con una fatiga cerebral que me obliga a tasar avaramente el tiempo dedicado a hablar o escribir.

Sin embargo, por no cometer un desaire que sería grave pecado tratándose de una dama tan honorable y además de la esposa de un meritísimo compañero, tendré el honor de recibirla en mi

Laboratorio del Paseo de Atocha N.º 13, el martes a las diez y media de la mañana.

Le besa los pies y la saluda muy respetuosa y afectuosamente

S. S. S.
S. Ramón y Cajal."

Me tocó la suerte de apreciar, en España, a algunos compatriotas que no había tenido oportunidad de conocer en Chile. Entre ellos al joven médico José Santos Salas, quien estaba agregado a la Legación y comandado ante el Ejército del Rey para estudiar sanidad militar. Sustentaba ya entonces esas discutidas ideas nuevas que más tarde han sido aplicadas en nuestra tierra y cuyo verdadero valor juzgará la imparcialidad de la Historia. Debo reconocer que Salas sustentaba esas ideas renovadoras con profundo conocimiento, gran calor de alma y sobre todo con sincero y ferviente espíritu público. Con él fuí a visitar a su colega Doctor don Santiago Ramón y Cajal.

Esta visita tuvo lugar a las nueve de la noche en su escritorio.

Llegué antes que él a su Laboratorio y a la hora precisa lo ví entrar con paso lento a su Despacho, en donde fuí presentada por mi introductor: un joven médico discípulo suyo.

Me recibió con la cortesía habitual del caballero español y nos indicó asiento alrededor de una mesa larga en cuya cabecera se sentó con semblante grave y tranquilo, casi adusto.

Comencé por explicarle la contrariedad que sufrí, no pudiendo acudir a la entrevista que me había concedido anteriormente con tanta gentileza, agregándole que no me conformaba con regresar a mi Patria y encontrarme entre los míos sin llevar la satisfacción de haberlo conocido personalmente.

Me agradeció con la cortesía que le es propia, guardando siempre cierta reserva. Le referí, en seguida, como prueba de lo que se le conocía en mi familia, una consulta que se le hizo desde Chile con ocasión de la prematura muerte de mi infortunado hermano Manuel. El nada recordaba, como era natural, agregándome que nunca había ejercido la profesión, que sólo se había contraído a las investigaciones científicas de laboratorio.

—Conozco la superioridad de sus trabajos en

esta materia, le repliqué, a través de mi marido que se ha dedicado a los estudios anatómicos y a las enfermedades del sistema nervioso, estudios ambos que deben grandes progresos a los descubrimientos de Ud.

Esto dió lugar a que terciara en la conversación el doctor José Santos Salas, quien supo hablarle de sus trabajos científicos con perfecto conocimiento. Desgraciadamente, me es imposible a mí el repetir aquí esta conversación por razones fáciles de comprender.

En seguida, le preguntó el doctor Salas:

—¿Qué país, a su juicio, mantiene hoy día el cetro de la Ciencia?

—Hasta aquí lo ha tenido la Alemania, contestó, pero ahora la igualan los Estados Unidos. En pocos años más, éstos tendrán en absoluto la supremacía científica.

—¿Por qué, señor?—insistió Salas.

—Por muchas causas. Nosotros, por ejemplo, enviamos nuestros mejores alumnos a adquirir nuevos conocimientos a las Universidades más notables; los que aprovechan debidamente su tiempo se encuentran, al regresar a la patria, con que carecen de las condiciones indispensables para

desarrollar sus aptitudes, por estrechez de sus propios recursos y porque el país no les proporciona las facilidade necesarias; mientras que los EE. UU. llevan allá mismo los mejores profesores y les procuran todos los elementos para desenvolver sus conocimientos."

Muchas veces he pensado después, si el entusiasta elogio de Ramón y Cajal a los EE. UU. era hijo solamente del valer real de este país, o si habría algo también de esta admiración que inconscientemente inspira todo triunfador en especial a los que se midieron con él, pues sabemos que los desastres de Santiago de Cuba y de Cavite impresionaron profundamente el ánimo del Maestro.

Su fisonomía se animó tan pronto como habló de ciencia y vió que su palabra interesaba. Su cara morena y alargada se iluminó con sus ojos chispeantes encajados en las sombrías cuencas; su cabeza pequeña, con frente alta y despejada, se erguía majestuosamente mientras hablaba, con voz suave y melodiosa, y con la autoridad del Maestro, acentuando su palabra con su mano larga y fina que alzaba y movía con delicadeza.

De pronto interrumpí la charla científica pa-

ra llamar la atención sobre su Biblioteca que cubría por completo los muros de la sala.

—Todo ha sido recopilado por mí, poco a poco, me dijo, eligiendo cuidadosamente tomo por tomo; la mayor parte son libros de ciencia, pero también hay obras literarias y de arte.

—Ud. también ha cultivado las bellas artes, le dije, pues sé que Ud. pinta y he leído algo de lo que Ud. escribe. Lamento no conocer sus "Memorias", sino por transcripciones; pero he podido gozar con su soberbio discurso de ingreso a la Academia de Ciencias.

—Mis "Memorias" están agotadas, me contestó, y el discurso a que Ud. se refiere, también, pero pronto lo reimprimiré y tendré el gusto de ofrecérselo.

Agradeciéndole debidamente su atención, creí prudente retirarme para no abusar de su amabilidad. Al despedirme, me acompañó galantemente hasta el carruaje y con una sonrisa que no le conocía, que le iluminó el semblante, dándole una expresión encantadora de dulzura y de bondad, me agradeció la visita con palabras tan galanas que me retiré fascinada por el atractivo personal de ese hombre eminente, tan sencillo, tan simpá-

tico, que había reservado cariñosamente para el momento de la despedida, su palabra más afable y su expresión más atrayente para dejarme un recuerdo inolvidable.

Hoyos y Vinent

Este escritor distinguido y novelista, de gran reputación, de cuna aristocrática y de maneras distinguidas, frecuenta la sociedad, pero, como es completamente sordo, es difícil conversar con él, lo que lamentaba, en vista de su palabra fácil y agradable y de la viveza de su fisonomía.

Me obsequió algunos libros suyos, que leí admirando sus brillantes condiciones de escritor; pero, como los asuntos elegidos para sus novelas y el desarrollo que les daba me fueron desagradables, no pude resistir al deseo de manifestárselo y le escribí diciéndole:

"Cuando contemplaba a Velázquez en el Museo del Prado maravillada ante algunas de sus obras geniales, lamentaba que tanto talento y tantas condiciones se gastaran en inmortalizar la imbecilidad humana, siendo que supo encarnar tan admirablemente la hidalguía española en las fi-

guras principales de su cuadro de Las Lanzas, y la expresión de lo sublime en su "Cristo Crucificado."

"Así, señor, al admirar en su libro las soberbias descripciones y el brillante colorido con que Ud. analiza y pinta las miserias y abyecciones humanas, no acierto a explicarme cómo puede Ud., a quien todo le sonríe en la vida, y con tan bellas cualidades intelectuales, cómo puede Ud. gozarse en la pintura de la degeneración humana.

"La vida sana es tan bella, la naturaleza tan hermosa en su grandeza, el alma humana tan rica en nobleza de sentimientos y arranques sublimes, ¿para qué recoger el lodo y no el perfume de la vida? El arte debe aspirar siempre a lo más alto."

Al mismo tiempo retribuía su atención enviándole un libro de mi marido y otro de mi hijo Antonio. Esto explicará su contestación, que conservo:

"Mi muy distinguida amiga:

"Recibí y agradecí libros y carta. De los primeros hablaré en algún estudio de los que publico sobre literatura; lo merecen de verdad.

"La carta quisiera decirle lo que me sugiere, pero necesitaría mucho tiempo para explayar toda

mi teoría ética y estética. No coincido con Ud., pero le agradezco de corazón su bondadoso afecto y el interés que puso en leer mis libros. Le envío dos más, en los que tal vez halle lectura que le sea más grata.

"Créame su muy devoto amigo q. b. s. p.

Antonio de Hoyos y Vinent."

Estos libros sí que fueron de mi agrado: una novela delicadísima: "El momento crítico" y un pequeño tomo de "Meditaciones". Para muestra voy a reproducir una de las más cortas: "La mentira de la belleza":

"Los brazos de los esqueletos de Holbein y de Durero son los mismos que Rubens y Ticiano pintaron revestidos de maravillosas carnaciones, y los gestos rotundos e incoherentes que nos parecen escalofriantes, son los mismos que en los pintores de las gordas ninfas nos semejan suaves y acogedores, sino que están vistos sin el velo piadoso de la ilusión."

"Si queremos ser fuertes, es preciso que no aceptemos la mentira de la belleza, sino que busquemos la verdad descarnada."

¿Será ésta su ética y estética que nunca me explicó? Se siente a Oscar Wilde a la distancia.

"Tres pensamientos sobre la muerte."

"La muerte, como el amor, embellece primero, destruye después.

"Creemos matar el tiempo, mientras el tiempo nos mata a nosotros."

"Con la muerte sucede como con el amor: todo está dicho y todo ha de repetirse aún."

Insisto en creer que es lástima que una inteligencia tan clara se dedique a buscar la verdad desnuda y rechace los atavíos de la ilusión que producen la belleza.

Don Mariano Benlliure

A este gran escultor lo había admirado ya en dos de sus grandes obras, cuando tuve el agrado de conocerlo, y digo el agrado, porque en realidad, Mariano Benlliure es un hombre interesante, muy fino y delicado en sus maneras, viste con gran corrección, y es un conversador delicioso.

En Granada pude admirar su hermosa estatua de Isabel la Católica y Colón, y en Santander su precioso monumento a Pereda, que contemplé

con amor, porque he leído con delicia sus novelas tan admirablemente interpretadas por el cincel de Benlliure. Sobre un enorme peñón de mármol blanco, opaco, simulando las sinuosidades de una roca, se levanta en su cima la figura, en bronce, de Pereda, sentado en contemplación meditativa de la ciudad donde nació, teatro de todos sus admirables cuadros de la vida sencilla, heroica y primitiva de los tiempos de antaño. Alrededor de esta gran roca nevada, se destacan, también en bronce, escenas de "Sotileza" que vivió y sufrió vagando por esas playas; las de otras de sus heroinas encantadoras y, en su cumbre, las de "Peñas Arriba", tan sublimes y tan artísticamente bellas, como salieron de la pluma sagaz y delicada de Pereda.

Conversando un día con Benlliure en un almuerzo en que tuve la suerte de ocupar asiento a su lado, le hablé del entusiasmo con que había contemplado en Santander su hermoso monumento a Pereda.

—Me tienen haciendo monumentos, señora, me contestó, siendo que yo sólo se hacer bibelots.

La conversación rodó, sin saber cómo, a cosas más íntimas y, corriendo el riesgo de cometer

indiscreción, quiero grabar algunas palabras suyas, que me conmovieron hondamente y me revelaron las delicadezas de su alma de artista.

"Siendo muchacho, me dijo, casé con una joven de mi clase, modesta y pobre. Comenzaba a trabajar entonces, luchando con todas las dificultades y escollos del comienzo en todas las profesiones; y un buen día mi mujer me abandonó dejándome con cuatro hijos pequeños desamparados. En mi desgracia, tuve la suerte de encontrar en mi camino una mujer buena y abnegada, que se hizo cargo de mis hijos, cuidándolos con esmero y atendiendo a todos los menesteres de mi hogar, procurándome así la paz del alma y toda la tranquilidad necesaria para poder trabajar. Pero como toda dicha en la vida no está exenta de amarguras, mientras mi mujer revuelca mi nombre en todos los lodazales del camino, mi pobre Carmen vive escondida, como avergonzada de la felicidad que me procura."

Aunque Mariano Benlliure es de origen humilde, aunque ha pasado pobrezas y grandes dolores no es, como tantos otros con menos motivos que él, un amargado, enemigo de la sociedad y del orden. Al contrario, es un hombre bondadoso, ser-

vicial, amparador de todo joven de verdadero valer, tiene su taller lleno de futuros artistas a los cuales infiltra sus extraordinarias calidades de escultor y de artista refinado. Tiene verdadero placer en alternar con toda personalidad descollante en las artes, en las letras, en las ciencias y en la sociedad; no es de los que creen, o pregonan sin creerlo, que el genio es patrimonio exclusivo de los desheredados de la fortuna sino que es don de Dios, otorgado a pocos, diseminados en todas las clases sociales.

He admirado con profundo entusiasmo todas las bellezas artísticas y los monumentos de su antigua grandeza en España, como también las de Roma y en las grandes capitales que he visitado, pero como éstas han sido descritas admirablemente por los más notables artistas y críticos competentes para juzgarlas, como lo dije ya, me he limitado a anotar mis impresiones de los grandes hombres que he tenido la suerte de conocer y de tratar.

Al terminar estas páginas de mis recuerdos de España, siento una emoción muy semejante a la que sufrí al dejarla, acaso para no volver jamás.

Fijando mis impresiones, he vuelto a vivir aquellos días inolvidables y aunque he seguido desde lejos sus evoluciones y sus progresos, quiero verla siempre como la ví y conservar indeleble el recuerdo de todo lo que entonces me emocionó. Al ser querido que está lejos, se le ve siempre como fué.

Final

Después de recorrer en mis "Recuerdos" las impresiones de mi larga vida, tengo que reconocer que ésta ha sido muy feliz y que debo por ello a la Divina Providencia mi más profunda gratitud.

Nací en ilustre cuna, en época en que esto tenía grande importancia, pues no habían arraigado aún, en estas comarcas lejanas, las ideas igualitarias que, de cuando en cuando, y a manera de vendaval, venían de la Francia revolucionaria. Algunos de mis antepasados escribieron páginas brillantes en la Conquista de América, ya sea en México, en Centro América, Perú o en Chile; otros prestaron útiles servicios en la administración española de la Colonia, y mis abuelos contribuyeron eficazmente a la libertad de estos países en la gran epopeya de la Independencia; y después siempre alguno de mi sangre ha actuado con brillo en los

gobiernos republicanos, ya sea en la política, en la administración y en los campos más serenos de las letras y de las ciencias. Ellos han sido los dioses lares que se han venerado en mi hogar.

Si debemos a nuestros padres la primera educación y las inclinaciones que nos han legado con su sangre y con su ejemplo, las mujeres recibimos del marido la educación más útil y más provechosa para nuestra vida. La superioridad del mío me inspiró admiración y respeto, lo que, unido al cariño profundo que nos unía, cultivó mi espíritu y formó la base principal de mi felicidad y de los atractivos de mi vida.

Con una salud imperturbable, tuve hijos sanos y fuertes, a quienes dediqué todos mis cuidados y, la cultura que yo misma había adquirido en ese ambiente, me permitió ayudarlos, en lo posible, en sus estudios y estimular sus esfuerzos con el ejemplo de su padre. Los ví crecer y desarrollarse con la más viva satisfacción, sin luchas ni dolores, y hoy son mi único apoyo y mi orgullo por su hombría de bien y su valer intelectual.

La desgracia de mi hija empañó por algún tiempo la tranquilidad que gozaba, pero me ha proporcionado, en cambio, la dicha de conservar-

la a mi lado, y de ver crecer y formarse noblemente a sus hijas, que son la alegría de mi hogar, inteligentes, cultas y trabajadoras.

Mi vida transcurrió siempre igual, en la situación modesta del hogar de un hombre de trabajo, pero iluminada por esa lámpara maravillosa de las aficiones literarias y artísticas, y aspirando el ambiente de talento que me rodeaba. Tuve la dicha imponderable de realizar un viaje a Europa, que fué mi sueño dorado, en condiciones tan felices, que sus recuerdos encantan hasta hoy mi ancianidad.

He visto desarrollarse mi país en forma extraordinaria. Ví rodar los primeros trenes que partieron de Santiago, que hoy recorren el país casi por entero. He visto los primeros ensayos de la aviación que hoy nos sirve constantemente para viajar dentro y fuera del país, remitir la correspondencia y para la defensa de nuestra patria.

En mi primera edad se hacía el viaje a Valparaíso en dos días y en diligencias, hoy se hace en tres horas en tren, o en automóvil, por espléndidos caminos. El tránsito se hacía en Santiago en aquellos años, por el pueblo, en carretelas, y por el público en general, en birlochos o a caballo

durante el verano en algunas victorias de uso particular y también en grandes "landaus" tirados por magníficos caballos. En invierno seguía el pueblo usando carretelas y más tarde carros urbanos tirados por caballos, y la gente acomodada, coches de "trompa", como se les llamaba, por tener una capota que cubría el pescante en resguardo del cochero y los llamados "americanos", que eran mucho mejores, pero usados sólo por algunos particulares, además de los "landeaus" cerrados.

Hoy tenemos rodaje de tranvías eléctricos y profusión de automóviles de alquiler, espléndidos automóviles particulares y algunos de gran lujo.

En mi niñez, lo único que se usaba que fuera hecho en el país, eran zapatos ordinarios y feísimos; hoy se fabrican muy buenos con materiales nacionales, y tenemos marchando las industrias de sedería, de paño, de sombreros, etc., que pueden satisfacer las necesidades de toda nuestra indumentaria, y las de vidrio, de loza y de cristales para nuestra mesa y lavatorios.

La única luz que conocí en mis primeros años, fué la de velas y lámparas de aceite, y como única calefacción, el carbón de espino en los braseros o la leña y el carbón de piedra en las chime-

neas, que eran muy contadas. Hoy tenemos luz eléctrica y calefacción central. No teníamos más agua que la que acarreaban del río, a diario, los aguadores que la repartían en las casas llevándola en toneles, a caballo, tan turbia, que había que aclararla con palas de tuna y filtrarla en destiladeras de piedra para beberla. Hoy la tenemos clara y transparente en abundancia y por cañerías. Los baños, que eran artículo de lujo en los hogares, hoy los tiene hasta la gente más pobre, y el alcantarillado nos ha proporcionado la comodidad de tenerlo todo cerca de nuestras habitaciones y no en el fondo de las casas como antes.

He podido gozar del teléfono y de la radio, que nos comunica con el mundo entero y nos presenta un nuevo misterio de la naturaleza indescifrable por ahora.

En cuanto al progreso moral, ninguno tan enorme y trascendental como la transformación de la vida en la mujer. De la sujeción absoluta a la voluntad paterna, pasaba a la del marido, más dulce a veces, sin duda alguna, pero que generalmente no era de elección personal y se aceptaba en completa ignorancia de sus deberes. Hoy tra-

baja la mujer desde niña cuando lo necesita, cualquiera que sea su condición social, lo que le da la independencia moral y económica y desarrolla su personalidad. Se educa para llenar sus obligaciones y adquiere así cualidades y conocimientos superiores para desempeñar sus deberes de madre.

En el mundo exterior he visto levantarse grandes figuras científicas como Einstein, Marconi, Pasteur, Ramón y Cajal y Madame Curie, y como estadista he visto alzarse la curiosa personalidad de Mussolini. Así he podido darme cuenta exacta de que el genio es una realidad que se impone desde que asoma y que las grandes personalidades de antaño, que tanto admiramos, son reales y efectivas, que no se nos presentan engrandecidas por admiraciones fervorosas o por historias escritas "ad usum Delphini". He visto revivir a Italia primero por el esfuerzo de Cavour y hoy la veo crecer y engrandecerse hasta imponerse como potencia de primer orden, recuperando así su antiguo esplendor, debido al talento superior de Mussolini, a su esfuerzo infatigable, a la entereza de su carácter y a la calidad superior de la raza latina en su mayor pureza.

He visto el derrumbe de Estados poderosos

como el Segundo Imperio de Francia, el de Rusia, de Alemania, de Austria y de España, y ahora veo resurgir a la Alemania y a España, cuya dolorosa situación me amarga horriblemente.

Aplaudo con todo el entusiasmo de mi alma la noble y heroica actitud del ejército español, para salvar del escarnio a su país, y sus proezas extraordinarias que rivalizan con todas las de su glorioso pasado. Al observar y admirar, con entusiasmo, las bellezas espirituales y morales que han desplegado el ejército y el pueblo español en esta contienda, me consuelo de la espantable destrucción de riquezas, tanto religiosas como civiles, producida en esta fratricida y horrible contienda de tres largos años.

A la gran altura de mis muchos años, en que todo se amortigua, en que las ilusiones se van y los ideales se alejan, siento con gran satisfacción que en mi alma se mantiene siempre vivo el entusiasmo por las grandes personalidades que han brillado en el mundo, y por los hechos nobles y grandiosos que ha producido la humanidad.

Al recorrer todo lo que he tenido la suerte de presenciar durante mi larga existencia, me parece que tengo el derecho de creerme dichosa, pues

he disfrutado de las emociones no de una sola, sino de muchas vidas. Dice Montaigne, que nadie puede considerarse feliz, sino después de su muerte. La veo venir con tranquilidad y bendeciré la suerte que me ha deparado el destino, venga lo que viniere, siempre que deje tras de mí, en los míos, cariño y respeto por mi memoria.

Martina Barros de Orrego.

Santiago, Junio de 1939.

INDICE

INDICE DE PERSONAS CITADAS



IMPRENTA Y ENC. "LIBRERIA COLON"
MOLINA LACKINGTON Y CIA.
SANTO DOMINGO 1645
SANTIAGO
1942